

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES**

**FLACSO**

**SEDE ECUADOR**

**Doctorado en Historia de los Andes**

**(Convocatoria 2018-2021)**

**Corsarios, fortuna, espías y resistencia indígena y afroperuana:  
El fracaso de la conquista neerlandesa del Perú (1580-1648)**

**Doctorante:**

**Sebastián Ignacio Donoso Bustamante**

**Director de tesis:**

**Dr. Jorge Cañizares-Esguerra**

**Quito, 21 de mayo de 2024**

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Sebastián Ignacio Donoso Bustamante, autor de la tesis titulada “Corsarios, fortuna, espías y resistencia indígena y afroperuana: El fracaso de la conquista neerlandesa del Perú (1580-1648)”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de Doctor en Historia de los Andes concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador. Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, mes y año de presentación de la tesis empastada.

---

Sebastián Ignacio Donoso Bustamante

## **Resumen**

## **Índice de contenidos**

## **Introducción**

## **Expansión colonial neerlandesa**

## **El proyecto de conquista del Perú**

## **Capítulo 1. Los neerlandeses y los indios**

### **1.1. Los intentos de alianza con los indios**

### **1.2. Descripciones de los indios magallánicos**

### **1.3. Ambiguas relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos**

### **1.4. La única alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos**

### **1.5. Brouwer, Herckmans y el último intento alianza con los indios chilenos**

## **Capítulo 2. Espías e informantes**

### **2.1. La libre movilidad de los extranjeros en el Perú**

### **2.2. El Ciervo Volador y los primeros informantes neerlandeses en Perú**

### **2.3. Oliver Van Noort y nuevos informantes en Chile y Perú**

### **2.4. Joris Van Spilbergen**

### **2.5. La Inquisición Limeña y Pedro de León Portocarrero, “el judío portugués”**

### **2.6. Adrián Rodríguez y los “desertores” de Spilbergen ante la Inquisición**

### **2.7. Hans Bartholomew Aventroot y la Armada de Nassau**

## **2.8. Descubrimiento del espionaje y procesos contra Adrián Rodríguez**

## **2.9. Los reos de la Armada de Nassau y el epílogo de Aventroot**

## **2.10. Alarmas múltiples, ataques al Brasil y nuevos espías**

## **2.11. El acto final: La Gran Complicidad**

## **Conclusiones**

## **Introducción**

Esta investigación se inscribe en el ámbito histórico-analítico de los estudios geopolíticos y del poder, en los campos de la Historia Global y Conectada, con el objetivo general de indagar sobre el papel que jugó el Pacífico en el proyecto imperial neerlandés: la necesidad de conquistar Chile y el Perú para establecer un circuito comercial transpacífico análogo a la ruta española de galeones Manila-Acapulco entre la década de 1560 y 1815. La lectura de este trabajo es la de la expansión neerlandesa como proyecto de conquista y no solamente como piratería, que es la forma en que tradicionalmente la ha visto la historiografía.

Y de ahí la gran pregunta: ¿Cómo interpretar el curso neerlandés entre 1598 y 1643 en el Pacífico Americano como parte de un proceso de pugna entre imperios del siglo XVII, dentro del marco de la guerra de los Ochenta Años? Desde esa perspectiva, entender los cambios y el funcionamiento en la geopolítica mundial y mirar, específicamente, lo que el Imperio Neerlandés buscó “conquistar” y qué logros, y, especialmente, fracasos, tuvo su proyecto. Y, sobre todo, ¿Cómo entender la derrota neerlandesa en el Pacífico considerando su éxito al establecer colonias en otras latitudes?

A partir del supuesto de que estas fueron mucho más que solamente expediciones con fines piráticos, sino que buscaron conquistar y establecer colonias a largo plazo (Lohmann 1975; Bradley 2008), deriva la pregunta eje de investigación: ¿Por qué -dado su tamaño, recursos y óptima organización- estas expediciones fracasaron en sus objetivos de conquista y comercio en el Pacífico Americano? Responder la interrogante

implica indagar en interpretaciones historiográficas, y, especialmente, documentos de archivo, para buscar pistas que permitan aportar con una contribución a la historiografía del tema. Por lo tanto, el trabajo indaga en las características peculiares de conquista en el Pacífico (distintas a las de la región Atlántica y Asia donde los neerlandeses tuvieron éxito en ocupar territorios coloniales ibéricos).

El trabajo constituye un análisis del proceso de intento de conquista neerlandesa del Perú entre 1598 y 1648, dentro del marco del proyecto de construcción del Imperio Neerlandés global. El primer subcapítulo parte busca situar el proyecto de conquista del Perú dentro del proceso de expansión colonial de las Provincias Unidas a nivel global en el contexto de la guerra de Ochenta Años, comenzando con la revuelta contra el Imperio Español de 1568 y terminando con la firma de la Paz de Westfalia en 1648. El segundo subcapítulo explica el proyecto de conquista del Perú concebido en los Países Bajos. Para conquistar el Perú, las Provincias Unidas idearon dos grandes estrategias. La primera fue buscar alianzas con las poblaciones subalternas, y la segunda fue colocar espías en el Perú.

Por lo tanto, el trabajo está dividido en dos grandes partes sobre la base de estos temas. En el tema de los indios, interesa ver no sólo la dinámica de las alianzas sino toda la que se estableció en la relación de los neerlandeses con los indios que encontraron en el Pacífico. Por eso hay subcapítulos dedicados a las observaciones y descripciones de los indios y la particular fascinación que produjeron en los neerlandeses. En un primer momento, los neerlandeses buscaron el apoyo de los indios de la Patagonia chilena. Sin embargo, la llave de ingreso al Pacífico era el estrecho de Magallanes. Por lo tanto, se explora por qué no prosperó ninguna forma de alianza con los indios que vivían en el estrecho, a pesar de la fascinación que generaron en los viajeros europeos, plasmada en coloridas y detalladas descripciones, muchas veces fantásticas, pero otras también fieles a la realidad. En la práctica, las relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos fueron ambiguas y se caracterizaron por una cordialidad inicial, seguida por brotes de violencia mutua. A pesar de que la historiografía dice que la alianza no se realizó, existen dos ejemplos de alianzas exitosas pero efímeras en 1600 y 1643, cada una de las cuales tiene su propio capítulo. El éxito de la primera dejó establecida en los neerlandeses la idea de que una alianza era posible con los indios de la Araucanía, y esa idea fue el motor de los intentos de alianza que son visibles en el resto de expediciones. El segundo momento en el que se produjo una efímera alianza fue cuando la expedición

de Brouwer y Herckmans logró apoderarse brevemente de Valdivia en 1643. En ese sentido, el trabajo establece críticas a las interpretaciones actuales sobre los proyectos de alianza neerlandeses con los indígenas en general, pero en particular con indios araucanos.

La segunda parte se refiere a la estrategia neerlandesa de colocar espías en el Perú para conseguir la información necesaria para las expediciones de conquista. Se han identificado dos categorías de espías. En primer lugar, los neerlandeses y otros europeos como franceses y alemanes, dedicados al comercio y a profesiones técnicas en demanda en Perú como las relacionadas con la armada, el ejército y los astilleros. En segundo lugar, los judaizantes portugueses de origen sefardita dedicados mayormente al comercio. Pero ¿cómo pudieron los neerlandeses colocar espías en el Perú? Esto se logró gracias al hecho de que, siempre que fueran católicos, los extranjeros gozaron de libre movilidad en el Perú, como se muestra con varios ejemplos. En ese sentido, el trabajo critica las interpretaciones de la sociedad colonial como cerrada a los extranjeros del norte de Europa, en particular, por miedo a la herejía en clave tridentina. La evidencia señala una recepción positiva y generalizada a sujetos de las Provincias Unidas, incluso cuando fueron originalmente ligados a expediciones de piratería.

Si bien la mayoría eran ciudadanos inofensivos dedicados a sus actividades privadas, unos pocos se convirtieron en espías. Para llenar el vacío historiográfico existente en torno al tema de los espías, se plantea la hipótesis de que los primeros llegaron por casualidad en un barco, el Ciervo Volador, que se entregó en Valparaíso. Sus tripulantes, una vez catequizados, aprovecharon la libre movilidad que les brindó el Perú para recorrerlo y recoger información. Fueron tratados como prisioneros de guerra, canjeados y volvieron a Europa. Siendo, como eran, proletarios pobres, vendieron a las autoridades y armadores de expediciones la información necesaria para las expediciones que vinieron después. En un segundo momento, ya hubo espías dejados deliberadamente en Perú que regresaron con la información solicitada a las Provincias Unidas. Para cuando Joris Van Spilbergen visitó el Perú y varios de sus tripulantes desertaron, las autoridades, y muy especialmente la Inquisición, estaban al tanto de la traición cometida por aquellos neerlandeses a los que anteriormente dejaron moverse libremente por el Perú y volver a Europa. De forma que la actitud con los desertores de Spilbergen fue totalmente distinta y fueron procesados por la Inquisición bajo sospecha de herejía.

El papel de la Inquisición como tribunal garante de la soberanía española en Perú y, por tanto, encargado de procesar delitos de traición y espionaje, más allá de la herejía, se aborda a partir del caso del espía Pedro de León Portocarrero, llamado “el judío portugués”, y se plantea la hipótesis de cómo y por qué se conformaron las redes de espías judeoconversos en el Perú, para luego analizar también como operaron. El recuento de la Inquisición Limeña sirve para contextualizar y explicar ese papel en la investigación y el juzgamiento del espionaje desde el establecimiento del tribunal peruano. Uno de los espías neerlandeses más notables fue Adrián Rodríguez, cuyo caso ante la Inquisición se analiza pormenorizadamente y sirve para entender las motivaciones y los discursos de conquista que manejaban los neerlandeses con respecto al Perú, especialmente los que motivaron la Armada de Nassau. El otro gran espía fue Hans Bartholomew Aventroot, que probablemente era la conexión de Rodríguez en Europa. Este personaje ha sido estudiado por la historiografía, pero tiene su cabida en este trabajo tanto en cuanto fue espía y también auspiciante de la Armada de Nassau, autor de las instrucciones que debía seguir para conquistar el Perú y de la idea de extender la propuesta de alianza, además de los indios, a los negros, a través de cartas que viajaron con la Armada y debían ser repartidas ampliamente para lograr un levantamiento masivo a favor de la Armada, que nunca sucedió. Todo el capítulo dedicado a la Armada gira en torno a dos ejes: el esperado apoyo de las clases subalternas que nunca llegó, y el proyecto siempre latente de ir a conquistar Chile, que finalmente fue desechado. Una vez que se fue la Armada, hubo procesos inquisitoriales en contra de algunos de sus tripulantes, analizados en su propio subcapítulo, así como el epílogo de Aventroot, que terminó en la hoguera, no sin antes intentar por última vez sublevar a los peruanos, esta vez a todos, a través de su “Carta a los Peruleros”. Pero el esquema de espionaje no terminó con la expulsión de Adrián Rodríguez, y entre 1624 y 1635 hubo varios momentos de alarma, relacionados con el avance de los neerlandeses en Brasil, y la captura y procesamiento de un ingenioso espía llamado Plemón. El acto final es la Gran Complicidad, proceso inquisitorial normalmente visto como parte de la pugna entre católicos y judaizantes, pero visto aquí como acto de reafirmación de la soberanía y poder imperial españoles en respuesta a cuatro décadas de reiterados intentos por parte de los neerlandeses para conquistar el Perú.

Así, el foco del trabajo es, en primer lugar, el proyecto de conquista neerlandés del Perú a través de seis expediciones que se enviaron entre 1598 y 1643 al Pacífico y la

importancia del Pacífico en el proyecto imperial neerlandés. En segundo lugar, la dinámica de relaciones entre los neerlandeses y los indios, y las varias respuestas de ellos a las propuestas de alianza que les hicieron. Considerando que se menciona en la historiografía sin abundar en su estudio, este trabajo busca dar luces acerca de las redes de informantes que apoyaron las expediciones de conquista a lo largo de las décadas. En ese sentido, se exploran las respuestas locales en el Perú, conforme se descubren redes de espías y las razones por las que extranjeros fueron capaces, en principio, de recobrar información. Conforme pasaron los años, fue evidente el impacto que la reorganización de expediciones, con cada vez mejor información, tuvo en la constitución de la Inquisición en el Perú como proyecto de defensa contra la invasión, mas no contra la herejía. En este sentido, el trabajo plantea una crítica a las interpretaciones de la Inquisición Peruana y los autos de fe como ataques a herejías y mercaderes conversos por racismo. Por el contrario, la inquisición es releída en este periodo como un agente geopolítico que busca la protección del Pacífico de la potencial conquista por agentes conversos conectados a proyectos neerlandeses de conquista.

### **Expansión colonial neerlandesa**

El argumento de esta sección es que el incentivo de la expansión mercantilista neerlandesa obedeció al hecho de que, a partir de la entronización de Felipe II como rey de Portugal en 1580, las Provincias Unidas, envueltas en la guerra con España por su independencia, perdieron la posibilidad de comerciar en los puertos portugueses para adquirir las especias de Oriente. Y eso motivó a los neerlandeses a constituir compañías de comercio e ir por ellas, retando el monopolio hispanoportugués. Ese fue el inicio de la construcción del Imperio Neerlandés, con su siglo de Oro entre 1580 y 1680, y una hegemonía comercial global llamada Siglo de Oro Neerlandés. La sección pasa revista a todo el proceso de expansión hacia Lejano Oriente, que también incluyó la colonización neerlandesa de partes del África, India, y América, desplazando a Portugal. La necesidad de armar un circuito comercial transpacífico similar al que tenían los españoles entre Manila y Acapulco fue el incentivo para el proyecto colonizador del Perú, que intentaron con el envío de seis expediciones entre 1598 y 1648.



A partir de los viajes de Vasco da Gama a la India (1497-1524), Lisboa monopolizaba el comercio de especias con el Lejano Oriente. Los neerlandeses, mercaderes y marinos por naturaleza, participaban del lucrativo negocio comprando las especias de los barcos que llegaban cargados a los puertos portugueses y las distribuían por el Atlántico europeo. También comerciaban con puertos españoles por los productos venidos de las Indias Occidentales (América). Pero su rebeldía en contra de la monarquía española coartó el negocio. En efecto, Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558) fue monarca de las Provincias Unidas por herencia paterna, y esos derechos pasaron a su hijo Felipe II (1527-1598). Sin embargo, desde 1566 y hasta 1648, los neerlandeses, alimentados por diferencias especialmente culturales y religiosas, pero también políticas, sostuvieron una intermitente, pero cruenta guerra de independencia contra el Imperio Español.

Esa conflagración independentista -conocida como la guerra de los Ochenta Años- un conflicto bélico tan largo como globalizado, resultó paralela al proyecto autónomo neerlandés de crear su propio imperio transoceánico, semejante al Español y al Portugués, los reinos rivales. El 15 de abril de 1580 las Cortes de Tomar proclamaron a Felipe II rey de Portugal por y, en respuesta a la revuelta neerlandesa, en 1586 y 1587 decretó embargos para impedir que los neerlandeses adquirieran las especias orientales en Lisboa. Con ello el monarca español agregó dos elementos a la contienda: convirtió a Portugal en enemigo y objetivo militar de las Provincias Unidas, y estableció la guerra comercial como un importante componente del esfuerzo bélico hispanoportugués.

Cuando las provincias septentrionales de los Países Bajos se rebelaron contra la Monarquía Hispánica, los consejeros de Felipe II no tardaron (...) en darse cuenta de que España sólo podría ganar la guerra contra este enemigo logrando cortar su nervio vital: el comercio marítimo, que era la base del poder económico y de la superioridad naval de las provincias rebeldes. Uno de los instrumentos más eficaces para conseguir este fin, al menos a corto plazo, eran los llamados embargos generales. Este instrumento tenía una doble finalidad: primero, cortar el comercio ilícito con los rebeldes neerlandeses y, segundo, confiscar la mayor cantidad posible de navíos para aumentar la propia marina de guerra (Weller 2016).

La drástica eliminación del comercio con las Provincias Unidas tenía un componente religioso, pues buscaba evitar que ideas protestantes contaminen los puertos hispanoportugueses (Weller 2016). Los comerciantes neerlandeses hallaron formas de burlar los embargos, tales como comerciar con bandera neutral de la Liga Hanseática en puertos alemanes controlados por los Habsburgo, pero los niveles de intercambio resultaron insuficientes. Por lo tanto, concibieron viajar a la fuente de las especias y establecer rutas y factorías propias donde abastecerse de los productos. Ello implicaba retar el monopolio hispanoportugués en el Lejano Oriente. La estrategia tuvo éxito, y resultó en la creación del imperio neerlandés ultramarino y la época del Siglo de Oro Neerlandés, que va de 1580 a 1680, primer momento histórico de incipiente hegemonía capitalista global llamada Pax Neerlandesa.

Así, las limitaciones comerciales producto de la guerra, desencadenaron un ciclo neerlandés de exploración naval en busca de instaurar rutas comerciales y factorías propias, y, finalmente, su propio imperio ultramarino. Establecieron las primeras empresas privadas de exploración y comercio con autorización oficial llamadas “voorcompagnies” o pre-compañías privadas de comercio, que tuvieron entre sus pioneros a “los zelandeses (que) practicaban un comercio más restringido y conectado con el Atlántico, donde aspiraban a dominar y a reducir, a cualquier coste, la presencia luso-española” (Valladares 2021). Para evitar confrontar directamente con los portugueses que controlaban la ruta a la India circundando el África, entre 1594 y 1596 los neerlandeses intentaron en vano hallar el mítico paso del Nordeste, que supuestamente conectaba el Mar del Norte con la China. La cadena de fracasos tuvo un éxito notable al mejorar el conocimiento geográfico de la región ártica y demostrar definitivamente la inexistencia del paso. Concluyeron que la alternativa era retar a los portugueses en su derrotero tradicional, y las flotas se aventuraron hacia el Índico bordeando el África y doblando el cabo de Buena Esperanza. La primera expedición de 1595 supuso un fracaso comercial, pero sentó las bases de la colonización de Indonesia. Además, en el trayecto (siguiendo el ejemplo de portugueses, franceses e ingleses) entraron a participar del lucrativo negocio de los esclavos con el establecimiento de fortalezas en la costa del África Occidental, que se llamó Costa de Esclavos Neerlandesa, ubicada en los actuales estados de Ghana, Togo, Benín, Nigeria y

especialmente Angola, arrebatada a los portugueses, donde para 1660 estaban firmemente asentados.

Las autoridades y gremios de comercio neerlandeses sabían que los asaltos de Francis Drake al Caribe en 1585 habían producido ganancias por unos dos millones de florines (Goslinga 2017: 529, n. 30). Además, estaban a la vista los éxitos de Hawkins, Raleigh y el conde de Cumberland, tanto en el comercio como en el corso y la piratería. Siguiendo su ejemplo, los mercaderes de Zelanda crearon compañías privadas y fueron los primeros en abrir el comercio entre las Provincias Unidas y los territorios españoles del Caribe. Les siguieron comerciantes de otras ciudades, notablemente Pieter Van Der Haghen un importante hombre de negocios especialmente del comercio textil, nacido en Amberes por 1564 y comerciante en Ámsterdam y Rotterdam<sup>1</sup> (Barrenveld 2001: 23 y Goslinga 2017: 32).

Con estos antecedentes, la épica aventura de conquista y colonización del Pacífico Americano, que terminó ignominiosamente en 1643, comenzó de forma auspiciosa casi medio siglo antes, en 1598, con la fundación de la “compañía de Magallanes o de Rotterdam”, una de las muchas que operaron, entre 1594 y 1602, financiadas por mercaderes del norte y ricos inmigrantes del sur de las Provincias Unidas. Hagen era su promotor, y el principal financista Johan Van Der Veken, comerciante y el banquero más rico de Rotterdam. Otros administradores incluían a los mercaderes Jacob (Jacques) Mahu “un comerciante experimentado y profesional” nacido en 1564, de familia prominente de los Países Bajos del sur y su hermano, y Simón de Cordes nacido en Amberes alrededor de 1559, de probable origen judío portugués, que había comerciado con el Brasil en 1593. El primero y el tercero fueron almirante y vicealmirante de la flota que se organizó. Y entre los accionistas figuró Jacques L’ Hermite de Amberes,

---

<sup>1</sup> A fines de 1596 Haghen planificó una expedición a las Indias Occidentales. Armó cuatro barcos con rumbo a Santo Domingo, Puerto Rico y otras partes del Caribe, y reclutó tripulantes españoles y portugueses. Los navíos regresaron cargados de riquezas, demostrando las buenas posibilidades de comerciar con los hispanoamericanos (Goslinga 2017: 54-55). Con esos antecedentes, en 1597 comenzaron a llover las solicitudes de decenas de mercaderes de todas las Provincias Unidas, por permisos del gobierno para comerciar con África, Asia y América. Este fue el preludio del impulso neerlandés para la conquista comercial del mundo, que comenzó en 1598 y se intensificó en los años posteriores (Goslinga 2017: 529, n. 30).

que aportó 2.500 florines y era padre del futuro almirante del mismo nombre, comandante de la Armada de Nassau que bloqueó el Callao en 1624 (Barrenveld 2001: 23-25, 33). Para entonces Haghen, en asociación con otros empresarios, ya comerciaba en la costa africana, Brasil, isla Española y Puerto Rico (Goslinga 2017: 32). Le faltaba establecer relaciones comerciales con Perú, y organizó esta expedición privada para abrir la ruta desde Europa por el lado occidental (es decir el extremo austral de Sudamérica), a las Indias Orientales, donde los neerlandeses ya poseían colonias y factorías. Pusieron sus ojos en Chile, identificado como reino rico en recursos y sin una potencia europea capaz de explotarlos, para fundar una colonia que permita establecer un puerto en el extremo americano del circuito comercial transpacífico, similar a la ruta de galeones establecida por España entre Manila y Acapulco desde 1565. El incentivo para viajar al Asia derivó del regreso exitoso, en 1596, de la expedición de Cornelis de Houtman desde Indonesia cargado de especias, que supuso el inicio de la conquista del archipiélago por las Provincias Unidas. Los planes del viaje de la compañía Magallánica comenzaron poco después (Barrenveld 2001: 23). Sabiendo que comerciar en territorios de jurisdicción española les estaba prohibido, quisieron probar cuan observantes de las leyes eran los súbditos españoles en sus provincias ultramarinas. Por lo tanto, investigarían el potencial para comerciar a lo largo de las costas de Chile y Perú, e intentarían generar una relación más o menos estable<sup>2</sup>. Y si no era posible, recuperarían los costos y obtendrían ganancias a través de la piratería. Además de las mercaderías que ofrecerían en venta, retar la hegemonía española en el Pacífico, su “mare clausum”, requería llevar nutrido armamento para “cualquier acción ofensiva o defensiva que pudiera volverse inevitable o simplemente deseable” (Bradley 1989: 13). Luego enrumbarían a sus colonias asiáticas, donde venderían los productos que no pudieron hacerlo en Perú, y comprarían las tan cotizadas especias, para volver a Europa por el cabo de Buena Esperanza. En definitiva, la compañía tenía por misión: “enviar una expedición exploratoria y corsaria a través del estrecho de Magallanes para atacar la costa española del Pacífico y el archipiélago malayo, en imitación de los viajes previos de Drake y Cavendish” (Goslinga 2017: 51).

---

<sup>2</sup> Hay evidencias de que, en más de una ocasión, el intercambio se dio en calidad de contrabando, lo que supuso un riesgo de graves consecuencias para los españoles que lo practicaron en Chile y Perú (Bradley 2008).

La primera expedición neerlandesa al Pacífico americano, auspiciada por la compañía Magallánica, contó con cinco navíos, uno grande y cuatro más pequeños, y se aseguró los servicios de marinos experimentados, como un piloto portugués bordo de la Caridad. A la cabeza estaba Jacob Mahu como capitán del Hoop (Esperanza) de quinientas o seiscientas toneladas (Barrenveld 2001: 24, 33). Segundo al mando era Simón Cordes como capitán del Liefde (Amor o Caridad) de trescientas toneladas<sup>3</sup> (Barrenveld 2001: 24). Los otros tres barcos eran el Geloof (Fe) de 320 toneladas, al mando de Gerrit van Beuningen (Emden ca. 1565-1599), el Trouwe (Fidelidad), de 220 toneladas, capitaneado por Jurien van Bockholt (Dordrecht ca. 1559-6/04/1599), y el yate<sup>4</sup> Blijde Booschap (Buena Nueva del Evangelio<sup>5</sup>), mejor conocido como Ciervo Volador, de 150 toneladas, al mando de Sebald de Weert (Amberes, 2 de mayo de 1567 – 30 de mayo o junio de 1603). La tripulación total era de unos quinientos hombres y el armamento de entre 104 y 106 cañones (Bradley 1989: 13). A bordo de la Caridad iba Dirck Gerritsz Pomp, que fue reclutado para establecer negociaciones comerciales con Japón y China, pues era el primer neerlandés que visitó esos países a bordo de mercantes portugueses en la década de 1580<sup>6</sup>. Y seis pilotos ingleses, como el primer

---

<sup>3</sup> Antes del viaje este barco se llamaba Erasmo, por lo que llevaba un mascarón con la figura de Erasmo.

<sup>4</sup> Yate, del neerlandés “jacht” era un tipo de barco de tres palos parecido a la flauta, pero de dimensiones más pequeñas. En estos reportes españoles consta como filibote: “Testimonio de unas declaraciones de ciertos holandeses...”, “Declaración que hizo en la ciudad de Santiago del Reino de Chile (...) Rodrigo Giraldo, capitán del filibote flamenco...” (Medina 1923). Flauta. Embarcación latina de unas 100 toneladas. Flyboat (Filibote). En el pasado, se denominaba así un tipo de barco holandés, de fondos planos y unas quinientas toneladas de carga, dedicado al tráfico de cabotaje (Amich 1956/1991: 207, 210).

<sup>5</sup> Previo a la expedición, el yate se llamaba Vliegend Hart (Corazón Volador). En las declaraciones de sus hombres en Perú y Chile consta como Ciervo Volador, Ciervo que Vuela, Ciervo Bermejo o simplemente Ciervo (Medina 1923: 310-311, Bradley 1989: 13).

<sup>6</sup> Dirck Gerritsz era oriundo de Encusa (Frisia Occidental), donde nació por 1544 y hablaba muy bien el portugués y el castellano, pues a los once años fue a vivir en Lisboa con sus hermanas, casadas con mercaderes flamencos, y asistió a la escuela por cinco años. Gracias a sus conocimientos de portugués y castellano, se enroló en varios viajes comerciales en urcas flamencas como escribano y traductor. En 1568 tomó pasaje a la India portuguesa a bordo del Santa Clara, de la Armada que llevaba al virrey, y se estableció en Goa al servicio de Portugal, donde vivió veintitrés años. Durante ese período realizó un viaje comercial a la China y dos al Japón a bordo de mercantes portugueses en calidad de artillero. Posiblemente llegó al Japón a bordo del Santa Cruz, que ancló por segunda vez en Japón el 31 de julio de 1585. Regresó a Lisboa en 1589, donde permaneció por seis meses (Medina 1923: 339-340) y volvió a Encusa en abril de 1590. Ahí gozó de cierta fama en los círculos navales por ser el primer neerlandés que visitó Japón, y se ganó el apodo de “Dirck Gerritsz China”. Hombre inteligente y medianamente instruido, fue uno de los primeros viajeros neerlandeses en publicar sus aventuras, que fueron populares por la buena calidad de lo escrito, en una época en que los relatos de viajes eran famosos. Sus escritos y entrevistas sirvieron de información para otras narrativas como el primer manual de marinería publicado en la historia: el Tesoro del Marino de 1592, escrito por Lucas J. Wagenaer e Itinerario de 1596 por Jan Huygen van Linschoten (Barrenveld 2001: 22, Goslinga 2017: 28). Luego hizo otros tres viajes a Lisboa,

oficial William Adams, dos a bordo de la Esperanza, siendo uno Timothy Shotten que había circunnavegado el mundo con Cavendish entre 1586 y 1588, y otro que posiblemente lo hizo junto a Drake entre 1577 y 1580, Thomas Spring, muerto en el Atlántico, y Thomas Adams (hermano de William) abatido en escaramuzas con los indios en el sur de Chile (Bradley 1989: 13 y 202 n. 10, Bradley 2008: 10). En el marco de la guerra de los Ochenta Años la flota zarpó de Goree, cerca de Rotterdam, el 27 de junio de 1598, y los resultados de la expedición fueron variados, pues, por azares del destino, cada barco terminó actuando de forma independiente y tuvo distinta suerte.

Mahu falleció de fiebre en el Atlántico el 23 de septiembre de 1598. Simón Cordes ascendió a almirante y Beuningen, convertido en vicealmirante, tomó el mando de la Esperanza, mientras que Weert se convirtió en capitán de la Fe. Luego del típico azaroso cruce del Atlántico, la flota llegó al estrecho de Magallanes y, para el 3 de septiembre de 1599, una tormenta los separó primero en dos y luego tres grupos antes de alcanzar el Pacífico. Dados los rigores del invierno del extremo sur de América, unos 120 corsarios murieron de escorbuto, hambre y frío, reduciendo en un cuarto la dotación original. Entre ellos figura Bockholt, que falleció en la Patagonia el 6 de abril de 1599, y fue sucedido al frente de la Fidelidad por Baltazar de Cordes, hermano de Simón. Weert no logró pasar de Magallanes y, con la dotación diezmada y al borde del motín, volvió a las Provincias Unidas. Simón Cordes, al mando de la Caridad, y Beuningen fracasaron rotundamente en sus intentos por establecer relaciones con los indios, fundar colonias y comerciar con los españoles. Es más, Simón Cordes y Beuningen fueron asesinados por los indios y reemplazados, respectivamente, por Jacob Jansz Quaeckernaek (Rotterdam ca. 1543 – 21/09/1606) y Jacob Huydecoper. Con las tripulaciones diezmadas y faltos de provisiones, por consejo de Dirck Gerritsz, Quaeckernaek y Huydecoper concluyeron que era menos arriesgado y más provechoso cruzar el Pacífico para vender sus productos en Japón. Esperanza y Caridad navegaron juntas hasta Hawái, donde desembarcaron siete hombres de la primera, se casaron y establecieron con mujeres locales. A poco de pasar Hawái, sobrevino una tormenta y la Esperanza se perdió para siempre. Mientras que el 19 de abril de 1600 la Caridad llegó a Usaki en las islas Kyushu de la provincia de Bungo (Japón). Los hombres estaban tan

---

un viaje como mercader a Porto en 1595 y otros dos viajes a Alemania antes de embarcarse en 1598 con rumbo al Perú (Medina 1923: 339-340).

débiles que solo seis de veinticuatro podían caminar. Entre ellos iba William Adams, el primer inglés que visitó y, de hecho, vivió y murió en Japón como un importante y adinerado armador de barcos, profesor de matemáticas y comerciante. En efecto, llegó a ser amigo y asesor personal del shogun Tokugawa Ieiasu, gracias a lo cual consiguió la libertad del resto de tripulantes (a quienes los misioneros portugueses declararon piratas), y con el tiempo logró arrebatar el monopolio a Portugal, estableciendo con éxito el comercio entre las Provincias Unidas y el Imperio del Sol Naciente. Su vida inspiró la novela “Shogun” de James Clavell (Bradley 2008. 16).

La historia de Baltazar Cordes, al mando de la Fidelidad, consta en un posterior apartado porque fue el único neerlandés que logró establecer una alianza con los indios y una colonia en el Sur de Chile. Finalmente, la de Dirck Gerritsz al mando del Ciervo Volador también consta en su propio apartado porque, aunque fue el único barco neerlandés de la historia que se rindió y se entregó a los españoles en el Pacífico Americano, logró llevar a cabo la segunda estrategia concebida para minar el poder español en el Perú: poner informantes para que recopilen la información necesaria para asegurar el éxito de futuras expediciones de conquista.

Para 1600, gracias a una combinación de política comercial agresiva, pericial naval y armamento superior, las Provincias Unidas habían roto el monopolio portugués de las especias en el propio lugar de su origen, con el envío de quince flotas que sumaban 65 embarcaciones. Además de que la competencia entre las muchas voorcompagnies promovía el caos, exceso de burocracia y poca eficiencia para el comercio en general, el éxito de la ventura comercial en el Lejano Oriente permitió acumular suficiente capital para establecer, el 20 de marzo de 1602, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC por sus siglas en holandés<sup>7</sup>) constituida sobre la base compartida de capitales estatales y privados, y veintiún años de exclusividad para colonizar y comerciar con Asia, concedidos por el gobierno de las Provincias Unidas, lo que suponía “...el monopolio del comercio con todas las tierras situadas al este del cabo de

---

<sup>7</sup> Los ingleses y franceses coincidieron en la creación de compañías mercantiles similares, aunque ninguna tan exitosa como la VOC. Así, en 1600 se creó en Londres la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que existió hasta 1858. Francia constituyó su compañía más tardíamente, en 1664 (Valladares 2021).



Buena Esperanza...”, con enormes poderes comerciales, militares (como la autoridad para declarar la guerra y firmar la paz) y políticos (como la potestad para concertar alianzas), “...aunque bajo la supervisión de los Estados Generales que, además, se reservaban el derecho de revisar (esto es, limitar o revocar) esta cláusula” (Valladares 2021). Su capital corporativo se dividía en acciones establecidas en la Bolsa de Ámsterdam, una de las más antiguas de Europa, “...por lo que tenía la ventaja de tener un capital constante, por lo que algunos expertos ya la consideran como un antecedente del sistema de organización empresarial capitalista...” (Valladares 2021). Llegó a tener 80.000 empleados entre civiles, que sumaban el 62.5 por ciento, marinos (el veinticinco por ciento) y militares (el 12.5 por ciento). Es notable que “en todo momento se recordaba que el objetivo primordial de la compañía consistiría en favorecer el comercio de los súbditos de la República y en hacer la guerra a los hispanoportugueses” (Valladares 2021). En este contexto, a través de sus relaciones familiares con los sefarditas establecidos en las Provincias Unidas tras las expulsiones de España y Portugal, los judaizantes del Nuevo Mundo establecieron lucrativas relaciones comerciales clandestinas con ésta y otras compañías mercantiles.

Entre otras facultades, en el marco del conflicto, la VOC también auspició la guerra de corso, una forma de piratería amparada en la legislación, que permitía aumentar el poder y alcance de la armada nacional, contratando y armando naves y tripulaciones privadas, cuyas acciones estaban amparadas en documentos llamados patentes de corso. La modalidad de otorgar estatus jurídico a compañías que realizaban “piratería corporativa”, permitió al gobierno de las Provincias Unidas mantenerse convenientemente al margen de las responsabilidades legales derivadas de actividades cuestionables, pero, a la vez, participar de sus beneficios económicos. La VOC llegó a tener un grado importante de autonomía e influencia política, traducidas en la facultad para fundar factorías y colonias en los territorios conquistados, donde nombró autoridades y ejerció poderes legislativo y judicial, resultando que “...estas Compañías casi actuaban como estados independientes (por ejemplo, concedían préstamos a los Estados)” (Valladares 2021).



Las colonias de Portugal, el más débil de los imperios ultramarinos, se convirtieron en el objetivo estratégico de las Provincias Unidas, que se plantearon y consiguieron desplazar y suplantar la presencia colonial y comercial portuguesa en el Lejano Oriente. En efecto, a través de la VOC, las Provincias Unidas construyeron su imperio en el Lejano Oriente, apoderándose por la fuerza de colonias establecidas por los portugueses desde principios del siglo XVI. El cabo de Buena Esperanza, paso obligado entre los océanos Atlántico e Índico, figura entre los primeros lugares ocupados por la VOC, que fundó un puerto estratégico como punto medio de abastecimiento en el largo viaje entre las Provincias Unidas y el Lejano Oriente. La colonia fue creciendo de forma sostenida con inmigrantes neerlandeses y alemanes (ancestros de los bóeres o afrikáners) y, para 1652, ciudad del Cabo era un próspero asentamiento. La isla de Ambon en las Molucas (Indonesia), que era base de operaciones del comercio de especias portugués desde 1575, les fue arrebatada por una flota neerlandesa en 1605, año en que comenzó la colonización efectiva del territorio por los neerlandeses, que en 1619 fundaron Batavia (hoy Yakarta, capital de Indonesia). Hacia finales del siglo XVII controlaban los principales puertos del archipiélago. Luego pusieron sus ojos en la isla de Taiwán (llamada Formosa -o Hermosa- por los portugueses), importante como fuente de arroz, azúcar y pieles de ciervo, y un punto de comercio con los mercaderes de la dinastía Ming que reinaba en China, a quienes compraban seda para revenderla en el Japón. En 1624 fundaron una base, llamada Fort Zeeland, en la costa sur, aunque los españoles lograron controlar el norte desde 1626, hasta que los neerlandeses los expulsaron definitivamente en 1642. Formosa se convirtió en un centro tan importante y poderoso para los neerlandeses que, desde ahí, en 1646, enviaron una flota para intentar tomar Manila en las Filipinas, que pertenecían a España desde 1565, y expulsar definitivamente a los españoles del Lejano Oriente. Pero perdieron la batalla y abandonaron futuros intentos de capturar ese archipiélago<sup>8</sup> (Boxer 1988: 28).

La isla de Ceilán (hoy Sri Lanka), fuente de canela y marfil, estuvo bajo influencia portuguesa desde 1505. Portugal controló las costas, pero no pudo colonizar el interior.

---

<sup>8</sup> Las Provincias Unidas controlaron Taiwán hasta 1662, cuando perdieron la isla frente a una enorme armada china comandada por el almirante Cheng Chenggong, llamado “pirata Koxinga” por sus enemigos europeos (Boxer 1988: 162).

Los budistas, hindúes y musulmanes desarrollaron animosidad hacia los portugueses cuando intentaron convertirlos al cristianismo. Mientras tanto, los barcos neerlandeses empezaron a llegar en 1602 y sus tripulantes demostraron tolerancia religiosa, mucho interés en el comercio y muy poco en convertir a los habitantes. Desde 1636 fueron invitados por los gobernantes locales, que querían comerciar sin cristianizarse, y los ayudaron en la lucha por expulsar a los portugueses, cosa que consiguieron en 1658. Desde entonces, la isla, ubicada en la mitad del trayecto entre Sudáfrica e Indonesia, se convirtió en punto neurálgico del circuito comercial neerlandés (Boxer 1988: 116-117). Desde Goa en la India, que era colonia portuguesa desde 1510, los portugueses conquistaron Malaca, ubicada en la costa occidental de Malasia, un año después. En 1606 la VOC lanzó el primero de sus numerosos intentos por arrebatar el enclave a Portugal, que finalmente dio fruto en 1641, cuando logró expulsar definitivamente a los portugueses del Lejano Oriente. Como resultado de esta exitosa campaña militar, el centro del comercio de especias se trasladó de Lisboa a Ámsterdam, y, gracias a ello, los embargos y prohibiciones de comercio entre las provincias rebeldes y la península Ibérica dejaron de surtir el efecto previsto de dañar el comercio general de las Provincias Unidas. Japón, uno de los imperios más celosos y herméticos de la Historia, autorizó el comercio con las Provincias Unidas desde 1609 hasta 1641 en la isla de Hirado. Luego les concedió monopolio comercial en la isla artificial de Dejima, frente a Nagasaki, siendo los neerlandeses, hasta 1853, los únicos europeos autorizados para comerciar con el Imperio del Sol Naciente. Este lucrativo comercio incluyó la seda, azúcar, pieles de ciervo y de tiburón, paños de lana y cristalería europea (Boxer 1988: 267). En conclusión, la VOC resultó tan eficiente que, en pocos años, desplazó a los hispanoportugueses, convirtiendo a las Provincias Unidas en el nuevo monopolista del comercio global de especias. En el hemisferio occidental, las Provincias Unidas no se iban a quedar fuera del reparto del continente americano y, pisando los talones de los ingleses, para inicios del siglo XVII exploraban la costa septentrional atlántica de los actuales Estados Unidos. En 1614, a orillas del río Hudson, establecieron un asentamiento llamado Fort Nassau, que abandonaron después de tres años por las frecuentes inundaciones y mal clima.

El 9 de marzo de 1609 el Imperio Español y las Provincias Unidas pactaron una tregua de doce años en la agotadora guerra que llevaban adelante desde 1580. El artículo IV

reconoció el derecho neerlandés a comerciar con los puertos de la península Ibérica, pero no con los ubicados más allá de la línea del tratado de Tordesillas<sup>9</sup>, para lo cual se requería consentimiento expreso del monarca español, anotándose que la reserva no tendría vigor para los países que se lo quieran permitir, aún fuera de esos límites. Para 1614 gobernaban en ambos reinos los partidarios de la paz, pero esto no implicó que “hubiera paz más allá de la línea”. Mientras que España bajó la guardia frente a los potenciales ataques neerlandeses, éstos, siguiendo la doctrina de Hugo Grocio, interpretaron el artículo como “libertad de comercio”, es decir, como mejor convenía a sus propósitos de conquista en las Indias Occidentales. Amparados en esto, continuaron su contrabando en el Caribe y proyectaron una nueva y mejor equipada expedición al Pacífico a cargo de Joris Van Spilbergen, valiéndose de la información proporcionada por los corsarios ingleses, dos expediciones neerlandesas anteriores y la red de espías que operaba en el Virreinato Peruano desde fines del siglo XVI (Lucena 1992: 19, 127).

Apenas expiró la tregua de doce años (1609-1621) en la guerra hispano-neerlandesa, los éxitos de la VOC inspiraron la creación, en 1621, de otra sociedad mixta: la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (WIC, por sus siglas en holandés) con una directiva de diecinueve miembros conocidos como los “Hereen XIX” (Diecinueve Señores) y cinco oficinas ubicadas en Amsterdam, Róterdam, Middelburg, Hoorn y Groninga. Algunos de los comerciantes más importantes de las Provincias Unidas se unieron a la compañía, “...junto con muchos otros mercaderes menores que acudieron a la llamada de la nueva empresa con más fervor que dinero...” (Valladares 2021). Además, “ciudades como Leiden, célebres por su calvinismo militante, se movilizaron a este efecto con un gran éxito, asegurando a sus habitantes que había llegado la hora de acabar con el papismo en la América española” (Valladares 2021). Lo mismo sucedió en Utrecht, Dordrecht, Haarlem, Deventer, Arnhem y Groninga. Según Valladares,

---

<sup>9</sup> El Tratado de Tordesillas fue un compromiso suscrito en 1494 entre los Reyes Católicos de España y Juan II de Portugal, que estableció un reparto de las zonas de navegación y conquista del Atlántico y América a partir de una línea ficticia situada a 370 leguas (cada legua equivalente a unos 5.555 metros) al oeste del archipiélago de Cabo Verde, para evitar conflictos de intereses entre España y Portugal, garantizando las Antillas para los españoles y la ruta del cabo de Buena Esperanza para los portugueses (Boorstin 1983: 178).

El resultado se materializó en que la Compañía (...) logró hacerse con un capital de siete millones de florines, de los que sólo un veinte por ciento procedía de los regentes de Ámsterdam. No obstante, como una gran cantidad del capital de otras provincias se canalizó a través de la cámara de Ámsterdam, de nuevo resultó ser la provincia de Holanda la principal beneficiaria a la hora de repartir el control sobre la nueva compañía (...). En la cima, eran los propios Estados Generales los que supervisaban la actuación de la Compañía y votaban un subsidio anual de un millón de florines y varios buques de guerra en caso de necesidad (Valladares 2021).

En consonancia con los esfuerzos coloniales oficiales en el Sur de Chile desde fines del siglo XVI, la WIC tenía instrucciones “para hacer contratos, acuerdos y alianzas con los príncipes y nativos de las tierras” (Schmidt 1999: 445). Pese a que la WIC se orientó más hacia las acciones corsarias, “persistió en otros círculos la noción más idealista de que los indios esperaban pacientemente la llegada de sus ‘libertadores’ del norte, y que una alianza neerlandesa-americana desharía rápidamente un siglo de hegemonía de los Habsburgo” (Schmidt: 1999: 451).

Una de las primeras acciones de la WIC, en 1624, fue reestablecer la colonia del río Hudson con el nombre de Fort Orange<sup>10</sup>. Y al año siguiente fundó la colonia de Nueva Ámsterdam en la isla de Manhattan (la actual ciudad de Nueva York). En 1655 la colonia alcanzó su máxima extensión al absorber el asentamiento sueco de Fort Christina. La WIC también buscó crear bases permanentes en el Caribe, y envió varias expediciones que lograron apropiarse de las islas de Curazao en 1634, Aruba, Bonaire y San Eustaquio en 1636, Saba en 1640 y la mitad de San Martín, compartida con Francia desde 1648. Desde principios del siglo XVII, siguiendo la estela de ingleses y franceses, los neerlandeses exploraron la costa norte de Sudamérica, hasta que en 1616 la VOC estableció la primera fortaleza en Surinam. Disputaron el territorio con Inglaterra hasta 1667 cuando, como resultado del tratado de Breda, posterior a la segunda guerra angloholandesa, los ingleses cambiaron Surinam por Nueva Ámsterdam, que los neerlandeses recuperaron brevemente en 1673, para perderla definitivamente al año

---

<sup>10</sup> En la actualidad, la ciudad de Albany, capital del estado de Nueva York, se asienta en el mismo lugar donde los neerlandeses establecieron Fort Orange (Boxer 1988).

siguiente. Desde entonces Surinam fue colonia indisputable de las Provincia Unidas (Boxer 1988: 256).

En su afán por suplantar al Imperio Portugués en todas las latitudes, las Provincias Unidas pusieron sus ojos en el Brasil. En efecto, la WIC surgió en un contexto de particular belicismo anti hispanoportugués, generado a lo largo de la tregua, cuando tomaron cuerpo las ideas de Willem Usselinx, que, con la experiencia de las exitosas actuaciones de la VOC contra Portugal en el Lejano Oriente, arrastró y animó a las Provincias Unidas a la conquista del Brasil, un proyecto especialmente promovido por la comunidad sefardita de Ámsterdam, conformada por expulsos de Portugal. En 1624, con el objetivo de establecer plantaciones de caña de azúcar, producto cuyo acceso les fue vedado en el mercado europeo por los embargos de Felipe II, y abastecerlas con esclavos africanos, una flota neerlandesa de la WIC se apoderó de Salvador de Bahía, al nordeste del Brasil, con una armada compuesta de 66 barcos y 7.280 hombres comandada por Jacob Willkens y Piet Heyn, al costo de unos dos millones y medio de florines. Sin embargo, la colonia duró apenas un año, pues Felipe IV dispuso la inmediata recuperación de la plaza, y, al año siguiente se organizaron dos armadas, una portuguesa y una española, con un total de 63 barcos, 945 cañones, 3.200 marineros y 7.500 soldados bajo el mando de Fadrique de Toledo, que recuperó la ciudad y expulsó a los neerlandeses en mayo de 1625 (Lucena 1992: 136). Pero la WIC no se dio por vencida y envió una nueva escuadra en 1627, que no logró capturar Bahía, pero se hizo con la flota portuguesa anclada en la rada. En 1628 la WIC se apoderó de la isla de Fernando de Noroña. En 1630 una armada de más de sesenta barcos y unos 7.000 tripulantes capturó Olinda y Recife, y en los once años siguientes la WIC avanzó hasta conquistar toda la capitanía de Pernambuco. De manera que los objetivos principales declarados de la WIC incluyeron el comercio (principalmente de esclavos), la guerra de corso y la instauración de colonias como Recife, conquistada en 1630 y Curazao cuatro años más tarde: "...la conquista en 1634 de la isla de Curazao, en el Caribe venezolano, reforzó la penetración de la Compañía. Más de 23.000 esclavos africanos cruzaron el Atlántico a bordo de navíos holandeses con destino al Brasil entre 1636 y 1645, año este último del verdadero cénit para la WIC" (Valladares 2021). El comercio neerlandés se fortaleció cada vez más gracias a la progresiva consolidación de su imperio colonial transoceánico administrado por sus dos exitosas compañías internacionales: la VOC y la

WIC. A pesar de sus éxitos, los resultados comerciales de la WIC en el largo plazo no lograron satisfacer las expectativas de sus inversionistas:

...un largo proceso de destrucción e incertidumbres se prolongó hasta la derrota holandesa de 1654 y la consiguiente retirada (...) del Brasil. Entre tanto, las acciones de la WIC no pudieron evitar un descenso irreparable en el mercado de Ámsterdam. No faltaron intentos de conquistar enclaves en Chile, que fracasaron. En 1648 una expedición brasileña comandada por el gobernador de Río de Janeiro (...) recuperó el puerto esclavista de Angola, durísimo golpe para el control de la trata africana. Obviamente, los hechos explicitan la nula ventaja que la Compañía obtuvo en el Atlántico de la revuelta independentista de Portugal contra España en 1640 (Valladares 2021).

En efecto, los portugueses comenzaron a presionar para recuperar sus territorios, y en 1649 lograron derrotar a la WIC por primera vez y hacerla retroceder hasta que, para 1654, habían recuperado todo el Brasil y expulsado a los súbditos neerlandeses, que en buen número poblaron Surinam (Boxer 1988: 98-99). El historiador León Gómez Rivas resume así las actividades históricas más importantes de la WIC:

...la primera ofensiva holandesa fue un fallido ataque al puerto del Callao, en el Perú (1624), y la ocupación de Bahía, capital del Brasil, durante casi un año (1625). Más duradera fue la conquista de Pernambuco (Recife) en 1630, que no sería recuperada por los portugueses -separados ya de la Corona de Castilla- hasta 1649. Durante esos casi veinte años, Holanda desarrolló un provechoso comercio basado en el azúcar brasileño y los esclavos de Angola (colonia también arrebatada a Portugal). Incluso enviaron como gobernador del Brasil al conde Mauricio de Nassau, sobrino-nieto de Guillermo de Orange. Sin embargo, el alto coste económico que suponía mantener una flota de guerra, junto a la victoriosa resistencia militar de los portugueses sellaron el destino del Brasil holandés, que a su vez provocó la pérdida de Angola (Gómez Rivas 2005: 143).

## **El proyecto de conquista del Perú**

El argumento de esta sección, conectado con la anterior, es que las compañías neerlandesas organizaron seis expediciones que la historiografía (Barros 1885, Bradley 1989 y 2008, Burney 1806, Callander 1866-1868, Clayton 1973, Gerhard 1990, etc.) han tratado como de piratería, cuando en realidad fueron empresas de conquista que buscaron ocupar espacios en el Pacífico Americano donde la presencia europea fuera escasa o nula, y fijaron su objetivo especialmente en el sur de Chile. La sección para revista de forma general a todas las expediciones con el objetivo de conocer sus rasgos generales: el número de barcos, tamaño y potencia de fuego, el número de tripulantes, los comandantes y sus logros y fracasos en la empresa conquistadora.

La entronización de Felipe II como rey de Portugal en 1580 sumó las colonias portuguesas a los reinos controlados por los Habsburgo españoles, aumentando exponencialmente el poderío de su imperio ultramarino. Mientras tanto, los neerlandeses, que avanzaban en la conquista y sustitución de Portugal como potencia colonial del Lejano Oriente desde 1595, y controlaban el comercio global de las especias, no iban a dejar de lado la costa pacífica de Sudamérica. En efecto, buscaron conquistar aquellos territorios en América donde la soberanía española era nominal o estaba en disputa, especialmente el sur de Chile. Con ese propósito, siguieron la estela de los corsarios ingleses de la época isabelina, que señalaron la ruta entre el Atlántico y el Pacífico. Pero, además, consiguieron el apoyo decisivo de Inglaterra, que les cedió los pilotos y otros navegantes experimentados por haber recorrido las costas sudamericanas del Pacífico con Francis Drake (1577-1580) y Thomas Cavendish (1586-1588) (Bradley 1989: 13).

La “gran ofensiva” para conquistar el Pacífico Americano se produjo durante 45 años entre 1598, cuando la compañía Magallánica lanzó su flota, y 1643, cuando la escuadra de Hendrick Bouwer y Elías Harekemans, renunció al proyecto de conquistar Valdivia. Aunque la ofensiva concluyó formalmente con la firma de los tratados que conforman la Paz de Westfalia, suscritos entre enero y octubre de 1648, que implicaron el fin de la guerra de Ochenta Años con el reconocimiento formal por parte del Imperio Español de



la independencia, existencia y soberanía de las Provincias Unidas, que hasta las firmas de los acuerdos fue solamente de facto (Boxer 1977). La ofensiva, que formó parte del proyecto global de construcción del imperio ultramarino neerlandés, contó con seis expediciones, dos mayores y cuatro menores (definidas así en función de sus tamaños), con unos 33 barcos, potencia de fuego de 751 cañones y un total de unos 3.750 hombres.

La primera, mencionada en el apartado precedente y anterior a la fundación de la VOC, navegó entre 1598 y 1601, fue comandada por Jacob Mahu y Simón Cordes. La segunda tenía dos coincidencias con la precedente: estaba patrocinada por una compañía privada formada en 1598 por los mercaderes Pieter Van Beveren, Huyg Gerritsz Van Der Buys y Jan Benning, y zarpó de Goree, apenas dos meses y diecisiete días después, el 13 de septiembre de 1598. Fue capitaneada por Oliver Van Noort, un antiguo tabernero de Utrecht no exento de excentricidad, pues “desfiló con su tripulación a través de Rotterdam en trajes de payaso justo antes de zarpar para dar la vuelta al mundo” (Goslinga 1971/2017: 23). Tenía cuatro naves de mediano tamaño: Hendrick Frederick de 350 toneladas, al mando del vicealmirante Pieter Esaisz de Lint, Mauritius de 250 toneladas y veinticuatro cañones, Hoop (Esperanza) y Eendracht (Concordia) de cincuenta toneladas cada uno, con una tripulación total de 248 hombres y unos 130 cañones (Bradley 2008: 18).

Luego de depredar las costas chilenas, Van Noort cruzó el Pacífico y llegó a Filipinas el 15 de octubre. Fue el primer neerlandés que retó de forma efectiva la hegemonía española del Pacífico, atacando puertos importantes en ambos extremos: Valparaíso y Manila. Bloqueó el segundo y, con el objetivo de obligar a los españoles, capturó varios mercantes. El gobernador Francisco Tello de Guzmán despachó una escuadra al mando del Dr. Antonio de Morga, futuro presidente de la Audiencia de Quito. El combate de Cavite del 14 de diciembre de 1600 resultó en un empate técnico, pues Morga se hundió con su galeón San Diego, mientras que Van Noort perdió el Eendracht, cuyos tripulantes fueron ejecutados por “piratas y rebeldes”. Van Noort escapó a Borneo, donde llegó el 26 de diciembre, en el Mauritius. Pasó por la base neerlandesa de Java, cruzó el cabo de Buena Esperanza, atravesó el Atlántico con una



escala de reabastecimiento en la isla de Santa Helena y ancló en Rotterdam el 26 de agosto de 1601 con 65 hombres. Trajo gloria a su país como el primer neerlandés en circunnavegar el mundo, y el cuarto en hacerlo, luego del español Elcano y los ingleses Drake y Cavendish.

La tercera, que navegó entre 1615 y 1616, fue auspiciada por una empresa privada llamada Compañía Austral, cuyos accionistas principales eran el comerciante valón Isaac Le Maire, Pieter y Jan Clements Kies y Jan Janszon Molenwerf. Como antecedente del viaje, por 1615 Isaac Le Maire solicitó al gobernante neerlandés Johan Van Oldenbarnevelt “que infestara toda la costa del Perú” (refiriéndose a la parte occidental de Sudamérica) para establecer allí una liga contra España. Cuando Oldenbarnevelt no hizo nada, Le Maire organizó y financió su propia expedición, a la que envió a su hijo Jacques junto con el veterano de tres viajes al Oriente Willem Corneliszoon Schouten (Schmidt 1999: 462). Tenía dos barcos menores: Eendracht (Concordia), de unas 180 toneladas y 19 cañones, y Hoon, de unas 56 toneladas y ocho cañones, con 87 tripulantes y su objetivo, que logró al descubrir el cabo de Hornos, fue encontrar una ruta más práctica y efectiva que el estrecho de Magallanes por el extremo austral de Sudamérica, abriendo a sus sucesores las puertas del Pacífico de par en par (Mercado 1985: 41-42).

Pero las mayores fueron la cuarta de Joris Van Spilbergen (1614-1617), y la quinta, de Armada de Nassau (1623-1625), ambas auspiciadas por la VOC y comparativamente las más grandes y mejor organizadas de cuantas se aventuraron en el Mar del Sur durante todo el periodo hispánico, incluidas las auspiciadas por ingleses y franceses (Bradley 2008). Sin embargo, los logros de ambas, comparados con los enormes objetivos de conquista y comercio que se trazaron, fueron escasos, por no decir efímeros. Y lo fueron también si se los contrasta con los de piratas y bucaneros menos dotados del armamento, los recursos y auspicios que tuvieron estas dos imponentes flotas (Lohmann 1975; Bradley 2008). La flota de Spilbergen, organizada en los primeros meses de 1614, estaba compuesta por seis navíos, dos mayores: Groote Sonne (Gran Sol) y Groote Manne (Gran Luna) de seiscientas toneladas y 28 cañones cada uno; dos medianos:

Morgensterre (Estrella de la Mañana) y Aeolus (Eolo<sup>11</sup>), de 350 toneladas y veinticuatro cañones cada uno, y dos menores, los yates: Meeuw (Gaviota) y Jager (Cazador), de sesenta toneladas y ocho cañones cada uno. Los cascos llevaban doble forro como protección contra la broma y otros moluscos comedores de madera, típicos de aguas tropicales. La tripulación era de más de setecientos hombres y niños, “holandeses de Nostradama (Ámsterdam), y algunos alemanes de la Alta, y otros franceses de la Rochela” (Medina 1923: 381-382, 387), pero en su mayoría de Zelanda y las islas Frisias, además de ingleses e irlandeses, 350 de los cuales eran soldados (Bradley 2008: 31). Para facilitar el desembarco, cada nao llevaba diez lanchas utilizadas como galeras, capaces de transportar entre cincuenta y sesenta hombres y montar dos o tres pequeños cañones de proa. Recordando las dificultades que tuvieron las expediciones anteriores, los armadores se aseguraron de que estuviera suficientemente abastecida con pescado seco salado, carne y galletas para tres años de viaje. Los armadores y oficiales se cuidaron de revelar el verdadero destino del viaje, pues Perú y Chile eran tremendamente impopulares en comparación con los viajes comerciales a la India y el Lejano Oriente, que permitían la posibilidad de hacer negocios (Bradley 2008: 30).

El comandante, Joris Van Spilbergen, era un veterano marino zelandés de 47 años, pues nació en 1568. Había participado en acciones corsarias en África, América y Lejano Oriente desde principios de siglo, y tuvo un papel destacado en la derrota de los españoles en la batalla de Gibraltar de 1607 (Phelan 1995/2005: 147). Spilbergen, merecidamente reputado como “el Francis Drake neerlandés” probó ser una elección acertada para dirigir la empresa, pues, al igual que el inglés, supo mantener una férrea disciplina y fue más solícito de lo usual con la salud y bienestar de la marinería. En reiteradas ocasiones, el liderazgo firme y capaz de ambos contribuyó en buena medida a superar los peligros y conflictos que surgieron en sus respectivos viajes (Phelan 1995/2005: 163). También emuló las estrategias diplomáticas de Drake en cuanto al tipo de floridos espectáculos que debía poner en escena para crear la impresión de fuerza y opulencia, y aumentar el prestigio de su país en puertos extranjeros. Por ejemplo, en ocasiones importantes, toda la tripulación vestía vistosos y elegantes uniformes

---

<sup>11</sup> Dios griego de todos los vientos (<https://mitosyleyendascr.com/mitologia-griega/eolo/>) Revisado el 24/2/2023.

completos. Además, el buque insignia iba finamente amoblado y bien surtido de vino y buenas conservas, donde las cenas de los oficiales se amenizaban con orquesta y coro de marineros. Spilbergen llevaba una patente o comisión oficial de “Sus Altezas los Estados Generales y Su Principesca Excelencia” (el príncipe Mauricio de Nassau) como almirante responsable supremo, solamente limitado por un “consejo amplio” compuesto por los principales oficiales, que funcionó como tribunal de almirantazgo y con el que Spilbergen debía consultar las decisiones cruciales<sup>12</sup>. Para reflejar mayor unidad y coordinación oficial en comparación con las anteriores, financiadas con capital privado, esta empresa contó con el apoyo económico de la VOC, deseosa de ejercer su monopolio comercial y reafirmar el derecho de paso exclusivo hacia China a través de Magallanes. Sus documentos de embarque enumeran gran cantidad de mercancías que serían ofrecidos en Perú, aunque, sabiendo que los puertos españoles estarían totalmente cerrados al comercio con las Provincias Unidas, el destino final era el Asia Pacífico, donde los neerlandeses las cambiarían por productos orientales (De Villiers 1906: 11; Bradley 2008: 30-31).

La expedición formaba parte de la estrategia comercial global de la VOC que, si bien mostró renovado interés en auspiciar un viaje comercial, en realidad tenía el propósito (tanto defensivo como ofensivo) de hacer sentir a los españoles su presencia en ambos extremos de su *mare clausum*. En efecto, basados en la doctrina de «*mare liberum*» de Hugo Grocio, interpretaron las cláusulas de la tregua de la manera más favorable a sus intereses comerciales. Consecuentemente, en franco desacato a la tregua, el 8 de agosto de 1614 zarpó de Texel (puerto cercano a Ámsterdam) la “misión comercial” de

---

<sup>12</sup> Las principales fuentes de esta expedición incluyen el vital diario oficial neerlandés de Spilbergen traducido del holandés por Jacob de Villiers en 1906 de la narrativa original publicada en Leiden en 1619 con el título: *Nieuwe oost ende West Indische Navigatien*. Además, hay versiones no oficiales de los objetivos y experiencias en las declaraciones hechas ante funcionarios españoles en Perú por cuatro hombres: dos alemanes que abandonaron la flota en el puerto chileno de Papudo llamados Andreas Heinrich y Philip Hansen. Un tercer desertor, el francés Nicolas de la Porta, se deslizó a tierra en el puerto peruano de Huarmey. Estos personajes fueron catalogados en su momento como espías y procesados por la Inquisición limeña. Asimismo, Guillermo Lohmann señaló reideramente que las “deserciones” en realidad fueron planificadas por los armadores y comandantes de la flota, y sugirió que los tres tenían intenciones de operar como espías y comunicarse con otros previamente establecidos en el Virreinato (Lohmann 1964: 37; 1975: 448-491). El último testigo, Francisco de Lima, madrileño, fue prisionero de los neerlandeses desde el 26 de enero de 1615, cuando el barco en que viajaba desde Angola cargado de esclavos, fue interceptado cerca de Sao Vicente en la costa brasileña (Bradley 2008: 29).

Spilbergen. Luego de nueve meses, el 6 de mayo de 1615, entró en el Pacífico estableciendo el récord de cruzar el estrecho en sólo 34 días. Cuando la tripulación supo que iban a Chile hubo descontentos e indisciplina, y, aunque llevaban abundantes provisiones, no bastó para eliminar los problemas derivados de las deficiencias dietéticas de los tripulantes (como los brotes de escorbuto) ni disminuyeron los brotes de sedición (Bradley 2008: 30). Sin embargo, llegó en mucho mejor estado que las flotas anteriores, pues, para no cometer los errores del pasado, contaba con información proporcionada por espías y la experiencia y conocimientos adquiridos de los predecesores (Bradley 2008: 31). En cada una de las cuatro naos principales iba un piloto, incluyendo ingleses veteranos de las expediciones de Drake y Cavendish, un maestro, un capitán de soldados, un cartógrafo y varios agentes comerciales (Bradley 1989: 13, 2008: 31). El ex rehén Francisco de Lima, declaró luego, sin mencionar su nacionalidad, que eran “gente muy diestra”, que el general y almirante eran “muy grandes pilotos”, y que era evidente su conocimiento de la navegación por aguas chilenas:

...venían tan confiados como si toda su vida hubieran navegado y andado por estas partes, de modo que estando en el puerto de Concón, donde hizo quemar un navío nuestro, dijeron que no les daba pena no tomar allí agua, que adelante tres leguas la tomarían, y fueron a tomarla siete leguas de allí, al Papudo, con la certidumbre que si fueran naturales de la tierra... (Medina 1923: 383).

La flota pasó por la isla Mocha el 25 de agosto de 1615, asaltó Santa María el 1 de junio, pasó por Concepción el 3, atacó Valparaíso el 11 y 12 del mismo mes, y pasó brevemente por Arica el 2 de julio. En todo lugar, Spilbergen supuestamente intentó, en principio, comerciar, pero finalmente navegó en actitud abiertamente bélica hacia España. Siguiendo el ejemplo dejado por Van Noort, combatió a ambos lados del Pacífico para hacer sentir la presencia neerlandesa en el mare clausum español. Sin embargo, los resultados de Spilbergen fueron al revés, pues Van Noort pirateó con éxito en las costas chilenas y eludió a la Armada del Mar del Sur, para luego lograr un modesto triunfo contra la armada española frente a Filipinas en 1600. Mientras que Spilbergen, luego de navegar impunemente las costas americanas, donde “protegió” los intereses de su país por la fuerza, repelió y tomó represalias frente a todo acto que

percibió como hostil, aniquiló a la Armada Virreinal frente al Perú, cruzó el Pacífico, en el otro extremo se agregó a otros contingentes navales para establecer una fuerza sólida, capaz de defender los asentamientos de la VOC y repeler un poderoso escuadrón hispanoportugués que se preparaba en Filipinas para expulsar a los neerlandeses de Indonesia. Al mando de esa escuadra, se enfrentó a la Armada de Filipinas con miras a desalojar a los españoles del Asia y disuadirlos de intentar lo mismo con ellos en Indonesia. Pero fue derrotado, y con ello las Filipinas se salvaron definitivamente para el Imperio Español, pero también Indonesia para los neerlandeses, resultando en un empate colonial geopolítico de los dos imperios (Phelan 1995/2005: 164-165; Bradley 2008: 30-31).

La Armada de Nassau representó el clímax de los intentos de conquista del Virreinato Peruano. Estaba compuesta por once navíos, cuatro grandes: *Ámsterdam* y *Delft* de ochocientas toneladas cada uno, 42 y cuarenta cañones, respectivamente; *Orangien* (Orange) de setecientas toneladas y veintidós cañones; *Hollandia* de seiscientas toneladas y 34 cañones y *Eendracht* (Concordia) de seiscientas toneladas y 32 cañones; cinco medianos: *Mauritius* de 560 toneladas y 32 cañones, *Arent* (Águila) de cuatrocientas toneladas y 28 cañones, *Koningh David* (Rey David) de 360 toneladas y dieciséis cañones y *Griffoen* (Grifo) de 320 toneladas y catorce cañones; y dos más pequeños: *Hoop* (Esperanza) de 260 toneladas y catorce cañones y *Haeswint* (Galgo) de sesenta toneladas y cuatro cañones. Siete se construyeron específicamente para la expedición, y se rentaron de dueños particulares los cuatro restantes. La ciudad de *Ámsterdam* aportó los navíos *Ámsterdam*, *Delft*, *Arent*, y *Haeswint*, la de *Zelanda* el *Orangien*, la de *Rotterdam* el *Hollandia*, *Mauritius* y *Hoop*, y el norte de *Holanda* el *Eendracht*, *Koningh David* y *Griffoen*. La tripulación era de 1.637 hombres, seiscientos de los cuales eran soldados (Bradley 2008: 52-53). El armamento previsto para el desembarco, rápido y eficaz combate terrestre, era impresionante. Incluía azadones y picas, cantidad de púas para estorbar la artillería enemiga, “poniéndolas en el suelo derramadas, fijas en un madero en triángulo de madera, (de forma que) una púa quede (siempre) levantada, y otro artificio en un palo de vara de alto para descarretar la artillería” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 13). Cada nave llevaba un almacén de madera que servía de trinchera portátil y, de lastre, 24 piezas de bronce en las bodegas, “armadas para campaña (...) con sus carretones armados para campear por tierra” (AGI,

Panamá 17, R.8, N.157: 13). Para ese propósito, el Hollandia también llevaba dos piezas de bronce, “de las cuales se aprovechan para ponerlas en las proas de las lanchas”, y cuatro pedreros más en cada navío (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 13). Los soldados contaban con medias picas y picas enteras, petos con espaldar, morriones, y bombas manuales, que eran “unas bolas como granadas de hierro que dándoles fuego se abren y disparan como dados”. En los dos navíos mayores iban, respectivamente, 150 y trescientos barriles de pólvora de un quintal (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 13). El comandante supremo o “general”, fue el almirante Jacques L’ Hermite (en holandés Lermetje), hugonote francés refugiado en Holanda de unos 45 años, casado y residente en Ámsterdam. Había navegado a las Indias Orientales y tenía buena reputación entre sus hombres. El segundo era el vicealmirante Geen Huygen Schapenham, soltero de unos 40 años, que también viajó a la India portuguesa (Lucena 1992: 134).

Inspirado por los triunfos de Spilbergen, el propio estatúder Mauricio de Nassau, fue el motor de la expedición, que apoyó personalmente. Dado el tamaño y proyecciones, la organización tomó seis años, desde 1618. Mientras la tregua estuvo vigente, los planes fueron provisionales, pero en las Provincias Unidas comprometieron cinco barcos y para 1622 aumentaron la oferta a seis, incluidos los dos mayores. Y en abril de 1623 el Príncipe inspeccionó personalmente la flota completamente equipada (Schmidt 1999: 452; Weststeijn 2019: 1038-1039). Costó un millón de florines recogidos por todo el país que, según el prisionero Carsten Carstens (capturado en el Callao el 12 de mayo de 1624), tuvo financiamiento mixto: capital y pertrechos del gobierno y también de muchos particulares, especialmente comerciantes (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 11). Es notable que, en esta empresa de conquista, además del financiamiento oficial, cualquier ciudadano (por más humilde que sea) podía convertirse en socio accionista, aportando capital para luego cobrar intereses de las ganancias que resultaran del viaje. En efecto, el antiguo espía Adrián Rodríguez, preguntado: “¿De dónde Holanda, siendo un país pequeño, tenía tanta gente y dinero para financiar una empresa tan costosa?”, respondió que se anunció por todo el país con pregones públicos, de forma que “el que quisiese tener parte en la Armada (...) acudiese con los dineros que tuviese (...) Cada labrador daba cuatro, diez o doce patacones o más, y al cabo de siete años se hacía la cuenta, y daban a cada uno la ganancia que le tocaba” (ANH/Inquisición 1647, 7: 8-9).

La Armada zarpó de Goree el 29 de abril de 1623. El destino de la expedición era secreto para las tropas, y, sólo cuando ya estaban en alta mar el almirante reveló que iban al Perú, provocando desanimo general, contrarrestado con la promesa de que “...los llevaba a tierra donde había mucho oro y plata, con que serían ricos...” (Insigne Victoria 1625: 2). En el Mar del Sur, recalaron primero en Juan Fernández, de donde navegaron al continente. No lograron interceptar la Armada del Mar del Sur frente a Arica con el cargamento de plata, tampoco desembarcar y marchar sobre Potosí, conforme a las instrucciones. Según Carstens, “no se les dio el tiempo lugar para ello”, y por eso avanzaron hacia el Callao “entendiendo hallar en él la dicha plata y Armada” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 18).

Luego, la Armada enrumbo al Callao con tres objetivos: un rápido desembarco, asalto y captura del puerto y la capital, captura de la nao capitana Nuestra Señora de Loreto y su cargamento de plata, y el saqueo y destrucción de todos los barcos mercantes surtos en la rada. En la práctica, sólo cumplió con el tercero (Bradley 2008: 56). En efecto, se presentó ante el Callao el 8 de mayo, intentó vanamente desembarcar para tomar el puerto y avanzar hacia Lima el 10, destruyó los barcos del puerto la madrugada del 12 y bloqueó el puerto por 98 días, casi tres meses, hasta el 14 de agosto, durante los cuales fue dueña del mar, capturando todo mercante disponible para conseguir provisiones indispensables para aliviar su crónica escasez. L’ Hermite murió el 2 de junio y lo substituyó Schapenham. Entre los hitos más notables del bloqueo, el 16 de junio remolcaron un brulote<sup>13</sup> para hacer estallar el Loreto. Pero los defensores adivinaron el plan y dispararon desde tierra, volándolo antes de alcanzar el objetivo y obligando a los tripulantes a salvarse saltando al mar.

Mientras el grueso de la Armada mantuvo el cerco, para conseguir muy necesitadas provisiones y botín a lo largo de la costa, una parte atacó Pisco el 13 y otra Guayaquil el 6 de junio (Clayton 1973: 31). Bajo el mando de Cornelis Jacobsz, cuatro navíos: Concord, David, Griffon y Greyhound zarparon el 14 de mayo hacia el sur a cumplir el

---

<sup>13</sup> Brulote. Del francés brûlot de brûler (quemar). Barco cargado de materias combustibles e inflamables, que se dirigía sobre los buques enemigos para incendiarlos (Ref.: <https://dle.rae.es/brulote> Revisado el 15/05/2024).



plan original: atacar Arica, Nazca y Pisco. Esperaban encontrar Arica vulnerable, cosa que era cierta porque el corregidor carecía de armas y contaba apenas con una fortificación de adobe medio descompuesta, donde puso cuatro cañones. Pero los neerlandeses se asustaron al ver movimientos defensivos en la costa (Bradley 2008: 58-59). Luego llegaron a Pisco, donde las autoridades, advertidas del ataque, ocultaron los barcos tras de un peñón en la ensenada de la Laguna. Los neerlandeses los descubrieron, capturaron diecisiete junto con sus cargamentos de vino, harina y diversas mercaderías, y destruyeron varios. Trescientos cincuenta soldados trataron de desembarcar, pero la resistencia fue tenaz y efectiva y, luego de varios intentos, se retiraron con cinco muertos, dieciséis heridos, trece desertores y un barco menos, y la desmoralizada tropa de Jacobsz volvió al Callao y al soporífero bloqueo el 15 de junio (Clayton 1973: 31; Bradley 2008: 59).

Mientras tanto, el 23 de mayo unos doscientos hombres comandados por el almirante Julius Wilhelm Van Verschoor zarparon al norte en el Maurice y el Hope. El 2 de junio capturaron una barca puesta de centinela en la isla del Muerto y bloquearon el golfo de Guayaquil. A medianoche, una pequeña tropa al mando del capitán Schulte desembarcó en Puná y saqueó el poblado abandonado junto con cuatro barcos anclados, quemando uno. El botín incluyó cacao, vino, queso y galletas. Seguidamente, remontaron el río Guayas en botes y aparecieron al cabo de dos días frente a Guayaquil. El 6 de junio, luego de una breve refriega, se hicieron dueños de la ciudad, saquearon los edificios y destruyeron los astilleros con varios navíos en construcción. Para descargar su frustración, quemaron las iglesias junto con los bien surtidos almacenes portuarios que incluían textiles valorados en más de 100.000 pesos. Pero las llamas se volvieron incontrolables y tuvieron que evacuar. Perseguidos en su retirada, sufrieron algunas bajas. Según el diario oficial murieron 35 neerlandeses, aunque las estimaciones españolas más conservadoras refieren hasta 55, y varias narrativas incluso el doble, además de 30 heridos y varios desertores. Los guayaquileños muertos fueron alrededor de cien (Clayton 1973: 32). La exitosa conquista de Guayaquil pudo ser el principio de una colonia neerlandesa en el Virreinato Peruano, pero los corsarios carecían de la capacidad para retener la ciudad más que pocos días, y se retiraron dejando la mayor parte en cenizas. Con este modesto triunfo, el 5 de agosto Verschoor y su tropa volvieron al Callao, donde Schapenham y sus oficiales se rindieron a las evidencias y



levantaron el bloqueo (Bradley 2008: 59). Como su única victoria significativa fue la breve captura de Guayaquil, planificaron un segundo asalto, esta vez respaldado por toda la flota, que fondeó en Puná el 25. El 27 remontaron el río Guayas nueve lanchas y dos galeras medianas, con una fuerza de entre cuatrocientos y quinientos mosqueteros, artilleros y lanceros (Clayton 1973: 32). Esta vez los guayaquileños estaban alertas y listos para combatir a un enemigo desalentado, y, pese a que los neerlandeses duplicaron las tropas, los vecinos se defendieron con oportunos refuerzos y municiones llegados de la sierra: cincuenta arcabuceros de Quito y cien más de Chimbo y Cuenca. Luego de tres horas de sangrienta batalla, rechazaron el ataque y veintiocho neerlandeses yacían muertos en las calles (Burney 1813, t. 3: 29).

La Armada de Nassau partió hacia Nueva España, y se presentó el Acapulco el 20 octubre, donde fracasaron las negociaciones por provisiones a cambio de los rehenes que les quedaban, y por lo menos una treintena de corsarios desertaron (Bradley 2008: 63). El escuadrón se dividió: algunos barcos avanzaron al noroeste en busca del galeón de Manila, mientras el resto se quedó frente a Acapulco buscando dónde cargar agua. A mediados de noviembre la flota se reunió en Zihuantanejo y el 29 abandonaron el cerco del galeón de Manila. Una reunión del consejo resolvió poner proa a las Indias Orientales, y se adentraron en el ignoto Pacífico por la tortuosa ruta de los galeones, con la vana esperanza de topar alguno en el camino. En enero de 1625 avistaron Guam, donde trocaron objetos de hierro con muy necesitados víveres. Prosiguieron a las Molucas y anclaron en Ternate el 4 de marzo, donde la escuadra se disolvió y sus navíos fueron destinados a distintas funciones. En octubre, Hugh Schapenham se embarcó en Batavia con rumbo a Holanda, pero murió y fue sepultado en una pequeña isla, a dos leguas de Bantam, el 3 de noviembre. El barco que debía conducirlo llegó a Texel el 9 de julio de 1626 y el Concordia con el autor del diario llegó a Holanda el 9 de junio del mismo año (Callander 1766/1768: 327; Burney 1816, t. 3: 32-36; Bradley 2008: 63).

La sexta y última expedición, auspiciada por la WIC y el gobernador neerlandés del Brasil Juan Mauricio de Nassau, comandada por Hendrik Brouwer y Elías Herckmans y ocurrida entre 1642 y 1643, contaba con cinco navíos: Amsterdam y Vlissingen, con treinta cañones cada uno, Eendracht (Concordia), con veinticuatro cañones, Dolphin con

seis cañones y Orangie-boom (Naranjo), tripulados por unos seiscientos hombres, 350 de los cuales eran soldados de las guarniciones del Brasil<sup>14</sup> (Bradley 2008: 75). Las armadas de Spilbergen y Nassau están en la mitad cronológica de las seis expediciones, con las dos que les precedieron entre 1598 y 1601, la de Schouten y Lemaire (cuasi paralela a la de Spilbergen) en 1616, y la de Brouwer y Herckmans 1643, que implicó la última tentativa de conquistar territorios en el Virreinato Peruano. Por lo tanto, en el marco de la guerra de los Ochenta Años, las seis expediciones, en su conjunto, fueron la parte que correspondió al Pacífico Americano de la estrategia geopolítica global neerlandesa de creación de un proyecto hegemónico de expansión a partir de la revuelta de 1568, y posterior consolidación imperial.

## **Capítulo 1. Los neerlandeses y los indios**

El argumento de esta sección es que el proyecto neerlandés de conquista del Perú era imposible sin el apoyo de las poblaciones de indios, como se probó en Sri Lanka e Indonesia, donde lograron arrebatar con éxito esas colonias a Portugal gracias al respaldo de las poblaciones locales que vieron con buenos ojos las posibilidades comerciales planteadas por las Provincias Unidas, que además les permitían mantener su cultura y religión, a diferencia de los portugueses, que pretendieron cristianizarlos. Los neerlandeses vieron a los indios de la Araucanía chilena, en guerra permanente con los españoles, como unos aliados ideales, y concibieron la idea de una alianza basada en la hermandad de causa que implicaba la lucha contra el enemigo común: el Imperio Español.

### **1.1. Los intentos de alianza con los indios**

En el contexto de la guerra de los Ochenta Años y simultánea expansión de su imperio, la primera estrategia que las Provincias Unidas concibieron para lograr conquistas en el

---

<sup>14</sup> Lamentablemente las fuentes no proporcionan el tonelaje de las naves (Mercado 1985: 46-50 y Bradley 2008: 75).

Virreinato Peruano fue buscar una alianza sólida y de largo plazo con las comunidades de indios, indispensable para establecer y consolidar una eventual colonia. En efecto, la experiencia adquirida en conquistas contemporáneas en Indonesia y Ceilán, donde sustituyeron a Portugal como potencia colonial, demostró que ningún proyecto de conquista tendría éxito sin el apoyo y complicidad de las poblaciones indígenas. Sin respaldo local resultaba muy difícil (sino imposible) arrebatarle territorios a otra potencia colonial como España, así sea en espacios donde su presencia era débil. Bajo el supuesto de que los indios americanos les ayudarían contra los españoles como hicieron los indonesios y esrilanqueses contra los portugueses, los neerlandeses buscaron aliados locales en el Virreinato Peruano. Reconocieron que el aislamiento geográfico y escasa población española en la Patagonia, especialmente el área ubicada entre el extremo sur de Chile y la isla Grande de Chiloé, favorecían sus intereses geopolíticos y comerciales, pues la presencia permanente de españoles databa de 1567, apenas una generación. Además, desde la conquista, era permanente el estado de guerra entre las diversas tribus mapuches que resistían fieramente la dominación española en defensa de sus territorios, independencia, formas de vida tradicionales y soberanía. En efecto, estos indios se destacaban de otros en el Virreinato por su falta de sumisión, y esto hacía de la Patagonia la frontera imperial en Sudamérica, donde la soberanía europea era poco más que nominal.

En el tema de la dinámica oscilante de relaciones entre neerlandeses e indios en Chile y Perú, destaca el artículo: “Aliados exóticos: el encuentro chileno-neerlandés y la conquista (fallida) de América” (1999) de Benjamín Schmidt, que explica cómo, desde el imaginario neerlandés de fines del siglo XVI, comenzó a desarrollarse un marco discursivo en torno a la idea de que los indios sudamericanos eran sus “hermanos” en el sufrimiento y la opresión que ambos pueblos padecían en manos del Imperio Español, y de ahí el proyecto de forjar una alianza antiespañola que, en conjunto con las fuerzas que el gobierno de las Provincias Unidas enviaría a Chile, expulsarían a los españoles.

En el imaginario neerlandés prevalecía la idea de que el enorme esfuerzo de extraer plata descansaba sobre los hombros de los indios mitayos: “los pobres indios”, que ganaron la simpatía neerlandesa por ser víctimas de la brutal explotación española,

reflejada en el espejo de la tiranía que Felipe II y sus sucesores ejercían en las Provincias Unidas. Y esta percepción, en el marco de la rebelión, se magnificaba, en primer lugar, con la potente retórica antiespañola característica de la Leyenda Negra y, en segundo, con el ardiente discurso anticatólico que se propagó desde 1519 con la Reforma Protestante, muy popular en las Provincias Unidas. Fue así como los neerlandeses se identificaron cada vez más con los indios, subyugados en América tal como ellos en Europa, por el mismo poder opresor: el Imperio Español. Y, en el imaginario neerlandés, nacieron y se enraizaron el concepto de supuestos valores antiespañoles compartidos y el discurso de una “hermandad de causa” con los indios, magnificado por la propaganda que pintaba como épica la lucha de los hermanos chilenos, análoga a suya para liberarse del mismo yugo (Schmidt 1999: 446-447).

Según Schmidt, la selección de Chile como punto de partida para la conquista de todo el Virreinato Peruano, tiene que ver con otro elemento discursivo que se construyó en el imaginario español desde el estallido de la revuelta en las Provincias Unidas. En efecto, conforme la guerra avanzaba, “Flandes” se volvió sinónimo de conflicto prolongado que no se resuelve, y la resistencia mapuche en el sur de Chile tenía paralelo con lo que pasaba en Europa. Dado que la guerra se volvió permanente, surgió la definición de Chile como el “Flandes Indiano”, que fue tomando cuerpo en la historiografía española del siglo XVII, se extendió por toda Europa y fue asimilada en el discurso neerlandés de conquista del Perú. Pronto surgió el interés formal por una alianza efectiva con los indios en pie de guerra, para juntos expulsar a los españoles de Chile, “liberándolos” de su opresión. Si se lograba establecer un acuerdo de largo plazo y la guerra tenía éxito, el lugar que ocupaba el Imperio Español en América podía ser vaciado y reemplazado por las Provincias Unidas como nueva potencia colonial liberadora de los indios, tanto de la dominación política como de la religiosa. Este discurso se plasmó en la literatura y grabados de la época, y para fines de la década de 1590 llegó el momento de pasar a la acción, lo que implicaba llevar la guerra hasta Chile. Los planes de la primera expedición incluían el ofrecimiento de apoyo militar y protección a los indios en guerra con el enemigo común, y crear, efectivamente, un “Flandes Colonial Indiano” (Baraibar 2013). Con esas ideas, en 1598 zarpó la primera expedición neerlandesa al Pacífico (Schmidt 1999: 441-473).

## 1.2. Descripciones de los indios magallánicos

El argumento de esta sección parte de la propuesta de Schmidt (1999) que, en el artículo “Aliados exóticos...” pasa revista a la dinámica de relaciones de los neerlandeses con los indios patagónicos en busca de una alianza, sin embargo, descuida el hecho de que un pacto eventual también era posible con los indios del estrecho de Magallanes, que los españoles ya habían tratado de controlar luego de la incursión de Drake. En efecto, si los neerlandeses lograban conquistar el estrecho con apoyo de los indios hubieran puesto en jaque a los españoles. La sección explora la dinámica de las expediciones neerlandesas con los indios magallánicos y porqué no fue posible para los neerlandeses establecer relaciones perdurables con ellos, más allá de las ricas descripciones que dejaron en sus diarios, que demuestran la fascinación europea por los indios.

Este apartado explora las relaciones que los navegantes neerlandeses tuvieron con los indios de la zona del estrecho de Magallanes, cuyo apoyo era necesario para controlar los pasos estratégicos entre los océanos Atlántico y Pacífico. Quince años antes de la llegada de los neerlandeses, en 1584, luego de la incursión de Drake, Felipe II ordenó fortificar el estrecho al capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, que, con unos 350 pobladores fundó las colonias de Nombre de Dios en la desembocadura atlántica y Rey Don Felipe en la pacífica. Pero, en apenas tres años, el frío, aislamiento y falta de apoyo de los nativos terminaron con los primeros asentamientos europeos en Magallanes (Bradley 1992: 226, 232-233).

Un hecho que el artículo de Schmidt dejó de lado fue la posibilidad de pactar con los nativos del estrecho de Magallanes y cabo de Hornos, que no estaban en guerra formal con España, pero tampoco conquistados. Un acuerdo con ellos podía facilitar el control neerlandés de los estratégicos pasos entre en Atlántico y el Pacífico en beneficio del proyecto de construcción de un circuito mercantil global. Desde el viaje de Magallanes (1519-1522) los indios patagónicos estaban idealizados. En efecto, las descripciones de aquellos que vivían alrededor del estrecho y canales adyacentes eran fantásticas e irreales. No las desmintieron Drake y Cavendish, sino que, por el contrario, las adornaron con narrativas de gigantes que doblaban la estatura de los hombres normales,

eran capaces de correr como caballos y tenían huellas de dieciocho pulgadas de largo, de donde nació el apelativo de “patagones<sup>15</sup>”, generalizado para todos los indios de la zona. El popular diarista e historiador inglés Richard Haklyut (1553-1616), más preocupado por embellecer sus relatos para atraer el interés del gran público que por la verdad, copió fielmente las anotaciones de los diarios de Cavendish y otros viajeros. Aumentó así el exotismo de esas tierras lejanas y sus habitantes, añadiendo, sin fundamento, que eran antropófagos. Para fines del siglo XVI estos mitos estaban generalizados por Europa (Bradley 2008: 13).

Fueron los neerlandeses de la expedición Magallánica quienes se encargaron de desmentir las leyendas y representar a los nativos de formas más precisas para la posteridad, cuando los contactaron durante una excursión a cazar leones marinos. Dirck Gerritsz declaró que “era gente pequeña de cuerpo, vestidos de pieles”, de piel rojiza, largas cabelleras y entre diez y once pies de altura (Medina 1923: 343 y Bradley 2008: 13). Aunque Joris Van Spilbergen cayó en la misma tentación de Hackluyt y volvió a describirlos como “de gran estatura” y a llamarlos patagones, a pesar de que, mientras sus hombres recolectaban agua, madera, mariscos y bayas en la bahía Cordes, entre el 16 y el 24 de abril de 1615, estableció contacto con indios que probaron ser hombres normales, visitaron los barcos y trocaron ornamentos de concha perla con cuchillos y otros enseres europeos (Bradley 2008: 32). Pero fue Schapenham, vicealmirante de la Armada de Nassau, quien dejó las mejores imágenes narradas de estos indios. Su barco penetró el estrecho de Le Maire el 2 de febrero de 1624 y apareció el cabo de Hornos el 6 (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 15). Dobló el cabo el 15, demorando unas siete semanas más que Le Maire y Schouten, sus descubridores en 1616 (Bradley 2008: 52-53). El Orangien y otro navío anclaron en una bahía de Tierra de Fuego cerca de la entrada norte del estrecho de Le Maire, que bautizaron como “Verschoor” en honor del contralmirante. Ahí pescaron mucho con anzuelo, recolectaron los mariscos de la orilla y tuvieron su primer encuentro con nativos, de quienes adquirieron pieles de león marino (Burney 1813, t. 3: 10). El 18 anclaron en una bahía que bautizaron como “Schapenham”. Recorrieron un largo canal hacia el este, bautizaron una isla como

---

<sup>15</sup> Los viajeros de los siglos XVI y XVII confundían bajo el nombre de patagones a los Tewelche, Selk'nam, Yámana y Alak'aluf (Gallez 2007: 7).

“Terhalten” en memoria otro capitán de la escuadra, notaron que Tierra de Fuego está dividida en muchas islas y que el paso al Mar del Sur, además de Magallanes y el cabo de Hornos, era posible por varios otros canales. En definitiva, dedicaron varias semanas examinar la costa patagónica minuciosamente (Rosales 1674/1877: 73). Schapenham, en el patache Windhond, exploró del 21 al 25 de febrero la entonces desconocida bahía de Nassau y descubrió las islas Lennox y Navarino. En la costa sur de la segunda contactó con los Yámana<sup>16</sup>. Hábil observador, produjo el relato más antiguo y detallado de estos indios (Gallez 2007: 1, 10). Los describió como gente guerrera que usaba varios tipos de armas: “Unos llevan arcos y flechas con punta de piedra en forma de arpón, hechas con mucho arte. Otros se arman de largas lanzas cuya punta es un hueso filoso provisto de dientes para clavarse mejor en las carnes. Utilizan también garrotes y hondas que manejan con mucha eficacia, así como cuchillos de piedra bien afilados” (Gallez 2007: 6). Según entendió, siempre llevaban sus armas porque estaban permanentemente en guerra “...con otro clan que vive unas millas al este, en el paso Goree y cerca de la isla Terhalten. Éstos se pintan de negro, mientras los de las bahías Windhond y Schapenham se pintan de colorado” (Gallez 2007: 6). Parecían no haber visto armas europeas ni entender como funcionaban: “...no conciben que se pueda herir con una espada, y mucho menos con un mosquete, toman la espada con sus manos tan

---

<sup>16</sup> Los Yámana (llamados comúnmente yaganes) de sangre pura están extintos, y hoy sólo existen mestizos con su sangre. Eran los indios más australes del mundo, pues vivían en los canales situados entre la isla Grande de Tierra del Fuego y cabo de Hornos. La minuciosa descripción de Schapenham demuestra fascinación con ellos y cubre todos los aspectos observables de su vida, incluidos la fisonomía, pintura corporal, costumbres, casas, herramientas, y, especialmente, embarcaciones:

Sus canoas son dignas de admiración. Para construirlas, toman la corteza entera de un árbol grueso, la modelan recortando ciertas partes y volviendo a coserlas, de manera que adquiera la forma de una góndola de Venecia. La trabajan con mucho arte, colocando la corteza sobre maderos, como se hace con los barcos en los astilleros de Holanda. Una vez obtenida la forma de góndola, refuerzan la canoa cubriendo el fondo de punta a punta con palos transversales, que recubren a su vez de corteza. Luego cosen el conjunto. En estas canoas, que miden diez, doce, catorce o dieciséis pies de largo por dos de ancho, se sientan cómodamente siete u ocho hombres, y navegan tan eficazmente como lo harían en una chalupa de remos (Gallez 2007: 1, 5-6).

pronto por la hoja como por la empuñadura” (Gallez 2007: 9). Meses después, el rehén Carstens también describió a esos nativos como “gente salvaje que se sustenta de lobos marinos, los cuales comen crudos, y son gente de buena estatura, membrudos, y andan vestidos de pellejo de lobos (...) y traen por el pescuezo unos caracolillos que usan de flechas” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 15). Para su desgracia, los europeos no hallaron más alimento que moluscos adheridos a las rocas. Pero establecieron relaciones cordiales con los yaganes, que los guiaron a fuentes de agua dulce para llenar sus reservas y, de esta buena relación inicial, se planteó la posibilidad de un acuerdo. Una innovación de la Armada de Nassau con respecto a anteriores expediciones fue que llevaba cartas del príncipe Mauricio proponiendo a los indios y negros una alianza formal contra los españoles. No está claro si los yaganes recibieron alguna de estas cartas, aunque, si lo hicieron, de nada sirvió porque no leían ni hablaban castellano.

### **1.3. Ambiguas relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos**

El argumento de esta sección es que, pese a las buenas intenciones de los neerlandeses en general para establecer relaciones cordiales y, quizás, alianzas con los indios magallánicos, las relaciones que se establecieron fueron inicialmente cordiales, pero generalmente terminaron en sangre. Un aparente trato amigable inicial por parte de los indios obedeció al incentivo del trueque por bienes europeos específicos, pero cuando los neerlandeses quisieron ir más allá, los indios los atacaron y mataron. En algunos casos, los neerlandeses se vengaron, pero en todo caso quedó sentada la idea de que eran caníbales demasiado salvajes y primitivos, comparados con las civilizaciones que los neerlandeses conocieron en el Lejano Oriente, y que no era posible establecer pactos con ellos.

Las relaciones entre neerlandeses e indios magallánicos fueron siempre ambiguas. Oscilaron entre la cordialidad, cuando se trataba de intercambiar cosas necesitadas por ambas partes, y la abierta hostilidad, luego de percibir que los europeos querían algo más que el trueque. En general, los esporádicos encuentros no fueron felices. En 1600, cuando pequeñas partidas de la primera expedición desembarcaron en busca de comida



y agua, los indios los atacaron y mataron reiteradas veces. Adrián Diego<sup>17</sup>, de la tripulación del Ciervo Volador, declaró que, mientras estuvieron invernando

(a)parecieron por la costa de Chile algunos hombres salvajes y, vistos por los de la armada, echaron un batel con algunos hombres a tierra, los cuales llamaron a los dichos salvajes haciéndoles señas de paz, y no se quisieron llegar, por lo cual les tiraron con algunos mosquetes y mataron algunos. Y después, habiendo salido a pescar algunos hombres de las dichas naos, acudieron los dichos indios encubriéndose, y con dardos que tiraron (...) mataron tres holandeses e hirieron otros dos... (Medina 1923: 316).

El capitán del mismo barco, Dirck Gerritsz, añadió: "...solas dos veces vinieron naturales de la tierra, la una en canoas hasta dieciséis indios, y otros catorce en tierra, los cuales les mataron dos flamencos e hirieron otros dos con palos por haber entrado descuidados en el monte..." (Medina 1923: 343). Los neerlandeses enterraron los cadáveres en el lugar donde los encontraron solo para descubrirlos, días después, "desenterrados, mutilados, desfigurados y disparados con flechas" (Bradley 2008: 13). Esto sugiere que los indios practicaban alguna suerte de ritual purificador de la tierra, en la que no querían foráneos vivos ni sus cadáveres, y menos aún querían pactar con ellos<sup>18</sup>.

Esta vez los neerlandeses se abstuvieron de retaliaciones, pero no ocurrió lo mismo con la segunda expedición. Efectivamente, Oliver Van Noort estuvo muchísimo más lejos de lograr un acuerdo con los indios. Es más, por lo brutal de su retaliación por un ataque de los indios, ha pasado a la historia como el más cruel de los exploradores neerlandeses del Pacífico. Al igual que sus predecesores, llegó al extremo sur de América con la tripulación extenuada, enferma y carente de provisiones. Decidió no arriesgar el cruce

---

<sup>17</sup> Este personaje aquí llamado Adrián Diego, consta más comúnmente en las fuentes como Adrián Rodríguez y fue el más notorio de los espías al servicio de los Países Bajos en el Perú, que operó desde 1600 hasta 1625 cuando fue deportado a Europa, como se verá posteriormente.

<sup>18</sup> La costumbre de desenterrar y destruir cadáveres de extranjeros indeseables para que sus cuerpos no contaminen tierras americanas se repitió en 1624 con los restos de Jacques L' Hermite en la isla San Lorenzo y 1643 con los de Hendrick Brouwer en Valdivia (Bradley 2008).

de Magallanes en invierno, y esperó el paso de la estación en la boca oriental del estrecho, entre puerto Deseado y cabo de las Vírgenes. En un desembarco para buscar comida, los indios alacalufes emboscaron y mataron a dos europeos y se llevaron los cuerpos (Gallez 2007). Van Noort supuso que se los comieron y decidió vengarse. Unos días después, el 22 de noviembre de 1599, penetró el estrecho de Magallanes en su cuarto intento y llegó a las dos islas de los Pingüinos, llamadas Santa María y Santa Magdalena en las cartas españolas. Sobre la más pequeña, vieron unos cuarenta indios dedicados a sus faenas. Sin saber ni importarle si se trataba de los mismos que mataron a sus hombres, Van Noort envió dos botes con gente armada, a la que los indios hicieron señales de que se alejen y, para evitar que desembarquen por comida, les arrojaron cadáveres de pingüino. Los europeos avanzaron resueltos, mientras los indios les disparaban flechas que no surtieron efecto, antes de huir a una cueva. Desembarcaron y los siguieron hasta el refugio, donde salvajismo de Van Noort probó no tener límites, pues los rodearon y masacraron, incluyendo mujeres y niños<sup>19</sup>. Los hombres de Weert, mientras regresaban al Atlántico, encontraron por únicos sobrevivientes a una mujer herida, que huyó, y cuatro niños, a uno de los cuales llevaron a Europa y enseñaron a hablar holandés para que sirva de intérprete con sus congéneres a las futuras expediciones (Errázuriz 1881-1882, t. I: 241-242).

Quince años después, el 3 de abril de 1615, Spilbergen entró al estrecho de Magallanes (Lohmann 1975: 385). Mientras cruzaba los primeros canales, un barco desertó y los demás se separaron, para reencontrarse el 16 en bahía Cordes, donde permanecieron hasta el 24. Spilbergen festejó la reunión y agasajó a sus oficiales a bordo del Gran Sol (Bradley 2008: 32). Nuevamente las relaciones entre europeos y nativos oscilaron entre lo cordial y lo belicoso. Los indios atacaron un bote que salió en busca de provisiones y mataron dos tripulantes (Mercado 1985: 71). Spilbergen no tomó represalias, pero tampoco suscribió acuerdos. Nueve años después, a fines de febrero de 1624, la Armada de Nassau probó nuevamente que los indios magallánicos eran peligrosos, cuando una tempestad dejó aislados a unos tripulantes del Arend en la península Hardy, y, repentina

---

19 El diario de Van Noort se refiere siempre a los nativos como “salvajes”, que habrían pertenecido a la hoy extinta tribu de los yámanas (Gallez 2007).

y salvajemente, los atacaron “con palos, hondas y picas” dejando vivos sólo a dos (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 15, Gallez 2007: 6). El diario de la expedición narra los hechos:

Botes y partidas de hombres fueron enviados inmediatamente a tierra para cargar agua dulce. Al lugar acudieron algunos nativos, cuyo comportamiento parecía amistoso. El día 22 se levantó una tempestad tan repentina y violenta que los botes que cargaban el agua se vieron obligadas a volver a sus navíos, dejando atrás parte de la tripulación. El día 23, habiendo cesado el viento, se enviaron de nuevo los botes a la orilla y se reanudó el trabajo de abreviar. Pero, por la tarde, un súbito resurgimiento de la tempestad los obligó a zarpar nuevamente, y quedaron en tierra diecinueve hombres pertenecientes al navío Águila, los cuales -por la más inexplicable negligencia- estaban desprovistos de armas. Al día siguiente (el 24), habiendo mejorado el tiempo, se despacharon de nuevo los botes al sitio donde dejaron a los diecinueve hombres, pero sólo dos fueron encontrados con vida. Los nativos, al parecer sin otra razón que haber visto a los neerlandeses desprovistos de medios de defensa, los habían atacado con garrotes y hondas, y mataron a todos menos a dos, que tuvieron la suerte de ocultarse. Cinco de los cuerpos fueron encontrados cortados en cuartos y destrozados de una manera extraña. Luego de este evento, siempre se envió una guardia de soldados con cada bote, pero no se vio ni un solo nativo (Burney 1813, t. 3: 12-13).

El hecho de que los yaganes se llevaron doce cadáveres, que cortaron y mutilaron de forma particular, nuevamente sugiere que realizaban un tipo de acto ritual de purificación de la tierra, aunque para los neerlandeses “se alimentan de carne humana cruda”. Schapenham, que al principio se maravilló con los yaganes y les dedicó extensas descripciones, cambió de opinión cuando vio los cadáveres de sus tripulantes. Había tratado con nativos de India e Indonesia, cuyas culturas juzgó más civilizadas, y, horrorizado, describió a los yaganes como salvajes poco inteligentes que andaban desnudos en el intenso frío de la bahía de Nassau, parecidos “...más (a) los animales irracionales que a los seres humanos”, carentes de toda cultura, pudor y religión, “...a la vez malvados y engañadores (...) mostrando al principio mucha amistad para con el extranjero, con la intención de atacarlo y asesinarle cuando se le presente la oportunidad, como ocurrió con los diecisiete hombres de la nave Arend”. Luego del episodio, los juzgó gente demasiado primitiva como para considerar la posibilidad de una alianza (Gallez 2007: 7-9).

#### **1.4. La única alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos**

El argumento de esta sección, en diálogo con Schmidt (1999) que, en su artículo “Aliados exóticos...” señala que la alianza entre indios del sur de Chile y neerlandeses para la conquista de territorios en el Virreinato Peruano nunca se dio, es que, si hubo una alianza exitosa por medio de la cual, en 1600, el capitán Baltazar Cordes aprovechó y fue parte de la rebelión indígena de 1599 para forjar una alianza con los indios chilotas y capturar por un breve tiempo la isla de Chiloé. Los españoles recuperaron la isla, expulsaron a los neerlandeses y castigaron a los indios que les apoyaron con extrema crueldad. Todo ello provocó una dinámica entre españoles e indios que perduró por décadas, en la cual los primeros ejercieron tanto el poder blando, traducido en apoyo, como el poder duro, traducido en el miedo y los castigos. Mientras que los indios aprendieron a usar la amenaza de aliarse con los enemigos de España para conseguir dádivas de la Corona. Por otro lado, en los neerlandeses el breve triunfo de Baltazar Cordes alimentó la idea de que sí era posible lograr una alianza con los indios para conquistar el sur de Chile, y varias expediciones siguieron la estela con ese objetivo, sin lograr un triunfo como el de Cordes, que ha pasado a la historia como único.

En su artículo, Benjamín Schmidt argumenta que el esfuerzo neerlandés para establecer una alianza con los indios data de 1609, cuando la república separatista de las Provincias Unidas obtuvo la independencia de facto del gobierno de Felipe III (Schmidt 1999: 444-445). Sin embargo, la evidencia histórica prueba que datan de once años antes, cuando la primera expedición emprendió su viaje a Chile. Schmidt también plantea que la alianza nunca se dio, ignorando el hecho de que Baltazar Cordes logró un pacto con indios rebeldes y, juntos, capturaron la isla grande de Chiloé. El hecho inédito fue posible gracias a una mezcla de audacia y buena suerte, pero sobre todo porque Cordes aprovechó la conflictiva situación de la región. En efecto, en 1598, coincidiendo con la expedición, se desató una revuelta indígena generalizada, donde murió el propio gobernador de Chile, y el 24 de noviembre de 1599 las huestes mapuches destruyeron varios pueblos, masacraron a los españoles, especialmente en Valdivia, y retomaron el control de la mayor parte de la Araucanía. Desde entonces, y por los siguientes

trescientos años, España mantuvo un control débil en la región y fue incapaz de extender su soberanía al sur del río Biobío, donde el estado de guerra, sin solución viable, fue permanente. Los indios amenazaban con avanzar al norte y seguir capturando asentamientos españoles, donde los colonos vivían en creciente aislamiento y permanente tensión. El revés español fue de tal magnitud que sólo la isla grande de Chiloé permaneció bajo su control, pero aislada del Chile continental, y podía correr la misma suerte, como de hecho sucedió cuando los indios recibieron refuerzos de Baltazar Cordes (Hojman 2011: 8).

Pero antes de revisar el caso de Baltazar Cordes, conviene analizar los intentos de su hermano Simón y Gerrit Van Beuningen por establecer alianzas con los indios y fundar colonias en el sur de Chile. Simón Cordes, al mando de la Caridad, permaneció durante un mes en la inhóspita Patagonia chilena y logró establecer una dinámica de contactos amistosos con la población indígena. En el archipiélago de los Chonos fue bien recibido y trocó cascabeles por carne de cordero y papas, convenciéndose de que todos los indios patagónicos eran gente pacífica con la que podía pactar. Sin embargo, no tardó en demostrarse lo confuso de esa suposición, cuando, sin tomar muchas precauciones, envió un bote por provisiones a la punta Lavapié del golfo de Arauco. Los araucanos se congregaron en la playa y los atacaron, obligándolos a defenderse con fiereza y matar un centenar de indios antes de volver al barco a contar lo sucedido. Después de la emboscada, Cordes cambió de opinión sobre sus aliados en potencia, se volvió desconfiado y furioso con los “perros indianos”. Abandonó el proyecto de pactar con ellos, y más bien se concentró en intentar relacionarse con los españoles. Con ese propósito avanzó a la isla Santa María, donde permaneció por un mes a la espera de los demás barcos. Ahí entró en contacto con españoles, dos subieron a bordo y recorrieron el navío, pero, cuando quisieron ir a tierra, se los impidió pretextando que subieron sin la debida autorización. En realidad, estaba muy necesitado de provisiones, y “la liberación de los españoles se dio por el precio de algunas ovejas y vacas” (Burney 1806, t. 2: 193-194). Antonio Recio, emisario e informante del gobernador de Chile, Francisco de Quiñones, pidió permiso para visitar las naves, “pero no subió a bordo sin alguna seguridad o promesa previamente dada de que no sería detenido. Hizo una segunda visita con la misma precaución, y partió en estas ocasiones a su gusto y sin interrupción” (Burney 1806, t. 2: 193-194). Cordes aprovechó la visita para escribir

“una carta muy regalada” al gobernador, que envió con el capitán Recio, proponiendo la venta de sus mercaderías y una alianza hispano-neerlandesa para castigar a los indios. La misiva, escrita en un raro portugués y seguramente mal traducida del neerlandés original, resulta difícil de entender, pero dice en una de las partes más claras:

...ayudaremos contra esos perros indianos, si Vuestra Señoría quiere nuestra ayuda, porque al frente de la isla, sabrá, asaltaron (a) alguna de nuestra gente a traición, mostrándonos palabras y amistad, más les costó de cierto la vida. Ya no estoy vengado de estos perros, que el capitán de Vuestra Señoría nos ha dicho cuan grandes traidores son, que no guardan (la) palabra y (...) ya lo hemos visto, si Su Señoría fuera servido, (...) ofrezco mi persona y navíos en servicio de vuestro Rey Don Felipe y de Vuestra Señoría. (...) Por Dios tratamos a Vuestra Señoría la verdad. Guarde Dios a Vuestra Señoría y de buena mano derecho contra estos perros. Aguardamos la respuesta de Vuestra Señoría, servidor de Vuestra Señoría. - Simón de Cordes. General (Medina 1923: 354-355).

Pero Quiñones no mandó abastos ni respondió a la propuesta. Consecuentemente, el capitán neerlandés, desesperado por provisiones, decidió probar suerte otra vez con los indios, asumiendo que el asalto fue por un malentendido, pues, por falta de intérpretes, los indios los tomaron por españoles. Envío otro bote con veintitrés hombres, que entendieron las señas hechas desde la costa como una invitación a desembarcar. Cuando bajaron, les presentaron la mesa servida con un banquete. Parecía que llegó el fin de sus privaciones y se materializaba la anhelada alianza antiespañola. El 7 de noviembre de 1599, Simón Cordes bajó con sus hombres que descuidaron las defensas, y fueron atacados y masacrados mientras almorzaban. Solo sobrevivieron los que quedaron en la playa cuidando la lancha, y volvieron a bordo para contar la tragedia (Sluiter 1937; Phelan 1967/1995). Cordes murió sin entender que la revuelta indígena era contra todo europeo que amenace con tomar el territorio que acababan de reconquistar, ni que el supuesto agasajo era una hábil emboscada para acabar con los intrusos, aprovechando su necesidad. Fue sustituido por Jacob Jansz Quaeckernaek, bajo cuyo mando la Caridad volvió a Santa María, donde estaba la Esperanza desde el 4 de noviembre. Sus tripulantes contaron una experiencia similar: luego de la dispersión de la flota navegaron a isla Mocha, donde no encontraron población ni autoridad españolas y

también fueron emboscados, tal como si todos los indios de la región hubiesen acordado una estrategia común para aniquilar a los europeos. El capitán Beuningen y veintisiete hombres murieron, y fue sustituido por Jacob Huydecoper<sup>20</sup>, que condujo la Esperanza a Santa María, donde, desesperado, forzó la negociación con los españoles por víveres. Curiosamente y a pesar de todo, los neerlandeses seguían creyendo en el pacifismo y amabilidad de los indios, pues sus diarios señalan la percepción general de que los mataron “por instigación y bajo la dirección de los españoles” quienes, sin embargo, nunca se hicieron presentes en las emboscadas, demostrando que nada tenían que ver con ellas, sino que obedecían al hecho de que la revuelta era contra todo europeo, fuera o no español (Burney 1806 t. 2: 193-194). Van Noort fue el siguiente neerlandés que ancló en Mocha con dos barcos y 147 hombres, el 21 de marzo de 1600. En contraposición con la masacre de las islas de los Pingüinos, esta vez mostró su cara amable a los indios, que lo recibieron y trocaron cuchillos y hachas por gallinas, maíz, ovejas y frutas variadas. Considerando que unas semanas antes liquidaron a Van Beuningen y Simón Cordes con sus hombres, resulta inédito e insólito que a Van Noort y a los suyos invitaron a tomar chica en sus chozas. Reabastecido y repuesto, zarpó hacia el norte el 24 de marzo, y, para entonces, había desechado la idea de buscar aliarse con los indios para fundar una colonia, y decidido que era más provechoso emprender una campaña de abierta piratería.

Mientras tanto, el gobernador chileno entendió “...que (...) eran mercaderes y que traían gran cantidad de mercaderías, y que las querían vender y rescatar por algún refresco de que tenían necesidad. (...) Dijéronle que eran flamencos y vasallos del Rey Don Felipe (...) y que envíe quien los traiga a este puerto (de Concepción), porque quieren venir a ayudarme contra estos perros indios” (Medina 1923: 351-352). Luego supo de la muerte de Simón Cordes:

...el general, queriendo saltar en tierra en la punta de Lavapié con alguna gente a tomar algún refresco, los indios que están de guerra, defendiéndoles no saltasen a tierra, pelearon con ellos y les mataron cosa de tres hombres y ellos más de cien indios, y con

---

<sup>20</sup> Otra fuente señala al nuevo capitán como Kornelisz Jansz Noris (<https://www.wrecksite.eu/wreck.aspx?182297>) Revisado el 19/03/2023.

esto se retiraron a su lancha. Otro día vinieron los indios con cautela a darles la paz y traerles algún regalo, y estando ya muy conformes y habiéndoles dado de comer, y reconocido por los indios el descuido que el general con sus soldados tenían, dieron sobre él y degollaron a veintitrés o veinticuatro soldados y los demás se retiraron a la lancha (Medina 1923: 351-352).

Todo esto demuestra con claridad meridiana que los indios “en guerra”, lo estaban en contra de todo europeo que quisiera poner pie en sus tierras, sin distinción de si era español o de otra nacionalidad. Mientras que los indios “de paz” estaban alineados con los españoles, por lo que pensar en una alianza antiespañola era imposible. Por otro lado, las conversaciones con los españoles resultaron infructuosas, pues Antonio Recio les dijo que él era capitán de la isla, al mando de cien soldados españoles y trescientos guerreros indios, y que no tenía orden del gobernador “...para hacer estos contratos y que (le) avisaría de ello, (...) y de temor de esto el enemigo no osó a saltar en tierra” (Medina 1923: 352). Ambas tripulaciones estaban muy reducidas y debilitadas, por lo que más práctico hubiera sido abandonar un barco y embarcar todos en el otro con las provisiones. Pero los capitanes no pudieron decidir cuál desechar y mantuvieron ambos. Para entonces, sus fuerzas “no eran suficientes como para que se aventuraran en cualquier empresa contra los establecimientos españoles en Perú, (y) determinaron dejar la costa de América”, con rumbo al Japón (Burney 1806, t. 2: 193-194).

Los otros tres barcos estuvieron juntos hasta el 8 de septiembre, cuando la Fe y la Fidelidad perdieron de vista al Ciervo Volador. La increíble historia del Ciervo Volador consta más adelante, mientras que las otras dos lucharon por veinticuatro días contra los vientos intentando cruzar el estrecho, al punto que el 26 de septiembre se vieron obligados a refugiarse en una bahía donde permanecieron hasta el 2 de diciembre, con las tripulaciones al borde del motín por el hambre, el frío y la enfermedad. Especialmente enfurecidos estaban los hombres de la Fe, comandada por Sebald de Weert, averiada e incapacitada de continuar con el viaje, por lo que el comandante decidió regresar a Europa. La última esperanza de continuar con el viaje se produjo el 16 de diciembre, cuando Weert se topó con una parte de la flota de Van Noort, pero sus hombres no quisieron compartir provisiones, por lo que Weert abandonó el estrecho el



21 de enero de 1600 y volvió a a Goree, donde ancló el 13 de julio de 1600, siendo el único que regresó de la flota original, aunque sólo con 36 tripulantes.

Sólo uno de los capitanes de la primera expedición: Baltazar Cordes, llamado “un oficial joven e inexperto” a pesar de sus logros, estableció una alianza militar con los araucanos (Hojman 2011: 8). Baltazar estaba al mando de la Fidelidad, con una dotación original de 86. Pasó Magallanes a mediados de diciembre de 1599, pero emprendió el tornaviaje por falta de provisiones y mala situación general. Sin embargo, una fuerte tormenta lo sorprendió y empujó al norte, dejándolo a la vista de Chiloé. A mediados de marzo la maltrecha Fidelidad ancló en el puerto de Lacuy, al extremo noroeste de la isla Grande. Ahí entró en negociaciones con los indios, y logró convencerles que los neerlandeses eran distintos de los españoles, con quienes también estaban en guerra. Los indios aceptaron la invitación a unir fuerzas, y por fin se materializó el anhelado pacto entre conquistadores neerlandeses e indios, que hábilmente ocultaron de los españoles el arribo de sus nuevos aliados. Los indios chilotes también les proveyeron de todos los víveres necesarios, pues contaban con su recuperación para atacar juntos a los odiados españoles, pues sus pares de Valdivia y Osorno les “echaban en cara (...) el ser los únicos que soportaban el yugo español, cuando todos los demás lo habían sacudido y se encontraban victoriosos” (Errázuriz 1881-1882, t. I: 282). Además del apoyo indígena, Baltazar Cordes recibió la inesperada ayuda de tres renegados españoles, que le informaron sobre las defensas de la isla. Toda vez que Cordes y sus cincuenta hombres se recuperaron, dejaron la punta Lacuy en abril de 1600 con rumbo al poblado de Castro, capital de Chiloé. Con una estrategia coordinada, los neerlandeses atacarían desde el mar mientras los indios lo hacían desde tierra, atenazando a los desprevenidos españoles. Los neerlandeses incendiarían un rancho, y la columna de humo sería la señal para que los indios inicien el ataque. Pero el corregidor de Castro, Baltazar Ruiz de Pliego, no estaba del todo inadvertido. Por un lado, percibió un cambio de actitud en los indios, antes sumisos y de repente desafiantes con los encomenderos, al punto que creyó que la sublevación del continente había llegado a la isla, dispuso la construcción de una empalizada alrededor del pueblo y ordenó que la población se guarezca dentro. Y por otro, el cura de Castro, Pedro de Contreras, reportó que una india le contó de un “barco inglés” dirigiéndose al poblado, urgiendo el envío del capitán Martín de Uribe a explorar la costa con treinta soldados.

A mediados de abril, la Fidelidad se presentó en la bahía con bandera blanca, y Cordes pidió que un español vaya a bordo para hablarle “de las amistosas intenciones que lo animaban” (Errázuriz 1881-1882, t. I: 283). Con intenciones pacíficas, el capitán Pedro de Villagoya subió y lo recibieron muy bien. Cordes le aseguró que solo eran comerciantes flamencos católicos, amigos de los españoles y fieles súbditos de Felipe II, en busca de víveres. Luego le contó sus penurias y describió el surtido de mercaderías que querían vender antes de volver a su país. Villagoya desembarcó convencido de las buenas intenciones del neerlandés, y el corregidor y cabildo de Castro quedaron tranquilos. Agasajado por Cordes, Ruiz de Pliego accedió a proveerle suministros a cambio de mercaderías, y fue entonces cuando el neerlandés echó a andar su plan: le reveló la propuesta de los indios para matar a los españoles y capturar la isla, plan que pretendió aceptar. También que los indios estaban emboscados alrededor del pueblo esperando su señal para atacar. Para que los indios salgan al descampado y aniquilarlos, le propuso simular un combate en incendiar un rancho. Ruiz de Pliego cayó en la trampa, le confesó que carecía de pólvora y municiones, y Cordes, muy solícito, le cedió una botija de pólvora y mil balas. Con ello disipó toda duda del corregidor, que ordenó la quema del rancho y siete disparos de mosquete, respondidos puntualmente por los neerlandeses. Poco después, para coordinar las acciones defensivas, Villagoya subió a bordo, pero lo apresaron argumentando que el rancho en llamas estaba fuera del poblado y no dentro, como habían acordado. Con Cordes a la cabeza, desembarcaron los soldados neerlandeses y los pobladores los recibieron como a sus salvadores. Para coordinar el contrataque, Cordes mandó que el corregidor le remita a sus seis mejores capitanes, a quienes detuvo y degolló apenas se presentaron, mientras varias columnas de indios avanzaban sobre Castro. Antes de que el corregidor sepa de la masacre, Cordes le dijo temer que los indios sospechen “de su traición” porque el rancho en llamas estaba en los confines de la ciudad. Para disipar las dudas, le propuso fingir que encerraba a los pobladores en la iglesia, cosa que Ruiz de Pliego aceptó sin siquiera preguntarse en dónde estaban los seis capitanes que envió a apoyar a los neerlandeses (Mercado 1985: 92-93). Una vez encerrados, Cordes y sus hombres mataron a unos sesenta españoles, reservándose las mujeres, y saquearon el poblado<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> El número de muertos podría ser mayor, pues tanto neerlandeses como indios no parecen haber estado particularmente orgullosos del episodio y, por distintas razones, intentaron maquillar los números

(Hojman 2011: 8). Sólo el capitán Luis Pérez de Vargas y veinticinco hombres, que estaban fuera la ciudad cuando empezó la masacre, emprendieron un desesperado contraataque. Pese a la inferioridad numérica, Pérez logró matar a dos neerlandeses y rescatar a siete mujeres antes de huir al bosque. Baltazar Cordes se vengó ahorcando a un soldado español y azotando a Inés de Bazán, acusada de ayudar en la fuga de Pérez. El capitán Pérez mandó un emisario a Osorno para reportar los hechos a su superior: el coronel Francisco del Campo, que no se sorprendió demasiado, pues sabía por el capitán Cristián de Robles y su cuñado Francisco de la Rosa, que, mientras cazaba, vio la Fidelidad a la distancia, que merodeaban la isla entre uno y tres barcos de “corsarios ingleses”.

Dado el estado de guerra en Chile continental y la dificultad de navegar a Chiloé durante la temporada lluviosa, Cordes sabía que la probabilidad de un ataque era escasa. Disfrutaba confiado de su victoria, atrincherado en Castro con 38 neerlandeses, los tres traidores españoles y unos seiscientos aliados indios que había armado, mientras una decena de neerlandeses hacían guardia en La Fidelidad. Como si fuese parte de la revuelta indígena, la captura de Chiloé vino a sumarse a las que hicieron los indios en la Araucanía, y, gracias a Baltazar Cordes sería la primera colonia neerlandesa permanente del Pacífico Americano. Las mujeres españolas, entre treinta y más de sesenta (incluidas las nacidas en la isla de primera y segunda generación), se unieron voluntariamente a sus captores o fueron sexualmente abusadas, y de esas uniones surgiría la sociedad colonial neerlandesa (Hojman 2011: 8). Pero, dadas las limitaciones materiales, insuficientes recursos y tecnología, su posición era bastante precaria y casi insostenible. En efecto, Cordes confió en sus aliados indios para provisiones y caballos que no llegaron, pues le dijeron que los recursos isleños eran limitados. Bajo tales consideraciones, la línea de abastecimiento, hasta las Provincias Unidas, era imposiblemente larga (Hojman 2011: 17). Según una versión, luego de amasar alimentos y oro lavado (entonces disponible en modestas cantidades), Cordes

---

(Hojman 2011: 8). En todo caso, este hecho inusualmente brutal fue una venganza por las atrocidades cometidas en la década de 1570 por las tropas españolas en las Provincias Unidas que, para aplacar la revuelta, que involucraron asesinatos sistemáticos de civiles y violaciones masivas. La propaganda neerlandesa siempre fue exitosa en mantener a su gente informada y molesta por esos eventos (Hojman 2011: 8).

abandonaría temporalmente Chiloé con la mitad de las mujeres, dejando las restantes con los indios a cargo de la isla. Volvería a las Provincias Unidas por refuerzos, armas y provisiones, para regresar al mando de una nueva expedición para afianzar su conquista (Hojman 2011: 8-9, 17). Por otro lado, pese a las adversidades, los españoles del continente estaban mejor preparados, y la reconquista era solo cuestión de tiempo, pues Chiloé, como llave de acceso al Pacífico, era un punto estratégico fundamental para sostener la soberanía imperial en Chile (Hojman 2011: 17).

Francisco del Campo asumió el mando de una tropa de cien soldados, incluyendo setenta veteranos recién llegados del Perú y treinta sobrevivientes de la destrucción de Valdivia. No todos los indios chilotes estaban con Cordes, pues la tropa cruzó el canal de Chacao en veinte piraguas, y, en la isla, un cacique amigo le ayudó a reunirse con Pérez de Vargas y conformar un ejército de 125 españoles. Campo dividió su fuerza en tres grupos y atacó de sorpresa, con tanta eficiencia que solo doce neerlandeses lograron abordar la *Fidelidad* y quedar fuera de peligro, pues los españoles no tenían barcos con qué atacarla, mientras los veintitrés restantes y unos trescientos indios quedaron muertos en tierra. Campo perdió diez hombres y doce fueron heridos. Cordes, aún sorprendido, propuso canjear cinco prisioneros que tenía a bordo por leña y una vela que quedó en tierra, pero el coronel rechazó toda negociación. La *Fidelidad* zarpó seguida a prudente distancia por piraguas con decenas de españoles al mando del capitán Pedroza, que buscaba evitar que los neerlandeses desembarquen y vuelvan a unirse con sus aliados indios. Durante la huida, la *Fidelidad* encalló y quedó al alcance de los mosquetes españoles. Cordes tuvo que liberar los prisioneros y mandarlos a parlamentar para ganar tiempo hasta que suba la marea. Logró reflotar el barco, pero, dadas sus malas condiciones, prefirió no arriesgar el cruce de Magallanes, y el 4 de junio emprendió el viaje hacia Tidore en las Molucas, donde el 3 de enero de 1601 fue apresado por los portugueses con los hombres que le quedaban.

El triunfo español no fue completo, pues la *Fidelidad* escapó. Pero es digno de mérito que Francisco Campo recuperó la soberanía española en Chiloé y mantuvo su posición a pesar de la crítica situación militar del momento. Su primer acto político fue un grotesco y amañado “juicio” para castigar a dos traidores españoles y los indios que colaboraron

con el enemigo (Hojman 2011: 9). En la memorable ocasión, pronunció un encendido discurso

...diciéndoles que, aunque todos merecían, por la traición, gravísima pena, pero que perdonando a la multitud y compadecido de su ignorancia y fácil natural, los perdonaba. Pero que no podía dejar de castigar a algunos, aunque con dolor de su corazón, así por el escarmiento como por no faltar a la justicia, que es la que mantiene la paz en las repúblicas. Y para que los demás se conservasen en paz, tenía allí presos aquellos treinta caciques para castigarlos por más culpados, por haber metido al inglés en la ciudad y mostrándole el camino... (Rosales 1877, t. 2: 346).

Esta inapelable sentencia sirvió para la ejecución pública de los españoles y jefes indios que ayudaron “al inglés”: “...los metió a todos treinta en un rancho de paja, atados de pies y manos, y los hizo pegar fuego, quemándolos a todos vivos, que, en los alaridos, en las llamas y en el horror fue un retrato del infierno, con que quedó toda la tierra temblando y escarmentada para no tratar más de alzamientos” (Rosales 1877, t. 2: 346). En efecto, Campo compensó la desgracia de no haber acabado con los neerlandeses quemando brutalmente a los indios que los apoyaron. Sobre el suceso, Bradley señala:

Mientras que los relatos en español del episodio de Castro tienden a dramatizar el asesinato, la violación, el saqueo y la destrucción de la iglesia local, el propio Campo muestra la ferocidad de la represalia española, ya que, por su parte en ayudar a los holandeses, casi cincuenta indios fueron ejecutados como advertencia para el resto. Concluyó (su reporte) diciendo: ‘Todo Chiloé está tranquilo, como si nunca se hubieran rebelado’ (Bradley: 2008: 17).

El discurso previo a las ejecuciones, si lo dio, indudablemente tuvo poco de lo que consta en la historia del jesuita Diego de Rosales, donde se asemeja sospechosamente a

los sermones de los inquisidores antes de quemar herejes<sup>22</sup> en los autos de fe<sup>23</sup> (Hojman 2011: 9). De entre muchos castigos y torturas, la Inquisición reservaba la muerte en la hoguera para los herejes recalcitrantes, y la pena impuesta a los indios resulta sospechosamente parecida. Según Hojman “tanto Campo como Rosales, o al menos Rosales sólo, eligió identificar a los aliados indios de los holandeses (y posiblemente a los propios holandeses) como el ‘otro’, el ‘hereje’ y el enemigo estratégico a largo plazo” (Hojman 2011: 9). Por tanto, las palabras atribuidas a Campo más parecen ser las del propio Rosales promoviendo su agenda contra reformista.

Aunque el número de indios ejecutados aparece exagerado en el reporte español, fue suficiente castigo como para que, en el futuro, los indios piensen dos veces antes de comprometerse con extranjeros. Como valiosa enseñanza del episodio, los indios de Chiloé y el sur de Chile continental aprendieron a jugar un rol intermedio en la pugna política y militar entre europeos. En los años venideros, supieron aprovechar la amenaza coyuntural de una conquista territorial neerlandesa para, sin seriamente considerar apoyarla, amenazar a las autoridades españolas con esa vaga posibilidad y chantajearlas para conseguir “favores”. En efecto, consta en reportes oficiales que, frente a noticia de neerlandeses en las costas, los indios adoptaban una actitud agresiva hacia los españoles, provocándoles temor de una alianza o sublevación similar a la de 1599. Por ejemplo, cuando la expedición de Brouwer desembarcó en Valdivia, el gobernador de Chile escribió al virrey el 14 de noviembre de 1643: “Después que llegó la nueva de

---

<sup>22</sup> La herejía es una forma de pensamiento liberada del dogma, que consiste generalmente en escoger aquello de la doctrina cristiana en lo que se cree, y separarlo de aquello en lo que no. La pravedad era la condición que acompañaba al hereje, caracterizándolo como inicuo, perverso y corrupto de costumbres (Ref: <https://es.thefreedictionary.com/pravedad> ). Revisado el 14/05/2020.

<sup>23</sup> El auto de fe fue una ceremonia magnífica celebrada a instancias de la Inquisición, en la cual desfilaban por la ciudad ante el pueblo y las máximas autoridades todos los que fueron juzgados bajo sospecha de herejía. Luego de la procesión, los inquisidores leían las sentencias que determinaban quienes fueron “reconciliados”, es decir regresados a la fe católica, y quienes serían “relajados”, es decir entregados a la justicia secular y a las llamas por haberse negado a aceptar el catolicismo. La ceremonia terminaba con una misa frente a las grotescas piras en las que ardían los herejes. Dependiendo del caso, cuando el penitente pedía misericordia y se arrepentía a último momento, se le concedía la gracia de morir por garrote antes de entregar su cuerpo a las llamas. Si el reo murió en prisión o logró escapar antes de su ejecución, se hacía una efigie o muñeco de tamaño natural que lo representaba, y se la quemaba en su lugar. Fuentes: Museo de la Santa Inquisición, México en Internet: <https://sites.google.com/site/santainquisiciondaniela/la-pena-de-relajacion> Revisado el 8/01/2020. Torre, José Ignacio de la (2014); Auto de Fe en: <https://dpej.rae.es/lema/auto-de-fe> ; <https://significado-diccionario.com/auto%20de%20fe> Revisado el 12/08/2023.

estar los enemigos en estas costas, los indios aucaes<sup>24</sup> están grandemente soberbios y los de nuestras reducciones muy desvergonzados. Y los encomendados y de las estancias muy contentos, diciendo todos en general muchas libertades que, por ser así, todas estas cosas doblan los cuidados y recelos (...) lo veo muy peligroso” (Medina 1923: 402). En tales circunstancias, las autoridades tendían a flexibilizarse y ceder ante la presión de los indios, promovían cautela en el trato de los españoles hacia ellos, y premiaban a los indios para que denuncien (en lugar de apoyar) los intentos de colonización extranjera. Este juego político fue una de las herramientas usadas por los indios durante décadas para mantener una autonomía relativa en la Araucanía.

Antes de volver a la guerra en Osorno, Campo ejecutó un segundo acto público para resolver el pecado y deshonor consecuentes de la unión (voluntaria o involuntaria) de las mujeres españolas con neerlandeses: “...porque habían quedado muchas mujeres viudas por haberles muerto a sus maridos, el inglés les dio marido de la gente que traía, escogiendo las personas más principales, y el clérigo que consigo traía los casó. Y por la duda que hubo en los casamientos, envió después el obispo fray Reginaldo al padre fray García de Alvarado que los revalidase” (Rosales 1877, t. 2: 345). En efecto, premió a sus soldados entregándoles, por fuerza, las mujeres “españolas” (algunas encomenderas por derecho propio), y todas declaradas “viudas”, en un lugar donde la falta de mujeres europeas limitaba la posibilidad de casarse a indias y mestizas casi siempre pobres. También impuso estos matrimonios para asegurarse de que los soldados permanezcan en la estratégica isla y así repoblarla con españoles, evitando que quede a merced de indios rebeldes y extranjeros herejes. Considerando el hecho de que los niños engendrados por neerlandeses e indios aliados insultaba el orgullo chovinista español, los matrimonios sirvieron de símbolo para extirpar la herejía en Chiloé. En efecto, permitieron presumir (por lo menos legalmente), que los niños nacidos en los meses venideros eran de los cónyuges españoles de sus madres, y no “contaminados” con mala sangre de herejes, propagada en nietos y demás generaciones posteriores, incapacitándolos para administrar encomiendas aún vigentes y ocupar cargos públicos

---

<sup>24</sup> Auca: palabra de raíz kichwa que significa rebelde, indómito, salvaje. Fue usada por los incas para llamar a los araucanos no sometidos a su imperio. Los españoles la incorporaron al castellano con el mismo significado. En el contexto ecuatoriano, se llama aucas, de forma peyorativa, a los indígenas huaorani de la Amazonia por los mismos motivos. Diccionario de la RAE en línea (<https://dle.rae.es/auca>) Revisado el 18/09/2023).



de prestigio y bien remunerados (Hojman 2011: 10). No hay registro sobre el número de matrimonios, pero consta que entre 44 y 69 soldados casados se quedaron para sustituir a los colonos que Cordes asesinó. Campo organizó los matrimonios tan atropelladamente que, ante futuras impugnaciones sobre su validez, tuvo que enviar después a otro cura para oficializarlos (Hojman 2011: 9). La mayoría de soldados se quedaron por lo menos unos años, conformando el núcleo de la nueva “sociedad blanca” de Castro (Mercado 1985: 94-95 y Hojman 2011: 10).

Por muchos años, Chiloé siguió siendo el extremo austral más aislado del Imperio Español en América: una isla escasamente poblada, mayormente por indios, y precaria presencia española bien diseminada, rodeada de tierra firme controlada por indios hostiles, en guerra con España. A diferencia de Chile al sur del río Biobío, donde los españoles no podían derrotar militarmente a los indios, los chilotos carecían de acceso a los mismos recursos y tácticas de combate, por lo que estaban incapacitados de replicar los éxitos militares de sus congéneres continentales. Por su parte, los continentales carecían de recursos, tecnología y motivación para conquistar la isla, y mucho menos por sorpresa (Hojman 2011: 17-18). Salvo por otros dos asaltos de neerlandeses, la soberanía española en Chiloé no volvió a quedar en entredicho. Efectivamente, en 1603, dos años después del ataque de Cordes, ancló ahí un misterioso corsario conocido con el alias pintoresco de Antoine Le Noire o Swarthy Tony (Antonio El Negro), donde “había sido recibido por los habitantes con gran cariño” (Burney 1813, t. 3: 17-18). Según el diario de Spilbergen “Chiloé es un pueblo situado en el extremo del país, poseído por los españoles hacia el Sur. Pero es un lugar de poca importancia, pues hace algún tiempo un capitán de las Provincias Unidas llamado Antoine Le Noir, con sólo treinta hombres armados se hizo dueño del pueblo” (Burney 1806, t. 2: 345-346). Luego, pasó por ahí el barco La Mariage, y “se rindieron en sus manos treinta españoles” (Burney 1806, t. 2: 345-346). Quizás ambos relatos se refieran al mismo caso, demostrando la vulnerabilidad de la isla, aunque ambos piratas pasaron de largo.

Varios cambios notables, relacionados con aspectos importantes de la vida de la isla, ocurrieron en Chiloé. Por temor a una nueva invasión, los españoles consideraron demasiado peligroso vivir en Castro y se diseminaron por el interior, donde cada familia



extendida vivía en su propia encomienda con sus respectivos indios. Resultaba peligroso vivir entre indios potencialmente rebeldes, pero más aún lo era vivir en la costa, expuestos a los neerlandeses. Lejos del centro urbano, cada encomendero dependía de su familia extendida, que incluía indios amigos, mestizos y españoles pobres, que, a su vez, vivían del encomendero. La ruralización de la sociedad chilota permitió el surgimiento de patrones únicos de relación social, como matrimonios por selección y discursos relacionados, actitudes culturales hacia las minorías y el poder, organización de las actividades productivas y prácticas defensivas. Y tuvo la ventaja de permitir mayor discreción en cada familia con respecto a temas tabú como embarazos causados por indios rebeldes y herejes, creencias religiosas heterodoxas y otras cosas de interés para la Inquisición. El resultado, visible hasta la actualidad, es la rica cultura y folclor mestizo de los chilotes (Hojman 2011: 10-11).

A partir los sucesos de 1600, y hasta la firma de la Paz de Westfalia en 1648, desde el lado neerlandés, se consolidó la percepción de que el apoyo ofrecido por los indios a Baltazar Cordes podía traducirse en una alianza y colonia permanentes en el sur de Chile. En efecto, la historia del éxito de Cordes alimentó el discurso en torno a la idea de que los indios chilenos representaban la mejor posibilidad de forjar una alianza antiespañola en Sudamérica, y reforzaron la selección del sur de Chile como el punto de partida para la conquista de todo el Virreinato Peruano (Baraibar 2013). Van Noort supo de la revuelta de 1599 y la publicitó con particular simpatía por los “valientes guerreros” mapuches que retomaron “su territorio”, con una “gloriosa victoria” sobre los enclaves españoles de Valdivia e Imperial, “en venganza de la tiranía y la esclavitud bajo las cuales España los hacía sufrir” (Schmidt 1999: 461-462). Esta narrativa abunda de la clásica retórica anticatólica de la revuelta neerlandesa, elogiando la destrucción de claustros e iglesias junto con sus “dioses españoles” e “ídolos papistas”, y en el imaginario neerlandés, esto suponía que los indios podían ser catequizados en la “verdadera fe” (Schmidt 1999: 461-462).

Conforme pasaron los años, la ideología patriótica evolucionó hacia una geografía republicana que apostó por un genuino y costoso proyecto de “alianza” americana, y de la retórica rebelde surgió el más grande de los proyectos de conquista concebido hasta

entonces: la Armada de Nassau (Schmidt 1999: 445). Esta idea tuvo notables ramificaciones, porque los neerlandeses apuntaron nuevamente a las posesiones españolas en América sobre la base de ideas preconcebidas de las motivaciones de los indios, que supuestamente requerían y recibirían gustosos el apoyo para pelear contra España. Los organizadores asumieron que podían “reanudar rápidamente la comunicación iniciada por Spilbergen” y “solidificar” la federación con los nativos, que creían negociada. Así, cuando la Armada navegaba por el Pacífico en 1624, el almirante L’ Hermite, que llevaba meses enfermo y confinado a su cama

...siendo informado de lo cerca que estaban de la costa de Chile y del puerto de la isla de Chiloé (donde sus antecesores) habían sido recibidos por los habitantes con mucho afecto, (...) era de la opinión de que los chilenos también estarían dispuestos a unirse con él contra los españoles y deseaba que sus órdenes le hubieran permitido ir directamente a Chile. Pero sus instrucciones demandaban precisamente emprender la conquista del Perú (Burney 1813, t. 3: 17).

La Armada se presentó frente al Callao el 8 de mayo, L’ Hermite murió el 2 de junio y, para fines de mes, el bloqueo que llevaba más de un mes y medio con tan pobres resultados que el nuevo comandante, Schapenham, no podía sentir más que vergüenza “del papel insignificante que estaba desempeñando con su gran fuerza” (Burney 1813, t. 3: 25). Ciertamente no sabía qué hacer, y, para evitar evidenciarlo, pero con el genuino deseo de hallar una salida, propuso al consejo de mando supremo volver con toda la flota a Chile a buscar la alianza con los indios, pues “el comandante en jefe estaba bien informado del estado de Chile por un nativo del país, así como por el informe de muchos prisioneros. Los chilenos llevaban muchos años en armas contra los españoles. Valdivia, que habían tomado en 1599, aún estaba en su poder, y a fines del año de 1623 una tropa de cincuenta españoles había sido rodeada por ellos y hecha pedazos” (Burney 1813, t. 3: 25-26). El plan se discutió seriamente:

En el presente año de 1624, las necesidades de las tropas españolas en Chile eran tan grandes como para propiciar un motín de los hombres contra sus oficiales. La infantería española tiene ventaja sobre la chilena por sus mosquetes, pero los chilenos son excelentes jinetes, y su caballería es muy superior a la española, y tan numerosa que

suelen juntarse en cuerpos de tres o cuatro mil hombres. Los militares empleados por los españoles en Chile están compuestos en su mayoría por malhechores sacados de las prisiones (Burney 1813, t. 3: 25-26).

Con un panorama tan desolador, creían que la única razón por la que los españoles no abandonaban Chile era por miedo a que las huestes indias lleven la guerra al Perú. Schapenham se concentró en los planes originales y, durante todo el mes de julio, dispuso los preparativos para invadir Chile (Insigne Victoria 1625: 3). En la isla de San Lorenzo fabricaron tres galeotas grandes de entre doce y catorce remos, con dos o tres piezas de artillería en cada una. Pero un brote de escorbuto y otras enfermedades derivadas de la falta de provisiones y agua, que no hallaron en la isla, retrasó los planes. Se salvaron porque, causalmente, un marinero descubrió unas plantas verdes que crecían en la parte alta, que, preparadas en sopas y ensaladas, resultaron tan buen remedio que la mayoría se repuso en pocas semanas.

Levantaron el bloqueo el 14 de agosto, luego de 98 días. Dos días después, mientras se preparaban para zarpar de Ancón (al norte del Callao), donde cargaron agua, escapó y se entregó a los españoles el francés Juan de Bulas. Declaró que, para entonces, el objetivo de la expedición era “...entrar en Chile e ir ganando la tierra con la ayuda de los indios”, y que “...habiéndose fortificado en aquella tierra acometerá a Santiago, porque dicen no tiene más de ochocientos vecinos sin artillería ni murallas”. Mientras pedían refuerzos y provisiones a Holanda por vía del cabo de Hornos, “...se sustentarían con las presas que cogieran en la isla de Santa María y otras partes...” y, si no lograban conquistar Chile, irían a las Filipinas (Insigne Victoria 1625: 2-3). A pesar de los reveses, la Armada conservaba poder y capacidad ofensiva “...pero ahora se admitía como un hecho indudable que los españoles contaban con demasiadas fuerzas como para ser atacados, y que no se podía esperar apoyo auxiliar de los nativos” (Burney 1813, t. 3: 29). El 9 de septiembre, resolvieron que “...aunque había grandes prospectos de éxito si iban a Chile, primero irían a Acapulco, obedeciendo sus instrucciones, para tratar de cazar los galeones de Manila. Y luego, considerando el estado general de la flota, determinarían si debían o no ir a Chile” (Burney 1813, t. 3: 29). Tras una estéril campaña en costas novohispanas, Schapenham planteó por última vez volver a Chile y aliarse con los indios para levantar un asentamiento permanente. Pero la mayoría,

desmoralizada, aquejada de diversos males y disgustada por su comportamiento “errático y cobarde”, rechazó definitivamente el proyecto, al punto de que, si Schapenham insistía, enfrentaría un motín de proporciones. Lo adverso de sus resultados en el Perú, y especialmente el desastre del segundo asalto a Guayaquil, lo convencieron de abandonar el plan y cruzar el Pacífico (Barros 1885: 189; Bradley 2008: 63).

Mientras tanto, el virrey Guadalcázar quedó frustrado porque su victoria no fue militar sino gracias a las enfermedades, desmoralización y falta de mando firme y decidido de sus enemigos. El 8 de enero de 1625, antes de que se sepa en Lima de la suerte de la Armada de Nassau, se publicó un panfleto de cuatro páginas<sup>25</sup>. El documento, redactado seguramente para complacer al virrey y basado en declaraciones de Bulas y otros prisioneros y desertores, narra la falsa historia de que la Armada emprendió efectivamente la conquista de Chile, donde fue derrotada, y sus restos regresaron a Europa por la vía del cabo de Hornos. El curioso folleto concluye con la narración de lo que nunca pasó:

Fuese de aquí el enemigo y llevo su fortuna a Chile (pecados suyos le llevaron). Y anduvo algunos días barloventeando por aquellas bahías y saltando en tierra en una isla despoblada, se puso muy despacio para hacer agua, abriendo pozos para ello por espacio de seis días no pudo encubrirse tanto que no fue sentido. Salieron del puerto de la Concepción, lugar principal de aquel reino, quinientos infantes por la parte de tierra, y, dando el enemigo, le mataron los nuestros más de cuatrocientos infantes, de modo que la poca gente que le quedó, retirándose al mar para embarcarse, no tuvieron lugar de hacerlo, que en la misma playa acabaron con el resto de la gente que había quedado del enemigo, con pérdida de cuarenta hombres de los nuestros. Seis naos del enemigo que andaban barloventeando a la mira de este presagio y desdicha largaron las velas y dentro de una hora no se parecía ninguna en todo aquel puerto, no jamás hubo nombre de ellas,

---

<sup>25</sup> El título completo de este documento es: “Insigne victoria que el señor marqués de Guadalcázar, virrey en el reino del Perú ha alcanzado en los puertos de Lima y Callao contra una armada poderosa de Holanda despachada por orden del conde Mauricio. Dase cuenta de cómo el enemigo llevaba intento de coger la plata de Su Majestad y el desastrado fin que tuvo por mano de los españoles. Avísase también de una declaración que hizo un soldado del enemigo, francés de nación y en su profesión católico, llamado Juan de Bulas, que huyó de su ejército ante el señor virrey (...)” (Insigne Victoria 1625: 1).

con que entiendo llevaron la nueva triste a su tierra, y los nuestros quedaron celebrando la victoria para gloria y honra de Dios Nuestro Señor (Insigne Victoria 1925: 4).

Desde entonces, los neerlandeses identificaron y anhelaron conquistar Valdivia como el puerto seguro al otro lado del Pacífico para completar el circuito comercial con su colonia de Indonesia. La idea no se concretó en un proyecto sino hasta 1643, con la expedición de Hendrick Brouwer y Elías Herckmans.

### **1.5. Brouwer, Herckmans y el último intento alianza con los indios chilenos**

El argumento de esta sección es que se produjo una segunda y también efímera alianza entre neerlandeses e indios chilenos hacia el final del período, en 1643, demostrando que los éxitos en ese proyecto de alianza fueron al principio, con la primera expedición que logró capturar Chiloé, y la última, que tomó Valdivia. La segunda (y última) alianza exitosa entre neerlandeses e indios chilenos fue la de la expedición de Brouwer y Herckmans que, a pesar de los grandes recursos y expectativas, pero sobre todo de las promesas y la propaganda para tratar de mostrarse como aliados confiables para los indios, siempre resultaron demasiado parecidos a los españoles, y por lo tanto, indignos de confianza. Al final, los españoles recapturaron Valdivia y la repoblaron para evitar que otros europeos se apropiaran del estratégico puerto. La sección analiza el discurso y la dinámica de los españoles en torno a los dos tipos de indios que quedaron establecidos en la historiografía por el prolongado conflicto del sur de Chile entre los “indios de paz” y los “indios de guerra”.

Como colofón de la historia de la alianza imaginada por los neerlandeses con los indios americanos para derrotar al Imperio Español en Chile y Perú, está la expedición a conquistar Valdivia de Hendrick Brouwer y Elías Herckmans. El fracaso de la Armada de Nassau supuso que el gobierno de las Provincias Unidas desistió de más esfuerzos para tratar de establecer una alianza con los indios del sur de Chile con miras a fundar una colonia permanente, y la WIC concentró sus esfuerzos en las costas atlánticas de América y África. Durante casi dos décadas fueron pocos los barcos neerlandeses que se

aventuraron en el Pacífico Americano, hasta que emprendieran otra misión de conquista de Chile, lo cual prueba que, pese a los fracasos anteriores, no habían perdido interés ni esperanza de lograr tal propósito. El intento final de forjar una alianza formal con los indios, que fue decisivo en muchos aspectos y resultó ser el último, fue también el más ambicioso, y produjo resultados paradójicamente más alentadores y más decepcionantes que los anteriores (Schmidt 1999: 460).

Hendrick Brouwer, marino y burócrata, fue un funcionario de la VOC con importantes credenciales: director en Ámsterdam y jefe de su factoría en Japón. También fue empleado de la WIC y gobernador general de Batavia (Yakarta) entre 1632 y 1636. Estaba convencido de la posibilidad de ocupar el abandonado puerto fluvial de Valdivia con el auxilio de los indios de la zona, que expulsaron a los españoles en 1599, se mantenían en pie de guerra y fungían de dueños absolutos del lugar. Una vez establecidos allí, Brouwer creía en la vieja tesis de que podían avanzar al norte, apoderarse del resto de Chile y llegar al Perú. En efecto, según declaraciones efectuadas meses después por un prisionero de la expedición llamado Antonio Juan, "...siempre oyó decir que la causa que había movido a venir de Holanda a poblar el dicho puerto era la opinión que allá había corrido de que había mucho oro en Valdivia. Y que estando allí vendrían muchos navíos a esta opinión del oro, y juntamente a buscar la plata y riquezas que hay en las Indias, porque en sus tierras se dice que de ellas sale mucho tesoro para España" (Medina 1923: 421). Fue esta perspectiva la que conquistó el interés la WIC, y aunque Brouwer no fue el primer neerlandés que seleccionó Chile, y en particular Valdivia, para establecer una colonia permanente en Sudamérica, si fue quien hizo más esfuerzos para hacerla realidad (Schmidt 1999: 461).

La propuesta no despertó demasiado interés en el gobierno de las Provincias Unidas, aunque el príncipe Guillermo II de Orange participó en la preparación de la flota, proporcionando a Brouwer cartas credenciales y regalos ceremoniales para los caciques nativos (Schmidt 1999: 461). Pero Brouwer encontró oídos en Juan Mauricio de Nassau-Siegen, gobernador del Brasil Neerlandés, y con ese apoyo zarpó de Texel el 6 de noviembre de 1642, con tres naves, hacia Pernambuco, donde ancló el 22 de diciembre. Ahí armó una escuadra de cinco navíos y seiscientos tripulantes, la mitad

soldados y la otra marineros y artilleros, y partió al Pacífico el 15 de enero de 1643. Como segundo comandante iba Elías Herckmans, hombre culto y con experiencia militar y administrativa, antiguo gobernador de Paraíba en Brasil. No llevaban el gran armamento de las expediciones precedentes, pero sí muchas herramientas, carpinteros y herreros, con miras a solicitar por última vez un tratado de cooperación con los indios chilenos (Schmidt 1999: 460-461).

La flota dobló el cabo de Hornos en la primavera de 1643 y navegó a lo largo de la inhóspita costa del sur de Chile, donde perdió el más importante de los barcos: la urca cargada con la mayoría de provisiones. Este percance resultó fatal, pues según declaró el rehén Antonio Juan, “la urca no traía otra cosa más que bastimentos, que cuando salieron del Brasil era provisión para trece meses. Y (...) se perdió antes de llegar a Chiloé, por lo cual fueron quitando de la ración ordinaria de toda comida una libra cada semana a toda la gente” (Medina 1923: 415). Sin embargo, la flota prosiguió, y el 30 de abril avistó la isla de Chiloé, en cuya parte norte ancló el 9 de mayo. Fondeados en el lugar que bautizaron como Brouwershaven<sup>26</sup>, vieron por vez primera a los “aliados”, con quienes tuvieron una serie de curiosos encuentros, semejantes a una extraña comedia de modales diplomáticos (Schmidt 1999: 464-465). Primero les dejaron una bandera blanca, un cuchillo y una cadena de coral. Los indios inspeccionaron las ofrendas, y, sin ceremonia alguna, las arrojaron a un río. Pocos días después, una delegación se presentó a caballo para reprocharles sus malas intenciones, primero en lengua nativa y luego en castellano. Esto molestó a Brouwer, que cambió la bandera blanca de paz por una roja de guerra, hizo disparar cañones, y mandó una tropa al interior, que regresó con una anciana y dos niños indígenas prisioneros, de quienes no obtuvieron información por desconocer su lengua. Según el rehén Antonio Juan, recién en este punto Brouwer hizo una junta y reveló a sus hombres la misión de poblar Valdivia, pues “...antes de leer la dicha instrucción y orden, (...) el general de la armada preguntó a una mujer y algunos indios que prendieron para tomar lengua si Valdivia estaba poblada por los españoles...” (Medina 1923: 421). En las semanas posteriores, los indios se mantuvieron distantes, observando a los neerlandeses desde las colinas. La supuesta alianza degeneró en una dinámica de “huir y comer”, pues los

---

<sup>26</sup> Refugio de Brouwer o bahía Brouwer (Bradley 2008).

indios huían cada vez que los neerlandeses desembarcaban, mientras estos se comían las vacas y ovejas que los indios les dejaban en la costa (Schmidt 1999: 464-465).

La noche del 19 de mayo, una tropa española atacó repentinamente un barco con fuego a artillería, obligándolo a apagar las luces para no delatar su posición. La mañana siguiente, un destacamento neerlandés desembarcó para enfrentarse con noventa españoles, dejando seis muertos e igual número de heridos neerlandeses. Una segunda batalla, el 25 de mayo, terminó con la vida de Andrés Muñoz de Herrera, corregidor de Castro, y la captura, saqueo y destrucción del pequeño fuerte de Carelmapu en la costa continental de Chile, sus sesenta soldados y dos piezas de artillería. Desde ahí despacharon una barca con siete hombres y sal a Chiloé, para curar la carne de las vacas que ahí despostaron. También llevaban “siete mosquetes, treinta picas y veinte espadas anchas para dar a los indios que se habían confederado con los holandeses”, pero les agarró un temporal en la costa de Lacuy, “de manera que se rompió el árbol y la barca se hizo pedazos” (Medina 1923: 412, 423). Los siete sobrevivieron y lograron llegar la costa chilota, donde escondieron las armas que quedaron, pues “...las picas se hicieron pedazos contra la costa”, amarraron los mosquetes y espadas al árbol de la lancha las para evitar que caigan por la borda, y los escondieron tierra adentro. Permanecieron cinco días de hambre, hasta que el 30 de mayo unos indios y mestizos encontraron y quemaron la lancha, cogieron las armas, y mataron a todos menos a uno, que, porque dijo ser católico “cogieron vivo con dos cuchilladas en el rostro y cabeza”, y condujeron ante el cabo de la provincia El prisionero declaró en Concepción, el 23 de noviembre, ante el gobernador Francisco López de Zúñiga, marqués de Baides. Dijo llamarse “Antonio Juan” ser holandés de veinticuatro años, natural de “Bolduque” en Brabante, “despensero y da razón de todo por menor, por ser muy práctico y haber corrido las dos partes del mundo” (Medina 1923: 412, 423).

Brouwer pretendió atacar el fuerte de San Miguel de Calbuco, pero un aliado indígena le advirtió de los muchos escollos que había en la rada, por lo que el 30 de mayo dirigió su atención a Castro, donde se presentó el 5 de junio. La mañana siguiente bombardeó el poblado, y los cien defensores, mal pertrechados y dirigidos por el viejo encomendero Fernando de Alvarado, huyeron luego de quemar algunas casas, dejando vacíos y



destechados la iglesia y demás edificios públicos. Los neerlandeses desembarcaron y saquearon lo poco que quedaba, incluyendo manadas de muchas ovejas y llamas<sup>27</sup> (Mercado 1985: 86). Reembarcaron el 8 de junio y el 13 recalaron en la isla de Quinchao, donde saquearon y quemaron una pequeña nave y capturaron a un puñado de españoles, que liberaron luego de interrogarlos<sup>28</sup>.

A mediados de julio, Brouwer finalmente progresó en las negociaciones con los indios. Alardeando su clemencia, soltó a una familia que tenía cautiva, cuya liberación demoró sólo para relatarles “las numerosas tiranías y malos tratos sufridos por los neerlandeses (a causa de los españoles)”, y les conminó a transmitir a sus compatriotas “que (los neerlandeses) éramos sus amigos y enemigos de Castilla” (Schmidt 1999: 465). Tal gesto dio resultados, pues el 19 de junio subieron a bordo dos caciques: don Diego, jefe de Carelmapu, y don Felipe, de Lacuy, en calidad de “embajadores” de los indios, y sostuvieron una larga entrevista con Brouwer, que les habló de la natural afinidad entre “sus dos naciones”, la antipatía compartida hacia España y las “múltiples razones” para acordar una alianza. Intrigados, los caciques escucharon con tediosa paciencia, aunque el diario neerlandés reportó que recibieron el sermón de Brouwer con “especial felicidad”. Aunque, indudablemente, lo que les emocionó fue ver la colección de armas que recibirían como parte del trato (Schmidt 1999: 465). Respondieron que hacía tiempo que, para escapar de la tiranía española, pensaban dejar Chiloé por Valdivia, y que no lo hicieron antes por los rumores sobre la amistad y socorro que recibirían de los neerlandeses, y “quedaron especialmente satisfechos”, según el diario. Aquí las negociaciones dieron un extraño giro. Cuando supieron que el objetivo de Brouwer era Valdivia (en manos indígenas), le ofrecieron su asistencia, y pidieron que los lleve en barco con toda su gente, pues los ríos crecidos y las tropas españolas impedían ir por tierra. Brouwer aceptó, les regaló espadas y picas y despidió “muy contentos” el 22 de julio (Schmidt 1999: 465). Al cabo de nueve días, el 28 de julio, volvieron los caciques

---

<sup>27</sup> “Narración histórica del viaje ejecutado del este del estrecho de Le Maire a las costas de Chile, al mando de Su Excelencia el general Enrique Brouwer, en los años 1642 y 1643”. De autor anónimo, aparece en “Colección de historiadores de Chile...”, Imprenta Universitaria (Santiago, 1923). Tomo XLV, p. 163.

<sup>28</sup> Uno de estos prisioneros se llamaba Juan Mascarenhas Sousa, de origen portugués pero nacido en Quito, quien dijo tener 68 años y haber servido cuarenta en Chile: siete en Concepción y 33 en Carelmapu. Dio a los neerlandeses importante información sobre la administración de Chiloé y las riquezas en oro que había en Osorno y Valdivia, despertando su ambición y expectativas (Mercado 1985: 87, nota 71).

con un regalo especial para Brouwer: la cabeza de un soldado español degollado hacía catorce días, “¡puede adivinarse fácilmente qué olor tan agradable emitía esta cabeza!”, comentó con ironía el diarista neerlandés (Schmidt 1999: 465). Diplomáticamente, Brouwer aceptó el “obsequio” y acordó armarlos y transportarlos, junto con sus séquitos, a Valdivia. Un mes después, el 21 de agosto, la flota dejó Chiloé para navegar por tres días y más de trescientos kilómetros hacia Valdivia, con 470 hombres, mujeres y niños indios que juraron lealtad a los neerlandeses “para ser liberados de la intolerable tiranía de España” (Schmidt 1999: 465-466).

Entretanto, el gobernador recibió reportes de Gaspar Álvarez, un espía español que vivía entre indios en Toltén, sobre la presencia de neerlandeses en Valdivia y la traición de los indios, y no dudó de su veracidad, pues “...con la enemiga que nos tienen, se puede muy bien entender así...” (Medina 1923: 404). Baidés ofreció la libertad al indio rebelde Talcalab, a cambio de llevar una carta para Álvarez. Talcalab debía averiguar todo sobre la invasión, y, mientras Baidés esperaba su regreso, llegaron otros indios a contarle “...ser voz común en toda la tierra que los enemigos holandeses están poblando y fortificando en aquel puerto, y que no hay otra cosa, y dicen haberlo oído a otros indios y caciques que estuvieron en aquel puerto y los vieron y comunicaron. Y esto mismo se ha dicho en todas las fronteras por otros indios que han llegado a ellas...” (Medina 1923: 403). No cabía duda de una alianza a gran escala entre varias tribus indias de la Araucanía y los neerlandeses, pues “...los indios de la tierra, todo lo que corre desde Valdivia a Osorno y la Villarrica hasta la Imperial...” estaban dispuestos a ayudarles, sembrar cementeras, darles ganado “y otras cosas para su bastimento” (Medina 1923: 404).

Despachó un barco al Callao para alertar al virrey Pedro de Toledo y Leiva, I marqués de Mancera<sup>29</sup>: “...(la) nueva de haberse alzado las dos reducciones de indios de Carelmapu y Lacuy con sus mujeres e hijos y robado cuanto había quedado, y

---

<sup>29</sup> El marqués de Mancera, gobernador y capitán general de Galicia desde 1631 y de Orán desde 1637, fue nombrado virrey del Perú en 1638 en reemplazo del conde de Chinchón. Zarpó de Cádiz el 20 de mayo de 1639 en la flota de Jerónimo Gómez de Sandoval. Entró públicamente en Lima el 18 de diciembre de ese año y gobernó por ocho años, nueve meses y dos días hasta el 20 de diciembre de 1648 (Zaragoza 1883/2005: 238).

embarcado con el holandés para Valdivia” (Medina 1923: 410). En contubernio con “los indios enemigos”, sin duda el corsario se apoderaría de Valdivia “...y desde el dicho puerto será señor de estas mares, haciéndose dueño de él...” (Medina 1923: 405). Las ciudades de Arauco y Concepción estaban en la mira, y “...no se duda que se ha de ver este reino en grandísimo aprieto por la poca defensa que tiene...” (Medina 1923: 404). La situación era grave, considerando los escasos hombres y armas disponibles, y que sería necesario dividirlos para defender Concepción de los indios por tierra y los neerlandeses por mar, además de mantener las tropas más al sur. Y si conquistaban Concepción, “que tan desmantelada está, y donde ha de echar todas sus fuerzas”, se adueñarían de todo el reino (Medina 1923: 404-405). Entretanto, el prisionero Antonio Juan fue conducido a Lima, donde depuso ante la Audiencia y el inquisidor Juan Andrés Gaitán el 27 de diciembre de 1643. Sus declaraciones resultaron ser la mejor fuente que tuvieron los españoles para conocer los pormenores de la expedición: “...oyó decir (...) que había mucho oro, y que lo hacían para ir de allí ganando otras tierras, y que tiene por cierto que poblándose en Valdivia no se han de contentar con solo aquello, y más habiendo venido de tan lejos a traer la dicha población” (Medina 1923: 410, 417-418, 420).

Claramente, los españoles percibían que los indios consideraban a los neerlandeses como libertadores, pues “...se les oye decir que ha venido quien les ha de sacar de trabajos...”, que “...se han de levantar, y tras ellos los yanaconas y encomendados...”, y que “...el gobernador y esta ciudad (Concepción) están perdidos...” (Medina 1923: 405). Aunque, probablemente, lo que pasaba es que unos cuantos hábiles caciques esparcieron y exageraron los rumores para asustar al gobernador, llevándole a pensar que, gracias al apoyo neerlandés, se produciría un inminente levantamiento general contra el régimen español. Así, los indios jugaban con ambos bandos para finalmente apoyar al que resulte ganador. Si fracasaba la alianza con los neerlandeses, podían luego ofrecer su adhesión a los españoles como garantes de su “soberanía imperial” en la extensa Araucanía frente a la codicia de otros europeos, para luego negociar favores y prebendas de la Corona Española, de forma que puedan mantener la autonomía en tierras que prácticamente les pertenecían.

En medio del pánico español, una noticia ensombreció el aparente triunfo de los neerlandeses: "...estando en el Carelmapu, murió un soldado de enfermedad que le dio, y el dicho general Henrique de Braur también cayó enfermo, como era muy viejo...", y "...que el dicho general Henrique de Braur había muerto de la dicha enfermedad y que le habían metido en una caja y embalsamado, y esta prevención la traía siempre, porque decía que había de navegar hasta morir en la mar y bien se echaba deber, pues siendo, como era, tan viejo e impedido no se había retirado de navegar habiendo tenido tantos puestos..." (Medina 1923: 417-418). En efecto, Brouwer murió el 7 de agosto, manifestando "...el deseo ferviente de que su cuerpo fuese enterrado en Valdivia" (Guarda 1953: 59).

El 18 de agosto Elías Herckmans fue formalmente investido como nuevo jefe expedicionario, que condujo la flota a la desembocadura del río Valdivia el 24, remontó el río y llegó el 28 frente a las ruinas de la antigua ciudad. Alrededor de quinientos europeos y unos 470 indios de Carelmapu y Lacuy con sus caciques fueron cordialmente recibidos por los indios valdivianos, que visitaron frecuentemente los barcos, pero no siempre con buenas intenciones. Mientras los neerlandeses discutían las estrategias para contener un eventual ataque español, los indios estaban más preocupados de trivialidades, "...muy impresionados con el tamaño de los barcos, pero también muy ladrones (de sus contenidos) y deseosos de hierro. Todo vieron (...) de su gusto, incluidas las brújulas, que arrancaron de las bitácoras", forzando a Herckmans a poner centinelas y ocultar los objetos de valor (Schmidt 1999: 466). También optó por eludir a los caciques y presentar sus peticiones directamente al pueblo. El 29 de agosto desembarcó con dos compañías de soldados, hizo reunir una multitud de más de trescientos indios y pronunció "una excelente arenga y oración". Se explayó explicando el propósito de la expedición, y, para solemnizar del acto, presentó y entregó "cartas credenciales" del príncipe de Orange, junto con obsequios para el cacique de mayor rango. Se despidió "cortésmente", "después de muchos discursos de la fidelidad que (les) demostrarían en la lucha contra España" (Schmidt 1999: 466-467).

El 3 de septiembre Herckmans celebró un nuevo parlamento, donde volvió a exhibir las credenciales del príncipe: "Bajo un cielo azul, y frente a aproximadamente 1.200

chilenos” pronunció un grandilocuente discurso, dramático y decisivo, sobre la imperante necesidad de que “ambas naciones” se refuercen mutuamente en contra del Imperio Español. Ensalzó la fama y reputación de los indios chilenos por su devoción hacia la libertad y su resistencia, recordando “que los neerlandeses también habían enfrentado a los españoles durante casi ochenta años para mantener su libertad” (Schmidt 1999: 467). Ahí propuso un tratado formal, según el cual los neerlandeses proporcionarían armas y otras “mercancías” no especificadas a los indios, mientras que éstos les darían “provisiones” y otros productos (tampoco especificados), además de trabajar en la construcción de una empalizada. Más concretamente, los indios intercambiarían ganado por mosquetes. Tal era el optimismo, que Herckmans manifestó su convencimiento de que, con el tiempo, los indios peruanos se le unirían en una enorme confederación, acorralarían a los españoles, conquistarían América y desplazarían la hegemonía mundial de los Habsburgo. Tal vez para dramatizar la escena, según el diario neerlandés, cada cacique “besó” la carta del príncipe, maravillado de la distancia que había recorrido (Schmidt 1999: 467).

El 16 de septiembre sepultaron el cuerpo embalsamado de Brouwer “En la plaza del alojamiento” (Rosales 1674/1877: 85) y enviaron al navío Ámsterdam de vuelta a Pernambuco para informar de la feliz llegada de la expedición a Valdivia y pedir refuerzos para la nueva colonia. Todo parecía marchar según lo planificado, pero la débil alianza no tardó en resquebrajarse. Según el diario oficial, “Después de estos y otros discursos (...) los neerlandeses finalmente (y con cautela) revelaron los fines y designios para los cuales también habían traído sus armas acá, es decir canjearlas principalmente por oro” (Schmidt 1999: 467). La sola mención del mineral, de forma tímida y un tanto digresiva, tuvo el efecto de un baldazo de agua fría en los indios, pues detuvo la indulgente atención de los caciques y malogró bruscamente toda negociación. Confrontados con la muy trillada demanda de oro por parte de los europeos, los caciques “negaron unánimemente todo conocimiento acerca de minas de oro”, temiendo, sin duda, que, de encontrar metales preciosos, estos “blancos” los pondrían a trabajar en mitas como los españoles. Para disgusto de los neerlandeses, ahora fueron ellos quienes recibieron un sermón sobre la mala experiencia de los indios con los tributos impuestos por la Corona Española en el marco de la explotación minera. Herckmans trató de calmar los ánimos prometiendo precios justos y buena mercadería

por el oro, pero todo resultó en vano. “En ese momento los caciques se miraron y no ofrecieron más respuestas” (Schmidt 1999: 467). En efecto, los indios chilenos, al principio solícitos, luego ignoraron las propuestas de supuestos “libertadores” demasiado parecidos a los españoles, y la asamblea se disolvió sin el intercambio de armas, alimentos y buena voluntad.

Pese a toda la propaganda, las semanas pasaban y los indios se resistían a establecer una alianza sólida. Más bien, el hecho de que la presencia neerlandesa sería permanente, causaba suficiente temor y sospecha de que pronto los esclavicen, como para que los indios decidan, eventualmente, atacar primero. Un día los caciques rescindieron la oferta de provisiones, cosa fatal por la pérdida de las que traían del Brasil en la urca que se desvaneció por los canales de Chiloé. A la falta de cooperación y fría hostilidad de los indios, se sumó el hecho de que no encontraron lavaderos de oro, salitre, tintas para teñir telas y vicuñas, con las que previeron financiar la expedición (Schmidt 1999: 467). Además, se evidenció que la muerte de Brouwer, el verdadero motor de la expedición, afectó la moral de los nuevos colonos, y surgieron signos de rebelión, al punto que Herckmans tuvo que castigar a 52 hombres,

(que) no supieron en todo el viaje a dónde venían, hasta que habiendo llegado al puerto de Lacuy, en la provincia de Chiloé, estando juntas las naos, el general hizo tocar la campana sin que nadie supiese para qué, y estando junto al árbol mayor, los capitanes y mucho concurso de gente, abrió un papel, que era la instrucción y orden de lo que había de hacer, dada por el príncipe de Orange y los Estados de Holanda, la cual se leyó en público, y se decía era orden para que fuere a poblar en el puerto de Valdivia (Medina 1923: 415).

Muchos provenían de los presidios del Brasil y otros tantos eran mercenarios profesionales franceses, ingleses, alemanes e incluso portugueses que trabajaban por una paga, antes que neerlandeses nacionalistas comprometidos con la expansión colonial de su Patria (Medina 1923: 414). Reclamaban porque los reclutaron a sueldo por siete meses para un viaje de ida y vuelta, sin decirles a dónde iban “...y (...) cuando se abrió la orden y supieron que los traían para poblar en estas partes lo sintieron

grandemente...” y “todos los soldados quedaron muy desabridos”, pues “...si no es sacándolos por engaño, no vendría nadie a estas partes por el riesgo grande que tiene el viaje y porque todos han de entender que, una vez puestos acá, no han de volver a sus tierras...” (Medina 1923: 420). Daban por otras razones que no había más que una mujer europea, la esposa del dueño de la urca, y temían que, si caían presos de los españoles, no habría rescate ni intercambio de rehenes como se acostumbraba en Europa.

Aunque permanecieron en Valdivia hasta mediados de octubre, estas adversidades terminaron con la búsqueda de alianzas con los indios y la expedición. Con sus hombres acosados por el hambre, desertiones y el riesgo de un motín total, el 13 de octubre Herckmans decidió volver a Pernambuco. Al siguiente día remitió una carta de despedida para “su aliado” el cacique Juan Manqueante, explicándole que la falta de alimentos le obligaba a abandonar Valdivia, y pidiéndole que, si encontraba a cuatro desertores escondidos en el bosque, los detenga y ejecute antes de que lleguen (como pretendían) a Concepción a revelar al gobernador la situación vulnerable de la expedición:

Al muy valeroso señor Manqueante, cacique de Mariquina, mi amigo.

Señor, con gusto y deseo hemos recibido el mensaje que Vuestra Merced por los tres hombres nos ha enviado. A eso respondemos ahora cómo nosotros estamos aquí muy apretados de (los) mantenimientos que nos prometen los de la tierra aquí cada día, pero nada se pone por obra. Y considerando que aquí hubiéremos de morir de hambre, hemos hallado bien en nuestro consejo de partirnos de aquí con nuestros navíos, y ver si podremos alcanzar algo sobre enemigo nuestro: el español a Santa María de la Concepción.

La poquedad de mantenimientos en comida nos ha hecho jaque de nuestros soldados, algunos son huidos, aunque hasta ahora no han padecido hambre. Y si por ventura algunos de ellos vinieron a (...) tierras de Vuestra Merced, no se les dé pasaje, más, queriéndonos hacer merced, matar todos cuantos se hallaren por el campo, y no solamente Vuestra Merced (...) lo haga, más enviad a saber a todos los caciques circunvecinos de hacer lo mismo, porque ellos irán a la Concepción, sin duda, a avisar



al español de nuestro estado, (de) cómo Vuestra Merced y otros caciques han contratado con nosotros. Y persisto encomendamos otra vez de no dejar alguno de ellos en vida, quienquiera que fuera, porque nosotros no enviaremos a ninguno sin que yo mismo venga o el fiscal. Todo lo demás hemos ya dicho verbalmente a los tres mensajeros, y con eso deseamos a Vuestra Merced salud y buena vida. Hecho en Valdivia, a 14 de octubre de 1643 años. Amigo de Vuestra Merced, Elías Herckmans, general (Medina 1923: 409).

Herckmans desembarcó el 19 para despedirse de los caciques amigos, que le expresaron su pesar por la partida “lamentando no haberle podido entregar más víveres” pues, si les anunciaba su visita con al menos con dos años de anticipación, hubieran sembrado lo suficiente como para alimentarlos. Frustrado, Herckmans no discutió, aunque en el diario consta la notable abundancia de ganado, granos y frutas en la región (Schmidt 1999: 467). Los tres barcos dejaron Valdivia el 28 de octubre, prometiendo regresar a poblar la tierra con más gente y medios, para lo cual se llevaron “algunos indios de aquella parte” para convencerlos “de muchas novedades y advertencias que llevan apuntadas para formar una gran conquista en aquellas costas”, que consideraban de gran clima, con mucho ganado y, sobre todo, “con noticias de minas y esperanzas ciertas de acercarse al cerro del Potosí” (Medina 1923: 398). La flotilla ancló en Pernambuco el 28 de diciembre, para enterarse del arribo del Ámsterdam tres semanas atrás. En el puerto estaba el navío *Hollandia*, listo para zarpar hacia Valdivia con refuerzos y provisiones, mientras que el yate *Cazador* se aprestaba a viajar a las Provincias Unidas a informar de la nueva colonia (Anónimo 1923: 216 y Mercado 1985: 89). El fracaso supuso acusaciones e investigaciones en contra de Herckmans, que murió antes de ser procesado. Este fiasco final en las remotas costas de Chile, obligó a los neerlandeses a aceptar el fracaso acumulativo de tres cuartos de siglo buscando una alianza con los indios chilenos (Schmidt 1999: 461). Después de la Paz de Westfalia se publicó un informe de la expedición, señalando que “liberaron a los chilenos”. Sin embargo, el autor reconoce sinceramente el fracaso específico de la misión y general de la política de alianza con los indios: “Todo (...) les agradó bastante, pero tan pronto como comenzaron a decir que habían llegado a trocar por oro (que era el único motivo de la WIC) sus caciques o jefes comenzaron a disculparse, (diciendo) que durante muchos años no habían tenido ni buscado oro” (Schmidt 1999: 467). Finaliza admitiendo la



derrota de forma notable y sincera: “este viaje que el general Brouwer consideró de tan gran consecuencia llegó a un final totalmente infructuoso e ineficaz” (Schmidt 1999: 467).

Pero antes de conocer este desenlace, el gobernador chileno suponía, alarmado, que la alianza se consumó, y reportaba al virrey que “...lo principal es procurar por todos los medios deshacer esta liga para que los enemigos de tierra no den a los holandeses socorro de bastimentos”, cosa que intentaba por todos los medios (Medina 1923: 428). Considerando que el éxito de la conquista neerlandesa dependía de la alianza, emprendió una estrategia de coerción y consenso para inclinar la balanza a su favor, utilizando tanto el “poder blando” como el “duro”: premios para los leales e España y acoso para los simpatizantes del enemigo. Como ejemplo de poder blando, regó la voz de que los neerlandeses eran peores que los españoles, pues solo buscaban oro, y si lo encontraban traerían más gente y pondrían a los indios a trabajar en minas, “que es lo que ellos aborrecen” (Medina 1923: 428). En efecto, buen conocedor de la psicología y sentimientos de los rebeldes, envió mensajeros “así indios como españoles” para informar “a los indios enemigos que (los neerlandeses) solo vienen a la noticia de las minas de oro de Valdivia, y que cuando estén fortificados y con mucho número de gente les han de hacer trabajar en ellas y en otros oficios serviles” (Medina 1923: 428). Los recados iban acompañados de “agasajos”, “deseando, asimismo, encaminarlos a la obediencia de Su Majestad, y que se den medios a su reducción y pacificación del Reino, intentando por todos caminos que no pase adelante esta unión” (Medina 1923: 428). En otra ocasión, tuvo que “...soltar a un indio de los enemigos que tenía preso, por haberse ofrecido a ir por tierra, y que traería nuevas y señales ciertas de lo que hay en Valdivia, a quien por ello he ofrecido otras muchas pagas...” (Medina 1923: 399).

Como ejemplo de poder duro, dispuso “el castigo que se ha de dar a algunos de los que se han confederado con el enemigo”, de manera que, “...experimentando, por una parte, el castigo y por otra mi agasajo, (...) muchos aclaman será posible les venza la fuerza de la razón” (Medina 1923: 428). Obviamente “la razón”, que para el gobernador era apoyar al Imperio Español, se impuso por fuerza. Apenas se fueron los neerlandeses, envió a Valdivia mil soldados a caballo e infantería con “amigos indios (...) a castigar

(a) los que habían hecho amistad con el holandés...” (Medina 1923: 411-412). En la batalla murieron más de cincuenta “indios enemigos” y 350 hombres, mujeres y niños prisioneros fueron llevados a declarar en Concepción. Ahí supo que 47 europeos desertaron y quedaron “en poder de los indios que estaban confederados con (el enemigo)”. Los caciques los entregaron por reclamo de Herckmans, que los trató “malísimamente de obra y palabra”, ahorcando a siete (Medina 1923: 411-412). Esto disgustó al cacique principal “y los demás indios de guerra se habían ofendido mucho, y dado a entender su sentimiento al holandés”, tras lo cual se negaron a devolver otros cuatro (Medina 1923: 411-412). Este episodio atizó la antipatía de los indios hacia los neerlandeses, pues concluyeron que, si Herckmans maltrataba así a los suyos, con el tiempo trataría peor a los indios, y la tensión precipitó su regreso a Pernambuco. Por otro lado, sabiendo de los cuatro desertores en manos de los rebeldes, el gobernador envió de emisarios a unos indios amigos “...que pidiesen a los de guerra a los cuatro soldados del enemigo, ofreciéndoles crecido rescate”, asegurándoles que les daría buen trato y respetaría sus vidas (Medina 1923: 411-412). Los indios entregaron por lo menos a uno, que consta como Yosipo Lameres, holandés de veintitrés años y protestante, que declaró el 21 de agosto en Concepción y el 20 de septiembre en Lima (Medina 1923: 423).

Aunque el resto de la Araucanía permaneció en un intermitente estado de guerra, los españoles retomaron Valdivia. Y como acto simbólico indispensable de la recuperación de su soberanía sobre el territorio, previo al repoblamiento con buenos cristianos, desenterraron y quemaron el herético cadáver de Brouwer:

...el capitán D. Alonso Mujica, yendo a reconocer aquel puerto, quemó el cuerpo del hereje (General Braut) y de su sepultura nació después un hermoso maqui, árbol de muchas utilidades y de cuya fruta hacen los indios muy sabrosa cerveza o chicha (...) que quiso Dios con aquel árbol dar por bien hecho el castigo y que en tierra tan santa no estuviese tan maldito cuerpo, y así después de desenterrado y quemado nació aquel hermoso árbol (Rosales 1674/1877: 85).

El 3 de diciembre de 1643, el gobernador agradecía al virrey Mancera por el “...desvelo y brevedad con que Vuestra Excelencia se ha servido de enviar a la provincia de Chiloé y ciudad de Santiago los socorros de armas, municiones y bastimentos, de que tanto necesitaba...” (Medina 1923: 429). Y pedía más ayuda “para deshacer la unión que tienen los enemigos de Europa con los de tierra”, para lo cual estaba haciendo muchas diligencias, pues “sin ellos (los neerlandeses) no han de poder lograr sus designios, antes, en la ocasión que se ofreciere, experimentaran la poca fe y amistad que estos indios (nos) guardan (a los españoles)” (Medina 1923: 429). En respuesta, el 31 de diciembre de 1644, a poco más de un año de la partida de Herckmans, Mancera despachó una armada de doce galeones muy bien pertrechados, al mando de su hijo (Guarda 1953: 72-73). La flota ancló en Valdivia el 6 de febrero de 1645 con un contingente de novecientos soldados. Después de algunas escaramuzas, en donde murieron tanto indios como españoles, y la negativa inicial de dar provisiones, los soldados impusieron la paz y repartieron agasajos al cacique Juan Manqueante y su hijo don Antonio (antiguos “aliados” de los neerlandeses), luego de lo cual muchos indios se retiraron discretamente, mientras otros aceptaron quedarse bajo la autoridad imperial (Guarda 1953: 74, 77-78). Durante la década siguiente, los españoles reconstruyeron Valdivia y la rodearon de una impresionante colección de fortificaciones en la desembocadura del río y tierra adentro. Las primeras diseñadas para protegerse de extranjeros que lleguen por mar, y las segundas para enfrentar ataques indios desde tierra, y ambas para garantizar la frágil soberanía española en el área de Valdivia, rodeada por la indómita Araucanía en poder de los indios e intermitente guerra hasta principios del siglo XX<sup>30</sup>.

## Capítulo 2. Espías e informantes

El argumento de esta sección es que, contrario a lo que narra la Leyenda Negra, los extranjeros gozaron de ciudadanía española y libre movilidad por el Virreinato Peruano, y también pudieron ir y volver de sus países, siempre y cuando aceptaran la religión

---

<sup>30</sup> Valdivia, en manos de indios rebeldes de 1599 a 1645, se volvió inexpugnable bajo soberanía española, y a principios del siglo XIX era uno de los bastiones más fieles a la Corona. Pudo ser capturada sólo a inicios de febrero de 1820 por una fuerza patriota de 350 hombres liderados por el almirante Thomas Cochrane, que derrotó a más de 1.600 realistas (Guarda: 244-251).

católica. Además, fueron bienvenidos cuando sus profesiones estaban en demanda y eran requeridas por los españoles. Para ejemplo, a partir de documentos de los archivos de la Inquisición, se narra la historia de dos flamencos que lograron, como muchos cientos de extranjeros, asimilarse a la sociedad virreinal. Sin embargo, era libre movilidad y falta de control por parte de España también facilitó que llegaran extranjeros con otras intenciones menos benévolas, como fueron ser espías encubiertos del gobierno y las compañías neerlandesas para recopilar información de inteligencia que sirva para facilitar las expediciones que buscaban conquistar el Perú.

## **2.1. La libre movilidad de los extranjeros en el Perú**

Lejos de los espejismos y prejuicios, triste herencia de la Leyenda Negra, que pintan al Perú como un espacio cerrado, intolerante y poco amigable para quienes no fueran españoles, y fomentan la falsa idea de que, entre los siglos XVI y XVIII, los poquísimos europeos no españoles del Perú siempre eran (o debían ser) antiguos prisioneros o desertores de expediciones piráticas, lo cierto es que, desde las tempranas épocas de la conquista se asentaron legalmente europeos no españoles en tierras peruanas. La mayoría de estos migrantes no eran herejes, cripto judíos, espías o piratas, y “algunos poseían cartas de naturaleza y aun permisos para comerciar” (Bradley 2001: 658). En efecto, literatura reciente plantea que el Imperio Español no era tan cerrado, monopolista y, en fin, mercantilista como lo ha pintado la historiografía tradicional (Wallerstein 1984; Murray 2000). Desmonta estos supuestos apuntando a formas más complejas y ambiguas de las prácticas económicas imperiales y la posibilidad de asimilación de extranjeros, siempre y cuando fueran católicos.

En el siglo XVII, practicar la religión católica romana era el factor determinante para ejercer la ciudadanía en el Imperio Español. En efecto, personas de muchas nacionalidades que llegaron desde la conquista, gozaron de libertad y libre movilidad para establecerse y recorrer el Virreinato Peruano siempre que fueran católicas, especialmente las que practicaban trabajos en demanda, como la construcción de barcos y navegación en general. Además, podían ir y volver libremente de sus países de origen. Casi todas ejercían sus profesiones de buena fe y, conscientes de su inocencia, las

autoridades no las importunaban mientras no cometan delitos o herejías. Sin embargo, cuando la guerra se agudizaba en Europa, con repercusiones en América, traducidas en la presencia de flotas en el Pacífico, el temor por los extranjeros se apoderaba del Perú. Solo entonces, las autoridades se llenaban de inquietudes, sospechas e inclusive celos por su presencia, y comenzaban las indagaciones y purgas. En 1619, por ejemplo, dos años antes de la expiración la tregua de doce años y anticipándose con cinco al ataque de la Armada de Nassau, los espías de Felipe III reportaron, acertadamente, que el gobierno neerlandés y la VOC enviarían al Perú una flota mayor que la de Spilbergen. Con los nubarrones de la guerra en el horizonte, “el monarca se preocupaba no solamente por los flamencos que habían llegado como corsarios o piratas, sino por los residentes de esa nacionalidad, desde antes como después de la primera incursión holandesa en el Mar del Sur”. Y ordenó, por cédula, el censo y retiro de todo extranjero tierra adentro (Bradley 2001: 659, 662). Sin embargo, por los valiosos servicios que ofrecía a la Armada del Mar del Sur, el virrey Esquilache se opuso a aplicarla y la mayoría de neerlandeses salió bien librada (Bradley 2001: 659).

El estado de libre movilidad se ilustra con el caso del alemán Juan Antonio, nacido por 1595 en “Embre”, donde vivió con sus padres hasta los siete años, cuando un pariente lo reclutó para un viaje a Setúbal (Portugal), en un navío cargado de trigo. Ahí se quedó por cinco años al servicio de un mercader, hasta que le comunicaron la muerte de sus padres, y se embarcó en un navichuelo para volver a su tierra. Dañada por una tormenta, la embarcación ancló en el “puerto de Forno” (Holanda), justo cuando se preparaban unas urcas para ir por sal a la punta de Araya (Venezuela), “y como era muchacho y no sabía del mundo, entendiendo que no había más de lo que él había visto, se embarcó en ellas” (ANH/Inquisición 1030 159v).

Antes de la invención de la refrigeración, la sal era indispensable para conservar alimentos, y los neerlandeses desarrollaron la industria e importante negocio de la preservación de carne, especialmente de pescados como el arenque y el bacalao. Pero, a causa de la rebelión, en 1580 España y Portugal les bloquearon los puertos de Setúbal y las islas de Cabo Verde donde compraban sal, y requerían urgentemente de una nueva fuente (Lane 1999: 63). Para 1585 descubrieron los ricos depósitos ubicados en Araya,

y, dada la prohibición, enviaron expediciones clandestinas cada vez más numerosas y mejor armadas. España toleró unos pocos minadores, pero cuando el número superó el centenar de barcos anuales de entre doscientas y cuatrocientas toneladas, se volvió intolerable la flagrante violación de su soberanía y explotación de sus recursos. Araya también se convirtió en puerto de contrabandistas ingleses y franceses. Con expresas instrucciones de acabar con todos, en septiembre de 1605, Felipe II envió desde Lisboa una flota de catorce galeones y tres barcos menores con 2.500 hombres al mando del general Luis Fajardo, que los sorprendió, capturó nueve barcos en la primera refriega, siete en la segunda y solo dos escaparon. No había prueba de que lo fueran, pero Fajardo, amparado en un edicto del 6 de julio de 1605, les dio tratamiento de “piratas y corsarios”, ahorcando o decapitando ahí mismo y sin fórmula de juicio a la mayoría (unos cuatrocientos) incluido el comandante Daniel de Moucheron. Casi todos los 53 sobrevivientes terminaron de galeotes en Cartagena. (Lane 1999: 64; Goslinga 2017: 63, 123, 127, 540). Entre ellos estaba Juan Antonio, que sirvió a un español hasta 1608, cuando llegó de Madrid el decreto de liberación (ANH/Inquisición 1030: 159v). Trabajó de marino hasta 1610, cuando, muy posiblemente por vía de Tierra Firme (Panamá), pasó al Perú y se estableció en el poblado de Saña.

La presencia de Spilbergen en el Mar del Sur en 1615 generalizó el miedo de que los extranjeros puedan ayudarlo en sus conquistas, y el 19 de mayo el comisario local detuvo a Juan Antonio, acusado de herejía. Dos mulatos, uno menor de edad, dijeron que un día de marzo en la portería del convento de San Agustín, dijo “que las monjas de Popayán habían amanecido preñadas, y que el obispo las había castigado y emparedado” (ANH/Inquisición 1030: 158v). El mulato respondió que Dios las perdonaría si se arrepentían de sus pecados, y Juan Antonio replicó: “después del pecado hecho, no hay arrepentimiento para ante Dios”, lo cual, para el testigo, “era mal ojo” porque bastaba el arrepentimiento para alcanzar el perdón de los pecados. Juan Antonio insistió “que era cosa de burla, que no valía el arrepentimiento porque después de hecho el pecado no se alcanzaba el perdón” (ANH/Inquisición 1030: 159v). Luego, en otro convento, el Miércoles de Ceniza, Juan Antonio no se arrodilló para recibir la ceniza, y lo hizo solo cuando el cura se lo mandó. Luego supo que los del pueblo murmuraban que lo hizo así “por ser pechelingue”, y otros prejuicios dada su condición de extranjero. Esperando su traslado al Callao, el prior de San Agustín lo visitó y

preguntó sobre lo dicho de las monjas payanesas, pero no recordaba. Sin embargo, dijo que debía ser cierto si lo afirmaban unos buenos cristianos, por lo que confesaba, pedía perdón y misericordia. El 30 de julio lo recluyeron en las cárceles secretas de la Inquisición y, dada su minoría de edad, le asignaron un curador que actuó como abogado. Al siguiente día, en la primera audiencia, dijo desconocer la razón de su detención, porque era católico de oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesarse y comulgar. Había sido bautizado “en la iglesia mayor de su pueblo, que se llamaba San Pedro” y, aunque no era confirmado, sus padres fueron católicos y murieron como tales (ANH/Inquisición 1030: 159v). Sabía leer, aunque no podía escribir más que su nombre. Demostró la verdad de sus afirmaciones hincándose y santiguándose, diciendo cuatro oraciones y recitando los Mandamientos. Recordaba el episodio de la ceniza, pero dijo que, hasta que el cura le amonestó, no sabía que debía recibirla hincado. Finalmente, juró creer, como enseña la Iglesia, que Dios perdona a quien se arrepiente y hace penitencia, y negó toda otra acusación, insistiendo que era “cristiano católico que vivía en la fe de Jesucristo” (ANH/Inquisición: 160v-161). El tribunal recibió las pruebas el 7 de agosto y lo liberó bajo fianza un día después. Los mulatos se ratificaron y la causa se publicó el 4 de noviembre. Juan Antonio reafirmó sus confesiones y pidió misericordia. El tribunal suspendió el proceso el 22 de enero de 1616, informándole que podía disponer de su persona como quisiese.

El caso de Andrés Cornelio (alias Fernández), un corsario pechelingue, y, como tal, aparente enemigo irreconciliable de España, que terminó como súbdito honrado de la Corona en calidad de soldado del presidio del Callao, ejemplifica de forma aún más extrema libre movilidad y persecución de los extranjeros por temores relacionados a la presencia de flotas en Perú. Su verdadero nombre debió ser Andreas Cornelis o algo así, y nació hacia 1603 o 1604 en “Tera” a seis leguas de Amberes. Vivió con su madre en Amberes hasta los dos años, cuando su abuela materna lo mandó traer a Ostende, donde vivió seis años hasta que murió la abuela. Un capitán portugués de apellido Acosta, relacionado con la difunta, lo tomó bajo su protección y servicio. Residieron por ocho meses en Lisboa, hasta que Acosta se fue al interior de Portugal, dejándolo encargado con el maestro de una carabela. Zarpó a Canarias con su nuevo jefe, pero al cabo de tres días los interceptó un corsario neerlandés, que retuvo a Andrés y al piloto antes de liberar la carabela. El corsario merodeó la costa africana por seis meses sin hacer presas,



navegó a Inglaterra y una noche de buen tiempo entró en un puerto de la isla de “Edlan”, donde lo sorprendieron la capitana y almiranta inglesas, y se repartieron los tripulantes. Andrés pasó al servicio de un veedor de la armada, con quien vivió siete meses en Londres. Una noche, su jefe propuso viajar a España. Zarparon en una nave que paró en el puerto de Unst de las islas Shetland y remontó un río, donde se enfrentaron con un corsario flamenco. El inglés murió y Andrés quedó a bordo del flamenco. Al cabo de cuatro días llegó el resto de la flota, compuesta por “otras dos naos de armada de Estradama (Ámsterdam), capitana y almiranta, y dos pataches, y otra nao de armada...” (ANH/Inquisición, L. 1030: 285v). Andrés había sido enrolado por Spilbergen y, sin saber su destino, cruzó el Atlántico:

...todas seis se habían hecho a la vela y, apartadas de la costa de España, habían ido a reconocer en las Canarias la isla de Garachico, y de ahí al puerto de San Vicente en Brasil. Y de ahí habían ido al estrecho de Magallanes, y habían tardado ochenta días en desembocar. Y en llegar al estrecho desde el puerto de San Vicente en el Brasil treinta días, y que la Mocha había sido la primera tierra que habían visto en el Mar del Sur, de donde habían ido a la isla de Santa María y de allí por la costa de Chile hasta Arica y Cañete, donde habían estado hasta que se dio la batalla, y luego habían llegado al puerto del Callao y por la costa del Perú hasta Paita, de donde habían atravesado al puerto de Acapulco, donde les habían dado pan y carne, y había saltado en tierra un sobrino del general holandés... (ANH/Inquisición, L. 1030: 285v).

Cruzaron el Pacífico desde Acapulco hasta Ternate en las Molucas, donde Spilbergen asumió el mando de la flota que enfrentaría a la Armada Española de la China, comandada por el general Ronquillo. Las armadas se enfrentaron el 14 y 15 de abril de 1617 en Playa Honda. Según Andrés, apareció la armada de Ronquillo “...en número de siete navíos y tres galeras e ido a Playa Honda (a) veinte leguas de Manila, donde estaban los enemigos esperando las embarcaciones de los sangleyes para robarlos. Y los habían embestido y peleado con ellos desde la mañana a la tarde, y habían echado a pique la capitana de Holanda y otros cuatro navíos” (ANH/Inquisición, L. 1030: 285v-286). Los españoles vencedores rescataron varios heridos de los restos de un navío en llamas, y entre ellos estaba Andrés de unos trece años, que rechazó huir hacia la almiranta en una chalupa con otros compatriotas. Los españoles encerraron a los presos



en el depósito de pólvora de Manila, donde Andrés pasó a servir al capitán Juan Bautista de Molina, dueño del navío Nuestra Señora de Guadalupe, en cuya casa vivió por tres meses, hasta que el comisario del Santo Oficio, fray Antonio Gutiérrez, lo recluyó en el convento de San Gabriel, donde la Inquisición examinaba a los pechelingues. Gutiérrez lo retuvo en San Gabriel por más de un mes sin dejarle oír misa, para luego trasladarlo al convento de Santo Domingo, donde lo interrogó. Dijo que servía a un capitán inglés con quien se iba a España, cuando Spilbergen lo capturó. Respondió que “no” a la pregunta de “si él era de ellos”, pero admitió que asistió a las prédicas de los herejes y comió carne los viernes. Con fray Luis Reimundo y un hermano lego flamenco por traductores, Gutiérrez lo juzgó y sentenció por hereje. Como penitencia, le hizo postrarse y golpear el hombro con una barita delgada mientras le leían un libro, para luego mandarle a confesarse y oír misa. Sirvió de dispensero del convento por catorce meses, donde aprendió castellano, y se embarcó como sirviente de un fraile en la flota de galeones San Diego y Espíritu Santo, que dejó Manila el 10 de agosto de 1618 y ancló en Acapulco ese diciembre (Todo Avante, 2/01/2021). Como criado del fraile, viajó de México a España, donde el fraile lo acomodó con el factor José Ladrón de Guevara, y éste con un criado de Diego Fernández de Córdova y López de las Roelas, I marqués de Guadalcazar<sup>31</sup>, nombrado como virrey del Perú, en cuyo séquito pasó al Virreinato y se estableció como soldado en el Callao, primero en la compañía del capitán Andújar y luego en la del capitán Pedro Alonso Muñoz, con quien viajó a Panamá en la flota de plata de 1623.

El 20 de junio de 1623, poco menos de un año antes de la llegada de la Armada de Nassau, cuatro veteranos de la batalla de Cañete: el capitán Pedro de Pineda, Juan Rodríguez, Bernardino Restán y el piloto Bartolomé de Villegas, acusaron maliciosamente a Andrés Fernández de supuestas herejías proferidas en julio de 1615. Todos iban en la almiranta Santa Ana, hundida por el fuego de Spilbergen, y los neerlandeses los rescataron de las olas y retuvieron a bordo de “la nao que llamaban La Pechelinga”. Pineda fue liberado en Huarmey al cabo de dieciséis días, Rodríguez en Paíta luego de 34 y Restán en Acapulco luego de tres meses. Durante el cautiverio,

---

<sup>31</sup> Siendo virrey de Nueva España desde 1612, el marqués de Guadalcazar fue ascendido al mismo cargo en Perú y viajó desde Acapulco. Entró públicamente en Lima el 25 de julio de 1622 y gobernó hasta el 14 de enero de 1629 (Zaragoza 1883/2005: 233-235).

constataron las herejías de los pechelingués, que “abominaban de los rosarios y oraciones”, la fe católica y la Iglesia, blasfemaban y comían carne los viernes y sábados, aun cuando gozaban de buena salud. El maestre de proa tenía por sirviente a un muchacho “de la misma nación (y) hereje”, a quien identificaron como el soldado del Callao Andrés Fernández, que “quería muy mal a los españoles, y (...) el contra maestre, su amo, era el más bellaco hereje que en la nao había<sup>32</sup>” (ANH/Inquisición, L. 1030: 285v). Recordaban los rezos heréticos cada mañana y tarde, “y que el dicho muchacho rezaba con ellos”. Sobre la ingestión de carne los viernes, Villegas añadió que vio hacerlo “en particular, al dicho muchacho Andrés” (ANH/Inquisición, L. 1030: 286v). Bernardino Restán viajó a Manila en la flota de galeones Ángel de la Guarda y San Antonio de Padua, que zarpó de Acapulco el 1 de abril de 1616, se enroló en la armada de Ronquillo, participó en la batalla de Playa Honda donde los españoles “habían quemado y echado a pique cinco navíos de Holanda” y vio cuando rescataron a Andrés Fernández del mar (ANH/Inquisición, L. 1030: 285v-286). Ambos viajaron a Acapulco en el mismo galeón.

El 26 de junio de 1623, los cuatro inquisidores mayores analizaron el caso y votaron por apresar a Andrés Fernández, pero no lo encontraron porque estaba a bordo de la Armada rumbo a Panamá en el viaje anual con la plata de un año de minería potosina. Los jueces esperaron pacientemente su regreso, lo detuvieron en enero de 1625 y encarcelaron en las mazmorras secretas de la Inquisición. Tenía entonces veinte años, era menor de edad y le nombraron un curador y abogado. Interrogado sobre si sabía la causa de su detención, dijo que “no”, porque era católico. Declaró ser católico bautizado y confirmado, hijo de padres católicos, nacido en el “lugar de Estera”, y que su nombre original era Andrés Cornelio pero que, por consejo de su jefe Antonio de Santillán, alférez del capitán Pedro de Andújar, se lo cambió a Andrés Fernández para sonar español, pues en el Callao “no asentaban plaza de soldado a los extranjeros” (ANH/Inquisición, L. 1030: 286v). El 24 de enero narró su increíble historia, escuchó

---

<sup>32</sup> Juan Rodríguez llegó a ser contra maestre del San Jerónimo, almirante de la flota de galeones que zarpó de Acapulco junto a la capitana San Andrés el 20 de marzo de 1619 y llegó a Manila en julio del mismo año. En Acapulco, también había visto y reconocido a Andrés Fernández (ANH/Inquisición, L. 1030: 286v).

las acusaciones, respondió con su abogado que ya había sido procesado en Manila, por lo que su caso era cosa juzgada, y pidió su liberación. Su antiguo juez, Antonio Gutiérrez, y el traductor Luis Reimundo testificaron en su favor desde México, donde el primero era comisario del Santo Oficio de Acapulco, mientras los cuatro acusadores se ratificaron. Dijo que cuando lo enrolaron, desconocía el rumbo de la Armada de Spilbergen, aunque posiblemente si lo haya sabido su amo inglés. Admitió las faltas del pasado, como ir con su amo inglés a los templos heréticos de Inglaterra, donde todos cantaban con un libro. Añadió que, a bordo de la vicealmiranta tocaban la campana una vez por la mañana y otra por la tarde y todos oraban, cantaban y comían carne los viernes. Asistió forzado a esas prédicas, pues “si supiera nadar se hubiera echado al agua para venirse a los españoles”, y comía carne los viernes “porque no le daban otra cosa que comer” (ANH/Inquisición, L. 1030: 287). Sustituyó durante el viaje al criado muerto del guardián del castillo de proa, que le impedía salir del navío, pues, de haberlo permitido huía a los católicos “porque había nacido cristiano” (ANH/Inquisición, L. 1030: 287). Pero que tomó la Bula de la Cruzada desde 1622, cuando se instaló en el Callao, rezaba el rosario, creía en todo lo que mandaba la Iglesia Católica y “en esta creencia había vivido y pensaba vivir y morir” (ANH/Inquisición, L. 1030: 287). El abogado demostró con testigos que Andrés era buen cristiano, oía misa, se confesaba y comulgaba en Acapulco, Panamá y el Callao. El tribunal aceptó las pruebas el 13 de mayo de 1625, se dio por satisfecho, suspendió definitivamente el proceso y liberó al antiguo grumete pechelingue, que debe haber terminado sus días como un honrado soldado del Perú (ANH/Inquisición, L. 1030: 287v).

El caso de Andrés Fernández demuestra que las denuncias extemporáneas obedecían más a rencillas personales y xenofobia de los acusadores en su contra que a un sincero convencimiento de que fuera hereje. Por otro lado, el hecho de que la Inquisición aceptara el caso deja entrever la posibilidad de que sobre el reo pesaban sospechas de espionaje. En todo caso, el episodio demuestra que Fernández sirvió a los acusadores e inquisidores como chivo expiatorio, preso por unos seis meses, para vengar la humillante derrota infligida por Spilbergen a la Armada del Mar del Sur.

## 2.2. El Ciervo Volador y los primeros informantes neerlandeses en Perú

El argumento de esta sección es que los primeros espías e informantes neerlandeses llegaron al Perú por casualidad, a bordo de un barco que naufragó en Valparaíso, y, luego de su catequización hallaron trabajo y se quedaron por entre cuatro y seis años en el Virreinato, hasta ser canjeados por prisioneros neerlandeses en el marco de la guerra. Por lo menos la mitad de los náufragos originales volvieron a las Provincias Unidas con información importante para las expediciones de conquista proyectadas para los años que vinieron, traicionando así la confianza y buena voluntad de los españoles.

En el siglo XVII vivían en el Perú cientos de extranjeros legal o toleradamente afincados, y de entre estos, “una categoría bien definida y valorada (...), era la de los que ejercían oficios marítimos, tal vez una prueba de la experiencia y aptitudes personales que habían facilitado su llegada al Perú: marineros, pilotos, capitanes, maestros, dueños y armadores de barcos, los que desempeñaban cargos especializados como artilleros, calafates y carpinteros” (Bradley 2001: 659). Estas profesiones eran apreciadas, pero también podían dar lugar para esconder actividades clandestinas tras fachadas aparentemente inofensivas. Además, permitían estar siempre cerca del mar, lo que facilitaba acceso a navíos y flotas para comunicarse con sus países de origen y otros extranjeros sin levantar mayor sospecha. El gobierno y las compañías neerlandesas aprovecharon que la apertura del Imperio Español a los talentos extranjeros, y, para lograr su proyecto de conquista en Chile y Perú, concibieron la estrategia de establecer redes de espionaje en el Perú, que puedan informar eficiente y oportunamente sobre las posibilidades y vulnerabilidades que favorecían las expediciones militares y la fundación de colonias.

La génesis más probable de la compleja red de espionaje que operó en el Virreinato durante la primera mitad del siglo, se halla en un evento inusual que, siendo una mera casualidad, resultó también la oportunidad ideal para plantar por vez primera a un grupo

de neerlandeses en Perú para que aprendan castellano y obtengan información de inteligencia. El 17 de noviembre de 1599 ingresó al puerto de Valparaíso un barco abatido, casi desarbolado y carente de provisiones con veintitrés famélicos sobrevivientes de una dotación original de 56. Una chalupa con siete tripulantes, incluidos el capitán y el carpintero Adriaan Dircksz, remó con bandera de tregua hasta la orilla, donde vieron gente. Repentinamente, cuando comenzaron a desembarcar, los emboscó una pequeña tropa dirigida por el corregidor de Santiago, Jerónimo de Molina (Bradley 1989: 17-18). Atacados con arcabuces y lanzas, se retiraron al mar con tres heridos, incluido el capitán con un balazo en la pierna y otro con un corte de partena. Los hombres llevaban mosquetes, que no usaron para demostrar sus intenciones pacíficas (Medina 1923: 317-318, Barros 1999: 215-216). Al día siguiente, el corregidor subió al navío con bandera blanca, preguntó y si eran ingleses y le dijeron que eran holandeses y que querían tratar en paz. Molina les dijo que España estaba en guerra con las Provincias Unidas, pero que tenían necesidad de muchas cosas, por lo que les dejarían comerciar si pagaban el impuesto real del tres por ciento (Ijzerman 1915: 92-93). Luego cambió de opinión, negoció su rendición, entrega del navío con su cargamento por 12.000 ducados<sup>33</sup> y la promesa de libertad para viajar a Buenos Aires, desde donde podían volver a su país (Ijzerman 1915: 93, Medina 1923: 318). El barco y su cargamento fueron confiscados, el gobernador Quiñones descargó y vendió la mayor parte de la carga<sup>34</sup>, e incorporó el navío a la Armada del Mar del Sur (Wieder 1923: 262). El capitán del navío, llamado Buena Nueva del Evangelio, era Dirck Gerritszoon Pomp, alias “Dirck Gerritsz China” o simplemente Dirck Gerritsz (llamado Rodrigo Giraldo o Girardo en los informes españoles), mercader, navegante y escritor de unos 46 años, de cierta reputación por haber recorrido Europa, vivido en Portugal y en la India portuguesa y, especialmente, viajado a China y Japón (Medina 1923: 339-340; Goslinga 2017: 28).

---

<sup>33</sup> Según la declaración de Jacob Dircksz hecha en La Haya en 1603, el gobernador no aceptó ese valor por muy alto, y pagó 10.000 pesos. Esta declaración se reproduce en: Ijzerman, Jan Willem (1915) *Dirck Gerritsz Pomp alias Dirck Gerritsz China, de eerste Nederlander die China en Japan bezocht (1544-1604) zijn reits naar en verblijf in Zuid-Amerika* Den Haag: Martinus Nijhoff, pp. 91-94.

<sup>34</sup> Su sucesor, Alonso García de Ramón, que fue a recoger a los soldados fugitivos y amotinados de Arauco, informó el 20 de agosto de 1600 que quedaba muy poco del cargamento original para poder socorrerlos (Wieder 1923: 262).

El barco, más conocido con su nombre antes del viaje: Ciervo Volador, tenía 150 toneladas, dieciséis cañones, y fue parte de la flota organizada por la compañía Magallánica. A poco de salir al Mar del Sur, perdió contacto con el resto y fue presa de una tormenta que lo destrozó, obligándolo a buscar refugio en Chile (Montáñez 2014: 77-78). La decisión de entregarse en Valparaíso no fue unilateral del capitán, sino tomada por consenso, ya que, en efecto, era imposible continuar el viaje con la tripulación menguada, famélica y enferma, y las provisiones en estado críticamente escaso. Según el cabo de escuadra Jacob Jacobsz "...fueron de acuerdo en que el dicho navío deje de seguir su viaje..." (Medina 1923: 328). Sin embargo, Gerritsz pensó hacer que la rendición fuera lo más rentable posible para él y los armadores. Al respecto, no queda claro si se rindió como enemigo vencido y perdió todo, o vendió a los españoles el barco y su cargamento con conocimiento de la tripulación, pues el carpintero Dircksz: "...entendió que el navío lo había dado por 12.000 ducados..." y Jacobsz que "...el capitán se lo vendió a los españoles y a su capitán en 12.000 ducados, y luego otro día se comenzó a descargar y traer las mercaderías a tierra" (Medina 1923: 318, 328). Si el negocio fue para beneficio propio, Gerritsz sería un villano traidor, pero en todo caso, un hombre muy astuto que se jugó la carta del "fiel súbdito" de Felipe II, poniendo la nave, su cargamento e información sobre los otros barcos de la flota al servicio del virrey, a cambio de la promesa de libertad para volver a Europa, y, quizás, 12.000 ducados (Wieder 1923: 257-258).

Gerritsz y otros diecisiete fueron trasladados a reponerse y curar sus heridas en Santiago, donde los interrogaron el 10 de febrero de 1600 y reclutaron algunos para la guerra con los araucanos (Barros 1999: 215-216). Por ejemplo, se sabe que el joven trompetista Laurens, nacido en Bergen (Noruega) de padres holandeses, entró al servicio naval y, en julio de 1600, viajó en una barca, al mando de un capitán vizcaíno, desde la isla Santa María hasta Arauco. Los indios los emboscaron, mataron a todos los españoles y perdonaron la vida de Laurens para usarlo como intérprete para eventuales negociaciones con otros neerlandeses. Para mayo de 1603 Laurens seguía con los indios (Wieder: 1923: 87). Gerritsz fue llevado a Concepción (Junín, Perú), hizo un viaje acompañado por monjes entre Jauja y Huamanga y terminó en Lima, donde permaneció por tres años apelando infructuosamente su cautiverio (Wieder 1923: 258).

Los seis restantes eran: el contramaestre Laurens Claesz (Lorenzo Nicolás) de Amberes, de unos 35 años, el condestable Jacob Dircksz (Jacobo Rodrigo) de Purmerland, de unos veintiséis años, el intendente o cabo de escuadra Jacob Jacobsz (Jacobo) de Amberes, de veinticinco años, el carpintero Adriaan Dircksz (Adrián Rodríguez) de Leiden, de veinticinco años, y los grumetes Pieter Jansz (Pedro Joan) asistente de timonel de unos veinte años, de Brujas, y Jan Claesz (Joan), de Rotterdam, de dieciocho años.

Permanecieron en Valparaíso hasta el 24 de noviembre, cuando viajaron al Callao en el *Ciervo Volador* custodiados por veinte soldados. Arribaron el 8 de diciembre y los separaron en distintos barcos distintos del puerto (Ijzerman 1915: 93). Entre el 11 y el 20 declararon ante el virrey Luis de Velasco y Castilla, I marqués de Salinas del Río Pisuerga<sup>35</sup>, con el capitán flamenco Juan Enríquez Conobut por intérprete. Dijeron haber viajado en mercantes flamencos sólo por Europa a través del Atlántico y el Mediterráneo, comerciando diversas mercaderías de su tierra, a la que regresaban con sal, aceite, aguardiente y vino, particularmente de España. Tenían distinto grado de experiencia. Mientras éste era el primer viaje del grumete Jan Claesz, el curtido Jacob Dircksz había viajado dos veces a Sanlúcar de Barrameda, tres a Cádiz, cinco a las Azores, dos a La Palma (Canarias), dos a La Rochela (Francia), una a Venecia, una a Génova y una a Austerlant (Islandia). Otro veterano: Laurens Claesz había ido dos veces a Sanlúcar, una a Bilbao, cinco a Lisboa, cinco a Francia (una de ellos a San Juan de Luz) y una a Inglaterra. Jacob Jacobsz había hecho tres viajes a España, incluyendo uno a Sanlúcar y otro a Cádiz, y uno a Setúbal (Portugal). Y Pieter Jansz había ido por cerveza cinco o seis veces a Inglaterra (Medina 1923: 272-321). Es notable que ninguno había viajado previamente a América, a los asientos neerlandeses de esclavos África ni a sus factorías en el Asia.

De todos, el más intrigante por su rol (años después) como espía para la Armada de Nassau (y quizás también para la de Spilbergen) es Adriaan Dircksz, conocido en Perú como Adrián Diego, Rodrigo o Rodríguez (Medina 1923: 321, Bradley 1989: 18 y 2008: 15, 69, Montáñez 2014: 77). El 18 de diciembre, en el Callao, declaró tener veinticinco años -por lo que se deduce que nació hacia 1574- y ser natural de Leiden

---

<sup>35</sup> Luis de Velasco (1534-1617). Fue virrey de Nueva España entre 1590 y 1595, y nuevamente de 1607 a 1611. Estando en México en 1595 fue nombrado virrey del Perú, se embarcó en Acapulco y llegó a Lima el 24 de julio de 1596. Gobernó por siete años, cinco meses y dos días (Zaragoza 1883/2005: 219-222).



(Holanda). Era marinero y carpintero de mar y tierra (Medina 1923: 310). Había viajado por años en mercantes neerlandeses con trigo a Venecia, cuatro veces con trigo y aparejos navales a Ayamonte (Huelva, España), a La Rochela, de donde importó a Flandes fardería y sal, a Austria, de donde llevó centeno para Flandes, y a Noruega (Medina 1923: 310-311). Luego se enroló como carpintero, con sueldo de cuatro florines mensuales, en la flota Magallánica y cruzó el Atlántico a bordo de la Fidelidad. Después de cruzar el estrecho de Magallanes, el 9 de septiembre de 1599, pasó al Ciervo Volador para hacer unas reparaciones y no pudo volver cuando los vendavales separaron a los barcos (Wieder 1923: 78-79; Medina 1923: 315). Al igual que el resto de tripulantes, viajó a Chile engañado, pues lo reclutaron para ir al cabo de Buena Esperanza y sólo en alta mar supo el verdadero destino (Medina 1923: 319). Los magistrados le preguntaron si antes de viajar sabía del Perú y sus defensas, y respondió que nunca había oído de este reino, del estrecho de Magallanes, ni de lo que había en él (Medina 1923: 315). Los oidores, informados de lo sucedido con los otros barcos en el sur de Chile, alegaron:

... ¿cómo puede ser verdad lo que dice? Pues sabe que todos en esta armada son vasallos del príncipe de Orange, enemigo rebelde del Rey, Nuestro Señor, y que ha sustentado y sustenta en muchos años la guerra en los Estados de Flandes contra la obediencia de S. M., y traen pilotos ingleses y marineros que son enemigos de españoles, por lo (que) se debe creer que esta armada viniendo, como viene, tan fuerte y con tanta artillería y pertrechos de municiones, es de mal hacer; y ha entrado a esta mar para infestarla y robar los puertos y costas y tomar los navíos que por ella navegan (Medina 1923: 319).

Respondió que, siendo un simple carpintero, no sabía nada sobre la expedición ni las armas que llevaba (Medina 1923: 314-315, 319). Frente a la insistencia, admitió y justificó el gran armamento argumentando que "...todo anda revuelto en el mundo y nunca se guardan palabras ni amistades, ni hay de quien fiar, por eso vienen apercebidos para defenderse" (Medina 1923: 315). Evidentemente sabía más de lo que admitía, pero sus conocimientos técnicos eran demasiado valiosos y se quedó trabajando en los astilleros del Callao con un tutor franciscano, bajo libertad vigilada (ANH/Inquisición, 1647, 7: 24). Otro, llamado Jan Huygen, también fue carpintero del Callao, luego pasó



al ejército de Arauco y se rumoraba en mayo de 1603 que se pasó al lado de los indios (Wieder 1923: 83). Gerritsz, el piloto Claesz y otros tres, considerados como “informantes con demasiado conocimiento” -es decir, percibidos como potenciales espías- permanecieron en Lima por orden del virrey (Bradley 1989: 18). Algunos, como Jacob Dircksz, condestable y luego segundo oficial, sirvieron de manera forzada, hasta el 15 de marzo de 1600, en la única galera del Callao. Luego los separaron y repartieron por varios conventos limeños para su instrucción católica. Dircksz a Santo Domingo, uno a San Francisco, uno a San Agustín y uno al de los jesuitas, mientras que el joven grumete Jacob fue a servir en la corte virreinal (Wieder 1923: 83, 260-261; Montáñez 2014: 77).

El 1 de enero de 1600 zarpó una armada de tres barcos a Chile en busca del resto de barcos neerlandeses, al mando del almirante Gabriel de Castilla. El 13 le siguieron cuatro navíos mayores y uno menor para hacer guardia en el cabo San Gallán, al mando del sobrino del virrey Juan de Velasco, capitán de “La Concepción”, nuevo nombre del *Ciervo Volador*<sup>36</sup> (Bradley 2009: 30, n. 5). Sus instrucciones eran que, si para el 20 de marzo no encontraban enemigos, debían cargar plata en Arica y llevarla al Callao. Consecuentemente, luego de recorrer las costas chilenas sin resultado, Castilla ancló en Arica el 1 de abril, cargó algo de plata y regresó al Callao el 20 (Bradley 2009: 30-31). Dejó atrás al patache Buen Jesús, que, el 26 de marzo, entre Mocha y Santa María, cayó en poder de Van Noort, que supo por los tripulantes la suerte del *Ciervo Volador* (Bradley 2008: 19-20). Luego navegó a Valparaíso, donde el 28 de marzo quemó dos barcos y capturó un tercero. En uno, abandonado a la deriva, había unos treinta indios. Nuevamente Van Noort mostró su cara hostil con los indios, ordenando pasarlos a cuchillo antes de entregar el barco a las llamas. También se apoderó de unas cartas escritas por Gerritsz en holandés y dirigidas “a sus amigos”, en donde contaba cómo terminaron sus actividades en Valparaíso, y que estaba herido y en condición miserable con sus hombres en la cárcel de Lima. El 8 de abril, cerca de Huasco, liberó a Francisco

---

<sup>36</sup> Los daños severos del antiguo *Ciervo Volador*, causados por las tormentas desde su entrada al Mar del Sur que se hicieron entonces evidentes, hubo quejas sobre su maniobrabilidad, pues no avanzaba rápido y se retrasaba con respecto al resto de la flota. Sin haber encontrado a los demás barcos neerlandeses, regresó al Callao el 10 de marzo con el resto de la flota de Velasco, fue declarado inútil para la navegación de cabotaje y rematado públicamente por decreto del 14 de marzo de 1600 (Wieder 1923: 262; Bradley 2009: 31).

de Ibarra, capitán del Buen Jesús, y la mayoría de sus hombres “con extrema cortesía”, como ejemplo para pedir reciprocidad de trato hacia Gerritsz y su gente (Burney 1806: t. 2: 222-223; Wieder 1923: 262-263; Bradley 2008: 20). Temiendo que una flota española mejor armada pueda derrotarlo, el 20 de mayo puso rumbo a las Filipinas.

En 1602, en función de una cédula que disponía su libertad, Jacob Dircksz (Jácome Rodríguez), Daniël Arnold Maertensz (Daniel Arnaldo Martínez) y Christiaan Albertsz (Cristóbal Alb) viajaron a Panamá en la Armada del Mar del Sur con Sevilla por destino final, donde quedarían a cargo de la Casa de Contratación<sup>37</sup> (Bradley 2008: 15, n. 18; Berguño 1991: 137). Dircksz, liberado por pedido del superior dominico de Lima por su conversión al catolicismo, narró el viaje por tierra de Panamá a Portobelo sobre las montañas, y cómo se transportada la plata a lomo de mula y en barcas por el río Chagre, recordando que ese era el momento de mayor vulnerabilidad, como lo probó Francis Drake entre febrero y marzo de 1573 cuando, junto con el capitán francés Testu y el apoyo de los negros cimarrones, emboscó la recua y se apoderó de todo el tesoro (Lucena 1992: 100-101). Dircksz zarpó de Portobelo hacia Cartagena en una flota de cinco barcos con plata del rey valorada en “cinco millones” y “cuatro tercios de millón” de particulares. Allí les esperaban un galeón con más plata y productos de Nueva Granada y una pinaza alemana con otras cincuenta o sesenta cargas. Estuvieron por ocho días en Cartagena, y siete barcos zarparon el 17 o 18 para La Habana, donde anclaron el 1 de septiembre. Ahí estaba el galeón San Mateo, que trajo al nuevo gobernador de Cuba, Pedro de Valdés, y la flota de México que llegó con “tres millones” en plata, cochinilla y otras mercancías valiosas. Finalmente, el 25 de septiembre, zarpó la flota de siete galeones, la pinaza alemana, tres o cuatro barcos y dos fragatas. El galeón en que iba Dircksz llevaba sesenta o setenta soldados y veinticinco o treinta marineros neerlandeses, daneses y “orientales”<sup>38</sup> capturados de varios mercantes en el Atlántico y forzados a trabajar para los españoles. El 4 o 5 de diciembre de 1602 la flota, que había crecido a veintidós embarcaciones: las ocho que dejaron La Habana, tres galeones, tres o cuatro barcos de Dunquerque y el resto navíos

---

<sup>37</sup> AGI, Lima, 34 “Certificación de que se envían tres flamencos presos”, de 18/19 de mayo de 1602, reproducida en: Ijzerman, Jan Willem (1915) Op. Cit., pp. 157-158.

<sup>38</sup> Hombres nativos de países ribereños del Mar Báltico (Ijzerman 2015: 94).

alemanes e ingleses capturados, ancló en España (Ijzerman 1915: 91-94; Wieder 1923: 260-261). Dircksz viajó a las Provincias Unidas, donde dirigió cartas a los Caballeros de los Estados de Holanda, que lo recibieron en asamblea el 27 de febrero de 1603, escucharon su testimonio y le pagaron 36 florines, según consta en el Registro de los Estados de Holanda. Sin duda, les impresionó la descripción de los “millones” en plata, conducidos con poco resguardo sobre las montañas de Panamá, que llegaban anualmente a España, y esto despertó el interés por buscar la manera de interceptar el tesoro. El material fue luego examinado por el famoso geógrafo, cartógrafo, astrónomo y teólogo Petrus Plancius (Pieter Platevoet), fundador de la VOC y su cartógrafo oficial, para la elaboración de mapas y derroteros. El 17 de marzo de 1603 Plancius entrevistó al informante Jacob Dircksz (Wieder 1923: 263-264).

Por entonces, aún quedaban ocho náufragos en Lima, incluidos Dirck Gerritsz y Cornelis Lamberts Matelief, antiguo capitán y segundo de a bordo (Wieder 1923: 260-261). Su oportunidad de recobrar la libertad vino con la victoria del príncipe Mauricio de Nassau, el 21 de julio de 1600, la batalla de las dunas de Ostende o Nieupoort, en donde cayó preso Francisco de Mendoza, almirante de Aragón, que negoció su liberación a cambio de varios neerlandeses cautivos. Con respecto a Adriaan Dircksz, el documento suscrito decía expresamente: “que este Adrián se había de restituir a Holanda de orden inmediata de Su Majestad y a su costa” (Inquisición 1647, 7: 24), junto con otros siete, incluido el peligroso y talentoso Dirck Gerritsz. Esto revela que el gobierno neerlandés valoró tanto la información que Jacob Dircksz trajo del Perú, que sus compañeros dejaron de ser “simples prisioneros”, para convertirse en informantes potenciales, cuyo regreso a las Provincias Unidas era imperativo. Gerritsz y Matelief, los marineros Jacob Jacobsz Bol, Arent Jansen y Tymon Barentsz van Enkhuisen, y los carpinteros Pieter Tielmans, Adriaan Pauwelsz y Adriaan Dircksz zarparon del Perú el 5 de mayo de 1603 y llegaron a Panamá el 22, donde estuvieron unas seis semanas antes de zarpar a Lisboa, donde desembarcaron el 1 de julio de 1604. Cuando llegaron a Rotterdam en febrero de 1605, tres encontraron a sus cónyuges casadas con otros hombres (Wieder 1923: 66, 259). Luego informaron puntualmente a sus superiores de la Compañía Magallánica y autoridades neerlandesas de lo que habían hecho y visto en Perú: detalles sobre la ubicación de asentamientos, minas y fuertes con tropas

españolas, pero especialmente los itinerarios de la Armada del Mar del Sur y sus cargamentos anuales de plata<sup>39</sup> (Wieder 1923: 259, 262).

Pero aún quedaban quince hombres en el Virreinato: dos en Lima, doce en Chile y el trompetista Laurens con los araucanos. En Lima estaba Laurens Claesz, experimentado piloto reclutado para la Armada del Mar del Sur. En 1602 llegaron noticias de corsarios al sur de Chile<sup>40</sup> y, para fines año, una flotilla de tres barcos zarpó del Callao tras ellos al mando del almirante Castilla, con Claesz como piloto. Paró en Valparaíso, zarpó al sur en marzo de 1603, paso Chiloé sin hallar a los enemigos y cayó presa de una tormenta, que la empujó hasta los 64 grados de latitud Sur, donde había montañas cubiertas de nieve. De vuelta a su patria, Claesz declaró que “ha navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, y desde allí hacia el estrecho en el año de 1603. Y estuvo en marzo en los 64 grados y allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente mes de abril regresaron de nuevo a las costas de Chile” (Berguño 1991: 147). Las coordenadas, aunque inexactas dada la tecnología de la época, y las descripciones hechas por Claesz y otros indican que habrían avistado las islas Shetland del Sur<sup>41</sup>, convirtiéndose en descubridores de la Antártida (Berguño 1991: 144). En 1604 piloteó un navío del almirante Pedro Ozores de Ulloa que conducía al obispo de Quito fray Luis López de Solís. En el trayecto quizás visitó las islas Juan Fernández, de seguro Santa María, que describió con el detalle de un testigo presencial, y las “Islas Cognitas<sup>42</sup>” (Wieder 1923: 260). Los españoles

---

<sup>39</sup> Gerritsz permaneció dos años en Encusa y volvió a la India en el Patany del almirante Paulus van Caerden. Para entonces era un anciano de 53 años, casi ciego y no apto para el servicio. A poco de llegar a de Bantam, el 28 de enero de 1608 embarcó de vuelta a las Provincias Unidas con el almirante Cornelis Matelief y falleció durante el viaje (Wieder 1923: 259).

<sup>40</sup> Efectivamente, en 1603, los corsarios Antoine Le Noire y el barco La Mariage asaltaron Chiloé, pero huyeron antes de la llegada de Castilla (Burney 1806, t. 2: 345-346, Burney 1813, t. 3: 17-18).

<sup>41</sup> Dirck Gerritsz se apropió de las declaraciones de Claesz y las tergiversó, atribuyéndose el descubrimiento de Castilla y Claesz al alegar que su barco, el Ciervo Volador, fue empujado por las tormentas en 1599 hasta los 64 grados de latitud sur, donde vio tierras nevadas (Wieder 1923: 260).

<sup>42</sup> Laurens Claesz describió estas islas:

...son al menos tres (...): la primera se llama San Nicolás de Tolentino, la segunda Santa Verónica y la tercera San Antonio de Padua, situadas a la altura meridional de cuatro grados, a cuatrocientas millas de la costa del Perú, según los cálculos de los españoles, y trescientas millas españolas según mis cálculos, se encuentran a corta distancia al este y al oeste, de la primera a la segunda isla hay que navegar cuatro horas. En la primera isla hablan el idioma de los peruleros de Lima, en la segunda hablan otro idioma y son de color más negro. En la tercera isla son aún más negros. La primera isla

valoraron sus servicios, y liberaron por 1606. En 1607 estuvo Panamá y luego a Cartagena, desde donde seguramente viajó a Europa. En una fecha no muy posterior a 1607 declaró sus aventuras, especialmente el avistamiento de la Antártida, en La Haya<sup>43</sup> (Wieder 1923: 260). Además, identificó Guayaquil y Puná como astilleros principales del Mar del Sur, detallando los tipos de madera usados para la construcción naval. Buena parte de la información se refiere al norte de la Audiencia de Quito, sugiriendo que Claesz conoció bien, vivió y traficó mayormente en el área, pues mencionó Quito, Pasto, Popayán, Cartago, Villaviciosa, la bahía de San Mateo, Buenaventura, Gorgona, Santiago, Barbacoas y las distancias entre sitios con bastante precisión<sup>44</sup> (Berguño 1991).

---

mide treinta millas de longitud, la segunda veintitrés o veinticuatro millas y la tercera cuarenta millas, llenas de bosques. En la primera isla encontraron una madera dura y azul, en la segunda hallaron un poco de oro de catorce quilates (Berguño 1991: 146).

Por no haber otro grupo importante de islas cerca de la costa sudamericana en esa ubicación, el historiador J. W. Ijzerman identificó las “Islas Cognitas” con las Galápagos. En efecto a latitud y la descripción coinciden, pero la mención de pobladores no corresponde a Galápagos, despobladas en el siglo XVII. Por otro lado, el año 1604 y la mención del religioso López de Solís coinciden con su nombramiento como arzobispo de Charcas y su viaje a Lima, donde murió sin asumir el cargo el 5 de julio de 1606. Claesz iba en la nave de Ozores de Ulloa que condujo al arzobispo y en el trayecto visitaron unas islas pobladas, pero ya sea por confusión o mala interpretación de la declaración original, parecen confundirse dos lugares en uno solo.

<sup>43</sup> En el Archivo General del Estado de las Provincias Unidas, en La Haya, existe un derrotero elaborado con la información de Claesz titulado: *Aanwyzinge om op het spoedigste ende seeckerste van by Noorden door de Linie Equinoctiael ende boven de cust van Brazyl te seylen, naer Caep de Frio ende van daer voorts door de Straet van la Meere in de Zuytsee op de custe van Chily ende Peru* (Direcciones para navegar lo más pronto y lo más posible desde el norte a través de la Línea Equinoccial y sobre la costa de Brasil, hasta Cabo de Frío y de allí en adelante a través del Estrecho hasta el Mar del Sur y en la costa de Chile y el Perú). En este documento Claesz declaró tener unos cuarenta años. Cuando fue interrogado en Chile en diciembre de 1599, dijo tener 35, por lo que nació por 1564. En 1607 estaba en Panamá, y si de ahí volvió directamente a Holanda y declaró inmediatamente después, por entonces habría tenido unos 43 años (Wieder 1923: 260-261, n. 1 y 2).

<sup>44</sup> Según la declaración de Laurens Claesz:

De Quito a Pasto hay cincuenta millas del este al oeste, teniendo que cruzar cuatro ríos peligrosos. De allí a Popayán hay 36 millas. Sin embargo, se cuentan de Quito a Popayán tan sólo ochenta millas. Villaviciosa está al sur de Pasto; de Pasto a Cartago hay dieciséis millas. En el camino que sigue después de Popayán a Cartago, comienza el país de Popayán. De Popayán al río, donde se encuentran los barcos, hay treinta millas de españolas, y de allí al mar hay veinte millas. La bahía mide media milla. Los árboles mangles tienen madera dura, utilizada para mástiles. En los manglares, pequeñas abejas negras producen una miel blanca y cera amarilla. De Popayán a ‘Perina de Rowies’ hay dieciocho millas en la carretera del Nuevo Reino. Perma llaman a los fríos picos de las montañas. El río Santiago corre cerca de Cartago y termina en la bahía de San Mateo, y separa el Perú de Popayán. El río Buenaventura termina en la bahía de Gorgona y es también muy grande, pero la de Santiago es más grande. Las salinas de los indios son llamadas Barbacoas, y desde allí hacia Pasto crece el maíz en la costa (Berguño 1991: 147-148).

En definitiva, es seguro que doce de los veintitrés sobrevivientes del Ciervo Volador volvieron a su país con información de inteligencia para futuras expediciones de pillaje y conquista, a saber: Dirck Gerritsz, Cornelis Lamberts Matelief, Laurens Claesz, Adriaan Pauwelsz, Pieter Tielmans, Jacob Dircksz, Jacob Jacobsz Bol, Christoffel Albertsz, Jacob Dircksz, Arent Jansen, Daniël Arnold Maertensz y Adriaan Dircksz (Wieder 1923: 66). La declaración de Laurens Claesz, junto con otra que hizo Jacob Dircksz en La Haya y las de otros neerlandeses llegados del Perú, sirvieron para elaborar informes estratégicos secretos con los datos necesarios para armadores, representantes de VOC y la WIC, y autoridades neerlandesas para planificar la expedición de la Armada de Nassau y muy posiblemente la de Spilbergen. En efecto, las declaraciones de Dircksz y Claesz, hechas en fechas cercanas, constan en el expediente único que sirvió para la expedición de la Armada de Nassau<sup>45</sup> (Berguño 1991).

### **2.3. Oliver Van Noort y nuevos informantes en Chile y Perú**

El argumento de esta sección es que los neerlandeses, en un segundo momento, aprovechando la apertura de los españoles para los extranjeros católicos y con profesiones en demanda, plantaron espías de forma deliberada en el Perú, que regresaron con material para publicar libros de geografía con información importante para inteligenciar a las compañías que organizaban expediciones de conquista.

A diferencia de la primera expedición, en que veintitrés náufragos aprovecharon su desgracia y la apertura de los españoles para permanecer por años en el Virreinato, recopilar información, y volver a las Provincias Unidas como informantes, la segunda fue más allá, pues Oliver Van Noort, puso, de forma deliberada, por lo menos un espía en Perú. En efecto, a mediados de abril de 1600, de uno de sus barcos, con su

---

<sup>45</sup> Las declaraciones de Laurens Claesz y Jacob Dircksz se hallan en el Archivo Real de Holanda, Primera Sección, en el volumen titulado “Instructiën en Journaalen van Brasiliaansche en Oostindische Rijsen zeedert 21 April 1623 tot 28 augustus 1681” (Instrucciones y diarios de los reinos brasileño y de las Indias Orientales con fecha del 21 de abril de 1623 al 28 de agosto de 1681), que contiene las instrucciones para la Armada de Nassau (Berguño 1991).

conocimiento e instrucciones, desembarcó secretamente en Arica a un misterioso personaje conocido como “el tabernero”, porque abrió ahí una cantina, lugar ideal para intercambiar noticias con todo tipo de gente de mar, sin levantar sospechas (Bradley 2001: 661 nota 37 y 2008: 21). El desembarco y establecimiento del tabernero en Arica no hubiera sido posible sin cómplices en tierra, quizás portugueses de origen sefardita con relaciones en las Provincias Unidas, que facilitaron su asimilación con la población local, y el trabajo encubierto de quien fingía ser un desertor. También debe haberse contactado con los hombres del Ciervo Volador y otros informantes. El hombre, sin duda bastante mejor instruido que el promedio de los marineros, viajó extensamente y sin impedimentos por Perú, recopiló todo tipo de información y redactó una detallada representación del Virreinato, que viajó en las flotas de galeones hasta España y de ahí a las Provincias Unidas, probablemente en las manos de su propio autor, y fue base para la Historia del Nuevo Mundo, obra publicada en 1625 por Johannes de Laet, geógrafo y director de la WIC (Montáñez 2014: 79 nota 125). El manuscrito de la obra, considerada por entonces como “una de las mejores descripciones de las Américas”, cuyas copias circulaban por Europa antes de su publicación, sirvió de fuente principal de información para las expediciones de Spilbergen y la Armada de Nassau, que regresaron del Perú para corroborar y completar la obra, previa su publicación. El caso representa un ejemplo exitoso de la labor de espionaje neerlandés en Perú (Montáñez 2014: 79 nota 125).

Otro barco de la flota, el Hendrick Frederick, perdió contacto con el resto el 12 de marzo de 1600 a causa de las tormentas (Swart 2007: 5). El 18 de junio envió dos botes a capturar una pequeña barca en Arica, pero el nutrido fuego de artillería de la costa les obligó a retirarse. Buscar tomar esta embarcación de poco valor les hizo perder otra, idéntica en tamaño, que huyó llevándose setecientos lingotes de plata. El capitán culpó del error al mayordomo Christiaen Haese, que probablemente ya estaba en desgracia por una previa insubordinación. Unas semanas después, a la vista de la isla Puná, liberó un bote con cuatro soldados, desertores de la guarnición chilena de Santa María (Bradley 2001: 661 nota 37 y 2008: 21). Por pedido de los españoles, Haese se les unió y llegaron a la costa, donde el neerlandés fue capturado y enviado a Lima. Ahí estuvo con Gerritsz, que gozaba de un grado de libertad para moverse, y le relató el episodio. Eventualmente Haese fue liberado y viajó a San Lúcar (España), donde desembarcó el 16 de abril de



1603, según testimonio que dio en Holanda Tymon Barentsz, antiguo tripulante del Ciervo Volador. Haese también volvió a su país y vendió a las autoridades valiosa información sobre Perú (Swart 2007: 6, 10).

#### **2.4. Joris Van Spilbergen**

El argumento de esta sección es que Joris Van Spilbergen y su flota llegaron al Perú mucho mejor preparados que los antecesores y, por eso, sus éxitos fueron más notables. Sus éxitos se debieron a que aprovecharon bien la experiencia adquirida de las expediciones anteriores, pero también, probablemente, a que tenían mucho mejor información gracias a los espías e informantes. Spilbergen, además de circunnavegar el mundo, es importante en la historia global de la expansión neerlandesa por haber conectado dos espacios a los extremos del Pacífico: Chile y Filipinas, por medio de la guerra, en la cual retó el predominio político y monopolio comercial español en lo que se consideraba su *mare clausum*. En efecto, batalló a las armadas del Mar del Sur y Filipinas en un lapso de dos años, derrotando a la primera y siendo derrotado por la segunda, pero estableciendo un empate técnico que se prolongó por siglos entre las Provincias Unidas y España en el Lejano Oriente, pues España nunca logró expulsarlos de Indonesia, pero las Provincias Unidas tampoco pudieron expulsar a los españoles de Filipinas.

Dadas las urgencias de la interminable guerra europea y pese a los buenos augurios que transmitió Van Noort sobre las posibilidades de asentamiento neerlandés en Chile, transcurrieron quince años hasta que otros neerlandeses, comandados por Spilbergen, se aventuren en el Pacífico con nuevos planes, y esos tres lustros sin corsarios fueron cruciales para los españoles, quienes consolidaron un poco más su precaria soberanía en el sur de Chile y afianzaron sus alianzas con indios pacíficos. Spilbergen trajo nuevas instrucciones de establecer alianzas con indios para fundar una colonia. Sin embargo, desde la planificación inicial, el viaje tenía un trasfondo de piratería, pues, en caso de escasez de provisiones, debía tomar por la fuerza las que requiera, apoderarse de flotas que transportaban riquezas como los galeones de Manila, atacar y dañar los puertos (Ramos 1980: 245).



La flota de Spilbergen ancló en Mocha el 25 de mayo de 1615 y al día siguiente desembarcaron con mercadería y buen resguardo militar. Pese a la incertidumbre sobre el recibimiento que tendrían, las precauciones resultaron innecesarias. Al igual que con Van Noort los nativos se portaron muy amables y trocaron ovejas, aves y frutas por hachas, cuchillos, cuentas y otros artículos europeos. Spilbergen invitó al jefe local y su hijo a bordo, disparó salvas en su honor, les mostró sus grandes cañones “y les hizo señales en el sentido de que habían venido a luchar contra los españoles. Los nativos indicaron su complacencia, ya que eran enemigos de los mismos” (Schmidt 1999: 462). En el diario, Spilbergen elogió especialmente a estos indios, descritos como “de buenas maneras, educados y amables, muy ordenados en su alimentación y bebida, de buena moral y casi iguales a los cristianos”, aunque notó cierto recelo en sus anfitriones, que prudentemente impedían a los europeos entrar a sus casas y acercarse a sus mujeres (Bradley 1989: 35).

Los indios de Mocha brindaron a Spilbergen inteligencia estratégica crucial, advirtiéndole que la armada del Mar del Sur navegaba buscándolo por los alrededores. Esta noticia implicó que tuviera que decidir si se quedaba negociando una alianza y establecía un asentamiento o salía en busca de la armada. Bien sabía el almirante que los españoles tenían las de ganar si lo acorralaban en tierra, mientras que nada estaba dicho si el combate se daba sobre las olas. Juzgando la situación con acertada prudencia, renunció a la posibilidad de negociar un acuerdo con los indios, apuró el aprovisionamiento y zarpó al norte<sup>46</sup>. Ancló en la isla Santa María el 29 de mayo, donde dos docenas de soldados de caballería españoles lo esperaban en la playa, y vio una barca que ir a la costa continental a advertir de su presencia. El fiscal de la expedición, Christian Stulinck, desembarcó con una partida de soldados y solicitó permiso para comerciar. El corregidor Juan de Hinojosa, incapaz de resistir a una fuerza tan superior, accedió a negociar. Recibió amistosamente al fiscal y, reservándose un rehén para

---

<sup>46</sup> Probablemente la disyuntiva en torno a dejar hombres y pertrechos para una colonia o seguir adelante con su contingente completo para enfrentar a la Armada del Mar del Sur, tuvo más que ver con problemas logísticos que con voluntad. En efecto, la línea de abastecimiento se extendía hasta las Provincias Unidas, haciendo imposible la llegada de provisiones y refuerzos en un plazo prudencial, menor al que le hubiera tomado al virrey armar y despachar una tropa para desalojarlos.

garantizar su regreso, aceptó la invitación a visitar una nave. Las negociaciones, basadas en la mutua desconfianza, fueron cautas y tensas: Hinojosa sabía de las intenciones neerlandesas de establecer una colonia en Chile, mientras que Spilbergen temía una emboscada (Mercado 1985: 71-72).

Otro negociador español, Juan Cornejo, invitó a nombre del corregidor a los principales oficiales neerlandeses a una cena en tierra la noche del 30 de mayo. Spilbergen, varios mandos y un grupo de soldados desembarcaron, pero pronto adivinaron el peligro al percatarse de jinetes armados que parecían agruparse. Luego recibieron mensajes del capitán del Cazador, urgiéndoles volver a los navíos porque vio que hombres armados se dirigían al lugar de la cena. Volvieron precipitadamente seguidos por Cornejo y un cacique indígena que les aseguraban lo infundado de sus temores. Pero Spilbergen los retuvo y condujo a bordo para interrogaciones. La participación del cacique en las negociaciones demuestra que, lejos de pensar en pactar con los neerlandeses, los indios de Santa María estaban del lado de los españoles y a sus órdenes para repelerlos. Spilbergen, indignado, envió al día siguiente tres compañías con trescientos soldados para castigar al corregidor. Sobrepasados en su capacidad de defensa, los españoles y sus aliados indios simplemente huyeron y los corsarios saquearon el pueblo vacío, llevándose unas treinta fanegas de trigo y todas las existencias de cebada, frijoles, quinientas ovejas y algunas aves de corral, para luego incendiar las rancherías y la pequeña iglesia. En ese estado de cosas, el botín compuesto de muy necesitadas provisiones, era más valioso que la plata (Bradley 2008: 34).

Spilbergen confirmó con su prisionero Cornejo que el virrey Juan de Mendoza y Luna, III marqués de Montesclaros<sup>47</sup>, advertido de su presencia y planes de establecer una colonia en el Sur de Chile, despachó un escuadrón de dos galeones y un patache para interceptarlo en el área comprendida entre la isla Mocha, Santa María y Valdivia. A diferencia de Van Noort, Spilbergen confiaba en su capacidad militar y no le intimidó la armada virreinal. En vez de evadirla, redactó una estrategia detallada con roles

---

<sup>47</sup> El marqués de Montesclaros fue virrey de Nueva España entre 1603 y 1607. Ascendido al mismo cargo en Perú, gobernó hasta el 18 de diciembre de 1615, cuando fue sustituido por Francisco de Borja y Aragón (Zaragoza 1883/2005: 225-229).

asignados para cada barco en caso de combate y funciones precisas para cada hombre. El 1 de junio se lanzó a la búsqueda de la flota peruana con rumbo a la bahía de Concepción, donde se presentó, desafiante, dos días después (Mercado 1985: 71, Bradley 2008: 35). Mientras tanto, Alonso de Rivera, el experimentado militar y gobernador de Chile, recibió en Concepción las noticias del ataque de Spilbergen a Santa María, y se apresuró a organizar las defensas. Spilbergen suponía que los defensores pobremente armados no superaban los doscientos, pero prefirió no atacar, y el 4 de junio zarpó con su rumbo norte. La decisión resultó prudente, pues, el 12 de febrero de 1616, Rivera reportó que lo esperaba con fortificaciones y parapetos con unos novecientos españoles y trescientos indios atrincherados (Barros 1885: 109-110, Rosales 1877: 610; Dagnino 1909: 116). Al igual que en Santa María, los indios de Concepción estaban dispuestos a colaborar con las autoridades españolas, y eran contrarios a la posibilidad de establecer acuerdos con los neerlandeses.

Los corsarios desembarcaron en varios sitios deshabitados antes de atacar la rada de Valparaíso el 11 y 12 de junio. Guiados por caballos salvajes que corrían a beber de arroyos, descubrieron las fuentes de agua dulce de Quintero. Desembarcaron en Papudo, y, antes de zarpar el 16 de junio, liberaron a Francisco de Lima junto con otro prisionero tomado en San Vicente (Brasil) y al español Cornejo. Los soldados Andreas Heinrich y Philip Hansen aprovecharon la oportunidad para desertar, y la escuadra neerlandesa navegó hacia el norte y visitó brevemente Arica el 2 de julio, antes de su inevitable encuentro con la flota virreinal<sup>48</sup> (Bradley 1989: 35).

Mientras tanto, Montesclaros recibía noticias confiables sobre el avance de Spilbergen a lo largo de la costa (Bradley 2008: 37). Supo de su contacto con los portugueses cerca

---

<sup>48</sup> Según Burney, Spilbergen llegó a Valparaíso, dónde menciona por único incidente el incendio de un barco surto en el puerto por los propios españoles para evitar que caiga en manos enemigas. Luego, una recalada en Quintero, donde vieron caballos salvajes y cargaron agua fresca (Burney 1806, t. II: 337). Más específico, Barros Arana escribió que llegaron a Valparaíso el 11 de junio y pasaron sin hacer mayor daño. Al siguiente día hallaron, frente a la playa de Concón, al San Agustín, buque del comercio de Lima enviado el gobernador Rivera desde Concepción para alertar a Valparaíso de los enemigos. Doscientos corsarios desembarcaron y enfrentaron a setecientos españoles enviados apresuradamente desde Santiago al mando del capitán Juan Pérez de Urasandi, que mandó quemar el San Agustín con todas las provisiones del lugar: ochocientas fanegas de trigo, 150 quintales de bizcocho y 64 cuerdas de arcabuz, antes del desembarco enemigo. Los españoles, que triplicaban a los corsarios, poco pudieron hacer cuando estos pusieron una pieza de artillería en la playa y bajaron cubiertos por sus cañonazos (Barros, t. IV: 110-111).

de Río de Janeiro y, en noviembre de 1614, de lo que resultó ser un falso avistamiento por Valdivia. Finalmente, el 22 de junio tuvo información certera de los barcos neerlandeses en Santa María, descritos por Juan Domínguez como: “los tres de ellos (...) grandes del porte de la capitana Jesús María<sup>49</sup>...” (Medina 1923: 373), y no dudó de su capacidad para vencerlos, pues, además de favorecerle el aislamiento geográfico, aún recordaba la célebre y humillante derrota y captura de Richard Hawkins y su tripulación, en la bahía de Atacames, el 2 de julio de 1594 (Bradley 1992: 246). En efecto, el virrey confiaba en que su escuadrón de cuatro galeones “de excelente construcción y muy adecuadas para navegar por esas costas” no tendría dificultad para destruir a cualquier invasor del Mar del Sur<sup>50</sup>. Además, por declaraciones del ex rehén Francisco de Lima ante los oidores de Santiago el 22 de junio, fue exageradamente informado del supuesto pésimo estado de la flota neerlandesa, además de que describió a Spilbergen como un anciano de unos ochenta años (Medina 1923: 383-384, Bradley 2008: 30).

Con esta información, Montesclaros concentró la defensa en la flota que, bajo el mando de su inexperto sobrino Rodrigo de Mendoza, reunió, armó y tripuló de forma apresurada: el galeón capitana Jesús María con veintidós piezas de artillería y 320 tripulantes, la almiranta Santa Ana con doce piezas de artillería y 250 hombres, a decir del virrey el mejor barco de la flota recientemente construido a un costo de 100.000 pesos, el Sabá (construido en Guayaquil por el general Antonio de Beamonte), el Nuestra Señora del Carmen (de propiedad de Baltazar de la Coba), el San Diego (de Alonso López de Vergara), el Carmen con ocho pequeñas piezas de artillería y

---

<sup>49</sup> El testigo se refiere al galeón Jesús María, entonces capitana de la armada del Mar del Sur, de entre 350 y quinientas toneladas, construido en Guayaquil en 1604, con veintiséis piezas de artillería y 104 tripulantes (Medina 1923: 373).

<sup>50</sup> Las principales fuentes son: ‘Relación de las naos de enemigos que se vieron en la costa de Brasil 1614’, de 15 de noviembre de 1614 (AGI, Patronato Real, 229-16); carta del gobernador de Río de Janeiro Constantino de Menales de 10 de enero y respuesta de Montesclaros 2 de marzo de 1615 (AGI, Lima, 37); informes de Montesclaros de 2 de mayo, 22 de junio y 24 de septiembre de 1615 y ‘Relación de la pérdida de la Armada’ (AGI, Lima, 36); ‘Relación de la Armada’, y acuerdos generales de 13 de noviembre y 22 de octubre de 1614 (AGI, Lima, 37); Cacho de Santillana de 19 de mayo de 1616 (AGI, Lima, 146); ‘Relación (...) de persona desapasionada’ (BL, Additional MSS, 13975, fols. 323-30); ‘Relación de las operaciones de la armada del Perú contra unos navíos corsarios holandeses en el año 1614’ (BN de Madrid, 3044, fol. 509). También hay una narrativa creíble en: Rodríguez Crespo, P. (Lima, 1964) El peligro holandés en las costas peruanas, y resumen en Bradley: ‘The defense of Perú 1600-48’, pp. 83-85 (Bradley 1989: 206 nota 19).

doscientos tripulantes, otra nave de un señor Villafaña con cuatro piezas pequeñas de artillería y 120 hombres y una pequeña embarcación del comerciante Juan Duarte (Medina 1923: 74-75).

El 12 de julio zarpó la escuadra virreinal de ocho barcos y unos 1.300 tripulantes entre soldados y marineros. Como amargo presagio de su destino, el capitán del Santa Ana, Pedro Álvarez del Pulgar, dijo que “estaba seguro de morir en ella porque ella era muy pesada y un pobre navegante” (Bradley 2008: 39). Al cabo de dos días, una tropa de menos de cien españoles disuadió un desembarco neerlandés en Cañete (Medina 1923: 375-376). Luego, el 16 de julio, frente a Pisco, Spilbergen capturó el barco de cabotaje de Juan Bautista González, que iba al Callao cargado de aceitunas y, sorpresivamente, también de 7.000 pesos de plata. Con el siguiente crepúsculo, frente a Cañete, finalmente el horizonte reveló la formidable visión de la escuadra peruana con todas sus velas al viento (Bradley 2008: 36).

A prudente distancia, Mendoza describió los bajeles enemigos: “...son, los tres de ellos, como de 450 toneladas, con cada treinta piezas de artillería de bronce y fierro colado, en dos andanas, y el otro de trescientas toneladas, con veinticuatro piezas, y el otro de 150 toneladas con dieciséis piezas de artillería. Trae novecientos hombres de guerra pagados y trescientos de mar, y todos pelean con coselete y morrión...” (Medina 1923: 377). Contaba con el doble de tripulantes que Spilbergen, pero la mayoría carecía “de experiencia en el uso y la práctica de armas de fuego, pues eran mestizos faltos de espíritu de lucha” (Bradley 2008: 38). Por otra parte, Spilbergen le doblaba en potencia de fuego, pues la escuadra peruana estaba casi enteramente compuesta de mercantes atropelladamente armados. La exagerada confianza del virrey en su excelente flota y el mal estado del contrincante se pusieron a prueba poco después sobre las olas (Bradley 2008: 37).

En vez de evitar el combate, tanto Mendoza como Spilbergen aceptaron los consejos de sus asesores y se enfrentaron. Spilbergen esperó prudentemente el ataque español, y las dos armadas se encontraron hacia las 17h00 del 17 de julio frente a Cerro Azul, al sur del Callao. Pese al ocaso, Mendoza pasó a la ofensiva y, frente a su indeclinable

determinación, nada pudieron hacer los prudentes consejos de sus subordinados que rogaban esperar el amanecer. Sólo cuando el desarrollo de la batalla empezó a volverse contra la flota peruana, se palparon los primeros indicios del desastre que sobrevendría. Durante el primer choque, en una maniobra combinada, el Gran Sol y el Cazador, hundieron al desarmado San Francisco, con un saldo de noventa hombres ahogados. El capitán Juan Arce sobrevivió casualmente flotando sobre un tambor neerlandés (Palma 1893: 192-198; González 2013: 470-474). Durante la noche, para no delatar sus posiciones, los barcos peruanos mantuvieron las luces apagadas. Pero, quizás por esa misma razón, amaneció el 18 de julio con la flota tan dispersa que sólo los galeones Jesús María y Santa Ana pudieron participar del combate de las ocho horas siguientes. Víctima del certero y eficiente fuego neerlandés, el Jesús María quedó reducido a la desesperanza, y, contra los deseos de Mendoza, sus tripulantes izaron bandera blanca y huyeron, dejando sólo al Santa Ana, pues los mercantes armados Carmen y el Rosario también escaparon antes del combate, todos a Pisco (el puerto más cercano), mientras que el San Andrés y el San Diego lo hicieron al Callao. El Santa Ana soportó los efectos de toda la potencia de fuego neerlandesa y pronto se volvió ingobernable. Los corsarios invitaron al capitán a rendirse y abandonar el barco, pero Álvarez de Pulgar, tal como prometió, se negó y se hundió con la nao<sup>51</sup>. Así, Spilbergen se alzó con una victoria completa en la épica batalla de menos de veinticuatro horas, pues sus oponentes perdieron dos buques de guerra y entre 450 y quinientos hombres, mientras que él sólo perdió dieciséis con entre treinta y cuarenta heridos en el Morgensterre y veinticuatro muertos y entre dieciséis y dieciocho heridos en los demás barcos, cuyos cascos y arboladura resultaron prácticamente ilesos (Lohmann 1975: 390-397; Bradley 1989: 40-41). Posiblemente este triunfo también se debió a que, gracias a los espías del Callao, Spilbergen tenía mejor información sobre su contrincante, mientras que la imprudencia de Mendoza y el exceso de confianza de Montesclaros están a la vista: la derrota dejó toda la costa oeste de Sudamérica a merced de los pechelingues.

---

<sup>51</sup> Ricardo Palma narró el episodio con mucha gracia en su tradición “El tamborcito del pirata”, donde también aparece una famosa figura femenina: la “monja alférez” Catalina de Erauso, que, disfrazada de hombre, se enroló en el Santa Ana. Según su propia confesión, saltó del barco mientras se hundía, fue rescatada y permaneció prisionera por veintiséis días, hasta ser finalmente liberada en Paita junto con un fraile (González 2013: 470-474). La legendaria batalla ha dejado una rica tradición en la historiografía peruana, comenzando por la *Vida de Santa Rosa*, escrita por el conde de La Granja y publicada en Madrid en 1711 y la obra de Pedro Peralta Barnuevo *Lima fundada o la conquista del Perú*, publicada en Lima en 1732 (Bradley 2008: 38).

Apenas supo de la derrota de su armada, Montesclaros entró en pánico por el riesgo de un desembarco enemigo en el Callao, y se involucró personalmente en la excavación de trincheras y construcción de emplazamientos de tierra. También convocó a todos los hombres capaces de pelear, incluidos unos trescientos clérigos y estudiantes universitarios, para reemplazar a los que viajaron en la flota a Panamá y los muertos de Cañete (Bradley 1989: 41). Por su parte, Spilbergen entendió bien la importancia militar de su victoria y la reacción psicológica que provocó en los peruanos, y, a diferencia de sus predecesores que evitaron el contacto directo con la capital virreinal y su puerto, los desafió frontalmente. Las calmas retrasaron el avance, pero el 21 de julio, saboreando los laureles del triunfo, se presentó en la bahía del Callao y ancló en isla San Lorenzo para reparar los daños. Esperaba, naturalmente, que campeara la desmoralización y no hubiera defensores en el puerto, por lo que le sorprendió ver banderas ondeando y escuchar el sonido de trompetas, disparos y órdenes dadas a gritos. Más raro aún resultó un cañonazo que pudo echar a pique al Cazador (Bradley 1989: 42). Aquí fallaron los espías, pues Spilbergen no supo de que sólo fue un ardid bien planificado:

Todos vinieron al Callao para protegerlo contra el acercamiento del enemigo, quien en la fiesta de María Magdalena apareció repentinamente en el puerto con sus cinco barcos, frente al Callao. Y todos estábamos estacionados a lo largo de la costa con nuestras armas en nuestras manos y bajo pena de muerte para que nadie dejara su puesto, esperando hasta que el adversario complaciente comenzara a disparar su artillería y nos enviara al próximo mundo. El provincial de los jesuitas también revela detalles que sin duda habrían animado a los holandeses si se hubieran enterado de ellos. Dos o tres mil se reunieron en la orilla para la defensa. ¡Pero qué hombres! Comerciantes, jóvenes galanes apuestos directamente desde la plaza del pueblo, que carecían de habilidad o experiencia para disparar un arcabuz, la munición era tan inadecuada que las bolas no encajaban en las bocas de los barriles con el resultado de que las dividieron en pedazos con dagas (Lewin 1958: 67).

En efecto, el Callao carecía de defensas y, por falta de alguien más capacitado, fue el fraile franciscano Gallardo quien disparó uno de los tres inutilizables cañones del



puerto, que se desintegró luego de la descarga, pues los buenos zarparon en las armadas (Bradley 1989: 42). Spilbergen cayó en la trampa o escogió la prudencia. Su diario señala que, en caso de desembarco, enfrentaría ocho compañías a caballo y una de infantería con cuatro mil soldados. Al ni siquiera intentar desembarcar, falló en capitalizar su triunfo, y zarpó el 26 de julio luego de esporádicos intercambios de disparos con la costa (Bradley 1989: 42). Fue entonces cuando se estableció una característica constante de la pugna entre españoles y neerlandeses en el Pacífico americano: los primeros mantuvieron la primacía en tierra, mientras que los segundos siempre la tuvieron en el mar.

Supo por sus informantes que se aproximaba la escuadra que traía al nuevo virrey del Perú, Francisco de Borja y Aragón, II conde de Mayalde y V príncipe (consorte) de Esquilache<sup>52</sup>, que haría un espléndido rehén. Patrulló la costa, confiado en prender a Borja para canjearlo por el almirante Paulus Van Caerden, capturado por los españoles por segunda vez en 1610 y preso en las Filipinas, por quien los neerlandeses se negaban a pagar un rescate de 40.000 pesos (Sluiter 1937: 221). Frente a Huaura interceptó un pequeño barco de cabotaje cargado de sal y ochenta jarros de miel, que retuvo, tripuló y puso al mando de Jan de Wit. El 28 de julio saqueó e incendió el abandonado pueblo de Huarney, donde consiguió suministros frescos de naranjas, aves y cerdos. Para beneficio de otros aventureros, el diario consigna allí una fuente permanente de agua dulce. El 3 de agosto liberó dieciséis prisioneros de la batalla y otros se le fugaron, además del francés Nicolas de la Porta. Más tarde, los antiguos rehenes declararon que, a medida que avanzaban, dos cartógrafos dibujaban el litoral para hacer mapas que sirvan a futuras expediciones de conquista. También que había en la armada una veintena de extranjeros que antes vivieron en Lima haciéndose pasar por comerciantes, cuando en realidad eran espías.

Paita fue el último puerto visitado en la costa peruana, donde anclaron la noche del 8 de agosto. Al siguiente día desembarcaron trescientos hombres armados, que se retiraron al

---

<sup>52</sup> Francisco de Borja y Aragón fue nombrado virrey del Perú en 1615, se embarcó en la flota de ese año y llegó a Lima el 18 de diciembre. Gobernó seis años y tres días, hasta 1621 (Zaragoza 1883/2005: 229-231).



ver defensores bien atrincherados por el corregidor Juan Colmenero de Andrade, que posicionó bien su pequeña fuerza de unos 120, que incluía indios y mulatos. Pero al segundo día se desbandaron cuando Spilbergen alineó sus barcos para cañonear la ciudad y ocupó el puerto del 8 al 31 de agosto de 1615. Le atrajo su ubicación y admiró lo bello de su naturaleza y gran cantidad de pesca, factores ideales para fundar una colonia (Bradley 2008: 42). Además de los intercambios de mensajes con los españoles, entró en tratos con los indios locales. Pero, más allá de amistad y cordialidad circunstanciales, no se materializó acuerdo alguno para establecer un asentamiento permanente.

Desde Santa Elena, a fines de agosto, zarpó en busca de las fuentes de agua de la isla del Coco, y luego a México. El 20 de septiembre avistó las costas centroamericanas a la altura de Amapala y enrumbo hacia Acapulco con la intención de interceptar el galeón de Manila, que lo eludió. Negoció cordialmente el intercambio de prisioneros por alimentos frescos y agua y optó por no atacar el puerto (Bradley 2008: 42). Navegó a lo largo de la costa novohispana hasta fines de noviembre, cuando puso rumbo a las Indias Orientales, cruzó el Pacífico y llegó a Manila. Permaneció por cinco días a la vista del puerto y se dirigió a la colonia neerlandesa de Ternate, donde se juntó una armada de once navíos conformada por la capitana Sol de Holanda o Gran Sol (Hollandse Zon) de setecientas toneladas, 47 cañones, dieciocho pedreros y 144 hombres comandado por Spilbergen; almiranta Luna Nueva o Gran Luna (Groote Maan) de seiscientas toneladas, 32 cañones y dieciséis pedreros; Sol Viejo (Oude zon) de seiscientas toneladas, 32 cañones, dieciocho pedreros y 75 hombres; León Rojo (Rode Leeuw) de seiscientas toneladas, 36 cañones y dieciséis pedreros; Luna Vieja (Oude Maan) de 590 toneladas, 35 cañones, doce pedreros y noventa hombres; Fresne de quinientas toneladas, 28 cañones, diez pedreros y 94 hombres; Ángel (Engel) de quinientas toneladas, 24 cañones, diez pedreros y 84 hombres; Danolays de cuatrocientas toneladas, 32 cañones, doce pedreros y noventa hombres, Berber de cuatrocientas toneladas, 32 cañones, catorce pedreros y ochenta hombres; Donart de setecientas toneladas, y un buque auxiliar sin artillería.

A fines de octubre de 1616 la flota de Spilbergen fondeó en la costa de Mariveles, al sur de la península de Bataán, donde entorpeció por meses el tráfico naval de Manila y capturó varios barcos, atacó posiciones de la costa, y finalmente estableció su base en el puerto del Fraile o Playa Honda, con la isla de Capones como fondeadero. Mientras tanto, para defender Filipinas, el gobernador interino, Jerónimo de Silva, organizó una flota de siete galeones, un patache y tres galeras del almirante Juan Ronquillo del Castillo compuesta la capitana San Salvador de 1.900 toneladas, 46 cañones y 712 tripulantes comandada por Ronquillo; almiranta San Marcos de 1.100 toneladas, entre 38 y 42 cañones y 428 hombres al mando del capitán Juan de la Vega; San Juan Bautista de mil toneladas, entre treinta y 32 cañones y 329 hombres, comandado por el capitán Pedro de Heredia; Nuestra Señora de Guadalupe de setecientas toneladas, 24 cañones y 260 hombres al mando del capitán Juan Bautista de Molina; San Miguel de novecientas toneladas, 31 cañones y 290 hombres comandado por el almirante Rodrigo de Guillistegui; San Felipe de setecientas toneladas, entre 27 y 29 cañones y 306 hombres comandado por el capitán Sebastián de Madrid y Luna, San Lorenzo de cuatrocientas toneladas, veintidós cañones y 207 tripulantes bajo el mando del capitán Juan de Acevedo, el patache San Antonio de cien toneladas, seis cañones y 74 hombres, comandado por el capitán Andrés Coello, y las galeras Caridad con cuatro cañones y 233 hombres al mando del sargento mayor Pedro Téllez de Almacán, Victoria con siete cañones y 223 hombres comandada por el sargento mayor Diego de Quiñones y San Antonio con siete cañones y 355 hombres al mando del general Alonso Enríquez, capitán general de las tres galeras. Mientras que la armada española era muy inferior en artillería, superaba a la neerlandesa en número de hombres.

Dispuesta a romper el bloqueo neerlandés, la armada española se hizo a la vela el 7 de abril de 1617 y avistó la flota de Spilbergen el 13 de abril frente a Playa Honda. Maniobraron sus posiciones todo ese día y noche para la que resultó ser la épica segunda batalla naval de Playa Honda, el 14 y 15 de abril de 1617, frente a la costa de la provincia de Zambales (Luzón Central). La mañana del 14, el galeón de Ronquillo se hallaba sólo, cuando comenzó el combate y resultó considerablemente dañado, pero logró estropear los aparejos y velámenes de varios barcos enemigos. Los galeones San Felipe y Guadalupe no pudieron apoyar a la capitana porque la certera artillería corsaria los mantuvo a raya (Gómez 2022).

La batalla se generalizó el 15, cuando las naos españolas lograron ganar el barlovento y se enlazaron en un combate cerrado con las neerlandesas, intentando desarbolarlas para que pierdan maniobrabilidad y propiciar el abordaje, aprovechando la ventaja del mayor número de hombres. Las tropas del Guadalupe lograron abordar un navío neerlandés, seguidas por las del San Miguel y el San Juan Bautista, que subieron a la almiranta enemiga Luna Nueva. Mientras tanto, las capitanas San Salvador y Sol de Holanda se acoderaron tanto que, cuatro horas después, sus disparos a flor de agua hundieron a la neerlandesa con casi toda su dotación, mientras que los hombres del San Miguel incendiaron otros dos barcos neerlandeses. El galeón San Felipe abordó al Sol Viejo y la lucha se volvió encarnizada, al punto de que un mosquetazo neerlandés acabó con el capitán Sebastián de Madrid, desmoralizando a sus hombres y permitiendo el escape enemigo. Los hombres del San Juan Bautista resistieron durante horas en la almiranta Luna Nueva, que logró separarse muy dañada gracias al apoyo de otro barco neerlandés, pero perdió a su capitán junto con varios otros muertos y heridos. Finalmente, Juan Manuel de la Vega, perseguido por los neerlandeses, encalló e incendió intencionalmente el San Marcos en la costa de Ilocos para evitar que caiga en manos enemigas (Gómez 2022).

La ofensiva concluyó por la noche y los neerlandeses navegaron al norte, fuera del alcance la armada española que, demasiado dañada para perseguirlos, volvió a Manila habiendo perdido 87 hombres, incluidos 37 filipinos y el capitán Madrid, y 148 heridos. Los galeones españoles viajaron a la isla de Marinduque para ser carenados en su astillero, pero los alcanzó un tifón sobre la costa de Mindiro y, entre el 13 y el 15 de octubre de 1617 se hundieron seis con cuatrocientos tripulantes (Gómez 2022). A diferencia del combate de Cañete, en donde Spilbergen aniquiló la Armada del Mar del Sur, en el de Playa Honda vencieron los españoles que, a pesar de perder un galeón, hundieron tres neerlandeses, en especial el Sol de Holanda, y obligaron a los demás a retirarse, salvando definitivamente las Filipinas para el Imperio Español. La flota neerlandesa tuvo alrededor de cuatrocientas bajas, entre muertos y heridos, dos barcos: León Rojo y Fresne, fueron al Japón y otros cuatro a las Molucas. Spilbergen, que se hundió con su nave, fue rescatado de las olas casi ahogado, volvió a Java y luego a Texel el 1 de julio de 1617, convirtiéndose en el quinto comandante naval en dar la

vuelta al mundo, y murió como un héroe en Bergen Op Zoom (Brabante) en 1620 (Mercado 1985: 76).

## **2.5. La Inquisición Limeña y Pedro de León Portocarrero, “el judío portugués”**

El argumento de esta sección es que la otra fuente de información de la que se valieron las Provincias Unidas para las expediciones de conquista del Perú provino de los judíos portugueses que se establecieron en Perú, formaron comunidades dedicadas al comercio, y correspondían con sus amigos y familiares de las Provincias Unidas. Para explicar este fenómeno, se pasa revista a la historia de la expulsión de España y Portugal y la diáspora sefardita que permitió la formación de colonias judías en el norte de Europa, especialmente las Provincias Unidas, con ramificaciones en América. La Inquisición, instaurada como tribunal de la fe, con el tiempo también persiguió a los judaizantes por espionaje. Como ejemplo de esto, se analizan algunos casos en los autos del tribunal limeño, y el caso muy particular del espía Pedro de León Portocarrero, llamado “el judío portugués”, que viajó extensamente recopilando información por el Perú, y a su regreso a Europa publicó un libro que sirvió de base para la Armada de Nassau.

Desde fines del siglo XVI comenzaron a llegar espías e informantes que fueron armando una red en Lima y el Callao, con ramificaciones por todo el Virreinato. Se ha identificado dos tipos principales: los neerlandeses, unos dedicados a actividades náuticas y otros al comercio, y los judíos portugueses, principalmente comerciantes. Destacan, entre los primeros, los náufragos del Ciervo Volador, especialmente Adrián Rodríguez, y Hans Bartholomew Aventroot, el más conocido de todos por servir de eslabón para pasar la información obtenida en Perú a los organizadores de flotas en las Provincias Unidas, y ser asesor y auspiciante principal de la Armada de Nassau. Y entre los segundos, el más famoso es Pedro de León Portocarrero.

Además de los neerlandeses que llegaron, causal o voluntariamente, al Perú y se convirtieron en informantes, la otra fuente de información que tenían las Provincias Unidas eran los judaizantes portugueses, algunos con marcada animadversión y deseo

de venganza hacia el Imperio Español por la diáspora de 1492 y consecuente persecución de la Inquisición. Su origen remoto y conflicto con España datan del 31 de marzo de 1492, cuando, a instancias del Inquisidor General de Castilla y Aragón, Tomás de Torquemada (1420-1498), los Reyes Católicos promulgaron el “Edicto de Granada”, donde dispusieron que, dentro de cuatro meses (hasta el 31 de julio, que luego ampliaron por diez días hasta el 10 de agosto), abandonen Castilla, Aragón y todos los territorios bajo sus jurisdicciones los judíos no convertidos al catolicismo.

La expulsión tenía tres condiciones. La primera era haber cometido los “graves delitos” de usura<sup>53</sup> o herética pravedad. La segunda, un plazo perentorio de reflexión para escoger entre bautizarse o irse. Y la tercera, cuatro meses de término para que los sefarditas no convertidos enajenen todos sus bienes, excepto metales preciosos, caballos y armas. Estaba prohibido llevarse moneda acuñada, que debían convertir en títulos valor o mercancías. La única alternativa era la conversión, materializada en el sacramento del bautismo<sup>54</sup>, y quienes no aceptaron fueron expulsados de Sefarad, el nombre hebrero de España, la nueva tierra prometida donde se establecieron y prosperaron desde la expulsión romana de Jerusalén del siglo I. Los infractores, tanto sefarditas como españoles que ayuden a ocultarlos, eran ajusticiados con la confiscación de todos los bienes y pena de muerte. Y los españoles, además, con la pérdida de sus derechos hereditarios y de vasallaje.

Se estableció el Santo Oficio de la Inquisición para investigar las potenciales herejías de los “cristianos nuevos”, tanto sefarditas como musulmanes (también expulsados en 1492), que no se habían convertido sinceramente y mantuvieron su fe y ritos ancestrales en secreto. Aunque algunos aceptaron sinceramente el catolicismo, el Santo Oficio sospechaba de todos. La acuciosidad de la Inquisición, que desarrolló un complejo aparato de alguaciles y familiares, espías e informantes civiles, encargados todos de

---

<sup>53</sup> Práctica consistente en cobrar intereses por un préstamo dinerario. Considerada entonces como crimen y pecado, era común en las comunidades judías, cuyos derechos de adquirir propiedad por otros medios y trabajar en otros oficios, estaban generalmente restringidos (Ref: <https://dle.rae.es/diccionario>) Revisado el 14/05/2020)

<sup>54</sup> Este decreto estuvo vigente y no fue derogado de forma expresa sino hasta la expedición de la Constitución liberal de 1869, que estableció el derecho a la libertad de culto en España (Ref: [https://www.congreso.es/constitucion/ficheros/historicas/cons\\_1869.pdf](https://www.congreso.es/constitucion/ficheros/historicas/cons_1869.pdf)) Revisado el 8/05/2024.

cuidar la moral social y la pureza de la fe, supuso que cada vez más sospechosos de practicar el judaísmo y el islam en secreto, llamados despectivamente “criptojudíos” y “marranos” los primeros, “moros”, “moriscos” y “mudéjares”, los segundos, cayeran en las garras de sus tribunales. Casualmente, el edicto coincidió con el descubrimiento de América, y muchos conversos vieron esa oportunidad para alistarse en los ejércitos conquistadores que, en cientos de barcos, viajaron al Nuevo Mundo. Aprovechando la confusión y falta de control de los primeros años de la colonización, cientos, sino miles, de sefarditas llegaron a América, donde formaron comunidades para protegerse y apoyarse mutuamente, y en muchos casos mantuvieron, como símbolos de identidad, pero en secreto, tanto el idioma ladino como sus ritos antiguos. Por generaciones ocultaron del mundo exterior sus orígenes, identidad, verdaderos apellidos y linajes, que sólo revelaban en la seguridad de sus comunidades. Recién en el primer tercio del siglo XVI la Corona Española estableció un régimen más o menos efectivo para impedir el afinamiento de judaizantes y otros herejes en sus territorios americanos, especialmente con la fundación de tribunales inquisitoriales en Lima en 1569, México en 1571 y Cartagena de Indias en 1610.

El 15 de noviembre de 1573 se celebró en Lima el primer auto de fe, con dos franceses y un corso penitenciados por luteranos y uno de los franceses: Mateo Salado, relajado. El segundo auto, en que fue relajado un religioso por blasfemo, falso iluminado y prácticas sexuales prohibidas, tuvo lugar el 13 de abril de 1578. El tercero, celebrado el 29 de octubre de 1581, tuvo veinte penitenciados y un flamenco, Juan Bernal, relajado<sup>55</sup>. Fue el primero en que marchó un portugués judaizante: Manuel López. El cuarto auto se celebró el 5 de abril de 1592<sup>56</sup>, con cinco portugueses penitenciados. El quinto auto tuvo lugar el 17 de diciembre de 1595, y terminó con cuatro judaizantes relajados: Jorge Núñez, Francisco Rodríguez, Juan Fernández y Pedro de Contreras, acusados, además, de colaborar con los ingleses que, al servicio de Isabel I, invadieron

---

<sup>55</sup> Este fue el primer auto en donde marcharon corsarios ingleses: John Oxenham, Tomás Xeruel y Enrique Butler, capturados en Panamá y juzgados por el doble crimen de herejía y piratería (Medina 1956, tomo I).

<sup>56</sup> En este auto constan, por herejes y piratas, los ingleses Walter y Eduardo Tiller, Enrique Oxley, Morley, pertenecientes a la tripulación de Thomas Cavendish y capturados en Guayaquil (Medina 1956, tomo I).

el Pacífico entre 1577 y 1594<sup>57</sup> (Medina 1956). El sexto auto ocurrido el 10 de enero de 1600, en medio de la alarma por la primera irrupción neerlandesa en las costas chilenas, terminó con dos judaizantes portugueses relajados. El 13 de marzo de 1605 tuvo lugar el séptimo, presidido por el nuevo inquisidor, Francisco Verdugo. Se reconciliaron dieciocho judaizantes y tres fueron relajados. Entre los primeros estaba el portugués Luis Díaz de Lucena, que había sido compañero de Vicente de Acosta, un políglota y posible espía venido de Ámsterdam, que había naufragado en las costas de Panamá. El octavo auto tuvo lugar el 1 de junio de 1608, con dieciocho penitenciados de los que uno fue relajado por judaizar. El 17 de junio de 1612 se produjo el noveno auto, que fue más bien pequeño o “autillo”, en la capilla del palacio de la Inquisición, con nueve reos penitenciados, incluido un judaizante. El 21 de diciembre de 1625 se produjo el décimo auto. El 27 de febrero de 1631 tuvo lugar el undécimo auto (otro autillo), sin ejecuciones, en la capilla de la Inquisición, con tres hombres y cuatro mujeres penitenciados. Entre ellos consta Álvaro Méndez, judío portugués señalado por tener relaciones con Francia y Holanda. Y el 17 de agosto de 1635, hubo el duodécimo auto (un autillo), con doce penitenciados.

Otra consecuencia fue el éxodo forzado de miles de sefarditas vagando alrededor del Mediterráneo buscando admisión en reinos con tolerancia religiosa y posteriores migraciones al norte de Europa. La mayoría se refugió en Portugal bajo la protección del rey Manuel I. Sin embargo, hasta ahí los alcanzó el largo brazo de la Iglesia, y, para 1496 Portugal anunció la expulsión de quienes no se bauticen. Pero no todos se fueron, y en 1506 estallaron protestas antisemitas en Lisboa, con el saldo de unos 4.000 muertos. Horrorizada por las proporciones de la masacre, la Corona se ablandó y toleró un tiempo más la migración sefardita. Pero la Iglesia presionó, y en 1515 pidió la creación del Santo Oficio, aunque con reticencias del Vaticano. Luego de años de ambigüedad, en 1536 el rey Juan III estableció formalmente tribunales en Portugal y sus territorios, particularmente Brasil. Históricamente, sólo en Portugal unas 40.000 personas fueron procesadas, de las que 1175 resultaron relajadas y 633 quemadas en efigie. La persecución, ampliada a los protestantes a partir de 1519, se extendió hasta

---

<sup>57</sup> En este auto marcharon quince ingleses de la tripulación de Richard Hawkins, capturados por la Armada del Mar del Sur después de una batalla frente a la costa de Atacames, Ecuador (Medina 1956, tomo I).



1765, cuando se registró el último auto de fe. Aunque, en la práctica, la Inquisición portuguesa se acabó por un decreto del 1 de octubre de 1774, que obligaba la sanción real de los veredictos del Santo Oficio, no fue formalmente abolida sino hasta la revolución constitucional de 1821. Mientras que en España el último auto de fe ocurrió en Valencia el 31 de julio de 1826, y la Inquisición quedó formalmente abolida por decreto publicado el 17 de julio de 1834.

La persecución obligó a los sefarditas, desde entonces llamados “portugueses” como sinónimo de criptojudíos, a una nueva diáspora. La mayoría, buscó avecindarse en reinos tolerantes, tanto en el Mediterráneo como en el norte de Europa, donde destacan Francia y algunos estados alemanes, pero especialmente Inglaterra y las Provincias Unidas, el estado más tolerante de la época, donde constituyeron importantes comunidades dedicadas al comercio. Las redes llegaron eventualmente al Nuevo Mundo, notablemente a las colonias inglesas y neerlandesas de Norteamérica, las islas del Caribe y Brasil. Y, desde esos territorios a los virreinos de Nueva España y Perú. Con la entronización de Felipe II como rey de Portugal, se incrementó la afluencia de portugueses de origen sefardita al Perú, especialmente porque el tratado de unión respetó el tráfico de esclavos portugués. Desde 1595, con la concesión del primer asiento para traficar al cristiano nuevo Pedro Gómez Reynel, Cartagena de Indias se volvió puerto de entrada para criptojudíos que, usando las factorías portuguesas del África como puertos de embarque, burlaban a las autoridades españolas, desembarcaban y se diseminaban discretamente por todo el territorio. Tal fue el grado de tolerancia a la migración portuguesa que, para 1610, la Casa de Contratación reclamaba: “teniendo V. M. cerrada la puerta a los vasallos de la Corona de Castilla para pasar a Indias si no es con licencia expresa e información de limpieza y naturaleza y otros requisitos, esta gente (los portugueses) la tiene abierta, siendo toda sospechosa de todas maneras” (Escobar 2002: 48). Asimismo, hacia 1620 el Santo Oficio alertó del alto número de extranjeros que llegaban al Perú desde Brasil por la vía del Paraguay, y, como consta en la Recopilación de Indias, consiguió una ley para restringir esa afluencia:

...desde el Brasil entran por tierra en la provincia del Paraguay, y pasan a las del Perú muchos extranjeros: flamencos, franceses y de otras naciones. Y los gobernadores de aquella provincia, por sus fines particulares, no se lo impiden como lo deben hacer, y de



su asistencia resultan muchos inconvenientes y daños. Mandamos a los gobernadores del Paraguay que no consientan ni permitan que por aquella provincia entre ningún extranjero, portugués ni castellano, por ninguna razón ni causa que se pretenda valer si no llevare especial licencia nuestra, despachada por el Consejo Real de las Indias. Y prenda y remita a estos reinos a todos los que sin esta calidad hallare en su gobernación, con sus bienes y hacienda, dirigido al presidente y jueces de la Casa de Contratación de Sevilla. Y si el gobernador lo permitiere se le hará cargo e impondrá culpa grave en su residencia (Lewin 1950: 48).

Pero estas normas cayeron en saco roto, pues los judaizantes portugueses siguieron llegando y estableciéndose por todo el Virreinato. Así, “en el Alto Perú, como en todas las regiones de América, la presencia de judíos era tan ampliamente conocida, que, por más que resultara muy grave una denuncia de esa naturaleza, fue lanzada con harta frecuencia. Muy mal le salió semejante acusación contra los habitantes de Cochabamba a Martín del Barco Centenera, autor del famoso poema *La Argentina*. Estos tremendamente ofendidos, movieron cielo y tierra para demostrar la falacia de una acusación tan comprometedora” (Lewin 1950: 50). Por otro lado, desde el siglo XVI las colonias de sefarditas de Ámsterdam, Rotterdam y otras ciudades mantenían cercanas relaciones con sus pares del Perú. Asimismo, los cristianos nuevos peruanos aprovecharon la oportunidad para establecer lucrativos negocios con empresas de conquista neerlandesas, especialmente la VOC y WIC, fundadas con capitales judeoportugueses. En efecto, como señala Ricardo Escobar, “en la búsqueda interoceánica de nuevos mercados, las redes desarrolladas por los judeoconversos instalados en el Nuevo Mundo, hace de éstos los socios privilegiados de un mercantilismo holandés en plena expansión y particularmente interesado en el rico continente americano” (Escobar 2002: 52). En esta coyuntura se enmarca la relación de colaboración entre las comunidades judaizantes portuguesas a ambos lados del Atlántico con los esfuerzos bélicos neerlandeses en el marco de la guerra de Ochenta Años, y sus expediciones para extender el teatro militar al Pacífico, Caribe, Brasil y Lejano Oriente:

...la Compañía de las Indias Occidentales, que realiza su empresa conquistadora con participación de capitales portugueses emigrados a Ámsterdam, no sólo contiene la

dispersión marrana, sino atrae a numerosos judíos francos. El fin del dominio holandés en el Brasil (1654), provoca otra desbandada general de los judíos portugueses a las colonias españolas, aunque, según parece, los más fieles a su religión eligen otros lugares de refugio<sup>58</sup> (Lewin 1950: 48-49).

La ira antiespañola y anti lusitana de muchos conversos, traducida en colaboración con las compañías neerlandesas, trasluce en varios procesos. Por ejemplo, Duarte López Mesa confesó en Cartagena haber oído decir a un joven portugués que “...si Dios fuese servido de que su padre saliese por cónsul de la dicha Cofradía de Holanda, tenía esperanza de que había de hacer tantos males como a su padre le habían hecho en Lisboa y que tenía esperanzas que en breve tiempo serían los de la Compañía de Holanda señores de las Indias y que habrían de dejar al rey de España como un labrador...” (Escobar 2002: 61-62). Ante el mismo tribunal, Manuel Álvarez Prieto, que se declaró judío y quiso morir como tal, en confusas declaraciones, dijo estar “sentado por judío en la cofradía de los judíos de Holanda, y que en el derecho de ella quiere morir guardando la Ley de Moisés, porque es judío y como tal quiere morir, y que se remite a la dicha Cofradía” (Escobar 2002: 61). Con estas palabras, asociaba el ser judío y practicar la Ley de Moisés con ser miembro de la Cofradía de Holanda, lo que implica una mezcla de religión y negocios, que trasciende a los principios de las compañías neerlandesas, motivadas tanto por lo comercial como por el afán de conquista militar. Preocupado por las relaciones de estas comunidades con las Provincias Unidas, el

---

<sup>58</sup> Asentamientos esporádicos de neerlandeses en busca de madera y agua en Curazao, datan de 1621. Pero el 28 de julio de 1634 una expedición de la WIC al mando de Johannes Van Walbeeck capturó la isla, y a partir de ahí las Provincias Unidas se apoderaron de las otras Antillas Neerlandesas: Aruba, Bonaire, San Martín (compartida con Francia), Saba y San Eustaquio. Con los primeros colonos neerlandeses llegaron los judíos portugueses, pero esta migración se hizo más visible desde 1651, así como en las colonias neerlandesas de Recife y Pernambuco, al noreste del Brasil, arrebatadas a Portugal en 1630. La reconquista portuguesa del Brasil en 1654 supuso la llegada de cientos de criptojudíos portugueses buscando refugio principalmente en Curazao, pero también a las otras Antillas Neerlandesas, y ahí florecieron sus negocios y cultura. Esto explica por qué el papiamentu, idioma oficial de las islas, tiene tan marcada influencia del portugués pese a que Portugal no tuvo colonias en el Caribe. La comunidad judía de Curazao es la congregación activa más antigua de ese credo en el continente americano y su sinagoga, que data de 1732, la más antigua de América en uso continuo.

Ref: Benmergui, Alicia (2023) *Curazao y su vieja memoria sefaradí* en: Esefarad. Noticias del Mundo Sefardí (<https://esefarad.com/curazao-y-su-vieja-memoria-sefaradi-por-alicia-benmergui/>) Revisado el 10/09/2023.

Consejo de la Suprema Inquisición de Madrid, que regía todos los tribunales, advertía e instruía a los inquisidores peruanos en 1626:

Aquí se ha entendido que a esos reinos y provincias pasan algunos herejes de diferentes naciones con ocasión de las entradas que en ellas hacen los holandeses y que andan libremente tratando y comunicando con todos y tal vez disputando de la religión, con escándalo de los que bien sienten y con manifiesto peligro de introducir sus sectas y falsa doctrina entre la gente novelera, envuelta en infinidad de supersticiones, cosa que debe dar cuidado y que pide pronto y eficaz remedio. Y consultado con el Ilustrísimo Inquisidor general, ha parecido que hagáis exacta diligencia para saber en qué lugar de ese distrito se alojan, y habiéndose averiguado con el recato y secreto que conviene, ordenaréis a los comisarios que los admitan a reconciliación, instruyéndolos en las cosas de nuestra Santa Fe Católica por personas doctas y pías. Y, no queriendo convertirse, procederéis contra ellos conforme a derecho y severidad de los sagrados cánones, en que pondréis el cuidado y vigilancia que esto pide, antes que lleguen a ser mayores los inconvenientes que amenaza la disimulación que se ha tenido, dándonos aviso de lo que fuéredes haciendo (Medina 1956, t. 1: 304-305).

El mejor conocido de los espías criptojudíos fue Pedro de León Portocarrero, alias “el judío portugués”, nacido 1576 en el pueblo de Vinhais, provincia de Traz os Montes (Portugal), de un linaje de cristianos nuevos que cruzó la frontera luego de la expulsión de 1492. Cuando el Santo Oficio llegó a Portugal, persiguió y procesó a su familia en el tribunal de Coimbra. Condenado por judaizante, el padre, Cristóbal Peres de León, murió en la hoguera y la madre, Antonia Méndez, en prisión. Pedro huyó a España, donde se radicó con identidad falsa, pero la Inquisición lo encontró en 1596. Acusado de judaizar, intentó vanamente ocultar su origen con una partida matrimonial y carta de dote falsas, que señalaban su lugar de nacimiento en la villa de Viana de Bollo, provincia de Orense (Galicia). Penitenciado con uso de sambenito por un año, marchó en el auto de fe de Toledo de 1599. Fue liberado con licencia para trasladarse a cualquier lugar, demostrando que, una vez reconciliados y declarados católicos, los extranjeros gozaban de libre movilidad en el Imperio Español.

Muchos sefarditas soñaron encontrar en Perú la nueva tierra prometida, donde podían vivir y prosperar en paz, lejos de los estigmas y prejuicios de la vieja Europa por su raza y condición de conversos, traducidos en la mirada vigilante de la Inquisición (Carcelén 2009: 109). Por ejemplo, el mercader Luis de Lima había dicho que “...esta tierra del Perú era para los portugueses de promisión, porque cuidan los hombres de ella más de ganar plata que de vidas ajenas, y que esto fuera así sino estuviera en el Perú la Inquisición, a quien ellos en gran manera aborrecen...” (Medina 1956: 133-134). Otro fue Pedro de León, que migró al Perú con su cónyuge Leonor de Acerrada y se establecieron en Lima por febrero de 1600, amparados por su hermano Hernán Pérez de León, llegado años antes. Viajó extensamente como comerciante, llegando hasta Potosí. Como factor mercantil de Pedro de Salcedo, vivió en Ica entre noviembre de 1604 a diciembre de 1605 (Carcelén 2009: 109). En 1606 se estableció en Lima como comerciante independiente, especializado en compra y venta de todo tipo de mercancías, consignación o habilitación de agentes viajeros y usura. Enviudó y el 6 de mayo de 1607 se casó con Francisca Ordóñez Franco, con una dote de 3.000 pesos de nueve reales. El 9 de junio nació su hijo Hernán y vivían en una casa de la calle San Pedro Nolasco (hoy séptima cuadra del Jirón Cuzco) arrendada a Hernán Carrillo de Córdoba. (Carcelén 2009: 110). En 1611 tuvo suficiente caudal como para alquilar una casa solariega, pero un reo de la Inquisición lo acusó de judaizar y fue citado para responder, pero el tribunal desestimó los cargos. Dados los avatares propios de su profesión y la inestabilidad económica del Perú, las deudas lo agobiaban dos años después, y, sin el apoyo financiero de su cónyuge, se tensó la vida marital. A todo esto, se sumó el miedo permanente de nuevas acusaciones de herejía, y, en 1615, a poco de la incursión de Spilbergen, dejó a su esposa y desapareció misteriosamente de Lima (Carcelén 2009: 110).

Sus extensos viajes no solo fueron por negocios, sino que era espía al servicio de las Provincias Unidas, y tomó nota detallada de todo cuanto vio, con la deliberada intención de reconocer y describir las debilidades defensivas para favorecer sus empresas de conquista. Regresó a Europa con sus dos hijos, Hernán de nueve años y una niña de seis, en la flota de galeones y se establecieron en Sevilla. Acusado de judaizar con otros dos comerciantes portugueses, fueron detenidos el 9 de enero de 1617 con confiscación de bienes, pero, ni con tortura, pudo el tribunal probar los cargos. Por sentencia del 11

de enero de 1619, pagó trescientos ducados de multa para cubrir los gastos procesales y fue condenado a penas menores. Poco se sabe de su vida posterior, aunque probablemente se radicó en las Provincias Unidas, donde arregló sus notas y, hacia 1620, justo cuando se organizaba la Armada de Nassau, circulaba un relato anónimo titulado: “Descripción General del Reino del Perú, en particular de Lima”, que describía el Virreinato con detalle. El documento, dirigido a los líderes de las Provincias Unidas, informaba sobre los estados comercial, militar y social del Perú, particularmente de Lima y el Callao. Por un lado, el autor, que mantuvo el anonimato, elogiaba el excelente clima limeño, sus recursos y riqueza y, por otro, señalaba la fragilidad de sus defensas: falta de muros, fuertes y artillería. Además, decía que los españoles de Lima eran solo 4.600, mientras que los esclavos eran unos 40.000. Y la disparidad numérica explicaba el miedo permanente con que vivía la élite española, temerosa de una rebelión. El tono general sugiere que, al revelar las debilidades defensivas del Perú, la organización de expediciones de conquista (Carcelén 2009: 110-111; Montáñez 2014: 80). Ciertas precisiones temporales, como un terremoto ocurrido el 26 de noviembre de 1605 y la presencia de Spilbergen en el Callao el 26 de julio de 1615, revelan que fue redactada por esos años, y el análisis lingüístico sugiere que el autor fue portugués<sup>59</sup> (Carcelén 2009: 102).

## **2.6. Adrián Rodríguez y los “desertores” de Spilbergen ante la Inquisición**

El argumento de esta sección gira en torno a tres historias: la de Adrián Rodríguez, dos alemanes y un francés que abandonaron la flota de Spilbergen en el Virreinato Peruano. El primero ha pasado a la historia como el más conocido de los espías de las Provincias Unidas que, si bien llegó casualmente como náufrago en 1600, volvió convertido en espía con sueldo trece años después y operó clandestinamente sin ser descubierto hasta que los desertores de la Armada de Nassau lo delataron en 1624. Pudo enviar información impunemente en las propias flotas de galeones sin ser detectado, demostrando la ineficiencia o ingenuidad de las autoridades españolas. Los otros dos

---

<sup>59</sup> La Descripción fue redescubierta en la Biblioteca Nacional de Francia en 1910 por el historiador José de la Riva Agüero, que para 1914 había determinado que el autor era un judío portugués, y, en 1970, Guillermo Lohmann despejó finalmente la incógnita sobre su identidad (Montáñez 2014: 80, notas 130, 131, 132 y 133).

casos demuestran un cambio de actitud de las autoridades hacia los extranjeros a raíz de la traición sufrida por parte de aquellos que llegaron como náufragos en 1600 para volver y entregar toda la información que demandaban los armadores de flotas de conquista. En efecto, la Inquisición asumió un rol de garante de la soberanía española en el Perú y, esta vez, no fue tan amable con los desertores de la armada de Spilbergen, procesados como espías y prisioneros de guerra, y remitidos a Europa en esa calidad.

Expulsado del Perú en 1603 con otros antiguos náufragos del Ciervo Volador, Adriaan Dircks llegó a Sanlúcar de Barrameda para embarcarse en un navío neerlandés con rumbo a Francia, desde donde regresó a Leiden y se casó en ceremonia luterana con María Cristen, de ese credo. Ahí vivió por cinco años ejerciendo su oficio de carpintero. Durante ese tiempo, aprovechó que era uno de los pocos neerlandeses que sabía castellano y había vivido en el Callao, para contactar con autoridades y armadores, entre ellos posiblemente con Hans Aventroot, e informarles acerca de cuanto sabía del Perú. Además de pagarle por la información, como hicieron con otros veteranos del Ciervo Volador, Mauricio de Nassau le hizo una propuesta adicional: contratarlo como espía in situ, para que regrese al Callao y remita desde ahí informes periódicos sobre las debilidades defensivas, posibilidad de botín, e incluso de arrebatarse el Virreinato (o partes de él) a la Corona Española.

Dircks aceptó, dejó su casa y a su cónyuge “que no quiso acompañarle”, y se fue a La Rochela, donde se enroló en un navío español con rumbo a Santoña. Ahí tomó un barco de Alonso Madriz cargado de hierro, y volvió a Sanlúcar, donde se quedó trabajando de carpintero de ribera con el argumento falso de que quería “vivir entre españoles”, en el camino de la fe católica, que era el único (ANH/Inquisición, L. 1030: 796). Lo cierto es que, informado de las expediciones navales que se organizaban en las Provincias Unidas, buscaba la oportunidad para volver al Perú de forma discreta e instalarse como espía. Viajó a Santo Domingo, y, en 1612, a San Juan de Ulúa, en la flota del general Juan de la Cueva. Tuvo la oportunidad de quedarse en México, pero no lo hizo “porque en el tiempo que (...) estuvo en San Juan de Ulúa había prendido muchos flamencos la Inquisición y habían salido muchos con sambenito” (Inquisición 1647, 7: 11). Finalmente desembarcó en Portobelo, desde donde regresó al Perú por 1613, con el

nombre de “Adrián Rodríguez”, y se estableció en el Callao, donde fue bien recibido por sus conocimientos, y trabajó nuevamente como carpintero de astillero. Dos años después, cuando Spilbergen atacó el Pacífico, vivía tranquilamente en el Callao, donde era un eslabón de la cadena secreta que pasaba información a los neerlandeses. Quizás haya pasado información a Spilbergen, como después se probó que hizo con la Armada de Nassau (Bradley 2008: 69). Sin embargo, interrogado años más tarde sobre sus razones para volver al Perú, alegó simplemente que “su tierra era pobre”, que “se había gastado los setecientos u ochocientos patacones que llevó del Callao” y que el salario en Europa no le alcanzaba para sustentar a su cónyuge, madre y una sobrina.

La Corona Española no tardó en descubrir la grave traición de extranjeros que, como Gerritsz y sus hombres, el tabernero, Aventroot y Pedro de León, fueron bien recibidos en Perú, donde lucraron del comercio y los trabajos que les proporcionaron, gozaron por años de libre movilidad sin vigilancia para, una vez libres, volver a Europa transformados en informantes y espías al servicio de los Países Bajos. Consecuentemente, la actitud española cambió, se volvió mucho más cauta y desconfiada y se tomaron medidas para evitar que continúe la fuga de información a vista y paciencia de las autoridades y la sociedad. Tanto la correspondencia de la Inquisición como documentación de otras fuentes prueban que, tanto a las autoridades religiosas como a las seculares, les preocupaba la posibilidad de una invasión neerlandesa (Schaposchnik 2015: 39-40).

En el Virreinato Peruano, el Santo Oficio fue la institución con mayor poder moral y político, además de contar con una sólida estructura burocrática, amplia red de informantes, recursos económicos propios e infraestructura, como salas de audiencias, cámaras de tortura y cárceles propias. Quizás porque tenía tantos medios, de los que otros organismos carecían, más allá del aspecto religioso propio de un tribunal guardián de la pureza de la fe, asumió entre 1598 y 1648 una competencia menos conocida pero no menos importante: el rol político de protector y garante de la soberanía imperial frente a la amenaza de conquistadores extranjeros. Esto consta en sus informes a la Suprema de España: “se entenderá cómo el Santo Oficio de la Inquisición no solo sirve para la extirpación de las herejías, sino también para buena parte del sosiego temporal



de la monarquía de Su Majestad” (ANH/Inquisición 1647: 24-25). Varios procesos incompletos, como los de tres desertores de la flota de Spilbergen y Adrián Rodríguez, permiten apreciar ese doble papel de la Inquisición: la institución que más hizo por perseguir delitos políticos como la conspiración, traición y espionaje. Y en esa tarea desplegó todo su poder para develar y dismantelar las redes de conspiradores que perturbaban la paz y amenazaban la soberanía española en Perú, a la vez que sentar un ejemplo para desalentar tales actividades.

Aunque pudo haber otros que no han sido detectados, hay evidencia de tres hombres de la flota de Spilbergen que se quedaron en Chile y Perú: Andreas Heinrich (o Hendrick), Philip Hansen (llamados Andrés Enríquez y Felipe Juan), y Nicolás de la Porta (o Porte). Los dos primeros huyeron en Papudo (Chile) el 16 de junio de 1615, y el tercero en Huarmey el 3 de agosto, luego del combate de Cañete<sup>60</sup>. Se entregaron voluntariamente alegando ser desertores, con una multitud de razones para abandonar la flota, pero autores como Lohmann (1975) consideran sus motivos como falacias, y que, en realidad, el plan de los organizadores era dejarlos el tiempo suficiente para recopilar información útil para la siguiente expedición: la Armada de Nassau, un proyecto de conquista tan ambicioso que tardó nueve años en materializarse.

Luego de su “fuga”, Hansen y Heinrich fueron conducidos a Santiago de Chile y recluidos en una institución jesuita para su instrucción en la fe católica. El 22 de junio de 1615 la Audiencia interrogó a Heinrich con intérprete, pues no sabía castellano. Declaró ser alemán, de 33 años y natural de Emden en Frisia Oriental. Sobre las circunstancias del escape dijo que “...habiéndoles echado en tierra para hacer agua, él y otro soldado que con él salió se escondieron y quedaron en tierra, y vieron venir un indio a caballo, al cual salieron a encontrar y los trajo al general de la gente española”

---

<sup>60</sup> Para los procedimientos en contra de los desertores y la evidencia de Francisco de Lima, ver AGI, Contratación, no. 7, que detalla la indagación en Sevilla en 1618 y la instrucción de la Corona, un año después, de liberar a los prisioneros. También: ANH, Inquisición, 1030, fols. 71-77v. Virrey Esquilache, 6 de abril de 1617 y hallazgos de la Inquisición de Lima de 25 de febrero de 1617 (AGI, Lima 37). Las declaraciones de Lima y Heinrich en BN (Madrid), 2348, fol. 233, ‘Relación del viaje que el año de 1615 hizo por el estrecho a la mar del sur el holandés Jorge Esperuet’. Hay una copia en BL, Additional MSS, 17621, fol. 136, y el original está publicado en Fernández de Navarrete M., Colección de documentos inéditos para la historia de España, 112 vols., Madrid, 1842-95 (Bradley 2008: 205, nota 3).

(Medina 1923: 387). Alegó como causa la mala comida que daban a la marinería, pues: “...los principales bien comen, y el común mal...” (Medina 1923: 387). Añadió que cada tripulante recibía sólo una pequeña medida de vino al día, sin saber cuántas pipas había en la flota. Las provisiones incluían bizcocho, carne de vaca y puerco, habas, garbanzos, numerosos quesos y manteca de vaca, pero mucho estaba podrido (Medina 1923: 387). Declaró los tamaños de los buques y su artillería, y que llevaban gente que navegó previamente el Mar del Sur, como Jorge Nicolás, piloto mayor de la almiranta, que cruzó Magallanes con Van Noort, y el condestable (o sargento de artillería) Juan Nicolás, natural de Delft, además de unos ingleses (Medina 1923: 388). Resulta novedoso que los tripulantes de esta flota eran asalariados, en lugar de regirse por el clásico principio corsario de “sin presa no hay paga”. No recordaba los buenos salarios del general y el almirante, pero sí que los pilotos cobraban mensualmente treinta florines, veintiocho los capitanes, dieciocho los alféreces, diecisiete los sargentos, dieciséis los cabos de escuadra y nueve los soldados, que, además, tenían derecho al dieciséis por ciento del producto del saqueo de puertos. En esto último se asemejaban a las típicas expediciones corsarias. En cuanto al sueldo de los muertos sin sucesión, la mitad iba a los armadores y la otra mitad a obras de caridad. Pero todo se pagaría de vuelta en las Provincias Unidas (Medina 1923: 388).

Fueron luego entregados al comisario del Santo Oficio, que los remitió a Lima con el capitán Juan Pérez Urazandi. A pesar de sus alegaciones y protestas en el sentido de que eran simples desertores y no espías, y que pretendieron probarlo revelando gran cantidad de información sobre Spilbergen y su flota, esta vez las autoridades prefirieron no arriesgarse, y se aseguraron de que permanezcan vigilados por la Inquisición. Pues, aunque fuera cierto que no eran sino fugitivos, también eran proletarios pobres, fáciles de tentar con un poco de dinero para que, de vuelta en sus países, revelen todo cuanto los enemigos querían saber del Perú. Sus procesos comenzaron el 9 de noviembre de 1615, y, en la primera etapa, los inquisidores se centraron en el delito de herejía. Philip Hansen de Königsberg, de veintiún años, consta en los anales de la Inquisición como: “Isbran, natural de la ciudad de Quinisper, provincia de Prusia, sujeta al rey de Polonia...” (Medina 1952: 333). Fueron puestos en la carcelilla de familiares y, para la interrogación, sirvieron de intérpretes un alemán y un español que había estado en Alemania y sabía su lengua. Ambos se empeñaron en demostrar su fe católica

persignándose, alegando ser bautizados y recitando oraciones y Sacramentos que, según el intérprete, eran “oraciones de calvinistas” (Medina 1952: 333). Heinrich insistió que sus padres “eran católicos papistas”, que el padre había muerto y la madre vivía en Ámsterdam, donde “...había ido en busca de su hermano que estaba estudiando (...) y que era católico...” (Medina 1952: 332). Pero los intérpretes afirmaron la falsedad de todo, obligándolo a cambiar el testimonio:

...que de diez años a esta parte ha sido católico cristiano y papista, tenido y creído lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia Católica de Roma, pero que antes había sido luterano y, aunque lo fue, tenía buen corazón a la fe católica, y como muchacho no sabía lo que le convenía (...), que en su tierra los padres de la Compañía le enseñaron la fe católica (...) y que (en Holanda) también hay muchos herejes calvinistas y luteranos... (Medina 1952: 332).

Los intérpretes señalaron que solo repetía lo que ellos iban diciendo, y que no tenía más instrucción católica que lo aprendido con los jesuitas en Chile. Al final admitió no saber si era o no católico, y “...que quería ser instruido en las cosas de nuestra Santa Fe Católica, a quien ha tenido buen corazón y así deseaba ser enseñado en ella, y aunque ha comunicado con los herejes, ha sido por ser sus camaradas, pero que nunca ha creído ni sabido ninguna de las sectas de Calvino y Lutero” (Medina 1952: 332). Añadió que, por haberse embarcado con herejes, no pudo ser instruido como católico. Sorteada la etapa para del delito de herejía, empezaron las indagaciones sobre su calidad de espía. Para ello, en primer lugar, le preguntaron las circunstancias de su enrolamiento con Spilbergen, y declaró:

...que había un año que había salido de su tierra para Holanda, y que toda su vida había sido soldado, así con los católicos como con los holandeses, (...) que estando en Holanda se había hecho gente por el conde Mauricio (...) para ir a las Indias de Portugal, y en ellas había venido (...) en seis naos, que habrá trece meses que salieron, y la una se volvió desde la boca del estrecho. Y que por haberlo traído engañado pensando que iban a la India de la especería, y ver después que venían contra cristianos, luego que pudo se había huido en Chile yendo a Santiago (...) y que el venir con herejes

había sido como mozo, por ver mundo (...) y que tras de la armada en que él vino, había de venir otra el año que viene, que se quedaba haciendo... (Medina 1952: 332).

Con respecto de su reclutamiento con engaños, dijo que “vino como soldado en esta flota, que le dijeron que debía navegar hacia la India, y en el camino cambiaron de rumbo y vinieron a robar” (Medina 1952: 333). Hansen y Porta mencionaron cosas similares, y el segundo refirió la apertura de “órdenes secretas” cuando ya estaban en alta mar. Estos sospechosos comentarios demuestran que buscaban traspasar a los armadores la culpa de las hostilidades de la flota en el Virreinato. El 9 de enero de 1616 los inquisidores examinaron las declaraciones, y, como no estaban instruidos en la fe, resolvieron catequizarlos en dos conventos distintos (Medina 1952: 333).

El tercero y más intrigante de estos hombres fue Nicolás de la Porta, francés de veinticuatro años. Si los procesos de los otros arrojan ambigüedades sobre su calidad de espías, este señalamiento es reiterado en el caso de Porta. En efecto, el 12 de agosto de 1615 el Santo Oficio comenzó a recibir los testimonios del notable número de veintiún testigos que: “...le tenían y juzgaban por hereje y espía, y más por flamenco o valón que francés, y que venía concertado con los herejes por muchos años” (Medina 1952: 333). La sospecha de espionaje se fundó en que, mientras permaneció en el Callao bajo libertad vigilada, “...se comunicaba (...) con otros de su nación, y se recogían y encerraban a solas y hablaban en su lengua. Y lo habían visto algunos días ir a la mar por diferentes partes, con una escopeta, a ver los puertos y entradas de tierra...” (Medina 1952: 333). Porta insistió en su inocencia y “...que nunca había entrado de noche en casa de ningún extranjero. Que de día había entrado en casa de un inglés y un francés, algunas veces a almorzar, y que trataba con ellos de cosas de sus tierras y no otra cosa. Y que no conocía en esta ciudad ningún hereje...” (Medina 1952: 337-338). El 30 de octubre los inquisidores votaron por ponerlo en las cárceles secretas y proseguir la causa. En la primera audiencia, el 3 de noviembre, declaró su genealogía, en donde constaba que él y todos sus ancestros eran parisinos, y ninguno hereje penitenciado. Insistió con vehemencia que fue bautizado y confirmado en París, y siempre católico practicante (Medina 1952: 334). Resultaba necesario aclarar si la fuga se debió a que, como afirmaba, se arrepintió de andar con “piratas luteranos” porque era católico, o si, por el contrario, fue para instalarse como espía en el Callao. Narró su fuga

señalando que después del desastre de Cañete desembarco con otros en Huarmey para cargar agua

...y yéndose, paseando como que iba a tirar a pájaros, pasó adelante de los centinelas, y dejando el mosquete, había echado a huir hacia tierra, y aunque le tiraron los suyos tres o cuatro mosquetazos, no le acertaron, ni otros que estaban tirando a pájaros. Aunque corrieron tras de él, no le alcanzaron (...) y se escapó y vino a los cristianos, que estaban media legua del puerto, poco más, los cuales lo trajeron a esta ciudad y lo entregaron al virrey... (Medina 1952: 332, 337-338).

Dijo que siempre quiso huir, primero en Brasil, donde no le dejaron desembarcar, y tampoco en Chile con los otros dos porque había buena guardia, mientras que en Huarmey tuvo más libertad de movimiento. Para probar que no era espía, afirmó que Spilbergen ofrecía 2.000 pesos de recompensa por su entrega para ejecutarlo, “y que si lo echara por espía no hiciera esta diligencia” (Medina 1952: 337). Afirmó saber leer y escribir en francés y leer muy bien en latín. Había vivido en casa de su padre hasta los doce años, cuando entró al servicio de un parisino que lo llevó a Lyon, Marsella, Burdeos, Tolosa, Lorena y Savarna “...que es el primer lugar de Alemania la Alta...” (Medina 1952: 334-335). Después fue a Viena y a “Ellerque”, “...que todo es de luteranos y tierra del príncipe palatino del Rin...”. De ahí fue al arzobispado católico de Colonia, así como en “Tarberi” y en la ciudad de “Julier” (cerca de Holanda) donde todos eran católicos. Luego pasó a Lieja (Bélgica) “tierra de valones, que unos son católicos y otros luteranos...”, y volvió por un año a la casa paterna en París. Fue por dos años a “Tarbieri” y vivió un año en Colonia, antes de enrolarse como soldado del archiduque Leopoldo de Austria “...que hacía gente contra el duque de Brandemburgo...” (Medina 1952: 334-335). Terminada la guerra, fue soldado por seis meses en la guarnición de Nimega (Holanda). Pasó a Amberes y Bruselas, que obedecían al Rey de España, donde anduvo ocho meses, y luego a Ámsterdam, donde se embarcó con holandeses luteranos para Dinamarca, y de ahí con otros luteranos para Dieppe, donde se enroló en un navío que iba al Brasil con cuarenta franceses y dos flamencos. Pasaron Canarias con buen viento, ahí les cogió una calma y la flota de Spilbergen. El almirante despachó cinco lanchas, que abordaron el mercante y, antes de liberarlo, reclutaron por fuerza a Porta, otros tres franceses y los dos flamencos. Fue

conducido a la almiranta, "...y conociéndole el capitán de ella de cuando era soldado en Nimega, le hizo su sargento, y el general le había dicho que fuese soldado fiel y le daría su paga, y en Holanda, cuando volviesen, se la pagaría cumplidamente, y, (...) por verse libre de las prisiones y grillos, dijo que sí haría..." (Medina 1952: 336). A bordo, todos eran luteranos, "...que los hombres mozos, con la sangre nueva, por ver mundo no reparan cosas..." (Medina 1952: 334-335). Pero Spilbergen no le dijo que "venía al Perú a pelear con los españoles", sino a comprar especería en las Molucas (Medina 1952: 334-335). Recién en Magallanes les confirmó que Perú era su primer destino: "...entrando por el Estrecho, les había dicho el general a todos los soldados que, si llegaban al Mar del Sur, (...) serían muy ricos..." (Medina 1952: 335).

Pero en la siguiente audiencia contó otra historia, dejando perplejos a los inquisidores, que lo tomaron como indicio de su calidad de espía. Dijo que se enroló como soldado en Ámsterdam con sueldo de nueve patacones por dos meses de trabajo, y "...que como hombre deseoso de saber y haberle dicho allá que venían otros franceses en la armada, que iban al Maluco, se había embarcado con ellos (...) sin señalarle tiempo para el viaje, y que luego que se había embarcado, si le dejaran saltar en tierra, no viniera la jornada..." (Medina 1952: 337). Cambió la versión por tercera vez, diciendo que se enlistó en Dinamarca, y justificó los cambios alegando temer que lo maten, porque, al momento de su captura, los españoles "...le pusieron tres o cuatro hombres las espadas a los pechos..." (Medina 1952: 336). Aunque admitió que anduvo con luteranos, insistió en su catolicismo, pero fallaba en los rezos y moniciones, y el 18 de noviembre lo acusaron formalmente de herejía, pero lo negó: "...aunque le ahorquen no podía decir otra cosa, que él había de vivir y morir como católico cristiano, creyendo lo que cree la Iglesia Católica Romana<sup>61</sup>..." (Medina 1952: 336). Al ser inquirido sobre su participación en la batalla de Cañete, admitió que

...había peleado (...) contra los católicos españoles, pero (...) de mala gana, porque, si no, le echaban a la mar. Y que él no hizo más que asestar la artillería con algunos

---

<sup>61</sup> También narró la evasión de Heinrich y Hansen: "...después de hechos a la mar, echaron (de) menos dos soldados, que el uno era alemán y católico, y el otro era (de) cerca de Flandes y era luterano, y que no sabe si huyeron ellos o los echaron de propósito, o los mataron los españoles..." (Medina 1952: 337).

españoles que iban cautivos, y que de astillazos había salido herido en tres partes, aunque fue poco. Y que, rendida la almiranta de los españoles, había soltado una lancha e ido a bordo de ella, aunque no entró, pero que había conocido al almirante y oídole decir que no quería salir aquella noche de su navío, y con esto se volvió a su navío, sin matar ningún español (Medina 1952: 337).

Los jueces no pudieron determinar si “...era hereje holandés y no francés (hugonote)...” (Medina 1952: 333). Varios testigos afirmaron haberle oído que las Provincias Unidas llevaron la guerra al Perú “...porque el Rey, Nuestro Señor, no les dejaba vivir en su ley (...) Y que ellos también eran católicos y creían que había Dios y Santa María, pero que no creían que había dispensación del Papa...” (Medina 1952: 333). Tres españoles cautivos de Cañete y liberados en Huarney, declararon que, a bordo de la almiranta “...hacía y decía lo mismo que los dichos dos testigos primeros han dicho, y añadieron que le vieron pelear en la dicha refriega y matar españoles” (Medina 1952: 333). Otros dos, capturados en Brasil, “...le habían visto tratarse y comunicarse como hereje, acudiendo a las prédicas y sermones que cada día hacían, y rezando en unas horas como los demás, y haciendo las demás cosas que hacían los herejes, y ultrajaba a los cristianos católicos diciéndoles perros papistas y otras palabras afrentosas...” (Medina 1952: 333). Otros más le vieron almorzar un día de ayuno, y que les dijo que “...los fregelingues no se confesaban ni querían confesarse con sacerdotes, porque estaban amancebados...” (Medina 1952: 333).

Las autoridades limeñas estaban preocupadas por rumores de otra escuadra neerlandesa, que Porta desmintió parcialmente, alegando que ninguna se organizó antes de la partida de Spilbergen, aunque no podía asegurar que posteriormente se hubiese armado alguna (Medina 1952: 338). Para desmentir que era espía, dijo “...que todos los testigos que habían dicho contra él era gente infame y de falsa palabra, y que todo lo demás negaba y se remitía a sus confesiones, y que no tenía más que decir”. Y “...procuró probar cómo siempre dormía en casa del virrey, y que no había ido a la mar ni sabía la lengua inglesa, y que era buen cristiano...” (Medina 1952: 339). Finalmente, “...que en la armada donde vino, todos eran de la religión de luteranos y que, si por haber huido del enemigo y venirse a favorecer de cristianos merecía la muerte, que se la den, que aquí estaba, que le den libertad para confesar y encomendarse a Dios, que había dicho la verdad, y lo



demás de la acusación negaba...” (Medina 1952: 339). Concluyó con la ratificación jurada de sus declaraciones ante el letrado, fiscal y curador “...que no tenía más que decir, que bien sabía que lo habían de ahorcar, que le quiten la vida” (Medina 1952: 339). El 20 de noviembre los testigos se ratificaron, el proceso se publicó el 9 de enero de 1616 y concluyó definitivamente el 27 de enero de 1616. Dos días después, los jueces lo examinaron, leyeron la monición ordinaria y no respondió nada, ante lo cual votaron por administrarle tormento moderado, cosa que el curador apeló sin resultado. El caso ofrece una interesante descripción del tipo de torturas aplicadas por la Inquisición limeña: “...se le dieron ocho vueltas de cordel a los brazos y, tendido en el potro, se le dieron dos a los molledos en ambos brazos, y en los muslos y espinillas, y garganta del pie, que todo fue moderado y no dijo cosa alguna. Y duraría el tormento como hora y cuarto...” (Medina 1952: 339). El 9 de febrero, con voto unánime, pronunciaron sentencia: “(que)...abjurase de levi y oyese una misa en la capilla del Santo Oficio en forma de penitente. Y sirviese en la galera del Callao a Su Majestad sin sueldo, hasta la flota del año de 1617...” (Medina 1952: 339). Zarpó en la flota con Heinrich y Hansen rumbo a España, donde Porta completaría el servicio en las galeras, y recibiría doscientos azotes si incumplía la sentencia. En Sevilla fueron nuevamente examinados en 1618 y liberados en 1619 por disposición de la Corona (AGI, Contratación 167, 7). Seguramente volvieron a las Provincias Unidas con valiosa información de inteligencia sobre el Perú, útil para la expedición de la Armada de Nassau.

Mientras tanto, en Lima el virrey Esquilache convocó una junta de expertos en diciembre de 1615 para reconstruir la Armada del Mar del Sur, destruida por Spilbergen. Decidieron reparar los galeones que quedaban, construir una galera y otros dos barcos. Los trabajos, realizados en Puná, demoraron cinco años: de 1617 a 1622. El resultado fue la reparación y carenaje del San Felipe y San Pelayo y la Visitación, y la construcción del Nuestra Señora de Loreto, de entre cuatrocientas y quinientas toneladas y 44 cañones, que se convirtió en capitana, el patache San Bartolomé, de unas cien toneladas y ocho cañones, y una galera (Clayton 1978: 45-46 86-87). La demanda de mano de obra implicó el traslado de muchos esclavos y artesanos libres de Lima y

Callao a Guayaquil, y entre ellos Adrián Rodríguez, que trabajó en el San Pelayo<sup>62</sup>. Durante su permanencia en Guayaquil, un confidente, enterado de sus actividades clandestinas, le aconsejó que, luego de reunir suficiente dinero, vuelva a su tierra, porque de lo contrario se lo quitarían, porque “...eran los españoles como la mula, que al cabo de siete años daban coz” (ANH/Inquisición 1647, 7: 14, 23).

Rodríguez desoyó los consejos y, para 1619, estaba de vuelta en el Callao. A pesar de no tener pruebas concretas de sus actividades secretas, la Inquisición le tenían cierta desconfianza y vigilaba. La noche de navidad, el comerciante francés Antonio Brunet pasó por la casa de Rodríguez y, conversando los dos solos “de cosas de la religión y de los herejes”, Adrián dijo que le parecía imposible que sus padres, que trabajaron con sus manos y lo criaron muy bien, fueron piadosos, dieron limosna e hicieron buenas obras, se hubiesen ido a los infiernos sólo por no seguir la religión católica. Luego cuestionó la autoridad única de la Iglesia para absolver pecados y, refiriéndose a los protestantes como los “de aquella religión”, dijo también podían salvarse si hacían buenas obras (ANH/Inquisición, L. 1030: 795-796). También que esos “otros cristianos” no tenían “Santísimo Sacramento del Altar” ni otros, aunque “a la cena dan un poco de pan y vino”, y que “no era menester buscar Santos sino a Dios” Brunet respondió “calla la boca” y notó que, siendo viernes, Rodríguez comió carne. A pesar de que su interlocutor hacía obras “de buen cristiano”, por estos dichos y comer carne en viernes, Brunet lo denunció al Santo Oficio (ANH/Inquisición, L. 1030: 795-796).

A principios de 1620 detuvieron por espionaje a otro extranjero que había estado en su casa y, cuando llevaba dos semanas preso, temiendo que lo delate, Rodríguez pidió a su confesor franciscano que pregunte discretamente, al oidor encargado, del estado de la causa y si sospechaba de él. El religioso se entrevistó con el juez, pero lo traicionó, diciéndole que tenía al hombre equivocado, y que “de un Adrián, flamenco, había mucha sospecha” (ANH/Inquisición, 1647, 7: 13). El 29 de mayo los alguaciles de la Inquisición detuvieron a Adrián Rodríguez (ANH/Inquisición, L. 1030: 795-796). Pero

---

<sup>62</sup> Declaraciones y evidencias circunstanciales sugieren que, durante su permanencia en Guayaquil, Adrián Rodríguez adquirió suficiente conocimiento del puerto, sus defensas y riquezas, y pudo sugerir y asesorar a la Armada de Nassau para los dos ataques que sufrió el 6 de junio y el 27 de agosto de 1624 (Bradley 2008: 59, 63).

fue liberado luego de un breve proceso, amonestación, multa menor y quizás algo de tormentos, y volvió a su casa y al trabajo de carpintero de ribera del Callao, tan valorado por los españoles, donde siguió siendo espía, sin detección, por los siguientes cuatro años. Después recibió varios avisos de peligro, pero se quedó alegando que tenía su plata repartida y no quería irse pobre. Mientras tanto, otros cuatro espías flamencos, quizás antiguos “desertores” de Van Noort y Spilbergen, se escabulleron con rumbo a España por donde pudieron (ANH, Inquisición 1647, 7: 23). Lo cierto es que Adrián esperaba la llegada de la Armada de Nassau para asesorarla en tareas bélicas, y unírsele triunfalmente después de la captura del Callao. En efecto, según revelaciones posteriores, “si no le hubieran prendido, en esa Armada se había de ir a su tierra” (ANH/Inquisición, 1647, 7: 13). Cuando llegó la Armada, las autoridades lo detuvieron brevemente y soltaron por falta de evidencias. Ahí debió prever las desgracias que lo esperaban y lamentó no haberse ido, aunque sea a nado, dos leguas desde la orilla a los barcos.

## **2.7. Hans Bartholomew Aventroot y la Armada de Nassau**

El argumento de esta sección gira en torno a Hans Bartholomew Aventroot, el otro muy conocido espía neerlandés que luego auspició y asesoró a la Armada de Nassau, el más grande de todos los proyectos de conquista del Perú. Pasa revista a la historia de Aventroot en lo que se refiere a su papel como espía y conquistador, y las vicisitudes que enfrentó la poderosa armada, que finalmente le costaron la victoria, en donde contrastan el exceso de optimismo de los organizadores frente a las dificultades reales que encontró la armada en el Pacífico. Además de la estrategia del espionaje, la sección retoma la idea de la alianza, que en esta ocasión se amplió, además de los indios, a las poblaciones de negros que, sin embargo, nunca se mostraron afines a los neerlandeses y, por el contrario, cuando mostraron su lealtad fue a los españoles, simbolizada en la quema del cadáver de L' Hermite en la isla San Lorenzo.

Aventroot nació de una familia luterana en la aldea alemana de Haldern, cerca de Cleves, en 1559, a donde huyeron muchos protestantes neerlandeses de las guerras de religión (Weststeijn 2019: 1028-1029). Regresó joven a las Provincias Unidas para

luego radicarse en Canarias, donde fue miembro de la burguesía local y capitán de milicia. En 1586 administraba el gran ingenio azucarero de Argual y Tazacorte, perteneciente al comerciante amberino Melchor de Monteverde, cuyo apellido original era Gröenemberg (Weststeijn 2019: 1029). Cuando murió Monteverde, se casó con su viuda, María van Dale, el 26 de mayo de 1589. Fue un capitalista incipiente, representante del naciente mercantilismo global, ejemplificado en empresas como la VOC. Hábil mercader, construyó una trama transnacional entre Canarias, España y el Caribe, con conexiones clandestinas a las Provincias Unidas, y pretendió “crear una red comercial internacional a escala mundial, con base en Canarias, con apoyo comercial y capitalista en Hamburgo, una de las metrópolis del poderío hanseático, y con emporios en Cuba y en el Perú” (Cioranescu 1974: 570). Pero los cuatro hijos del primer matrimonio de María no lo querían involucrado en los negocios familiares ni gozando de su fortuna (Cioranescu 1974: 555-556). Lo acusaron de proposiciones heréticas, y tuvo el primer encuentro con la Inquisición en 1590. Fue brevemente encarcelado, pagó una multa y salió libre (Cioranescu 1974: 563-564, Weststeijn 2019: 1029-1030).

Quiso alejarse temporalmente de Canarias y expandir su imperio hasta el Perú, por lo que aprovechó que un amigo y pariente político influyente, Antonio Peraza de Ayala y Castillo Rojas, conde de la Gomera, ejerció entre 1599 y 1609 como primer gobernador de Chucuito, en la frontera entre el Alto y el Bajo Perú, y viajó en su séquito (Cioranescu 1974: 565-566). Su calidad de espía se confirma en el hecho de que viajó de incógnito con nombre falso o simplemente como “Juan Bartolomé”, pues no dejó registro de sus movimientos (Cioranescu 1974: 566-568). Recorrió el Virreinato por lo menos entre 1596 y 1600 reuniendo cantidad de información de todo tipo, haciendo amistades y conexiones comerciales, especialmente en Lima (Weststeijn 2019: 1029-1030). Posiblemente hizo más de un viaje al Perú para encontrarse con Adrián Rodríguez, Pedro de León y otros espías y llevar de vuelta la información de inteligencia a Europa (Cioranescu 1974: 567-568; Montáñez 2014: 77). Como prueba de estos viajes y negocios, consta la demanda que plantearon los hijastros el 17 de noviembre de 1609, luego de la muerte de su madre, por 6.000 ducados de plata de ella que se llevó al Perú, más de 50.000 que ganó ahí en cuatro meses cuando estuvo con el conde de la Gomera, y 34.000 que tomó de la hacienda en varias ocasiones sin dar cuentas (Cioranescu 1974: 573). Otra prueba es la licencia que pidió al Consejo de

Indias por 1604 para comerciar directamente con Perú a través de Magallanes y, como contrapartida, entregar seis piezas de artillería de veinticinco quintales y 1.500 balas para defender los puertos de Chile, Arica y Callao de los corsarios (Cioranescu 1974: 568; Weststeijn 2019: 1030). Para su desgracia, el pedido llegó poco después de los daños ocasionados por las flotas Magallánica y de Van Noort, y, el 9 de febrero de 1605, el Consejo rechazó la solicitud argumentando “infinitos inconvenientes” por el “evidente y grande daño que resultaría de abrir el viaje por el dicho estrecho pues, desde que lo descubrió Magallanes, se ha deseado y procurado tener aquella puerta cerrada al trato y comercio de esos reinos (...) y no hacerla común a los extranjeros, que usarán de él con armas y navíos de trato con más diligencias que los castellanos” (Cioranescu 1974: 568).

Además, recordó la intención de centralizar el comercio del Perú a través de Panamá, y los enormes e infructuosos esfuerzos que se hicieron para poblar y fortificar el estrecho luego de la incursión de Drake (Cioranescu 1974: 568). Y aunque no consta de forma explícita, influyeron en la decisión los reiterados reclamos de los hijastros y otros enemigos, y, muy especialmente, las dudas sobre sus verdaderas intenciones y lealtad con España, pues, aunque vivía por décadas en territorio español, había pasado por la Inquisición. Sin rendirse, pidió otra licencia para comerciar entre Canarias y Cuba, que también fue negada.

Acosado por los reclamos de los hijastros de cuentas por dos décadas de administración de la hacienda de sus padres, vendió todos sus bienes en Canarias y se fue a Sevilla. Ahí, la radicalización de sus criterios religiosos fue proporcional a la creciente frustración por las negativas a su proyecto de establecer conexiones comerciales directas y regulares con América. Aunque fingía ser católico y fiel súbdito de la Corona Española, estaba convencido de la justa causa de la rebelión de las Provincias Unidas. Desarrolló una interpretación escatológica, según la cual el origen de la guerra de Ochenta Años estaba en la pugna religiosa, donde las pequeñas Provincias Unidas, como David, enfrentaban a Goliath, encarnado en el enorme Imperio Español, en un conflicto de alcances apocalípticos que predecía el fin de los reinados de España y el Papa. Durante la tregua de doce años (1609-1621) se comunicaba secretamente con el

gobierno neerlandés, al que ofreció su auspicio, conocimientos y conexiones para promover acciones militares en Perú (Schmidt 1999: 457). Se convenció de que era un profeta llamado a propagar su mensaje tanto como le fuera posible, y pasó de la reflexión y lo clandestino a la práctica abierta. A principios de 1610 ganó notoriedad por publicar una serie de cartas. La primera, con unas diez ediciones en castellano, latín, holandés, italiano y francés, fue la “Epístola al Rey de España”, donde urgía a Felipe III a convertirse al protestantismo con todo su imperio (Cioranescu 1974: 588-590). En la campaña epistolar también retomó la idea de la hermandad de causa entre los indios americanos y los neerlandeses, refirió la difícil situación de las “almas pobres” de los indios peruanos que trabajaban sin tregua en las minas, y pidió la intervención real para mejorar sus condiciones corporales y espirituales. Solicitó audiencia con el Rey, pero, consciente de sus posturas radicales, lo negó el duque de Lerma, aunque le permitió reunirse con el secretario del Consejo de Estado, Andrés de Prada. Prada se horrorizó cuando Aventroot identificó al Papa con el Anticristo y le conminó a abandonar España, cosa que hizo ya abiertamente convertido en enemigo del Imperio (Weststeijn 1030: 1031).

De 1610 a 1611 vivió en Amberes, pasó por Lisboa y Londres, desde donde, en octubre de 1610, escribió a Felipe III a través de Prada, advirtiéndole del “reino del Anticristo” (Weststeijn 2019: 1031). Finalmente se estableció en Ámsterdam, donde vivía cómodamente con su fortuna de 80.000 ducados, y en 1612 escribió otra carta para Felipe III en los mismos términos (Cioranescu 1974: 573-574; Weststeijn 2019: 1031-1032). Por coincidir con la tradición escatológica anticatólica del pensamiento apocalíptico protestante del siglo XVII, sus escritos gozaron de cierta fama entre las clases altas neerlandesas, inglesas y escocesas. Pero el aporte intelectual de Aventroot es haber aplicado la escatología de la tradición apocalíptica a la revuelta neerlandesa (Weststeijn 2019: 1033). Obviamente sus textos fueron incluidos en el catálogo de libros prohibidos de la Inquisición, que instauró un nuevo proceso, en ausencia, contra de Aventroot y su sobrino Juan Coote, con quien vivió en Canarias (Cioranescu 1974: 577, 579). En 1613 publicó la edición neerlandesa de la carta a Felipe III y despachó 7.000 ejemplares a Lisboa para que Coote los distribuya por España (Weststeijn 2019: 1033-1034). La Inquisición decomisó y quemó los panfletos, arrestó y procesó a Coote,

que marchó con sambenito, el 10 de mayo de 1615, en el auto de fe de Toledo y terminó de galeote.

Lejos de rendirse, en 1615 publicó una versión más larga de la carta (con traducciones al latín, alemán, italiano y francés) con una significativa enmienda. Cambió la referencia al Imperio Español en términos “antiespañoles” para hacerlo en sentido “antipapal”. La nueva narrativa comienza el 313, año del edicto de Milán, “gracias a la célebre donación del emperador Constantino”. A partir de entonces, y de ese grave error, el poder único se dividió y Roma se convirtió en “bestia secular y espiritual, nacida de césares crueles y de papas sanguinarios”. Esa guerra de “la Bestia contra los Santos”, terminó en 1573, es decir 1.260 años después. Para ajustar los números con su interpretación, argumentó que un mes profético tenía treinta días y un año profético 360, es decir cinco menos que el normal. Por lo tanto, restando dieciocho al total de 1.260 resultaba el año 1555, cuando la firma de la paz de Augsburgo puso fin a la primera guerra contra el “Anticristo” (Cioranescu 1974: 573). En efecto, Aventroot y muchos contemporáneos consideraban el reinado de Carlos V como el del poder político policéntrico y tolerante, que terminó cuando Felipe II asumió el trono. La tolerancia religiosa, establecida en el imperio de los Habsburgo, significó el fin del reinado absoluto de “la Bestia”, pero, “viendo la llegada del Apocalipsis”, Carlos V abdicó. Pese a que sus escritos abogan por la autonomía de las Provincias Unidas, sus contemporáneos lo juzgaron más como defensor de la libertad de culto y tolerancia religiosa que como apologista de la independencia neerlandesa. Eso se entiende al considerar su historia personal y comercial de relaciones con Canarias, América y España. En efecto, el comercio global y lucrativo para todos, que Aventroot defendía en su calidad de incipiente capitalista, se malograba si la guerra terminaba en la separación total de las Provincias Unidas del Imperio Español. Por lo tanto, resultaba más conveniente pactar un grado de autonomía similar al del reinado de Carlos V, para así poder ampliar (en lugar de interrumpir) el comercio transnacional. Pero, si las diferencias religiosas fundamentaban la guerra, la paz definitiva dependía de la instauración de la libertad de conciencia (Weststeijn 2019: 1034-1035).



Por esos años, Avenroot posiblemente asesoraba a la expedición de Spilbergen, y luego se convirtió en asesor principal de la Armada de Nassau que, a diferencia de las anteriores, buscaba establecer alianzas con nuevos socios potenciales: los negros libres y esclavos (Schmidt: 1999: 451). Con ese propósito, Mauricio de Nassau enlistó a dos príncipes negros, hijos de reyes de la costa de Guinea, que viajaban con la misión de soliviantar a sus hermanos de raza (Morla 1903: 112-118). Además, Avenroot redactó “cartas de alianza” oficiales para los jefes indios y negros en castellano, diciéndoles que la Armada venía a liberarlos de la tiranía y urgiéndolos ponerse bajo su protección, abandonar a los corregidores y unirse a sus fuerzas. El príncipe de Orange instruyó distribuir las “por todas las Indias Occidentales como se crea necesario”, complementándolas “con promesas de libertad, cargos, dignidades, encomiendas de tierras y otras benevolencias y ventajas”. Excesivamente optimistas, los patrocinadores creían que la sola presencia de la Armada en el Pacífico bastaría para encender una masiva rebelión de indios y negros contra los pocos españoles. Y, gracias a la amplia distribución de las cartas, se materializaría una alianza con las clases oprimidas, formando un ejército que superaría en diez a uno al del virrey. En medio de la confusión, las bien entrenadas y equipadas tropas neerlandesas asegurarían la victoria con la toma del territorio y establecimiento de una colonia en el corazón del Virreinato, que extendería la hegemonía neerlandesa y expulsaría definitivamente a los españoles del continente americano (Schmidt 1999: 453; Weststeijn 2019: 1038-1039).

Según los planes que trazó, Avenroot instó al comandante L' Hermite a estar en Arica a principios de marzo, fecha en que la Armada del Mar del Sur zarpaba anualmente con la plata de Potosí. Luego de capturarla, debía desembarcar y, junto con la población amerindia, capturar Arica y convertirla en base de operaciones. Desde ahí las tropas avanzarían tierra adentro para crear un puesto de avanzada cerca de Cosapa, en el camino a Potosí (actual Bolivia). En las tierras altas reunirían alpacas y demás provisiones para abastecer Arica, construirían un fuerte para aislar Potosí del mar y lo tomarían junto con sus minas de plata, asestando un golpe mortal en el corazón de la economía imperial española. Es decir, una doble ofensiva: bloquear el mar y, simultáneamente, avanzar por tierra y tomar Potosí (Weststeijn 2019: 1038). Avenroot convenció a los demás inversionistas de que, si ejecutaban escrupulosamente sus instrucciones, las Provincias Unidas se apoderarían de Potosí, el Callao y Lima, tanto en

lo militar como en lo espiritual (Weststeijn 2019: 1029-1030). La opinión pública neerlandesa se hizo eco de esta quimera, pues las crónicas contemporáneas aseguran que la Armada “reduciría al español a su antigua pobreza” para “privarlo de aquello con lo que hasta ahora ha peleado su guerra contra la cristiandad” (Schmidt 1999: 453). El propio Mauricio de Nassau, convencido del éxito, auspició con grandes expectativas la estrategia de sorprender a Felipe IV en su patio trasero y así distraer la guerra en Europa (Schmidt 1999: 452). Meses después, el espía Adrián Rodríguez explicó el optimismo neerlandés en la conquista del Perú, que podía conseguirse de igual forma que en la India Oriental, “donde habían enviado gente cada año, y habían ya tomado a Ormuz, y tenían allá 40.000 hombres de guerra y cuarenta navíos de armada, sin los que iban y venían cada año” (ANH/Inquisición 1647, 7: 8). Además, dos meses antes de la llegada de la Armada de Nassau al Callao, llegó a Lima la noticia de la captura de Salvador de Bahía el 9 de marzo de 1624, en apenas un día y con ínfima resistencia de los defensores portugueses (muchos de los cuales recibieron a los neerlandeses con entusiasmo), demostrando el éxito de la primera mitad del plan neerlandés de atenuar Sudamérica simultáneamente por el Pacífico y el Atlántico (ANH/Inquisición 1647, 7: 8; Lucena 1992: 136).

Hasta el 3 de marzo, el aparato de espionaje español mantuvo relativamente informado al virrey del viaje trasatlántico de la Armada. Luego pasaron semanas, hasta que un mulato “desde los altos cerros de la costa de La Ligua, en Chile, los vio caminar por el más lejano horizonte (...) y contó once bajeles. No solamente se le negó crédito, sino que con pública autoridad lo ahorcaron, acriminándole que con falsas noticias perturbaba el común sosiego y maquinaba sediciones de los indios y gente plebeya y del servicio<sup>63</sup>” (Rosales 1674/1877: 74). El 7 de mayo Guadalcázar volvió a saber de la Armada, cuando navegaba frente a las costas de Mala, apenas 48 horas antes de su arribo al Callao (Mercado 1985: 112). El hecho de que no pudieran avistar ni seguir una armada tan grande habla muy mal de los servicios de vigilancia virreinales, considerando que bordeaba la costa buscando interceptar la Armada del Mar del Sur. Aunque, sirva de excusa, que por esos días una neblina inusualmente densa cubrió la

---

<sup>63</sup> Nótese que el desafortunado mulato estaba totalmente del lado de los españoles y de que todo lo que dijo era cierto (Rosales 1674/1877: 74).

costa, y ese hecho fortuito que ayudó a los neerlandeses, pero también les impidió capturar más que dos naves de cabotaje y otras lograron eludirlos. Las noticias tan sorprendentes pusieron a Guadalcázar en apuros, pues carecía de la capacidad para organizar una defensa efectiva (Lohmann 1977: 401).

Con las pruebas concluyentes, dos chinchorros salieron del Callao para explorar cuán seguro era permitir la salida del segundo cargamento de plata y bienes privados. Uno iba comandado por Martín de Larrea y tripulado por otro español y dos negros, y tuvo la imprudencia de acercarse demasiado a investigar unas velas extrañas. Antes de saber su identidad, se vio acorralado por la Armada de Nassau. Sin embargo, reivindicó su negligencia desmintiendo a los neerlandeses que lo interrogaron, pues los convenció de que la Armada del Mar del Sur estaba fuera de su alcance. En efecto, les dijo que la plata dejó Arica hacía “trece días”, mientras que sus tripulantes negros insistían en que solo eran “tres días”. Larrea prevaleció con el argumento de que los negros no hablaban bien el castellano, disuadiendo a los neerlandeses de salir inmediatamente tras la Armada, lo que permitió que, efectivamente, se ponga fuera de su alcance (Bradley 2008: 55-56).

Enfrentados al dilema de perseguir a la Armada del Mar del Sur o bloquear el Callao, los comandantes neerlandeses dudaron cuando se requería de decisiones rápidas. Hubo opiniones divididas, y para su posterior lamento, prevaleció la idea de que la Armada los eludió y que por entonces estaba llegando a Panamá a descargar la plata bajo la protección de sus cañones. Además, por carecer de pilotos familiarizados con las costas del norte, optaron por poner proa al Callao. La salud de L' Hermite estaba muy deteriorada y no ejercía el mando efectivo, y la desacertada decisión de sus subalternos demuestra falta de liderazgo, confusión e indecisión (Gerhard 1990: 126-127; Bradley 2008: 55-56). En palabras de Carstens, supieron por uno de los negros que la plata había “bajado la plata para Tierra Firme” porque “salió a tantos de mayo”, y esta noticia los frustró y “quedaron muy cortos”, porque “traían ánimo deliberado” de pelear con la Armada, para lo cual habían tomado muchas prevenciones como fortificar las proas y popas de sus navíos para que la mosquetería española no los dañe. Además, tenían listo su armamento y las bombas de fuego para lanzar sobre los navíos enemigos (AGI,

Panamá 17, R.8, N.157: 18). Luego del interrogatorio, el capitán Larrea quedó a bordo de la capitana y el resto en la Hollandia. En esas circunstancias, un negro se pasó voluntariamente al lado neerlandés y les dijo que quedaban en el puerto dos navíos listos para zarpar a Panamá con el rezago de la plata. Además, que en había plata enterrada en el Callao “y que era tanta cantidad como la que ha salido<sup>64</sup>” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 18). Este personaje parecía ser el enlace que permitiría sellar la tan necesaria alianza con las poblaciones negras y mulatas chalacas y limeñas. Agradecidos por su ayuda y a la espera de más colaboración, lo vistieron de terciopelo “muy galán”, convirtiendo, al nuevo e inesperado informante, en un corsario más<sup>65</sup> (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 18). El diario de la expedición describe los hechos:

el día 8, (...) casi a la altura del Callao, tomaron un pequeño barco tripulado por once hombres, cuatro de los cuales eran españoles, los demás indios y negros. De ellos recibió el almirante (L' Hermite) la inoportuna noticia de que el viernes anterior, el 3, la flota del tesoro -compuesta por cinco barcos ricamente cargados- había zarpado del puerto del Callao a Panamá. El almirante español -en un navío de ochocientas toneladas montando cuarenta cañones- no navegaba con la flota, sino que se encontraba todavía en el (...) Callao con dos navíos de guerra más pequeños, donde también estaban varios mercantes. También supo que la fuerza militar de los españoles en el Callao no pasaba de trescientos soldados, porque con el tesoro fueron enviadas dos compañías de sus mejores tropas. Y los indios prisioneros aseguraron a los holandeses que tanto los indios

---

<sup>64</sup> Es interesante notar que, desde esa época, se multiplicaron las historias de huacas y tesoros enterrados de forma tan exponencial que, hasta hoy, forman parte de la tradición cultural del Perú y los países adyacentes que conformaron el Virreinato. Siempre habrá timadores inescrupulosos, dispuestos a inventar y potenciar las leyendas de tesoros aprovechándose de los incautos que, como este negro, ofrecían riquezas fáciles a los invasores para beneficiarse de su codicia. Tal era el problema, que inclusive el Santo Oficio tenía entre sus metas el perseguir y procesar a los augures que actuaban: “...descubriendo o señalando lugares donde hay tesoros debajo de tierra, o en la mar, y otras cosas escondidas, y que pronostican el suceso de los caminos y navegaciones, y de las flotas y armadas, las personas y mercaderías que vienen en ellas...” (Medina 1956: 36).

<sup>65</sup> Durante el interrogatorio en que Adrián Rodríguez sirvió de intérprete, los fiscales, intrigados por saber más sobre este marinero negro que traicionó a los españoles y se pasó al enemigo, preguntaron a Carstens si lo había visto, y respondió que no. Entonces le increparon porque antes dijo que el capitán Larrea estaba a bordo de la capitana, mientras que el otro español y los dos negros estaban en el Hollandia, el mismo navío en que él viajaba. Entonces aclaró que tanto el capitán como los negros estaban a bordo de la capitana, mientras que el otro español iba en el Hollandia, pues “los intérpretes no le han entendido su lengua”, insistiendo en que decía la verdad (AGI, Panamá 17, R.8, N.157:19). Cabe preguntarse si es que el intérprete y espía encubierto, Adrián Rodríguez, no entendió bien lo que dijo Carstens, o si sabía alguna cosa y tradujo deliberadamente mal con la intención de confundir a los fiscales.

nativos como los negros se declararían a su favor tan pronto como se hicieran dueños de cualquier lugar que pudiera brindarles protección (Burney 1813, t. 3: 19-20).

Con la confirmación de los tripulantes del chinchorro de que Lima y su puerto estaban mal defendidos, decidieron bloquear el Callao, y, con el apoyo de unos 4.000 afrodescendientes libres y esclavos, tomarían el puerto y marcharían sobre Lima. Además, si bien la carga principal de plata los eludió, el buque insignia de la armada: Nuestra Señora de Loreto, esperaba en el Callao la oportunidad para zarpar con el segundo cargamento de plata privada. Contrariamente a lo sucedido con la opción de perseguir a la Armada, en esta ocasión prevaleció la opinión de los marineros, pues Larrea trató de disuadirlos de atacar el Callao argumentando que contaba con efectivas defensas y una tropa de 6.000 hombres. Así, bloquearon el Callao convencidos de que los indios y negros, “no dudarían en levantarse en contra de sus amos” (Schmidt 1999: 445). Según el diario, “En estas tierras (...) esperábamos hacer uso de los buenos servicios de ciertos indios que nos visitaron anteayer en su pequeña barca. Mostraron un gran celo por ayudarnos y nos aseguraron de la asistencia de los indios y de la revuelta de los negros, si es que asegurábamos un desembarco” (Schmidt 1999: 445). Sin embargo, tanto éste como el caso del negro que se les unió voluntariamente, resultaron ser aislados. Hubo, más bien, el caso de un indio que los traicionó. En efecto, en octubre de 1624, cuando recalaron a cargar agua en puerto Marqués (cerca de Acapulco) un artillero indio “que nos había servido fielmente en todas nuestras misiones” los traicionó de la forma más vil, guiando al vicealmirante a una bien planificada emboscada que cobró la vida de seis hombres, obligándolos a reembarcar apresuradamente. El diario de la expedición pasa por alto este embarazoso evento (Callander 1766/1768: 325-326; Burney 1816: 30-32; Schmidt 1999: 445).

Además, con el afán de ganar su simpatía, durante los ataques a Pisco y Guayaquil, los neerlandeses respetaron las vidas y propiedades de indios y negros. Pero de nada sirvió porque, en realidad, los actos crueles cometidos contra los prisioneros pusieron en su contra, y sin distinción de clase, a toda la población. Los ejemplos más notables de episodios masivamente rechazados se produjeron el 15 de mayo cuando, en retaliación por la airada negativa del virrey de una tregua y canje de prisioneros, L' Hermite hizo ahorcar de los masteleros a diecinueve rehenes a la vista del Callao. Luego, el 13 de

junio, Schapenham dispuso la ejecución veintiún más porque Guadalcázar desairó otra propuesta de negociación. Y, por el 28 de junio, el capitán Verschoor, en venganza por la resistencia de los defensores guayaquileños y persecución de sus hombres, ahogó a diecisiete prisioneros echándolos al mar frente a Puná, atados espalda contra espalda. Pero el relato más vívido de la maldad de los herejes data del 2 de junio, cuando colgaron a un cura y ejecutaron al fraile doctrinero de Puná: "...lo tomaron por sorpresa, le partieron la cabeza con un machete y le abrieron el estómago, quitándose las entrañas mientras aún estaba vivo" (González Suárez 1931, vol. 4: 97). Los actos de salvajismo innecesario fueron consecuencia de la frustración neerlandesa al constatar que, con el paso del tiempo, la balanza se inclinaba inevitablemente en su contra, a la vez que los indios y negros no se manifestaban a su favor. Sólo sirvieron para reforzar la reputación de crueles e inhumanos que ya tenían en el Perú, alejando aún más la posibilidad de ganar simpatías locales, y alimentan aún hoy la mala opinión que sobrevive en el imaginario popular sobre las visitas de los "piratas" al Callao y Guayaquil (Gerhard 1990: 127). En retaliación por estos actos de terror, el virrey dispuso el ahorcamiento de Carstens a fines de junio de 1624 (Bradley 2008: 60).

Pero las señales de insatisfacción, reflejadas en las reiteradas deserciones, databan de antes de su llegada al Mar del Sur. Primero cinco artilleros y un carpintero de la almiranta cuando cargaron agua y leña por tres días en Juan Fernández (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 15), seguidas por los dos griegos que delataron la trama de espionaje en el Callao, entre trece y quince hombres más durante el ataque a Pisco, y un número similar en los dos ataques a Guayaquil, donde consta que luego del segundo desertaron cuatro ingleses y cuatro franceses (Clayton 1973: 31, 34; Lohmann 1975: 412). Estas defecciones, irónicamente, suplieron la falta de información que pudieron aportar posibles espías españoles entre los neerlandeses, y fueron una fuente de invaluable información para el virrey, permitiéndole obtener detalles precisos sobre los objetivos, barcos, tripulaciones y armamentos, y, sobre todo, los problemas que socavaban su efectividad, para diagnosticar la situación. En general, los prófugos coincidieron en señalar el descontento de muchos reclutados con engaños y convencidos de que el viaje sólo duraría seis meses. También por la escasez de agua dulce y provisiones, pese a la creencia generalizada de que había suficiente carne y pescado a bordo, pero repartida injustamente.

El bloqueo se prolongó por 98 agotadores días, algo más de tres meses, desde el 9 de mayo al 14 de agosto de 1624, sin que se produzca el levantamiento de las poblaciones subalternas de indios y negros a favor de los invasores. Durante el periodo no parece que se repartieron las cartas redactadas por Aventroot, y en caso de que alguna lo haya sido, los neerlandeses no recibieron respuesta. Por otro lado, Guadalcázar demostró más eficiencia que sus enemigos para asegurarse el apoyo de las poblaciones subalternas. En efecto, desde llegó la Armada, consciente de que la población de negros era inmensamente mayor que la de españoles, se adelantó a la posibilidad de que los primeros cambien de bando<sup>66</sup>. Tanto para mantener bajo control a los indios y resto de negros de Lima y el Callao, como para pelear contra los invasores, se apresuró a conformar un regimiento de “mercenarios negros”, de forma que, de la fuerza total de 2.050 que logró reunir, 1.200 (es decir, más de la mitad), eran negros y mulatos (Schmidt 1999: 445; Bradley 2009: 55).

El desertor Bulas reveló que dejaron muertos en San Lorenzo, y el virrey mandó una tropa a explorarla. Encontraron dos desertores, pero colgando de una horca. Pero lo más notable que hallaron en el árido suelo, como recuerdo triste del bloqueo, fueron los entierros frescos de unos sesenta cadáveres, “(...) y entre ellos el del general Jacques Tremit metido en una caja y un ministro de su prédica...” (Insigne Victoria 1625: 1, 2). En ese momento quemaron el cuerpo del pastor protestante, pero al cabo de dos días, una turba desenterró y quemó el cuerpo de L’ Hermite “porque le dejaron a muy mal cobro” (Insigne Victoria 1625: 1, 2). En efecto, con esa acción el populacho mestizo y mulato demostró de qué lado estuvo todo el tiempo. La gente común, llena de ira e incitada por los curas, descargó su odio contra los “herejes”, ensañándose con el cadáver de su capitán. El padre Rosales describió (y justificó) así el macabro acto:

Después la gente plebeya del vulgo del marinaje y pueblo del Callao pasó a la isla, desenterró el cadáver y le arrojó a una hoguera como a hereje, llenándole de mil

---

<sup>66</sup> En el censo de Lima de 1614 constan 10.386 negros, 744 mulatos, 1.978 indios y 9.616 españoles, con una población total de 25.434. Los negros sumaban 770 más personas que los españoles. En diez años la población aumentó, pero las proporciones deben haber sido similares para 1624 (Bradley 2009: 52).



execraciones y oprobios, enfureciéndose contra él, y no tanto por enemigo, cuanto por contumaz hereje. Recelábanse que aquel cuerpo afeado e inmundo con la herejía, inficionaría aún regiones tan católicas y limpias y donde la pureza de la fe florece (Rosales 1674/1877: 76).

Este solo hecho demuestra cuán lejos estuvieron durante todo el bloqueo las clases subalternas de pactar con los neerlandeses. El pueblo, bien catequizado por los misioneros, albergaba convicciones religiosas católicas profundamente antiprotestantes, que pesaron mucho más en su consciencia que cualquier otra consideración relativa a los pechelingues, siempre vistos como herejes y jamás como libertadores.

## **2.8. Descubrimiento del espionaje y procesos contra Adrián Rodríguez**

El argumento de esta sección es que el descubrimiento de la trama de espionaje, las investigaciones y el proceso resultante contra Adrián Rodríguez permiten conocer los pormenores tanto de la red de espía y su operación como sus motivaciones, los discursos que se manejaban del lado neerlandés y español en el marco de la guerra por el Perú y la acción de la Inquisición como institución política defensora de la soberanía española.

La madrugada del 12 de mayo, durante el ataque a los navíos del Callao, cayó prisionero el alemán Carsten Carstens, que resultó ser uno de los mejores informantes del virrey. Al día siguiente, sorprendidos con la fuerza de la Armada, sin duda la mayor en amenazar el Perú desde la conquista española, los fiscales le preguntaron: “¿Con qué designios e intentos salió tanta armada de los Estados de Flandes?” Señaló “que el designio es por cartas que han recorrido particulares de sus correspondientes que viven en este reino, de venir a poblar en él” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 18). Es decir que, desde hacía años, fluía correspondencia entre espías y otros residentes del Perú, que seguramente no lo eran, y armadores neerlandeses, en donde los primeros invitaban a los segundos a “poblar” el Perú. Esta asombrosa respuesta prueba la compleja trama de espionaje que operaba entre el Callao y las Provincias Unidas, que alimentó la codicia de los organizadores convenciénolos de la facilidad con que podían convertir al Virreinato Peruano en dominio de las Provincias Unidas.

A pesar de que su intención principal era apoderarse del Virreinato, Carstens explicó que, si eso no resultaba porque “no sean poderosos para ello”, emprenderían acciones de piratería para “hacer todo el daño posible. Para lo cual intentarán todos los medios que les parecieran convenientes...” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 18). También contó que el vicealmirante Schapenham dirigió el primer ataque del viernes 10 de mayo, cuando llegaron en las lanchas cerca de tierra hasta el desembarcadero en la boca del río. Y que el negro traidor, que iba por guía, “les tiene persuadido hay enterrada tanta plata como (la que iba en la Armada), y juntamente de que la fuerza de este presidio es muy flaca, y que con muy gran facilidad sería desbaratada...” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 19). Aquí comentó las expectativas de alianza con los negros, pues dijo que llevaban el triple de armas personales (como mosquetes y arcabuces) que número de tripulantes, es decir unas 5.000. Las armas sobrantes serían repartidas entre los mulatos del Callao, que apoyarían el ataque neerlandés a continuación del desembarco (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 10). Sin embargo, este intento de desembarco y todos los demás resultaron un fracaso, de forma que, según el propio diario, para el 13 de mayo el consejo de la flota dictaminó que “la empresa contra el Perú había fallado”, pues

...por los relatos circunstanciales dados por los prisioneros, los españoles eran fuertes en todas partes. Sólo en Potosí había más de 20.000 españoles -además de los indios y los negros- todos bien provistos de armas. Los pueblos de la costa estaban bien provistos de medios de defensa, y el virrey se había asegurado la fidelidad de los indios y negros. En fin, no existía la menor posibilidad de ejecutar el gran plan de invasión (Burney 1813, t. 3: 22-23).

Carstens habló de unos cincuenta enfermos con las piernas hinchadas, “y entre ellos el general (...) habrá ocho meses que está en una cama y no se levanta de ella sino uno o dos pasos por estar tullido de gota e hinchado de piernas y flaqueza de cuerpo” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 17). Cada barco llevaba tres cirujanos y un médico que atendía al general a bordo de la capitana, “y degollaron a otro en el viaje porque decían mataba de propósito a la gente...” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 17). Más que el escorbuto, les aquejaba un estado general de desmoralización que, en parte, se originaba en la escasa y mala comida. Zarparon con provisiones suficientes para treinta meses de viaje, pero,

para entonces, les quedaba biscocho para diez meses y cada hombre sólo recibía tres libras cada ocho días. Según el reo, la carne y el pescado “que llaman pejepalo<sup>67</sup>” abundaban a bordo, pero sólo recibían dos onzas de cecina y una de pescado podrido por vez. Pero lo que más escaseaba era el agua dulce, que pensaban cargar a sotavento del Callao. Sobre el estado de ánimo, aclaró “que la mitad (...) viene descontenta por los grandes trabajos que ha padecido” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 17). Durante la travesía murieron unos doscientos hombres, de forma que llegaron al Callao unos 1.300 entre marineros y grumetes, doscientos a bordo del Hollandia. Los comandantes estaban conscientes de que, por “la poca razón que se les da” en la primera oportunidad podía producirse una desertión masiva: “si saltan en tierra se huirán muchos por el hambre y necesidades que padecen” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 17). Y por eso “tienen puestas tres centinelas en cada navío, para efecto de que no pongan en ejecución el mal intento que tienen concebido...” (AGI, Panamá 17, R.8, N.157: 17). Todo esto explica en parte la poca capacidad ofensiva demostrada en los intentos de desembarco.

La noche del 21 de mayo de 1624, cuando la Armada de Nassau llevaba apenas trece días sitiando el Callao, dos griegos de la vicealmiranta Delft, que constan en los reportes españoles como Juan y Antonio Nicolás, robaron un pequeño bote, se escabulleron a tierra y se entregaron (Rosales 1877: 75). Confirmaron con los fiscales lo que hasta entonces no era más que una sospecha: hacía años que, desde el corazón del Virreinato, operaba una compleja red de espionaje al servicio de las Provincias Unidas (Bradley 2008: 6, 69). En efecto, la Armada de Nassau tenía por lo menos un informante en el Callao: “que venía llamada del dicho Adrián, y que era espía” (ANH/Inquisición, L. 1030: 796). Rodríguez, que apenas una semana antes sirvió de intérprete en las declaraciones tomadas a Carsten Carstens, fue inmediatamente apresado, incomunicado e interrogado. En días posteriores, otros nueve desertores de varias nacionalidades confirmaron que Mauricio de Nassau tenía una red clandestina de informantes en el Callao, y con ello quedó herida la trama de espionaje que favorecía sus acciones bélicas. Entre otras cosas, dijeron que diez días antes de que la Armada llegue al Callao, la noche del 29 de abril, desembarcó un hombre (que no pudo volver a bordo) “para que hablase con un flamenco carpintero y otro flamenco que era lengua,

---

<sup>67</sup> Bacalao o abadejo sin aplastar y curado al humo (<https://dle.rae.es/pejepalo>) 2/3/2021.

intérprete del virrey, para cuando examinaba algún extranjero” (Casos notables 1625: 4). Sin lugar a duda, ambos eran espías del príncipe, con quien se escribían desde hacía tiempo. En efecto, por marzo de 1623 “habían escrito al conde Mauricio cuantas cosas había en Lima”, y Adrián Rodríguez era quien “había dado aviso de todo a Flandes”, especialmente del día previsto para la salida de la Armada virreinal cargada de plata hacia Panamá, que se salvó por apenas tres días de caer en manos enemigas (ANH/Inquisición, 1647, 7: 26; Bradley 2008: 55). También lo culparon de fracasar en los intentos de desembarco, pues “...entre los holandeses se decía que Adrián les había engañado, porque hallaban muy fortificado el Callao” (ANH/Inquisición, 1647, 7: 26).

En busca de pruebas, los fiscales allanaron su casa, y la suerte quedó echada cuando en el cajón de un banco “...le habían hallado cartas del conde Mauricio y de otros rebeldes, en respuesta de sus avisos que habían dado él y otros culpados, que habían avisado a Holanda de cuantos puertos había en el Perú, y de qué daños podían hacer y en que parte...” (Casos notables 1625: 4). El 28 de junio interrogaron a Adrián Rodríguez que, pese a las torturas, no delató a sus cómplices, aunque para entonces un fabricante de guantes y un comerciante estaban presos, y las investigaciones continuaban (Bradley 2008: 69). Con tantas evidencias, Adrián Rodríguez fue declarado culpable de traición y condenado a morir “despedazado con lenguas ardientes”, aunque condicionado a la revisión de la pena a cambio de más información (Casos notables 1625: 4). En ese estado de cosas, el 18 de julio un oficial español descubrió a otro soldado y al comediante principal del teatro de Lima tratando de comunicarse con los neerlandeses. Lo mataron, robaron un bote y huyeron hacia los barcos antes de ser apresados (Burney 1813: 27).

A pesar de su condena a muerte por los jueces comunes, el Santo Oficio requirió el traslado de Adrián Rodríguez de las cárceles de corte a las inquisitoriales, donde permaneció aislado. El 23 de julio cuestionó a Antonio Brunet, el mismo que lo acusó de herejía en 1620. El francés relató que, a los ocho días de iniciado el bloqueo, pasó por la casa de Rodríguez, quien, estando a solas, le demostró su simpatía por la causa hugonote y la Armada de Nassau, que veía como fuerza vengadora de las purgas de protestantes en Europa. En efecto, le dijo “ya están acá nuestros parientes, los

pechelingues”, a lo que Brunet respondió diciéndole que no eran sus parientes. Rodríguez le recordó entonces la masacre de San Bartolomé en París, iniciada el 23 y 24 de agosto de 1572, cuando miles de hugonotes franceses fueron asesinados por católicos, con la complicidad del rey Carlos IX y su madre. Luego dijo que, a pesar de la purga, aún había muchos hugonotes en París. Brunet lo negó, alegando que el rey Enrique IV prohibió la herejía, a lo que su interlocutor insistió que “si en París no hay hugonotes descubiertos, los hay en secreto” (ANH/Inquisición, L. 1030: 796).

La ejecución de Rodríguez quedó suspendida, mientras su juicio inquisitorial comenzó el 2 de octubre de 1624, casi dos meses después de la partida de la Armada de Nassau. En el auto cabeza del proceso, los calificadores señalaron el delito de herejía, sin desconocer “la calidad de su persona, que es de nación flamenco, y que bien fue pirata de oficio, y ahora sindicado por espía” (ANH/Inquisición L. 1030: 796-797). En efecto, la Inquisición acumuló la acusación previa de traición por espionaje al proceso de herejía. Secuestraron sus bienes el 13 de noviembre, y el 25 lo trasladaron a las cárceles secretas<sup>68</sup>. Además de Brunet, cinco testigos declararon básicamente sobre sus herejías, aunque tres refirieron también el espionaje. Relataron que enviaba y recibía abundante correspondencia sospechosa. Tiempo atrás, un criado de los moteles del Callao que alojaban a los flamencos, llegó buscándolo con pliegos de cartas de dos dedos de alto. Rodríguez, que estaba ausente en el mar, llegó al día siguiente urgiendo la entrega de su correspondencia “porque si no, le increparía su amo de casa”, y reconoció que mantenía comunicación regular con su tierra, pues dos o tres veces envió plata a su mujer “por

---

<sup>68</sup> Existen dos expedientes sobre Adrián Rodríguez en la serie contenciosa del Archivo del Tribunal de la Inquisición de Lima del Archivo General de la Nación del Perú. Son:

1. Legajo No. 02 (1588-1590). Cuaderno 07.- “Expediente del secuestros, prisión y declaración de bienes de Adrián Rodrigo natural de Flandes, (reconciliado), carpintero de Ribera y vecino del Callao”. Contiene entre otros: Inventarios, recibos, cuentas; Concurso de acreedores. Año: 1624-1630 Folios: 326.
2. Legajo No. 12 (1624-1625). Cuaderno 03.- “Autos que sigue el Fisco de Adrián Rodríguez flamenco reconciliado contra diferentes personas que deben dinero de cuenta de su libro”. Incluye memoria de los que deben. Año: 1645-1651 Folios: 08 (Ortegal y Carcelén 2000: 73, 243).

mano de los moteles” (ANH/Inquisición L.1030: 798-799). También contaron que cuando Carstens, Rodríguez y otro flamenco acusado de espía estaban presos en la cárcel de corte, a finales de junio de 1624, los funcionarios Juan de San Millán (nacido en Amberes de padres españoles) y Alonso Ramírez de León fueron a la cárcel a interrogarlos. El flamenco espía se acercó a San Millán para pedirle unos libros suyos escritos en flamenco para cepillarlos, y San Millán respondió que se los dio al alcaide Bartolomé de Pradedá, provocando el reclamo del flamenco porque no se los regresaría. Adrián le preguntó a su compatriota que para qué los quería, y, cuando San Millán y Ramírez se iban, el primero alcanzó a ver que Rodríguez cabeceaba y decía al otro: “para que te fías de este” (ANH/Inquisición L.1030: 798).

La primera audiencia ocurrió el 2 de diciembre, y luego hubo ocho más el 16, 19, 20 y 23 de diciembre de 1624, y en 1625 el 6, 18, 25 y 30 de enero. Unas fueron convocadas por los jueces y otras por pedido del reo. Todas se refirieron a la acusación de herejía, que Rodríguez se esforzó en desmentir y demostrar que era buen católico, bautizado y practicante. En una audiencia, el inquisidor lo cuestionó por casarse con una luterana cuando volvió a Leiden en 1604, y frente a sus evasivas, le recordó su pasado pirático: “que mirase que había venido a robar por el estrecho”. El juez pretendía que reconociera la herejía para evitar su ejecución suspensa por espionaje y piratería. Pero el reo creía que la herejía era crimen más grave, y que, en realidad, buscaba que “dijese que era luterano para quemarme” (ANH/Inquisición 1647, 7: 16). El caso concluyó el 16 de marzo y se publicó al día siguiente:

Adrián Rodríguez, carpintero de ribera, natural de la ciudad de Leiden en las islas de Holanda. Apostata observante de la secta de Lutero, antes negativo contumaz y después confitente, a quien por espía antes le habían dado tormentos por declaraciones de los que echó al puerto del Callao el enemigo holandés, y por indicios conocía de esta causa el señor doctor don Francisco de Alfaro, auditor general de Su Excelencia, reconciliado con sambenito perpetuo (Medina 1956: 29-30; Báez-Camargo 1960: 85).

Evacuados los cargos de herejía, la Inquisición quiso conocer lo que Rodríguez pueda saber de la Armada de Nassau por haber sido su espía. Para ello, acudió a la vieja

práctica de usar a unos reos para que se ganen la confianza de otros y consigan información. Permaneció aislado hasta principios de marzo de 1625, cuando le pusieron por compañero de celda a Juan de Ortega, francés de veintidós años, nacido en Burdeos de padres judíos, a quien prometieron clemencia y reducción de penas. Ortega cumplió el encargo, revelando fielmente todo lo que escuchó al inquisidor Juan Andrés Gaitán en cuatro audiencias del 12 de marzo, 7, 11, 24 y 30 de abril. Las declaraciones, insólitas y delirantes, no sólo revelan los sentimientos y frustraciones de Adrián Rodríguez, sino también interesantes detalles sobre sus actividades ilegales, conocimientos sobre la Armada y opiniones sobre las razones de su fracaso, con recomendaciones de lo que debió hacer para conquistar el Callao. La enorme franqueza con que habló Adrián Rodríguez demuestra el quemeimportismo de un hombre condenado a muerte sin remedio, que nada perdería con delatarse, pues sabía que Ortega pasaba la información al inquisidor. A pesar de todo, quiso guardar ciertas apariencias, alegando no estar preso por herejía sino porque muchos flamencos entraban a su casa, y el inquisidor quería que delate a los herejes. Pero el único hereje que conocía era un español que lo visitó en la cárcel y hablaba muy bien el toscano. Varias veces aconsejó a Ortega que pida la revisión de su caso y se cuide del alcaide Pradedo, que “vendía a los presos”, porque le pidió información de él para chantajearlo, por lo que no les convenía compartir celda<sup>69</sup>. En otra ocasión confesó cuánto le gustaría estar con Ortega en Flandes, donde no había Inquisición “y se ríen de que por la secta prenden a los hombres” (ANH/Inquisición 1647, 7: 1-2). Además, aludiendo a su nacionalidad, dijo que “franceses y holandeses son hermanos”, y que le hablaba porque era francés, haciéndole prometer que no lo delataría. Otra vez, tratando de sobornarlo o ganar su voluntad, le ofreció mil pesos si lograba salir y le devolvían su plata (ANH/Inquisición 1647, 7: 1-2).

---

<sup>69</sup> Bartolomé de Pradedo era alcaide de las cárceles secretas de la Inquisición desde 1605. En 1635 y 1636, dentro de los testimonios de la Gran Complicidad, salieron a la luz cantidades de acusaciones de los reos sobre diversos delitos e incorrecciones cometidos en el ejercicio de su cargo, tales como: escuchar secretamente las audiencias para luego vender la información o usarla para chantajes, permitir el ingreso a las cárceles de personas no autorizadas, especialmente mujeres, con las que tenía “amistad deshonestas”, robarse de la ropa, comida y otras cosas de los presos, ausentarse sin motivo en horas de trabajo, no cerrar debidamente las puertas de las celdas, facilitar la comunicación entre reos y ayudar en la fuga de varios. Fue procesado en 1636, removido del cargo y sustituido por Diego de Vargas (Medina 1956: 72-86).



Durante las conversaciones, Rodríguez corroboró lo dicho por Carstens y Bulas, en el sentido de que el segundo objetivo de la Armada era conquistar Chile, y que el bloqueo del Callao se decidió sólo cuando perdieron la oportunidad de capturar la flota de plata en Arica. Adrián también explicó los dos yerros tácticos que, a su juicio, costaron la victoria a la Armada: no revelar su destino a las tripulaciones y atacar directamente el Callao. Por no ejecutar esos planes, llamó despectivamente “vinagre” al comandante Schapenham, que primero debió tomar, fortificar y organizarse en las islas de Mocha, Santa María o Juan Fernández con ayuda de los indios de Valdivia, que le alimentarían. Había ganado en las dos primeras y muchas cabras salvajes en Juan Fernández, “y (...) de cualquiera isla que se fortificaran saldrían a robar la mar y destruir la navegación de los españoles. Y (...) cada año vendría socorro de Holanda y podrían conquistar el Perú hasta Potosí” (ANH/Inquisición 1647, 7: 8). En el caso de que la Armada hubiese conquistado Lima, Ortega le preguntó cómo podían quedarse, si los españoles hubiesen bajado de las montañas “y los echarían (...) a palos” (ANH/Inquisición 1647, 7: 7). Rodríguez respondió que, en ese caso, se iban a Santa María, Mocha, Juan Fernández o Valdivia, donde levantarían fortaleza, insistiendo “que los indios de Valdivia les dieran de comer, y que en las demás islas (...) hay también muchos regalos” (ANH/Inquisición 1647, 7: 7). Pero, ya que optaron por el bloqueo sin lograr desembarcar, en vez de marcharse definitivamente debieron hacerse a la mar por un mes “y luego irse hacia Panamá y encontrar la armada del Rey y tomar... (Panamá) para hacerle daño”, o retirarse temporalmente a las islas mencionadas, donde se armarían y dejarían algunos barcos, mientras otros iban por los galeones de Manila (ANH/Inquisición 1647, 7: 9). Llegado el momento del viaje anual de la plata en la Armada de Arica a Panamá, capturarla sin ser vistos, no sobre la costa de Lima, sino a la altura de Manta (ANH/Inquisición 1647, 7: 9). Para enero de 1625, creía que la Armada de Nassau estaría en India, y de vuelta en las Provincias Unidas para 1626. Pero los neerlandeses volverían con una flota más grande, de cien barcos con cien hombres en cada uno, con los que tomarían Lima, Panamá y Portobelo, y recibirían apoyo de Europa por vía de Panamá:

...si estos navíos que vinieron de Holanda y estuvieron en el Callao el año pasado trajeran 4.000 hombres, y echaran en una bahía que está nueve o diez leguas más arriba del Callao 1.500 (...) con diez piezas de artillería (que tiene buen desembarcadero) y

2.000 hombres en Ancón (más abajo del Callao junto al cerro de la arena) con otras diez piezas de artillería (pues traían veinte de campaña) y estos marcharan por tierra hacia Lima, por arriba y por abajo, y con los navíos, en que quedaban quinientos hombres, embestir al Callao con la artillería y tirar muchos cañonazos sin cesar, dividida la gente de Lima y el Callao en tres partes, no pudiendo defenderlas los españoles, los holandeses se tomarían (...) Callao y (...) Lima, y podrían hacer un fuerte grande en el Callao y otro muy grande en Lima, y los españoles les pagarían tributo... (ANH/Inquisición 1647, 7: 5, 9, 18).

Ortega contestó que todo esto era imposible, pues él mismo le dijo que el virrey logró reunir 7.000 defensores, a lo que Rodríguez replicó:

La noche de la quema de los navíos se huyó del Callao la tercia parte de la gente (...) y el virrey y el general estaban blancos como una nieve y tenían tanto miedo como los que huyeron. Y si ellos (los neerlandeses) echaran la gente por los dos puertos que digo y cañonearan con los navíos el Callao (...) le tomaran, porque todos huyeron, que nadie quiere morir. Y los holandeses son soldados criados toda la vida entre las balas y aunque les pasen por los oídos no las temen, y, cuando quieren dar la batalla, se echan cada uno dos jaras de vino, y aunque la bala les pase el cuerpo no la sienten. Y los españoles ni saben de guerra ni han visto guerra y todos huyeran (ANH/Inquisición 1647, 7: 5).

Otro día, Ortega le aconsejó confesar, porque Gaitán mostraba misericordia con quienes lo hacían, y Adrián respondió: “calle, que también se huelgan de quemarlos para que escarmienten otros. Yo soy holandés y los holandeses ahorcaron muchos españoles en el Callao, y también querrán quemarme a mí”. También le preguntó el número de españoles asesinados y Rodríguez respondió “que treinta habían ahorcado, y que en Guayaquil habían echado otros españoles a la mar amarrados unos con otros” (ANH/Inquisición 1647, 7: 16). Luego, ante la pregunta de por qué tantas atrocidades, Adrián explicó:

...los que ahorcaron en el Callao fue porque, saltando en tierra, al embajador de los holandeses le dijo el almirante Plaza borracho: ‘¿qué gente traes, que todos se han huido

en Pisco?', y (que) vendarles los ojos era uso de guerra. Más, que luego los habían llevado a la capitana al embajador y los que con él venían, y les habían tirado los bigotes y escupídoles en la cara (...) Que pudiera el virrey tratarlos bien y regalarlos y decirles buenas palabras. Y (no) 'que no tenía más que balas y pólvora' y enviarlos contentos. Más tiene el virrey falta de gobierno y no sabe de guerra. Y así les dio ocasión que ahorcasen los españoles, porque allá les dan por orden que si les hacen buen trato les hagan; si malo, malo. Si quieren paz, paz. Y si guerra, guerra. Y (...) los holandeses les han de dar tanta guerra a los españoles, que les pese... (ANH/Inquisición 1647, 7: 16-17).

Reducido a su lamentable estado, Adrián Rodríguez se arrepentía de haber vuelto al Perú en 1613. Si hubiera estado Europa cuando se organizó la Armada, decía que le hubieran nombrado general. Ortega le preguntó que cómo era eso posible, si no era más que un simple carpintero. Y Adrián, muy arrogante, contestó que por lo menos le hacían almirante. Entonces, inquirió Ortega, ¿Por qué cuando llegó al Perú en 1600 no lo hizo como capitán, alférez o sargento? A lo que respondió que en esa época era muchacho y no sabía las cosas del mundo, y que ahora sí las sabía. Dio tres vueltas al corral, y exclamó: "¿No tengo yo linda persona para general o almirante? ¡Y soy holandés!" (ANH/Inquisición 1647, 7: 10-11). Luego describió cómo hubiera dirigido el ataque al Callao:

...si yo fuera almirante de (...) dicha Armada y hubiera quedado por general de ella, (...) escogiera ochenta hombres (...), diera cien patacones a cada uno y mandara que se metieran en cuatro navíos de los mercantes que habían tomado. (...) los metiera ingenios de fuego, (...) pusiera dos lanchas a cada lado de los navíos y mandara a los ochenta hombres que llevaran aquellos cuatro navíos: los dos derechos a la capitana de noche y que se abordaran con ella, aunque les tiraran mucha artillería. Y, en abordándola, pegaran fuego a los navíos, y luego los holandeses se echarían en las lanchas por la banda que (...) estuviera más a cuento. Y (...) cada uno llevaría un hacha en la pretina y un alfanje colgado (...) Y (...) con el hacha habían de cortar el casco de la lancha y volverse. Y (...) los otros dos navíos se habían de meter entre los (...) mercantes y hacer lo mismo para quemarlos. Y que los cien pesos de los que matasen los españoles en la ocasión, se repartiesen entre los holandeses que quedasen vivos. Y

que, (...) que de esta manera (...) quemaría la capitana y los (...) mercantes, e hiciera mucho daño a los españoles (ANH/Inquisición 1647, 7: 10-11).

También presumió de gran competencia militar con el ejemplo hipotético contrario, es decir que la armada conquistadora fuera española y el Callao la plaza holandesa asediada. Si él hubiera sido el encargado de la defensa, pasaba a la ofensiva tripulando cada mercante del puerto con 150 o doscientos hombres, lanzándolos contra los invasores protegidos por las baterías costeras. O hubiera hecho remolcar brulotes con lanchas tripuladas por veinte o treinta hombres para prender fuego a los barcos enemigos. Y para incentivar a los defensores, hubiera dado doscientos patacones a cada uno, con la condición de repartir entre los sobrevivientes lo que quedara de los muertos. Y, con esta estrategia “no escapara navío ninguno de los de la armada, más los españoles no supieron hacer cosa” (ANH/Inquisición 1647, 7: 11).

Frente a estas grandes elucubraciones, Ortega preguntó por qué en su momento no se las aconsejó a Guadalcázar, y Rodríguez respondió que no lo hizo, justamente, para evitar que le acusen de espía, y que la razón por la que le prendieron fue por decir algunas cosas “de broma y en burla”. Luego, recordando su tortura, dijo que peores cosas le hubieran hecho si hablaba con el virrey. Ahí dejó fluir toda su ira, alegando que Guadalcázar era “el inquisidor mayor” y responsable de su proceso ante el Santo Oficio: “el virrey ha hecho que me metan aquí para que me muera, o me tengan preso toda mi vida en España, como tuvieron (a) otro flamenco que llevaron de La Habana, que de Sevilla lo pasaron a Madrid y se murió en la cárcel” (ANH/Inquisición 1647, 7: 18). Otro culpable de sus desgracias era el inquisidor mayor Gaitán, pero sus peores enemigos, a los que más odiaba, eran el alcaide Pradedo y el oidor y auditor general, doctor Francisco de Alfaro, su juez en el caso de espionaje. Si la Armada de Nassau hubiera capturado Lima, “habían de ahorcar al alcaide de las cárceles de esta Inquisición, porque vendía los presos, y (...) también a Su Señoría (el inquisidor)” (ANH/Inquisición 1647, 7: 18). Luego de tantos meses de encierro, parecía haber perdido la cabeza, y, “paseándose en el corral de su cárcel” y “cubriéndose (con) su capa” exclamó: “¡Ahora yo soy general!” (ANH/Inquisición 1647, 7: 18). Luego se puso muy serio y, mirando a un lado y al otro, dijo:

Yo tuviera a don Francisco de Alfaro en la popa de un navío con un alfanje en la mano y en la otra una carta del conde Mauricio, mi general, (...) se la enseñara y dijera: ‘esta carta es de mi general’ como él me dijo: ‘esta carta es del virrey’, cuando me dio tormento. Y luego hiciera que tomaran dos botijas vacías tapadas muy bien las bocas e hicieran que le ataran la una a los pies y la otra a la cabeza, y que le echaran boca arriba en la mar para que se muriera despacio y padeciera más (ANH/Inquisición 1647, 7: 18).

Luego amenazó: “cuando sepan en Holanda que estoy preso en la Inquisición y que me atormentaron, habiendo diecisiete años que estoy entre los españoles, y que quemaron el cuerpo del general que estaba en la isla enterrado (refiriéndose a L’ Hermite), darán al rey de España, guerra, la más cruel que nunca han dado” (ANH/Inquisición 1647, 7: 12). Quizás Adrián confiaba en que sus otrora poderosos amigos, quizás el propio Estatúder, le ayudarían a salir de prisión y volver a Flandes. Albergaba esperanzas de que nuevamente lo salvarían los personajes que canjearon su liberación en 1600 luego de la batalla de Nieuwpoort. Pero, de vuelta a la realidad, lo más seguro era que, luego de quitarle sus tres o cuatro mil pesos y sus esclavos, se los den a la Casa de Contratación y le extraditen a Sevilla en la próxima flota. Sin embargo, no quería irse a España, y antes trataría de huir a Leiden. Y cuando allá le falte dinero, “¿qué he de hacer sino ser corsario? Y robar todo lo que pudiera, y ser peor que los flamencos que allá están (...) Tengo que ser corsario y peor que todos. Si puedo, he de beber la sangre a los españoles” (ANH/Inquisición 1647, 7: 15).

Con base en todas estas declaraciones, el Santo Oficio condenó a Adrián Rodríguez a relajación luego de marchar por las calles en el auto de fe previsto para el domingo 21 de diciembre de 1625. Sería el décimo a realizarse en Lima desde un autillo celebrado, 13 años antes, en la capilla de la Inquisición, y 17 desde el último gran auto de 1608. Religiosos lo prepararon espiritualmente para enfrentar su destino, acompañándolo en su celda desde las 10 de la noche del día 20. Al amanecer pidió audiencia para decirle al inquisidor que la primera vez que estuvo en el Callao no le instruyeron bien en la fe, y que después de residir tres años en Perú lo extraditaron contra su voluntad a las Provincias Unidas, donde “fácilmente se había vencido y vuelto a la secta que antes había profesado, no con entera deliberación de tenerla por mejor que la ley y religión de

la Iglesia Romana, (...) sino creyendo que aquello era bueno como esto otro”. Así justificó que, dos meses después de llegar, se casó “según la iglesia de Calvino, con las ceremonias y ritos de los herejes, porque no se podía casar de otra suerte, ni se lo consintieran, porque siendo natural de allí y criado en la secta de los herejes, corría riesgo su persona si le tuvieran por papista” Como “hombre bárbaro” que era, sabía poco y estaba muy arrepentido, “y pidió y suplicó se usase con él de misericordia, porque quería vivir y morir en la creencia de la fe católica, y si lo quebrantase le castigasen. Y pidió misericordia con mucha insistencia” (ANH/Inquisición L.1030: 807).

A las seis de la mañana el tribunal entró en consulta para revisar la sentencia. De forma insólita, a los jueces les parecieron sinceras las palabras de Adrián, y pese a las pruebas irrefutables de espionaje y sus propias confesiones incriminatorias, se conmovieron y conmutaron la pena de muerte: “fue votado a que, en auto público de la fe le fuese leída su sentencia, hábito y cárcel perpetua, confiscación de bienes y que, por las variaciones, fuese desterrado a las galeras de Su Majestad por tiempo y espacio de ocho años”, al cabo de los cuales quedaba libre (ANH/Inquisición L.1030: 807). A partir de las ocho de la mañana, marchó en el grandioso auto de fe junto con otros veintitrés penitenciados por diversos delitos, en su mayoría judaizantes de “una complicidad”. Entre ellos Bernardo López Serrano, durante cuyo proceso se verificaron contactos con Francia, y otro que “se dejó morir en la cárcel”. El compañero de celda y delator, Juan Ortega, fue premiado sobre el cadalso, donde le quitaron el sambenito “por buen confiteante”. El auto concluyó apoteósicamente con la quema pública de otros dos criptojudíos, mientras que, luego de abjurar de vehementi<sup>70</sup>, Rodríguez fue reconciliado. Purgó su pena desde el día siguiente, sin ración ni sueldo. Desterrado del Perú, debe haber viajado a España en la flota de 1626 (Medina 1890/1956 II, nota al pie: 70; Medina 1956: 32).

---

<sup>70</sup> La reconciliación consiste en la reintegración al seno de la Iglesia Católica luego de aburar de forma vehemente y pública de la herejía. Fuente: “Capítulo noveno. La pena de abjuración”, en Internet: Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM (<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/7/3476/12.pdf>). Revisado el 10/01/2021.

## 2.9. Los reos de la Armada de Nassau y el epílogo de Aventroot

El argumento de esta sección es que la Inquisición Limeña continuó con su trabajo como institución garante de la soberanía española en el Virreinato, a través de los procesos que se tuvieron en contra de los neerlandeses prisioneros durante los asaltos de Guayaquil, y la dinámica muy particular que se estableció con Yanses, uno de ellos, tratado a veces como prisionero de guerra y otras como hereje. También pasa revista a Aventroot en su último intento por conquistar el Perú promocionando un levantamiento autónomo que tenía que venir de la influencia ejercida por su “Carta a los Peruleros” en la que ya no solo llamó a los indios y los negros, sino a todos los peruanos a sublevarse en contra del poder español, aceptar el protestantismo y nombrar un rey propio.

Entre prisioneros y desertores, la Armada de Nassau dejó en el Virreinato Peruano unos treinta hombres. Fueron tratados como prisioneros de guerra, pero algunos también como sospechosos de herejía y, por lo tanto, catequizados. Al respecto existe una notable disputa entre los inquisidores Juan de Mañozca y Juan Andrés Gaitán sobre si el Santo Oficio debía o no procesar a estos hombres. Mañozca, consejero del virrey que había servido por veinte años como inquisidor en Cartagena y “se daba por entendido en cosas del mar”, consideraba que los juicios inquisitoriales en contra de corsarios eran parte de las medidas defensivas que debían implantarse en el Virreinato, mientras Gaitán opinaba que la Inquisición debía limitarse a juzgarlos como herejes sólo en caso de que lo fueran, dejando a la justicia ordinaria el tratamiento de otros delitos como la piratería. En general, primó la perspectiva de Gaitán, que era la de la Corona, pues muy pocos de este grupo resultaron juzgados por el Santo Oficio por el delito de herejía (Medina 1956: 18).

Permanecieron algún tiempo en prisión y luego libertad vigilada hasta alrededor de 1630, cuando una cédula real dispuso su envío a Europa. Mientras estuvieron en Perú, fueron foco de sospechas, especialmente porque podían esparcir doctrinas heréticas y subversivas, provocando la rebelión de indios y mulatos que tanto temían las autoridades. En sesión del cabildo limeño del 8 de noviembre de 1624, con el recuerdo del bloqueo aún fresco, un regidor denunció que considerable número de pechelings



radicados en los alrededores de Lima forjó amistad con gente de la plebe, indios y negros. Compartían fiestas y juergas donde averiguaban sobre los puntos débiles del Virreinato, mientras difundían ideas extrañas entre gentes “de poca formación ideológica” (Lohmann 1975: 490). En consecuencia, el cabildo pidió tomar medidas para frenar el riesgo consecuente de la relación entre antiguos corsarios y el pueblo llano. Casi un año y medio después, en otra sesión del 16 de marzo de 1626, otro regidor planteó la misma preocupación, señalando que, luego de cumplir sus penas, entre dos y tres decenas de pechelingues hallaron trabajo como capataces y mayordomos en chacras y haciendas de los alrededores de Lima, en donde trabajaban de forma aparentemente inocente, aunque en realidad espiaban para los enemigos y diseminaban doctrinas “adversas al orden establecido” (Lohmann 1975: 490).

El caso más conocido de los neerlandeses procesados tanto por la jurisdicción común como por la eclesiástica fue el de Pieter Jan, “natural de Lire, aldea junto a la ciudad de Delft, en Holanda”, conocido en Perú como Pedro Joanes o Juanes (alias Yanses), de cuarenta años (ANH/Inquisición, L. 1030: 904-905). Junto con otros tres, llamados Diego Escañar, de treinta años, “natural de la ciudad de Amberes en Brabante”, Juan Pedro, de veintidós años, natural “de la provincia de Brabante, de un lugar junto a Belduque”, y el parisino Felipe Cañaviré, de 35 años, cayeron prisioneros en uno de los asaltos de Guayaquil y fueron conducidos a Quito, donde los juzgaron, hallaron culpable a Yanses de piratería y lo condenaron a muerte. Pero, dada su condición de prisionero de guerra, se suspendió la ejecución, y los cuatro quedaron presos en la cárcel de Quito, donde el Santo Oficio asumió su catequización (Lea 1922: 418). Cuatro días después de la condena, el comisario inquisitorial les golpeó con unas varas y absolvió de las censuras eclesiásticas, y al cabo de seis meses se confesaron y comulgaron, pero Escañar vio que Yanses “habiendo tenido por un rato las especies sacramentales en la boca sin consumirlas, volviendo el rostro las había escupido a un rincón” (ANH/Inquisición, L. 1030: 905). Lo reprendió por no ser buen cristiano después de haberse confesado, y Yanses contestó: “que la confesión era cosa de fábulas, y que, aunque Nuestro Señor había dado potestad a San Pedro para perdonar pecados, ya no había esa potestad” (ANH/Inquisición, L. 1030: 905). Escañar lo delató con el jesuita gantés Juan Bautista Ejidiano, que lo denunció formalmente a Lima el 22 de abril de 1627. El proceso comenzó en Quito, donde el Santo Oficio interrogó a los otros tres

pechelingues. Escañar dijo que, luego de seis meses de catequismo, Yanses “estaba buen cristiano”, pero había “perdido la esperanza de libertad, que entendía conseguir por haberse vuelto (católico)”, y por eso también perdió la fe, cuestionó la confesión y la capacidad de los curas de perdonar pecados, pues “un pecador no podía perdonar los pecados de otro pecador”. En otra ocasión, le vio escupir luego de rezar el Padrenuestro (ANH/Inquisición, L. 1030: 906-907). Juan Pedro lo corroboró, añadiendo que le dijo que escupió la hostia “porque le dolía el corazón” (ANH/Inquisición, L. 1030: 907). Mientras que Cañaviré declaró no haberle visto escupir la comunión ni poder confirmar las blasfemias porque, siendo francés, no entendía su lengua, “pero que los otros compañeros le declaraban lo que le oían decir y que, en una ocasión, tratándose del Santísimo Sacramento, había dicho (...) que no creía que la comunión que le habían dado fuese el verdadero cuerpo de Dios, sino que era pan y agua”. También dijo que recibieron una bula en Quito, y que Yanses “haciendo sus necesidades, había rompido la suya y limpiándose con ella en menosprecio de lo que contenía, porque la había hallado sucia en el corral, y diciéndoselo se había reído y no respondídole”. Finalmente contó que, cuando el dominico que los confesó regresó después de unos días, preguntó a Yanses si quería ser católico, y le respondió: “no se cansase el padre, porque no quería seguir la ley de los cristianos sino morir en la de los anabaptistas” (ANH/Inquisición, L. 1030: 907).

No sería raro que, tanto la blasfemia como la denuncia y los testimonios, hayan sido un complot de los cuatro para conseguir el traslado de la cárcel de Quito a la del Santo Oficio en Lima, donde la comida y condiciones generales eran mucho mejores. Además, en Lima sería más fácil escapar y contactar, eventualmente, con la red de espías. De hecho, poco después los llevaron a servir en las galeras del Callao, donde el 5 y 6 de octubre de 1627, cuatro hombres testificaron contra Yanses ante el comisario: el médico de la Inquisición Manuel Pérez, los soldados Luis Montes y Andrés Ruiz, y Juan Lorenzo de Morales, que cumplía condena en las galeras. La Inquisición calificó la causa el 17 de enero de 1628, con acusación formal de “ser hereje calvinista y jactándose de ello”. Al día siguiente resolvió prisión y secuestro de bienes, y el 1 de febrero fue recluido en las cárceles secretas (ANH/Inquisición, L. 1030: 908-909). El 26 de febrero tuvo su primera audiencia con un intérprete jesuita porque no había aprendido el castellano. Ahí quedó claro que era calvinista, de padres calvinistas, con

firmes creencias en esa herejía y sin intención de volverse católico. Aunque, hacia el final, dijo que quería convertirse, pidió misericordia e instrucción en la fe. Repitió lo mismo en audiencia voluntaria del 22 de marzo, añadiendo que practicaría la verdadera fe hasta en Holanda. El 24 de mayo de 1628, el alcaide Pradedá declaró un día oyó un ruido, fue a ver a Yanses, y encontró rota la puerta de su celda, lo buscó y encontró en la sala del tribunal,

...donde (...) le había embestido, y andando bregando por estar enfermo el dicho alcaide, le había rendido y tendido en el suelo, donde le matara sin poderse defender, a no entrar un negro, su esclavo, que le ayudaba en las dichas cárceles, con el cual había podido rendirle y meterle en un cepo. Y que lo mismo le había sucedido pocos días después, estando dando muchos golpes el dicho reo en una de las cárceles donde estaba<sup>71</sup> (ANH/Inquisición, L. 1030: 908-909).

El 10 de octubre le leyeron la acusación con dos intérpretes, confesó sus herejías, pidió misericordia, absolución e instrucción católica, y al día siguiente concluyó la causa a prueba. El 30 le leyeron los testimonios en su contra y, según el intérprete “dijo el reo muchas herejías con que le parecía que estaba obstinado en su primera herejía”. Luego reafirmó sus creencias, diciendo que seguía y quería tener la ley de los “jebuseos, que era la de sus padres, los cuales habían muerto en la suya, que era la de Calvino, y que lo decía así porque le tenían preso y no le hacían gracia”. Confesó que en Quito escupió la comunión porque no era más que pan, y “que la confesión era cosa de burla, y que sólo San Pedro tuvo potestad de absolver y no los demás hombres”. Negó que pueda adorarse las imágenes, y, como jebuseo, “no sabía distinguir la secta de Lutero y Calvino, y que creía en Jesucristo, y que Jesucristo mandaba que no hiciesen imágenes”. Firmó así su confesión en holandés: “Pedro Juan, natural de Lier, puede beber cerveza y andar solo”. El intérprete leyó las declaraciones a su abogado y le hicieron

---

<sup>71</sup> Este hecho consta en el juicio contra Pradedá de 1636. En efecto, el día que Yanses intentó escapar, el alcaide, como muchas otras veces, mientras comían los presos, metió a las cárceles a sus hijas para disimular la entrada de “...una mujer casada, llamada Mariana, que (...) había sido (...) dama del dicho alcaide...” (Medina 1956: 81). Según la testigo María de la Cruz, “...una vez que había entrado una de las dichas sus hijas, (...) se acertó a soltar el pechelingue, y la muchacha salió dando voces, huyendo de él, y (ella) de presto echó el golpe a la puerta, porque el dicho pechelingue no se saliese, y apretó con el cuerpo la dicha puerta...” (Medina 1956: 81).

amonestaciones, que contestó diciendo nuevamente que quería ser católico “y que el verse afligido en su prisión, y las tentaciones del demonio, le habían hecho volver a decir los errores que había dicho, de que pidió perdón y misericordia”

(ANH/Inquisición, L. 1030: 910-911). El 14 de febrero de 1629 los inquisidores Juan Gutiérrez Flores, Juan de Mañosca y Antonio de Castro, y los oidores de Lima Feliciano de Vega, Francisco de Alfaro y Juan Calderón Loayza resolvieron suspender la causa y enviar el proceso a consulta. Unos días después, el inquisidor Gaitán dictaminó que el caso no pertenecía al Santo Oficio sino a la jurisdicción común:

...el reo había sido cautivo en la guerra de Guayaquil y detenido con fuerza, y constaba de sus confesiones que no quería ser instruido sino perseverar en su secta. Y que mientras de su voluntad no quería ser instruido o quería vivir entre nosotros, el conocimiento de sus herejías por ser criado en ellas y enseñado de sus mayores, no pertenecía al tribunal. Así era de parecer se volviese el reo a la galera de donde se trajo, y se encargase a sus superiores le castigasen si escandalizase en materia de religión (ANH/Inquisición, L. 1030: 911).

El 15 de febrero encargaron su instrucción al rector de los jesuitas, y al día siguiente lo entregaron al maestre de la galera capitana, donde permaneció hasta 1630, cuando, por mandato real, liberaron a todos los pechelingues. Yanses se quedó en Lima, y, tiempo después, volvieron a denunciarlo porque “comenzó a dar algunos escándalos en esta ciudad con pláticas, locuras y embriagueces”. Lo detuvieron el 10 de diciembre e hicieron examinar por los médicos de la cárcel, que diagnosticaron que perdió la cabeza, y terminó en el hospital de San Andrés “donde se curan los locos”. Aparentemente no lo consideraban peligroso porque residía en el hospicio, pero salía a andar por las calles de Lima donde decía sus “proposiciones heréticas<sup>72</sup>”. Murió repentinamente por 1638, mientras era nuevamente procesado por hereje, pues su causa contra entre las pendientes de ese año. Sus tres compañeros, liberados en cumplimiento de cédula de 1630 al igual

---

<sup>72</sup> Pieter Jan no salió en el siguiente auto de fe que ocurrió en 1631, pues su causa consta en los anales de la Inquisición como despachada fuera del auto, en los siguientes términos: “Pedro Joanes, oriundo de Delph, que estando en Quito preso y condenado a muerte por pichilingue (pirata hereje), fue catequizado, y después de comulgar escupió las formas; y constando de sus confesiones que no quería tornarse católico, fue enviado a galeras, siendo después mandado poner en libertad en virtud de real cédula, en que se le consideraba como prisionero de guerra” (Medina 1956: 32).

que los demás prisioneros y desertores de la Armada de Nassau, se quedaron en Perú, o regresaron eventualmente a Europa con información potencial para futuras conquistas y alimentar la red de espías del Callao (ANH/Inquisición, L. 1030: 1190).

Mientras tanto, en Europa, al enterarse del fracaso de la Armada de Nassau, Aventroot se sintió inmensamente decepcionado y se preguntaba qué había salido mal y por qué no se cumplieron sus profecías. Atribuyó el desastre al hecho de que los comandantes no siguieron sus instrucciones. En 1625 revisó las notas que tomó durante los preparativos, y concluyó que había pasado por alto algunas de las señales divinas y olvidado asegurarse de que la Armada lleve copias del Catecismo de Heidelberg, razón por la que la luz de Dios no acompañó a la expedición, pues concentrando todos los esfuerzos en una invasión militar quedó de lado el aspecto espiritual, cuando en realidad era a través de la conversión al protestantismo, y no por las armas, cómo se liberaría al Perú de la tiranía española (Schmidt 1999: 458). Pero, sobre todo, había errado en sus cálculos proféticos, que señalaban que el año correcto del fin del gobierno español en Perú debía ser 1628. Por lo tanto, el fracaso de la Armada obedeció al hecho de que se adelantó en cuatro años a la fecha providencial para la caída del Anticristo<sup>73</sup> (Weststeijn 2019: 1040-1041). En 1627, al año del regreso de la flota, escribió un vehemente panfleto en castellano titulado “Epístola a los peruleros”, dirigido, esta vez, no solo a indios y negros, sino a “los peruleros”, es decir todos los habitantes del Perú, donde los conminaba a liberarse y elegir un monarca propio, cabeza de una aristocracia protestante independiente, que acabe con la Inquisición y los impuestos, mejore la posición de los encomenderos y los indios reprimidos (Schmidt 1999: 459; Montañez 2014: 61) El texto completo dice:

Epístola a los Peruleros en la cual está comprehendido el catecismo de la verdadera religión cristiana, y una alianza de los muy poderosos Señores Estados, de las

---

<sup>73</sup> Por exagerada que parezca esta escatología profética, no era una excentricidad en esa época, donde florecieron muchos augures milenaristas, protestantes que buscaron interpretar los confusos y conflictivos hechos de la guerra de los Ochenta Años a la luz de las Escrituras. Sin embargo, Aventroot fue el único entre decenas de ellos que ofreció una interpretación escatológica de la empresa colonial neerlandesa en América (Weststeijn 2019: 1042-1043).

Provincias Unidas del País Bajo.

Autor: Ioan Bartolomèes

Ámsterdam: 1627.

#### Epístola a los del Perú

Hermanos, atento que los muy poderosos Señores Estados de las Provincias Unidas del País Bajo por mi dirección ahora cuatro años pasados hayan enviado con el General L' Hermite una Armada al Perú no he podido dejar de escribir esta Epístola para que sepáis la causa porque yo la solicité y en ella hagáis lo que estáis obligados, así al bien de vuestro prójimo como a la gloria de Dios. La causa por la cual la solicité fue y es para quitar al Rey de España la plata con la cual por instigación del Papa persigue la Iglesia de Cristo para oprimir la palabra Santa de Dios, y no pudiéndosele quitar esa plata sin vuestra ayuda, ni vuestra ayuda sin vuestra libertad, ordenaba yo una alianza, en que sus Altezas prometan deponeros en vuestra libertad cristiana. Empero ni la alianza fue publicada ni la armada tuvo buen suceso y eso de una parte por culpa de personas malintencionadas y de otra parte por faltas que nos eran ocultas: a saber, que el armada se abrazase con el brazo carnal, partiese cuatro años antes de su tiempo, y especialmente que con ella no fuese enviado el cristiano catecismo. Porque la iglesia verdadera de Cristo, que el Rey de España persigue, se conoce por la palabra de Dios, que en el catecismo está enseñada: por lo cual sus altezas ahora le envían sin poder del brazo carnal, para que a sólo Dios se dé la gloria, así del principio como del fin de la redención de su amada iglesia.

Cristo Nuestro Señor ha nos advertido de la persecución de su Iglesia, diciendo que no vino para meter paz en la tierra, sino disensión y cuchillo... Con mucha vehemencia litigan contra los humildes que solamente glorían en Cristo y persiguen a su Iglesia así con el cuchillo como con falsa doctrina. La cual el Rey Carolo, habiendo el Reino del Perú tiranamente tomado, ha encomenzado de perseguir con vuestra plata hasta Filipo el Cuarto, el que aún hoy día con ella no solamente la persigue, más también la extirpa, así en Alemania por la guerra, como en sus propios dominios por la Inquisición... Y como gente libre, obligados a repudiar al Rey de España, en este presente Rey Felipe, el Cuarto de la generación y del nombre, pero para saber de la tercera generación de los conquistadores entonces expire, debéis con diligencia escudriñar la tercera generación de los primeros conquistadores, que ese Reino por fuerza han tomado... Y, pues,

Dios ha librado estas Provincias Unidas de la tiranía del Rey de España, estando los muy poderosos Señores Estados obligados, así en gratificación como en conservación de esa su libertad a ejecutar juntamente con vosotros esta justa sentencia, en cuya conformidad perpetúan por la presente, a todos los encomenderos y corregidores que en esta ejecución ayudaren sus encomiendas y corregimientos que al presente posean.

Confiados que Cristo, Rey de todos los Reyes, haya de resucitar un rey que sea celoso de la gloria de Dios, que en vuestro reino plante la fe verdadera cristiana, como en el catecismo por la Palabra Santa de Dios está enseñada. Por lo cual, debéis tener por vuestro rey legitimo al que primeramente purgare alguna iglesia de las imágenes prohibidas por las que quita Dios en su casa la única gloria al cual los muy poderosos Señores Estados permiten su asistencia; y dan a esta alianza su leal palabra, de le asistir en todo posible por mar y tierra. Y asimismo os prometen correspondencia perpetua de comercio: que mandar han de proveeros con toda la ropa necesaria, así de la India Oriental como de estas sus Provincias, mejor y a mucho menos precio que ahora de España les pagáis. Y en señal de la verdad han sus Altezas mandado de poner sus armas unidas en la cabeza de esta Alianza (Montáñez 2014: 237-238).

La misiva pasa breve revista al fallido intento de la Armada de Nassau por apoderarse de la plata, el fracaso por falta de la alianza con indios y negros, y que esto falló porque la flota, concebida erróneamente como una expedición militar y no religiosa, partió cuatro años antes de tiempo y sin llevar el verdadero catecismo. Esta vez planteaba una nueva propuesta de alianza entre las Provincias Unidas y los “Señores del Perú”, pues se acercaba la hora en que los peruanos debían convertirse al protestantismo e iniciar la rebelión contra la tiranía española, sin la ayuda militar neerlandesa. Por eso les explicaba, según su interpretación del libro del Apocalipsis, que el Papa era el Anticristo, la misa católica una terrible idolatría y el Rey de España un sirviente de la Ramera de Babilonia, que derramaba la sangre de los verdaderos cristianos. Para que asuman la fe verdadera, adjuntó a la Epístola una traducción suya del Catecismo de Heidelberg al castellano (Weststeijn 2019: 1043-1044).

En su visión, la avaricia insaciable de la Corona Española convirtió a los administradores coloniales en esclavos que comandaban esclavos, y las políticas



económicas restrictivas, sumadas con impuestos excesivos, excluían a los americanos del comercio internacional, obstruyendo su desarrollo. Con estas afirmaciones, Aventroot se hacía eco de su propia experiencia como mercader, cuando en 1605 la Casa de Contratación rechazó su solicitud de comerciar directamente con Perú (Weststeijn 2019: 1043-1044). Evidentemente, Aventroot encaja dentro de un tropo común en la propaganda antiespañola de la época, germen de la Leyenda Negra, según la cual los americanos, víctimas de la tiranía, debían ser liberados. La radical propuesta, una fusión de la piedad religiosa con pragmatismo económico, planteaba la transformación del Virreinato en un reino protestante independiente, que se materializaría en el año profético de 1628 (Weststeijn 2019: 1045). Una vez que los peruanos tuvieran monarquía propia y hayan limpiado las iglesias de ídolos y estatuas, las Provincias Unidas los apoyarían en la lucha por la libertad cristiana y relaciones comerciales independientes, en una simbiosis que prometía precios competitivos en el mercado internacional (Schmidt 1999: 459-460).

Aventroot insistió tanto en la publicación, que las Provincias Unidas y la WIC accedieron a pagar la impresión de 3.000 copias. Pero luego, persuadidos por consideraciones políticas más pragmáticas, le prohibieron despachar un barco con treinta tripulantes a repartir los ejemplares en Perú. Sin embargo, logró enviarlos a bordo de un navío de la WIC que zarpó de Texel el 24 de enero de 1628 y ancló en Buenos Aires, donde el capitán, temeroso de la Inquisición y sólo antes de zarpar, se atrevió a desembarcar 75, que fueron confiscadas y destruidas en su totalidad (Weststeijn 2019: 1046). Naturalmente, el panfleto fue incluido en el índice de libros prohibidos de la Inquisición<sup>74</sup> (Montañez 2014: 61-62). Aventroot recibió como un baldazo de agua fría los 2.925 ejemplares de su Epístola y la guerra santa por la liberación del Perú del quedó nuevamente postpuesta<sup>75</sup> (Schmidt 1999: 460).

---

<sup>74</sup> Increíblemente, la publicación tuvo secuelas. La última noticia de ella data de 1668, cuando un neerlandés fue capturado en el Orinoco llevando copias de la Epístola (Montañez 2014: 61-62).

<sup>75</sup> Sin embargo, de forma más casual que profética, 1628 se produjo un evento notable de gran celebración para los Provincias Unidas y grave perjuicio para España. No tan lejos del Perú, en la bahía de Matanzas (Cuba), el almirante neerlandés Piet Heyn logró la hazaña única y sensacional de capturar toda la flota cargada con la plata real de México y Perú, antes de su viaje anual a Sevilla (Lucena 1992: 140-142).

Aventroot no se rindió, y en 1629 intentó convencer a las Provincias Unidas de liberar Sudamérica del yugo hispanoportugués. Las autoridades calificaron el plan de impracticable, pero Aventroot insistió, y en 1630 publicó una traducción al holandés de la Epístola, solicitando esta vez, explícitamente, que los Estados Generales cumplan con su obligación moral de imprimir una traducción al castellano de la Biblia protestante y la distribuyan en Perú (Cioranescu 1974: 61). Pero el gobierno había puesto tantas expectativas y dinero en la Armada de Nassau que, dado su mal desempeño, optaron por concentrarse en el Brasil, que desde 1624 demostró ser más vulnerable, y se desvaneció todo interés por la conquista del Perú. El pragmatismo ganó la partida al profetismo, y todos los esfuerzos militares y económicos se concentraron en Recife, donde en 1630 la WIC logró establecer una colonia, desde donde esperaba construir su imperio Atlántico, que mantuvo hasta 1654, y, mientras tanto, el Mar del Sur quedó, por casi dos décadas, libre de conquistadores neerlandeses.

Pero el obstinado Aventroot no perdía la fe en sus cálculos, que demostraban la llegada del fin de los tiempos y la derrota definitiva del Anticristo papista y sus servidores. Pronto España y las Indias recibirían la iluminación en la fe protestante, Felipe IV se convertiría y el Perú sería liberado. Irónicamente, el fin que se acercaba era el del propio profeta que, viejo y melancólico, decidió hacer una última gestión personal para acelerar las cosas (Cioranescu 1974: 61). A la edad de 72 años, en 1632, decepcionado porque toda la atención de su país se concentraba en Brasil, y sus profecías sobre el Perú fueron olvidadas, imprimió una última obra<sup>76</sup> y volvió a España. Con su arma literaria bajo el brazo, y dispuesto a difundir sus ideas a cualquier costo, se presentó en Madrid y entregó al conde-duque de Olivares, ministro de Felipe IV, dos peticiones instando la conversión del monarca al protestantismo, la concesión de libertad religiosa para sus súbditos y la abolición de la Inquisición. Ambos documentos están fechados el 24 de octubre de 1632. El primero dice:

---

<sup>76</sup> El contenido y tiraje de esta obra se desconocen porque fue confiscada por la Inquisición y destruida en su totalidad. Probablemente era un compendio de las revelaciones incluidas en todas sus publicaciones, con algunas reflexiones adicionales (Cioranescu 1974: 61).

Señor. Que había de venir la apostasía, por la cual se dejaría de predicar el evangelio verdadero de Cristo, y que después en estos postreros tiempos antes del fin del mundo otra vez se había de predicarlo a todas las naciones y gentes, (pues) los apóstoles y el Cristo mismo lo predijo. De lo cual, la verdad en muchas partes de la cristiandad está ya cumplida, como consta de los reinos de Inglaterra, Dinamarca, Suecia, y de las más innumerables provincias y ciudades a donde, en lugar de la ignota misa, se predica el evangelio de la gracia de Cristo. Y, pues, que Dios quiere que en estos postreros tiempos antes de fin del mundo el evangelio del reino de Cristo otra vez se predique a todas las naciones y gentes. Y Vuestra Majestad, con la Inquisición del Reino, impide que en vuestros Reinos en manera ninguna se predique. Es este impedimento del Evangelio la única causa de que las Provincias preciosas del País Bajo se levantaron; y que los demás vuestros reinos, así en América como aquí en Europa, se van empobreciendo, consumiendo y periclitando. Y por eso la monarquía Romana, madre de esa apostasía, se va ahora a (la) perdición, para que el evangelio de la verdadera luz se predique en todas las tierras y especialmente en las de Vuestra Majestad, cuya verdad Dios también confirmó con tres testimonios que me ha dado y a mí; dan esperanza que ha de hacer por Vuestra Majestad cosas grandes en gloria suya, y me han, en la flaqueza a mi mayor edad, así confortado como obligado de venir acá para servir a Vuestra Majestad en ellas. El Rey de los Reyes guarde y bendiga a Vuestra Real Persona. De Madrid 24 de octubre, 1632. De Vuestra Majestad humildísimo criado. Joan Aventrote (Cioranescu 1974: 62).

Y el segundo:

Excelentísimo Señor. De la carta que con ésta va por Su Majestad, podrá Vuestra Excelencia entender que no solamente es lícito, más que también en extremo es necesario dar libertad de religión, cosa que conviene a Vuestra Excelencia bien de notar, pues que en ella consiste la conservación o la perdición de los Reinos. Y dando libertad de religión se trocará la maldición en bendición y se hará con la ayuda de Dios, antes más de lo que a Vuestra Excelencia he dicho, cuya Ilustrísima Persona Dios guarde muchos años. De Madrid, 24 de octubre 1632. El humildísimo criado de Vuestra Excelencia, Joan Aventrote (Cioranescu 1974: 62).

Inicialmente, Olivares no lo tomó en serio, pero la insistencia de Aventroot resultó tan molesta, que, finalmente no fue tan amable como Lerma y Prada dos décadas atrás. Lo denunció ante la Inquisición como “un perro herético que cree que puede ser un mártir por su religión” (Cioranescu 1974: 65). La orden de captura consta como apostilla en la segunda carta: “En Madrid, 29 de octubre, 1632. Que se prenda luego a Juan Aventrot y se remita a la Inquisición de Toledo. Juntamente se junten los papeles que hubiere en el Consejo de éste y su sobrino, que dio un libro al Sr. Rey don Felipe III, por cuyo mandato se prendió el sobrino, llamado Juan Cote” (Cioranescu 1974: 65). Aventroot fue detenido y, según los autos del proceso:

...quiso venir con él a España, a pesar de su edad avanzada y de los peligros a que se exponía, para hablar con el rey don Felipe IV, como en efecto lo hizo en octubre de 1632, dándole dos memoriales escritos de su propia mano y aconsejándole de palabra y por escrito las opiniones de Eutiquio<sup>77</sup>; manteniendo las mismas opiniones del libro que su sobrino había entregado ya a don Felipe III, y conociendo en estos países a muchas personas que profesaban su misma secta, lo ocultó maliciosamente, aumentando su culpa con muchos pecados contra Dios y su nombre (Cioranescu 1974: 62).

Fue la segunda y última vez que compareció ante la Inquisición. El proceso, instaurado en Toledo, se dio con inusitada velocidad. Con las pruebas en la mano, el promotor fiscal determinó que era un “hereje, apóstata, partidario de la secta de Calvino e insolente para con la persona del Rey” (Cioranescu 1974: 64-65). Tan peligroso personaje no podía dejar España, especialmente por las cuentas pendientes con el tribunal de Canarias. Luego de varias entrevistas e interrogatorios, la Inquisición levantó tres tipos de cargos. El primero repitió aquellos por los que fue juzgado en 1590: comer carne en Viernes Santo y afirmar que la fornicación no es pecado. El segundo, las publicaciones clandestinamente introducidas en España e Indias y las cartas dirigidas a los monarcas españoles. Y el tercero, sus últimas proposiciones criminosas: permitir la libertad de culto, pretender otorgar a los indios la libertad para

---

<sup>77</sup> Eutiquio fue un monje griego nacido en 378 y muerto en 448, iniciador del monofisismo, una doctrina cristiana que considera que en Jesucristo sólo está presente la naturaleza divina y no la humana. Esta doctrina fue descartada por la Iglesia Católica como una herejía y perseguida hasta su extirpación. En el siglo XVII, la Inquisición consideraba que los protestantes habían resucitado esas ideas (Cioranescu 1974: 62).

profesar su falsa religión y suprimir los lazos existentes entre España y Roma. Todas las acusaciones estaban directamente relacionadas con la guerra europea y el apoyo a la Armada de Nassau, incluyendo una posible alianza con indios y negros para enseñarles el protestantismo y conquistar el Perú. Durante el juicio demandó la restitución de la hacienda que años atrás le confiscó el tribunal canario con intereses y rentas correspondientes. Como señala su biógrafo Alejandro Cioranescu, resulta interesante ver cómo Aventroot mezcló sus intereses espirituales con los materiales y personales, en una actitud que fue constante en toda su vida: “En el mismo momento en que lo vemos poner a riesgo su vida por una causa utópica (...) no carece de belleza desinteresada, es extraño y hasta chocante ver que no se olvida de sus rentas y de sus intereses devengados” (Cioranescu 1974: 66).

Formulados los cargos, fue legalmente asistido por un abogado de oficio con tiempo suficiente para organizar la defensa. Los jueces le invitaron a pensar en su vida, salvar su alma y reconocer la verdad de las acusaciones. Pero Aventroot confirmó todo lo alegado por el fiscal, y se mostró tan firme en sus creencias que el abogado se retiró del proceso, declarándose incapaz de defenderlo. Frente a la pregunta de si quería otro abogado o defenderse a sí mismo, respondió que ninguno de los dos, y fue hallado culpable con sentencia de “hereje obstinado”, condenado a confiscación de bienes y relajación. Marchó con sambenito por las calles de Toledo en el auto de fe del 22 de mayo de 1633 y los inquisidores lo entregaron al corregidor pidiéndole que lo trate con toda la misericordia permitida por la ley. Sobre el cadalso erigido en la plaza de Zocodover, “el cuerpo de Juan Aventroot, culpable de haber abrigado un alma de hereje, o posiblemente una mente confusa, fue reducido a cenizas y mezclado con esa tierra de España que será suya hasta que se cumpla el milenio del que fue el prematuro anunciador<sup>78</sup>”. El resumen del proceso señala que “murió en penitencia” y convencido de sus profecías hasta el final, siendo su propia muerte la única que pudo presagiar con certeza (Cioranescu 1974: 66-67; Weststeijn 2019: 1046-1048).

---

<sup>78</sup> La sentencia fue traducida al holandés y publicada en Ámsterdam por sus correligionarios, que, en efecto, lo consideraron un mártir (Cioranescu 1974: 66-6; Weststeijn 2019: 1046-1048).

## 2.10. Alarmas múltiples, ataques al Brasil y nuevos espías

El argumento de esta sección es que las alarmas y miedo en el Perú continuaron desde 1624 hasta 1635, especialmente por los éxitos de los neerlandeses en sus conquistas del Brasil, que amenazaban la soberanía española del Perú. En medio de toda esa tensión, las ahora muy vigilantes autoridades peruanas descubrieron que la trama de espionaje no terminó con la captura de Adrián Rodríguez, sino que continuaba, y cayó y fue procesado Plemón, quien entonces era el jefe del espionaje, con unos planes muy concretos para la conquista del Callao y Lima.

En julio de 1624 Guadalcázar supo de la captura de Salvador de Bahía en Brasil por una armada mucho más grande que la que tenía al frente, cuyo éxito militar se lo debían en parte a los habitantes criptojudíos, que en el momento decisivo se pusieron del lado de los neerlandeses. En efecto, los inquisidores advirtieron a la a la Suprema de Madrid, por informe del 4 de noviembre de 1625:

...sabemos que casi todos los de esta nación que asisten en este reino y en el de México, y muchos de los que andan por España pecan de la ley de Moisés, tienen sus casas, hijos, mujeres y deudos en Francia, Pisa, Florencia y Venecia a do trasladan la plata que ganan en este reino. Y en ocasión de enemigos, podrían hacer lo (mismo) que (hicieron) en la Bahía de Todos los Santos en Brasil, en deservicio grande de Su Majestad y daño de estas provincias; cosa que a nuestro parecer pide remedio... (ANH/Inquisición 1647, 7: 25).

El Santo Oficio veía la presencia y tolerancia de portugueses en el Virreinato como un peligro por la ayuda que prestaban a las potencias extranjeras, sirviéndoles de informantes o apoyándolos abiertamente como hicieron en la captura de Bahía: “vea lo que podrá importar su noticia para algunos efectos o advertimientos del servicio de Su Majestad, y mayor seguridad de estos puertos de las Indias y del Mar del Sur. Y cuan perniciosa es en estas partes la afluencia de los extranjeros septentrionales tolerados por vía de composición y de otra manera” (ANH/Inquisición 1647, 7: 24-25). Pero

Guadalcazar, enfrascado en su propia guerra con la Armada de Nassau bloqueando el Callao y pirateando a diestra y siniestra, nada podía hacer para proteger al Brasil, pues, a pesar de la unión de 1580, esa gobernación era completamente independiente del Virreinato Peruano (Muzquiz 1945: 179). Pero tomó medidas para anticiparse a un eventual nuevo ataque al Perú, como investigar una potencial trama de espionaje que facilitaba información para una nueva expedición (Schaposchnik 2015: 115, 231).

En efecto, por 1627 corrió el rumor de corsarios en el Mar del Sur y el nuevo virrey Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, IV conde de Chinchón<sup>79</sup> tomó varias precauciones. En cumplimiento de una cédula del 29 de octubre, ordenó el envío anual de una fragata bien pertrechada a vigilar la costa chilena hasta los 44 grados (Muzquiz 1945: 185-186). Asimismo, para proteger la Armada, mandó un chinchorro a Panamá con derroteros e instrucciones de reconocer toda la costa, volver a Paita, repetir el viaje hasta tres veces y esperar a la Armada en la isla de la Plata para alertar de enemigos, sin cuyo aviso no zarparía la Armada del Callao. Finalmente envió doscientas bocas de fuego, treinta picas y cuatro piezas de artillería para defender Arica (Muzquiz 1945: 185-186).

Todos los rumores probaron ser falsos, pero el peligro que significaban los espías en Perú no terminó con el juicio y condena de Adrián Rodríguez. Su caso, y especialmente el hecho de que operó por tantos años sin detección, motivó la alerta permanente de las autoridades. En enero de 1630 llegaron noticias de ejércitos españoles luchando contra neerlandeses en la isla de San Cristóbal (Saint Kitts) en el Caribe, y seis meses después avisos de Buenos Aires sobre barcos neerlandeses en el Atlántico Sur. Comenzó la paranoia de supuestos avistamientos en otros lugares del Pacífico, como Quito y Panamá. El 11 de julio de 1630 llegaron noticias de España sobre la posible entrada de más de ochocientas velas enemigas al Mar del Sur, y se impartieron instrucciones a todos los puertos. Un emisario fue a Buenos Aires a pedir información del avance de la flota enemiga, y el 29 llegó un correo de Buenos Aires con la noticia de que la escuadra

---

<sup>79</sup> Nombrado Virrey del Perú, el conde de Chinchón, que había sido consejero de Estado en Madrid desde 1626, viajó a América en la flota de galeones que zarpó de Cádiz bajo el mando de Fadrique de Toledo el 14 de agosto de 1628. Entró públicamente en Lima el 14 de enero de 1629 y gobernó por nueve años, once meses y cuatro días (Zaragoza 1883/2005: 235).



neerlandesa comandada por el almirante Hendrick Corneliszoon Loncq capturó Pernambuco. Los valientes portugueses se defendieron en el fuerte de San Jorge, pero finalmente se impuso la superioridad numérica del invasor y huyeron al interior, donde el gobernador Matías de Albuquerque los organizó, y, con apoyo indígena<sup>80</sup>, dirigió con éxito dos ataques, pero no pudo impedir que los neerlandeses construyan fuertes y el puerto de Itamaracá (Muzquiz 1945: 179-180).

Más importante que lo poco que pueda hacer para socorrer al Brasil, era el apoyo del virrey peruano a Panamá, que, además de pertenecer a su jurisdicción, era el puerto donde anclaba anualmente la Armada cargada de plata. El 26 de agosto de 1630 el presidente de esa audiencia comunicó al virrey que unos quince barcos neerlandeses, que navegaban las costas cartageneras, apresaron cuatro o cinco fragatas de tráfico, y que, para evitar nuevas pérdidas, ordenó que no se permitiera la salida de buques de Portobelo a Cartagena y otros puertos. El 11 de octubre de 1632 llegó otra alarma, esta vez por el ataque fallido de tres naves corsarios a un barco que salió de Cartagena. Para atender estas emergencias, varias veces tuvo el virrey que socorrer Panamá y Cartagena con armas y pólvora y armamento. Mientras tanto, salió de España una flota de dieciséis barcos con más de mil tripulantes a cargo del almirante Antonio de Oquendo, que desembarcó en Bahía de Todos los Santos y, el 12 de septiembre de 1631, derrotó a la armada neerlandesa y capturó a su almirante Adriaan Hans Pater. Oquendo fue luego al norte, unió fuerzas con Albuquerque y recuperaron el puerto de Olinda, obligando a los neerlandeses a volver a su plaza fuerte de Pernambuco (Muzquiz: 1945: 180-181).

Coincidiendo con todos estos eventos, a principios de septiembre de 1630, fue denunciado quien, por entonces, era posiblemente la cabeza de los espías de Lima. Las autoridades capturaron y pusieron en la cárcel de corte a un hombre llamado “Plemón”<sup>81</sup>, nacido en Sevilla de padres irlandeses, conocedor de muchas lenguas, “y la nuestra, española, como el más ladino” (Suardo 1936: 97-98). Las investigaciones

---

<sup>80</sup> Es notable, una vez más, verificar cómo los indios del Brasil, al igual que los del Perú, no se pusieron del lado de los invasores neerlandeses sino de los defensores, en este caso portugueses (Muzquiz 1945: 180).

<sup>81</sup> El alias “Plemón” que consta en el Diario de Lima de Suardo podría ser una mala traducción del apelativo inglés “Plymouth”, quizás el verdadero nombre del personaje (Montáñez 2014: 78).

confirmaron que era hereje, pues no se confesaba ni iba a misa. Pero, sobre todo, que era otro espía al servicio de Mauricio de Nassau<sup>82</sup> y lo procesó la justicia civil. En su casa requisaron un detallado derrotero:

...hallaronle una relación de todo lo que hay en este Reino, en particular desde Chile a Panamá, los puestos, puertos y qué gente puede socorrerlo y con qué armas y con toda distinción el Callao, cuantas piezas de artillería, de que porte cada una, cuantos soldados pagados y la cantidad de mosquetes, arcabuces, picas y dardos tiene la sala de armas, y cuantos caballeros se pueden juntar (Suardo 1936: 97-98; Montáñez 2014: 78).

Este soplón fue más sofisticado que sus predecesores, pues cifraba la información que transmitía a las Provincias Unidas en supuestas cartas románticas para ser leídas con clave. En uno de estos borradores decía: “estuve en tierra negra 2.000 cargas de trigo, sierra - sierra - cruces - cruces, caballería San Cristóbal, San Lázaro, 2.000 mil con quien casar - y en cuanto a lo que me escribes de enterrarlo, soy de parecer que mejor es quemarlo y echarlo a la mar, porque hay muchas malezas en esta tierra” (Suardo 1936: 97-98). Los investigadores pudieron descifrar la carta, que en realidad era una instrucción para la invasión del Callao por tropas neerlandesas<sup>83</sup>:

...que por Bocanegra marchen 2.000 soldados armados a la sierra siguiendo las cruces de los cerros hasta San Cristóbal por amor (¿temor?) de la caballería. Y que en San Lázaro hay 2.000 casas sin defensa que pueden saquear, y que es fácil tomar tierra, pero que no es acertado quedarse en ella sino quemarla destruirla, y con lo que se sacare volverse a la mar (Suardo 1936: 97-98).

---

<sup>82</sup> Mauricio de Nassau había muerto el 23 de abril de 1625, probando que la correspondencia entre Plemón y el príncipe no era reciente. Pero bien pudo seguir correspondiendo con los sucesores de Mauricio.

<sup>83</sup> Llama la atención que los planes de ataque hallados en manos de Plemón eran sorprendentemente parecidos a los que Adrián Rodríguez confesó unos cuatro años antes a su compañero de celda Juan de Ortega. Esto sugiere que quizás se conocían y operaban como espías en la misma red. Pero Plemón no fue descubierto al mismo tiempo que Rodríguez y siguió espionando por otros cuatro años.

Aunque lo señalado al final podría significar que, una vez leídas, es mejor quemar las cartas con información comprometedoras, y echar las cenizas al mar antes que enterrarlas, porque podían ser descubiertas. Se abrió un expediente criminal contra Plemón con el licenciado Gregorio Arce de Sevilla, relator de la Audiencia, como juez. Dada la gravedad del caso, Arce se inclinaba a aplicar la pena de muerte, pero intervino el virrey para señalar que no convenía, y debían enviarlo a España, “porque en los ejércitos no se castigan los espías sino son de la misma nación que tengan sueldo, y que, si se castigase a este, castigarían los enemigos ciento por uno...” (Suardo 1936: 97-98). Y, en efecto, el virrey Guadalcázar había sido reprendido por disponer la ejecución de Carsten Carstens en 1624, contrariando la usanza de la guerra (Carcelén 2009: 107-108). La Audiencia procedió conforme con las instrucciones, y envió a Plemón de vuelta a España en la siguiente flota como prisionero de guerra (Lohmann 1975: 490-491; Carcelén 2009: 107-108).

## **2.11. El acto final: La Gran Complicidad**

El argumento de esta sección es que al acto o respuesta final del Imperio Español a cuatro décadas de expediciones de conquista neerlandesas al Virreinato Peruano fue el proceso conocido en la historiografía como Gran Complicidad, que se ha tratado tradicionalmente como parte de la pugna entre católicos y criptojudíos, pero que en realidad tuvo un trasfondo importante en la guerra, traducido en la idea de que los judaizantes del Perú eran cómplices de los neerlandeses en las tentativas de conquista. Esto se ilustra con varios ejemplos tomados del proceso.

En 1635, mientras seguía latente el peligro de otra invasión neerlandesa, estalló una nueva alarma por espionaje en Perú, con el escándalo conocido en la historiografía como la “Gran Complicidad<sup>84</sup>”, traducido en una extensa persecución y proceso

---

<sup>84</sup> En México estalló un escándalo análogo que dio lugar a su propia Gran Complicidad entre 1640 y 1649. Al respecto, cabe notar, por ejemplo, las relaciones familiares y de negocios en el tráfico de esclavos, al que se dedicaba Simón Váez de Sevilla, converso residente en México, que compartía el apellido y probable parentesco con dos procesados en Lima: Rodrigo Váez Pereira, García Váez Enríquez (Medina 1956).

judicial, el más grande y largo de la historia de la Inquisición Peruana, compuesto por unos 160 juicios seguidos a lo largo de cuatro años, en contra de cristianos nuevos, casi todos comerciantes de origen portugués radicados en Lima, que practicaban la religión judía en secreto. Estos portugueses eran tantos que llegaron a acaparar el comercio, de forma que “en la primera mitad del siglo XVII, todo el comercio estaba amenazado por una quiebra general, debido a la instauración del proceso inquisitorial llamado de la Complicidad Grande (...). Se logró salvar la situación porque incluso los inquisidores tuvieron que tomarla en cuenta y pagar las obligaciones de los reos de los bienes que les fueron secuestrados” (Lewin 1950: 51). Comenzó formalmente el 2 de abril con la detención de Antonio Cordero, y, conforme pasaron los meses, el caso ocasionó graves complicaciones a los jueces porque, dado el crecido número de reos, debieron alquilar viviendas y habilitarlas como cárceles. Su acto final fue el grandioso auto de fe de 1639. Fue también el punto de inflexión de la historia del tribunal limeño, que nunca volvió a manejar un proceso tan grande y tuvo un lento pero evidente declive desde entonces hasta su abolición definitiva en 1820.

La extensa historiografía que se ocupa del caso desde el siglo XIX lo hace desde un enfoque eminentemente religioso, enmarcándolo en las guerras de religión europeas que involucraron a España desde la reconquista y sus ramificaciones en el Perú. Dejando parcialmente de lado el aspecto religioso que tuvo el proceso, este apartado se concentra solamente en las evidencias que aparecen en algunos casos particulares, que demuestran que los criptojudíos usaban sus redes comerciales con amigos y parientes en Europa para pasar información sensible a las compañías neerlandesas que armaron las expediciones para conquistar el Perú. En consecuencia, se plantea que el apelativo de “Gran Complicidad” tiene un doble significado, más amplio que el que le dio la historiografía tradicional, que es el de la confabulación de judíos para contaminar cristianos con sus ideas heréticas. En efecto, la “Gran Complicidad” fue también una conspiración política y militar de criptojudíos con las Provincias Unidas para facilitar la conquista del Virreinato, y, con su auspicio, establecer un Estado Judío. Al respecto, señala el historiador Federico Rivanera:

La llamada Complicidad Grande limeña fue, para todos los historiadores, una simple redada de la Inquisición a fin de impedir la práctica secreta del judaísmo y adueñarse de cuantiosos bienes. Se considera, eso sí, que ha sido importante por el número de detenidos, pero nada más. Sin embargo, un autor judío, Günther Friedländer, ha descubierto la verdadera naturaleza del proceso, llegando a la conclusión que se trató de una conspiración política de los judíos conversos, muy bien organizada y con apoyatura internacional que, recurriendo incluso a la insurrección armada, tenía por finalidad tomar el poder y establecer un Estado judío (Rivanera 1994: 91).

Si bien la intención de establecer un “Estado Judío” en América parece exagerada, fue una suposición que los inquisidores y demás autoridades tomaron en serio desde mucho antes de los arrestos de 1635. En efecto, La Gran Complicidad tiene causas temporalmente más remotas, que tienen que ver, por un lado, con la pugna geopolítica por el control de territorios entre España y Portugal con las Provincias Unidas. Y por otro con antecedentes más inmediatos relacionados con sucesos en la propia Lima. Dentro de las causas más remotas, abonó el terreno la tensión acumulada desde los ataques de Spilbergen de 1615 y, especialmente, los sucesos de 1624 cuando se produjeron los ataques simultáneos de la Armada de Nassau y el primer intento neerlandés de conquista de Brasil, resultando en un éxito parcial del segundo, que logró retener Salvador de Bahía por casi un año (Schaposchnik 2015: 114-115). Y ambos seguidos por una operación mucho más grande entre febrero y marzo de 1630, que aseguró a los neerlandeses el control de Pernambuco, donde creían que la población de origen sefardita favoreció a los invasores.

La conexión entre cristianos nuevos del Perú y los de Ámsterdam y Brasil era un riesgo cierto, junto con la posibilidad de otra expedición al Perú superior a la de 1624, que, a diferencia de la primera, tenga éxito y funde una colonia neerlandesa en la que los judíos gocen de la misma libertad de credo que en Ámsterdam, y que creían establecida también en el Brasil neerlandés (Schaposchnik 2015: 114). La presencia de sefarditas en Brasil, dedicados al lucrativo negocio de los ingenios azucareros manejados con esclavos, creció exponencialmente, de manera que “a mediados de la década de 1640, se calcula que la comunidad judía de Recife -que llegó a disfrutar aquí de mayores libertades que en las Provincias Unidas- alcanzó los 1.500 miembros, lo que suponía

entre un tercio y la mitad del total de la población del Brasil holandés” (Valladares 2021).

Un antiguo calificador del tribunal y cronista, fray Buenaventura Salinas y Córdova, al escribir en 1631 sobre la defensa del Callao en 1624, advertía que el mayor peligro no provenía del mar sino de los comerciantes extranjeros que vivían mezclados con la población local, y lucraban gracias a las enormes oportunidades de negocios que ofrecía el Virreinato, mientras que, a la vez, podían unirse a los neerlandeses invasores como hicieron en Salvador de Bahía (Schaposchnik 2015: 80). En sus palabras: “Pero no se entienda, que este es el mayor ultraje de este Reino, verse solo, y cercado de enemigos de la Fe, que lo inquietan, y amenazan por la mar. Mayor peligro tiene en tierra, mayor daño recibe esta ciudad de Lima, Huancavelica, Potosí, con los forasteros, que pasan todos los años al comercio, y viven con nosotros chupando la tierra como esponjas” (Salinas y Córdova 1631; Memorial citado por Schaposchnik 2015: 219).

Simultáneamente, en Lima había una acuciante falta de familiares del Santo Oficio para vigilarlos, pues se asignaron solo doce cuando se estableció en 1571. Pero la población creció exponencialmente, de manera se requerían unos cincuenta, “porque como los vecinos son de ordinario tratantes y andan en sus contrataciones, muchas veces se carece en la ocasión de ministros, y nos vemos obligados a valernos de quienes no lo son, aventurando mucho los aciertos” (Medina 1956: 65).

Suponía el Santo Oficio que, con apoyo neerlandés, los mercaderes criptojudíos establecidos en Brasil extendieron sus redes comerciales hasta Lima, Cartagena y México, a donde varios procesados viajaban frecuentemente por negocios. A principios de 1640, según reporte a la Suprema en Madrid, un inquisidor denunció que unos 1.500 portugueses llegados del Brasil a Cartagena planificaron “...tomarse el puerto y la flota que allí estaba anclada. Armada la ciudad, al lado del obispo, el clero y los ministros de la Inquisición, los defensores (...) lograron finalmente dar cuenta de la intentona de los portugueses hasta que llegó la armada de Portobelo” (Escobar 2002: 62). Por lo tanto, desde la conquista neerlandesa del Brasil, era urgente aumentar los familiares por razones de defensa, “...advirtiéndole que hoy con la vecindad del enemigo en el Brasil,

no tienen seguridad estos mares, y está esto expuesto a cualquiera invasión suya, sin reparo considerable para su defensa” (Medina 1956: 65).

En efecto, todas estas evidencias demuestran que el proceso de la Gran Complicidad no solo buscó extirpar la herejía judaica y las redes secretas familiares y comerciales que la permitían y robustecían, sino también a descubrir, neutralizar y castigar a los de informantes y espías, traidores de la Corona. Indicios de la colaboración de criptojudíos y compañías neerlandesas aparece esporádicamente en varios juicios. Por ejemplo, en uno seguido en Cartagena en 1636, consta que algunos acusados invertían hasta trescientos pesos anuales en la WIC, a la que los judaizantes cartageneros llamaban “Cofradía de Holanda”. Esto coincide con lo señalado por uno de los acusados de Lima, Duarte López Mesa, antiguo residente en Ámsterdam, que señaló sobre la compañía: “...porque en la ciudad de Ámsterdam se juntaban todos los días veinticuatro hombres a consejo en casa señalada, que llaman de la Contratación, y los cinco de estos veinticuatro son portugueses y los demás holandeses, ingleses, danos de Dinamarca, franceses y otras naciones...” (Escobar 2002: 53).

Dentro de las causas más inmediatas de la Gran Complicidad están las extrañas solicitudes al virrey del jefe del gremio de comerciantes portugueses, Manuel Bautista Pérez, dueño de una de las mayores fortunas del Perú gracias al tráfico de esclavos, respetado y conocido por su generosidad, para que le arriende en 1634 el almojarifazgo, o impuesto sobre el comercio entre España y sus provincias, “...lo que le habría asegurado un control completo de esta actividad”, y además le entregue el control y manutención de la sala de armas de Lima, pedidos que fueron rechazados porque levantaron sospechas de que los criptojudíos buscaban promover, presumiblemente con apoyo de fuerzas militares neerlandesas, una insurrección armada contra los españoles en Lima (Lewin 1950: 150; Rivanera 1994: 92; Escobar 2002: 50). Para el historiador Rivanera, no cabe duda de la existencia de un vínculo estrecho entre los judaizantes de Lima con los judíos de Europa, especialmente de Ámsterdam y las autoridades neerlandesas (incluidas las del Brasil), en una complicada trama:



El interés de los holandeses en las Indias Occidentales dio un margen amplio de combinaciones y proyectos que apoyarían las pretensiones de los judíos en el Perú y las ambiciones de los holandeses en la América del Sur (cuatro años después de la ‘Gran Complicidad’, los holandeses tomaron Valdivia en una expedición armada...). No puede caber duda de que las verdaderas proyecciones de la gran empresa de los judíos de Lima se conocían en muchos lados, y también entre los poetas judíos, que bajo el antifaz del catolicismo seguían viviendo en España (Rivanera 1994: 92).

Para poder investigar con la mayor amplitud las conexiones entre criptojudíos y conquistadores neerlandeses, el tribunal limeño, nominalmente bajo supervisión real, actuó independientemente de los dictados y parámetros de la Suprema de Madrid, pues los inquisidores, algunos con posiciones tanto en el tribunal como en la administración virreinal, estaban, por esta última razón, especialmente pendientes de la amenaza de una nueva invasión neerlandesa (Schaposchnik 2015: 113, 115). Pero el tema no está del todo claro, pues, “la información registrada en los procesos de fe no prueba de forma inequívoca que los cristianos nuevos estaban envueltos en tales planes, pero es claro un nivel de sospecha” (Schaposchnik 2015: 114). Un indicio siempre presente de la conspiración fueron los sentimientos antiespañoles y de revanchismo, manifestados en los testimonios de muchos reos. El caso de Juan de Azevedo, soltero de 37 años, natural de Lisboa, pero residente en Lima, donde fue cajero del mercader Antonio Gómez de Acosta, ilustra esto. Sabiendo que no se salvaría del fuego, usó el proceso para vengarse de todo el mundo:

...dijo contra muchos y levantó a muchísimas personas falsos testimonios, revocó, hizo y cometió muchas maldades, incitando a otros presos para que levantasen falsos testimonios a los de afuera y dentro, dándoles el pie del lugar, de la seña y contraseña con que habían de contestar las culpas falsas con él, que las pintaba con tales circunstancias que al más vigilante y experimentado juez le haría creer ser aquello verdad. No dejó parte alguna donde no haya personas comprendidas en los testimonios que levantó, ni España ni Portugal, ni Guinea, ni Cartagena, ni otras partes de las Indias (Medina 1956: 133).

Terminó en la hoguera por “...tanta suerte de ritos y ceremonias en guarda y observancia de la ley de Moysén que le enseñaron en Guinea, que ponía admiración, ocupando las audiencias días enteros...” (Medina 1956: 133). Asimismo, lo hizo su amigo Luis de Lima, natural de Moncorbo en Portugal, soltero de más de cuarenta años, hermano de Juan y Tomás de Lima, reconciliados en el auto de 1635, que bajó de Panamá en la armada de ese año y se entregó en 1636. Presentó una serie de confesiones ambiguas y se dedicó a levantar muchos falsos testimonios, “...persuadiendo a lo mismo a otros presos, haciendo agujeros por las paredes de las cárceles para hablarles, diciendo lo que habían de hacer y deponer y las señas con que habían de conocer a los que habían de levantar testimonios, a uno de judío yapero<sup>85</sup>, al otro de cualtralbo<sup>86</sup>, y, de este modo, otras muchas señas y contraseñas y apodos...” (Medina 1956: 133-134). Sus mentiras fueron perjudiciales para el proceso y los jueces no atinaban a frenarlo ni siquiera mudándolo a diferentes cárceles, mientras él se justificaba diciendo que estaba simplemente descargando su consciencia. Se arrepintió al último minuto, y, mientras leían su sentencia y lo preparaban para la hoguera “...con muchas lágrimas pidió perdón (públicamente) a Santiago del Castillo, Pedro de Soria Arzila y a Francisco Sotelo (...) diciéndoles les había levantado falso testimonio por la enemistad que les tuvo, y en general pidió perdón a los demás que había levantado testimonios...” (Medina 1956: 133-134).

Las investigaciones establecieron la existencia de algún grado de complot político organizado, presumiblemente auspiciado por las Provincias Unidas. Se identificaron dos grupos de conspiradores: “...el del riquísimo y poderoso mercader Manuel Bautista Pérez, conocido como el ‘Capitán Grande’ de los judíos conversos de Lima, y el del capitán Antonio Morón, jugador profesional (...) no puede caber duda de que los dos grupos juntamente con el resto de sus correligionarios habían pensado en una acción económica, política y, en último caso, armada, porque en todas partes encontramos indicios de este plan” (Rivanera 1994: 91). Durante el proceso, una treintena de testigos señalaron a Pérez como principal responsable de la conjura, y el pedido de

---

<sup>85</sup> Yapero. Término coloquial americano para referirse al que añade la yapa, o cantidad extra no cobrada de lo comprando (Ref.: <https://dle.rae.es/yapar>) Revisado el 12/05/2024.

<sup>86</sup> Cuatralbo. Dicho de un animal: que tiene blancas las cuatro patas. También jefe o cabo de cuatro galeras (Ref.: <https://dle.rae.es/cuatralbo>) Revisado el 12/05/2024.

hacerse cargo de la sala de armas de Lima “fue interpretado como deseo de obtener el control del arsenal de la ciudad, a fin de entrar en tratos con los enemigos de España, los protestantes holandeses, de igual manera que los judaizantes portugueses del norte del Brasil, en aquel momento bajo el dominio de los Países Bajos” (Lewin 1950: 150).

Entre los conjurados destaca también Simón Osorio (u Ossorio), alias “Simón Rodríguez”, cristiano nuevo portugués de veintiocho años al momento del auto de 1639, natural de la villa de San Combadan y criado en Flandes. Según reportaron los inquisidores limeños a la Suprema el 18 de mayo de 1636, capturaron a Osorio en Quito, donde se estableció con poderes de la duquesa de Lerma para administrar sus obrajes, y lo condujeron a las cárceles inquisitoriales de Lima el 22 de diciembre de 1635. Su principal delito, común a todos los reos, era el de “judío observante de la Ley de Moysen”, agravado por el hecho de que difundía y enseñaba esa ley a otros cristianos nuevos, para lo cual “traía el calendario de sus fiestas, en cifra”. Pero también se le imputaron crímenes de suplantación de identidad, traición y conspiración. En efecto, hallaron dos retratos suyos, “el uno en habito de mujer, y el otro en habito de hombre”, además de testimonios y documentos de las varias identidades que usaba, con “tres padres y diferentes naturalezas” (Medina 1956: 57). Su verdadero padre fue Francisco de Coçoros, procesado y reconciliado por la Inquisición de Coímbra, Portugal. Para evitar la asociación y consecuente persecución, huyó a Madrid, donde falsificó documentos, y pasó a América con falsa información de limpieza de sangre y nobleza. El caso demostró lo fácil que resultaba adulterar informes, y, con un poco de actuación, persuadir a las autoridades de su autenticidad, pues el propio Osorio “...convencido de su falsedad, dijo que con cuatro reales haría él en Madrid informaciones (a) quien quisiese, pintándose el más noble y calificado, y para ostentar traía grandes mechones y andaba muy galán y oloroso” (Böhm 1984: 402). Efectivamente, era un hábil falsificador que ayudaba a los criptojudíos limeños a obtener pruebas falsas de limpieza, por las que cobraba comisión (Ordóñez 2005: 38).

Según su propia confesión, desde Perú mantenía relación estrecha con los neerlandeses que comerciaban con Brasil, y también con los que atacaron Bahía en 1624 y 1625 y conquistaron Pernambuco en 1630. En su proceso consta que se había “jactado de que él

y dos hermanos suyos tienen 8.000 ducados en la compañía contra Su Majestad en Holanda, para armar por la mar, y que son de la escuadra del Brasil<sup>87</sup>” (Mañozca, Gaitán y Castro a la Suprema, ANH/Inquisición, Libro 1041, citado en Böhm 1984: 354-355). Pese a estas graves evidencias, se salvó de la hoguera al abjurar de vehementi, y sólo fue condenado a cien azotes, pérdida de bienes, expulsión de las Indias de por vida y seis años de remar en las galeras de España sin sueldo. Salió como penitente en la procesión, sin cinto ni bonete, con soga alrededor del cuello y llevando una vela verde (Böhm 1984: 402).

Pero el ejemplo más notable de la conspiración consta en una carta escrita en Lima el 8 de junio de 1641, en donde el inquisidor Antonio de Castro y del Castillo reportó a Madrid los pormenores y justificaciones de los procesos de la Complicidad. Según relató, mientras se desarrollaban los procesos, y probablemente con la intención de generar caos para facilitar la liberación de los reos, unos conjurados intentaron robar pólvora de un depósito cerca de Lima, o simplemente hacerla estallar:

...teniendo el virrey conde de Chinchón mucha cantidad de pólvora (antes de las prisiones de la Complicidad) en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe de frailes franciscanos, que está fuera de esta ciudad, se halló una mañana comenzado a hacer un agujero en la pared de la calle del almacén de la pólvora fuerte y gruesa, y a poca distancia un tizón apagado. Causó alboroto, procurose averiguar, y no se pudo (Antonio de Castro a la Suprema, ANH/Inquisición, Libro 1031, 264v, citado en Böhm 1984: 371).

Pese a grandes esfuerzos por descubrir a los autores de este potencial atentado, todo fue en vano. Pero unos meses después llegó la respuesta de la fuente menos esperada. Pese a que las regulaciones enfatizaban que el secretismo era crucial para el buen desarrollo de los procesos, y de los castigos a quienes lo violaban, en la práctica el tema era ambivalentemente. En efecto, durante los juicios sometían a los reos a una suerte de

---

<sup>87</sup> Esto también consta en la crónica del auto de 1639 del prelado Fernando de Montesinos: “tuvo testificación de haberse jactado que un hermano suyo y él tenían en la Compañía de los Holandeses contra Su Majestad 8.000 ducados en la escuadra dedicada a las partes del Brasil” (Böhm 1984: 402).

“dilema del prisionero”, es decir presionaban a unos para que delaten a otros, alegando que los primeros ya lo habían hecho. Conocedores de que los reos aislados se daban modos de comunicarse, ponían por compañeros de celda a otros, previamente sobornados con promesas de reducción de penas y trato más benévolo, con la misión de ganarse la confianza de los primeros y extraerles información (Schaposchnik 2015: 139). A Isabel Antonia Morón, que tenía apenas catorce años cuando fue apresada con toda su familia en 1635, le pusieron por compañera de celda a Beatriz de la Bandera, una “famosa hechicera” traída del Cuzco que, por haber estado incomunicada, nada sabía de los sucesos de Lima. Isabel Antonia, nacida en Sevilla, era hija del matrimonio del comerciante portugués Antonio Morón y Mayor de Luna, y cónyuge de Rodrigo Váez Pereira. Además, era sobrina materna de Mencía de Luna, casada con el comerciante Enrique Núñez de Espinosa. Meses antes del auto de fe, Morón, que residía en Lima con su familia desde 1627, y su cuñada Mencía de Luna murieron en prisión. Bandera se ganó la confianza de Isabel Antonia, y testificó lo siguiente:

...quejándose doña Isabel de sus trabajos, comunicó que el agujero que se había comenzado a hacer en el almacén de la pólvora de Guadalupe había sido por orden de sus deudos y para volar la ciudad. Y que se comunicaban con los holandeses, y que los aguardaban, y otras cosas que constan de la declaración de doña Beatriz, la cual nunca tuvo noticia del agujero del almacén de la pólvora, ni del tizón, ni de otras particularidades que refiere (Antonio de Castro a la Suprema, ANH/Inquisición, Libro 1031, 264v, citado en Böhm 1984: 371-372 y Schaposchnik 2015: 238).

En efecto, según las alarmantes revelaciones, los parientes de Isabel Antonia dispusieron la construcción de un túnel en el depósito de pólvora de Guadalupe con el propósito de extraer el explosivo y volar la ciudad en contubernio con neerlandeses que los aguardaban en algún lugar cercano. Esto sugiere una confabulación de neerlandeses avecindados en Lima con los judaizantes portugueses, o que, de alguna manera, un grupo de soldados neerlandeses estaban escondidos en Lima o el Callao organizando un nuevo ataque. Rivanera conecta este caso con la citada solicitud de Manuel Bautista Pérez al virrey Chinchón para administrar el arsenal de armas de la ciudad:

Manuel Bautista Pérez había, en vano, tramitado ante el virrey su nombramiento como administrador del arsenal de armas de Lima, y la joven Isabel Antonia, hija del capitán Antonio Morón, por orden de su familia trató de preparar el terreno para volar el polvorín de Santa Guadalupe, acción que tenía que ser realizada en combinación con los judíos holandeses... No es de extrañar que los conversos soñaran con una rebelión armada y una toma de Lima y posiblemente del Perú... (Rivanera 1994: 92).

El desafortunado testimonio de Beatriz de la Bandera<sup>88</sup> sobre los dichos de Isabel Antonia Morón proveyó a los inquisidores del eslabón entre herejía y traición que justificó la Gran Complicidad, y selló el destino de toda esa familia, evidenciado en la seriedad con que se llevaron los procesos, y lo draconiano de las sentencias (Schaposchnik 2015: 139, 169-170, 255). En efecto, en 1641 el inquisidor Castro en carta a la Suprema justificó la Complicidad como proceso de lucha en contra de los crímenes políticos de espionaje y conspiración: “Segundo motivo, y que por él consta que no solo fue complicidad de judaísmo, sino hostilidad y maquinación de crimen lesa” (Antonio de Castro a la Suprema, ANH/Inquisición, Libro 1031, 264v, citado en Böhm 1984: 371).

La Gran Complicidad concluyó grandiosamente en Lima con el auto del 23 de enero de 1639, el décimo tercero y más grande en la historia del Virreinato. Comparecieron ochenta reos, que desfilaron impecablemente vestidos y con palmas a lomos de caballos blancos igualmente adornados. Aparte de uno casado dos veces y seis hechiceras, todos los demás fueron procesados por judaizantes, con la velada sospecha de haberse infiltrado en la sociedad peruana para espiar y ser cómplices de los intentos neerlandeses de conquistar Perú y Brasil. De estos, 42 observantes de la “Ley de Moysen” fueron reconciliados luego de marchar con sambenito, sogas en la garganta y vela verde en las manos, mientras que siete, que abjuraron de vehementi por escrito,

---

<sup>88</sup> Beatriz de la Bandera, procesada por hechicera, tuvo una pena atenuada por colaborar para descubrir el complot de la pólvora. Según los anales “...fue traída presa por hechicera, confesó su delito, y entre otras cosas dijo se le aparecían los demonios en forma de mastines y monos, con unas colas muy largas y ramos de molle en las manos. Salió al auto con coraza blanca, vela verde en las manos, abjuró de levi. Fue condenada en destierro de esta ciudad y la del Cuzco, por cuatro años” (Medina 1956: 113).

fueron declarados inocentes y reconciliados. Hubo dos más reconciliados con sambenito, pero con insignias de quemados desde la noche anterior al auto. Mayor de Luna y su hija Isabel Antonia marcharon luego de abjurar formalmente de ser judías judaizantes y fueron reconciliadas, pero condenadas a destierro permanente de Indias y prisión perpetua en Sevilla. Durante su cautiverio, varios reos, especialmente Mayor e Isabel Antonia, se dieron modos de establecer un ingenioso esquema de comunicaciones. Sobornaron a tres miembros del entramado burocrático, incluido el alcaide Pradedo, que, al ser descubiertos, también fueron procesados y marcharon en el auto. Por esto, como castigo adicional, madre e hija recibieron cien azotes en las calles públicas. Por judaizantes contumaces, fueron quemados doce: diez vivos, Morón en estatua y el cadáver de Rodrigo Váez, a quien, por confesar y pedir misericordia a último minuto, le dieron garrote, ahorrándosele el sufrimiento indecible de morir abrasado por las llamas. Declaró antes de morir: “Hasta aquí he sido judío y desde ahora soy cristiano” (Montesinos, Fernando de [1640] Auto de Fe celebrado en Lima a 23 de enero de 1639 reproducido en: Böhm 1984: 406-408, 421-422 y Schaposchnik 2015: 250).

Así fue como, desde su connotación política, la Gran Complicidad marcó el punto culminante en la pugna de cuatro décadas entre el imperio hispanoportugués y las Provincias Unidas en el Virreinato Peruano. Todo el proceso fue la respuesta definitiva que dio España a las seis incursiones en el Pacífico para conquistar territorios en el Virreinato, con tres dimensiones políticas, dos en el campo internacional y una en el interno. Las internacionales son la reafirmación de la soberanía imperial española en Perú y Chile, y el hacer explícito el triunfo del poder imperial sobre las ambiciones expansionistas de los rebeldes que, si bien ganaron en Europa, no pudieron exportar la victoria a América. Y, en la interna, sirvió como vindicta pública, al resolver y castigar de forma jurídica y simbólica a los judeoconversos portugueses, enemigos internos del Imperio Español, infiltrados en el muy católico Virreinato como espías e informantes para alimentar por décadas a las compañías neerlandesas con la información necesaria para las empresas de conquista.



## Conclusiones

La historiografía dominante enfatiza los aspectos comercial y político para explicar la expansión colonial neerlandesa en el siglo XVII, donde la estrategia era construir un imperio comercial global suficientemente poderoso como para retar el dominio mundial de los Habsburgo. En el Pacífico, las invasiones de corsarios neerlandeses antes de la firma de la Paz de Westfalia, entre 1598 y 1643, se enmarcan como actos tendientes a debilitar al Imperio Español, dentro de la construcción del imperio global en el llamado “siglo de oro holandés”.

El éxito de la primera y la segunda expedición está en que lograron abrir la navegación del Pacífico al naciente Imperio Neerlandés, pues varios barcos lograron llegar al Lejano Oriente y uno notablemente al Japón, donde estableció el comercio con las Provincias Unidas. Por su parte, Van Noort, en el contexto de la guerra, causó daños e hizo sentir la presencia de su naciente imperio a ambos lados del océano, tanto en Chile como en las Filipinas.

En lo que respecta a la estrategia de buscar alianzas con los indios, indispensables para el establecimiento de una colonia en Chile, las expediciones neerlandesas, en general, fracasaron, demostrando la naturaleza ambivalente de la relación entre neerlandeses e indios del sur de Chile, que osciló entre lo cordial y lo abiertamente hostil. La excepción fue Baltazar Cordes que, en alianza con indios en guerra con los españoles y aprovechando hábilmente las circunstancias que le favorecieron, capturó y ocupó Chiloé por dos meses. Existe, sin embargo, debate historiográfico en torno a si Cordes buscaba establecer una colonia permanente o si actuó motivado simplemente por la imperiosa necesidad de obtener provisiones. En todo caso, su posición siempre fue precaria y la línea de abastecimiento imposiblemente larga. Por lo tanto, en poco tiempo fue rebasado por las fuerzas españolas que lo expulsaron y reconquistaron la isla. Pero esta acción sembró en las Provincias Unidas la idea de que era posible lograr una alianza con los indios para establecer una colonia en Chile, y que valía la pena intentarlo.

Mientras tanto, para los indios fue una experiencia amarga. En efecto, el castigo español por favorecer a los neerlandeses fue tan severo que, en adelante, se lo pensaron dos veces antes de suscribir alianzas antiespañolas, y más bien aprendieron a jugar una

hábil diplomacia con los españoles para obtener favores de la Corona a cambio de preservar la soberanía española en el extremo sur del continente. Pero la más importante de las lecciones fue para los españoles, que tomaron medidas efectivas y autoritarias para evitar que, en el futuro, los indios presten su apoyo a los neerlandeses. En efecto, la violenta retaliación implicó que, en adelante, los caciques se mostraran mucho más cautos a la hora de decidir si ofrecían o no apoyo a otros europeos que no fueran españoles, pues la respuesta de estos últimos bien podía romper la frágil “estabilidad” de la región que vivía en permanente tensión por la tozuda posición indígena de mantener el statu quo de la frontera, frente a los múltiples intentos españoles por romperlo y expandir sus posesiones al sur del río Biobío.

Si bien los logros de Van Noort en cuanto a alianzas y conquistas en el sur de Chile fueron nulos, su viaje sirvió para alimentar la particular fascinación que generaba Chile en sus conciudadanos, quienes imaginaban una especial afinidad con los nativos. Esto se debió a las descripciones del diario que trajo de vuelta, en que pintó el paisaje al sur de Santiago como el más fértil del mundo, donde todo lo sembrado crecía en abundancia, y, por supuesto, las minas de oro “...indescriptiblemente ricas” (Schmidt 1999: 462). A la belleza de la naturaleza chilena, lo equilibrado de su clima, la fertilidad de su tierra y el oro debajo de ella, se sumaba la reputación de valor de sus indios, que resistían con tesón los avances conquistadores de los españoles desde mediados del siglo XVI. En efecto, fue durante el viaje de Van Noort que se produjo la revuelta de 1599, en que los indios expulsaron a los españoles de Valdivia. El corsario supo de este evento, y, a su regreso, se apresuró a reportarlo con particular simpatía hacia los “valientes guerreros” (Schmidt 1999: 461-462). Su narrativa no está exenta de la clásica retórica anticatólica de la revuelta neerlandesa, pues elogiaba la destrucción de claustros e iglesias con sus “ídolos papistas” (Schmidt 1999: 461-462). En el imaginario neerlandés, esto suponía que, en el marco de una alianza, los indios bien podían ser catequizados en la verdadera fe. A las descripciones de Van Noort se sumó la historia del éxito de Baltazar Cordes para capturar y retener por dos meses Chiloé en alianza con indios, alimentando el consenso en torno a la idea de que los indios chilenos representaban la mejor posibilidad de forjar una alianza antiespañola en Sudamérica. Y todo ello sirvió para impulsar la tercera expedición con miras a la conquista de territorios en Chile y el Perú, a cargo de Joris Van Spilbergen.

En cuanto a las relaciones con los indios, la expedición de Spilbergen no mostró nada nuevo con respecto a las anteriores en los mismos puntos donde todas pararon: Magallanes y las islas Mocha y Santa María. Es más, en la última los indios estaban abiertamente del lado de los españoles y los apoyaron en su intento de emboscar a Spilbergen. Sin embargo, Spilbergen actuó bajo el supuesto errado pero persistente en las Provincias Unidas de que retomaría y continuaría unos supuestos tratos amistosos establecidos por las expediciones precedentes. Pero no hay nada más ajeno a la realidad, especialmente porque el lapso de quince años entre las primeras y la de Spilbergen es demasiado tiempo para pensar en un proceso continuo en el que los indios hubieran estado en pausa temporal, esperando el regreso de los neerlandeses para proseguir con una negociación tendiente a la fundación de una colonia neerlandesa en Chile. En todo caso, ante la disyuntiva de si quedarse en la isla Mocha y dejar ahí algunos de sus hombres y pertrechos para establecer un asentamiento, o enfrentarse a la Armada del Mar del Sur que había salido en su busca, Spilbergen escogió lo segundo y abandonó cualquier proyecto colonizador.

Nuevamente el aislamiento, el mal clima, la ambigüedad en la actitud de los indios hacia los neerlandeses, la indisposición de su propia gente (que en buen número viajó al Perú engañada, suponiendo que iba hacia las Molucas, donde había oportunidad de hacer buenos negocios), y lo increíblemente larga que resultaba la línea de abastecimiento hasta las Provincias Unidas, jugaron en contra del proyecto colonizador. Por otro lado, hay que notar la prudencia y buen juicio de Spilbergen, pues lo más probable es que si se quedaba en la isla, hubiera sido expulsado pocos meses después por una fuerza superior combinada de españoles e indios, como le sucedió a Cordes de Chiloé en 1600. Spilbergen escogió sabiamente enfrentarse y aniquilar a la Armada del Mar del Sur, pero falló en capitalizar su triunfo pues, esta vez por exceso de prudencia, no atacó el puerto del Callao, que se hallaba prácticamente a su merced. En México fracasó en su intento por capturar el galeón de Manila, pero cruzó el Pacífico con éxito y comandó la flota que atacó las Filipinas en 1617 con el objetivo de expulsar a los españoles del Asia. Sin embargo, esta vez fue derrotado, pero disuadió a los españoles de atacar los asentamientos neerlandeses de Indonesia, con lo cual ambos imperios quedaron en situación de empate geopolítico, y el Pacífico dejó de ser, en la práctica, el mare clausum español.

Para cerrar el ciclo de las expediciones neerlandesas al Pacífico en el contexto bélico, está la expedición de Brouwer y Herckmans, que logró conquistar por unos pocos meses Valdivia. A pesar de los buenos auspicios, y de que la armada zarpó del Brasil, reduciendo considerablemente la línea de abastecimiento con respecto a las anteriores expediciones, finalmente resultó un fracaso. En efecto, el 28 de octubre de 1643 el capitán Elías Herckmans -y lo que quedaba de la flota que zarpó de Pernambuco el 15 de enero pasado al mando del capitán Jacob Brouwer- abandonaron Valdivia y, con ello, todo intento de establecer una colonia neerlandesa en el Pacífico americano. Herckmans ancló en Pernambuco dos meses después, donde lo recibieron con sorpresa, pues dos navíos se aprestaban a abandonar el puerto: uno hacia Valdivia con refuerzos y otro a informar en las Provincias Unidas la buena nueva de que la WIC logró establecer una base comercial en Chile (Mercado 1985: 89). Apenas cinco años después, el 24 de octubre de 1648, se firmó el conjunto de tratados conocidos como Paz de Westfalia, en los que el Imperio Español no tuvo más remedio que reconocer definitivamente la independencia de las Provincias Unidas. A cabo de once años, el 28 de enero de 1654, los neerlandeses capitularon en Recife y devolvieron su último bastión en el Brasil al Imperio Portugués, terminando así con el sueño de una gran colonia neerlandesa en América del Sur, del cual solo quedaron Surinam y las pequeñas (pero prósperas) Antillas Neerlandesas, que hoy son estados libres, pero mantienen un estatuto de asociados de las Provincias Unidas.

La expedición de Mahu y Cordes, organizada por la compañía Magallánica, implicó un primer valioso intento por establecer el comercio tanto con los españoles en Chile como transpacífico, probar suerte con la piratería cuando el comercio se probó imposible por la negativa española, establecer colonias en el Sur de Chile y, para ello, como estrategia de corto plazo hacer alianzas con los indios y, de largo plazo, poner espías en Perú a recopilar información para futuras expediciones militares de conquista. La compañía contrató a Dirck Gerritsz por su conocimiento previo de China y Japón, que le permitirían ser el enlace para establecer relaciones comerciales con esos imperios y arrebatar el monopolio a los portugueses y españoles, que llevaban décadas comerciando con ellos. Con esas perspectivas, Gerritsz invirtió en el viaje y planeaba participar de la venta en Europa de las especies que adquirirían en el Lejano Oriente. Pero, cuando ya en alta mar los comandantes informaron a la tripulación que el viaje no sería a través del cabo de Buena Esperanza sino del estrecho de Magallanes, para

Gerritsz y el grueso de la tripulación la noticia fue un baldazo de agua fría. Ahí cambiaron las perspectivas comerciales, pues quedó claro que el destino de las mercaderías que iban en la flota era ser vendidas en Chile y Perú y que, luego del peligroso cruce del Pacífico, se adquirirían las especias en Oriente con la plata del producto de la venta. Todo eso implicaba que el viaje era mucho más peligroso de lo que la tripulación podía suponer, con el riesgo cierto de ser capturados por los españoles en el Mar del Sur, como en efecto sucedió con el Ciervo Volador.

La decisión de entregarse en Valparaíso con el Ciervo Volador no fue unilateral, sino tomada de forma democrática por la mayoría de tripulantes. Sin embargo, Gerritsz pensó hacer que la rendición finalmente resultara lo más rentable posible tanto para él como para los organizadores. No queda claro si las autoridades virreinales tomaron en serio estas negociaciones y cumplieron con su parte, o si solo les interesaba el barco para mejorar la capacidad de la Armada del Mar del Sur y lucrar de sus mercaderías y provisiones. El trato relativamente laxo de Gerritsz y sus hombres y su posterior liberación por canje, aunque no fue inmediata ni en Buenos Aires, sugiere que si hubo un acuerdo que los españoles respetaron hasta cierto punto. Finalmente, si la expedición resultó un completo fracaso en cuanto a sus objetivos de comercio, conquista y piratería, por lo menos los doce sobrevivientes que volvieron a su patria, lo hicieron con algo muy valioso para compensar las pérdidas de los armadores: información de inteligencia, crucial para la organización de futuras expediciones.

En cuanto al tema de los espías, las dos expediciones tuvieron éxito. Ciertamente, la rendición del Ciervo Volador en Valparaíso se debió a causas fortuitas, pero está probado que sus tripulantes aprovecharon el hecho de estar entre los primeros neerlandeses que visitaron el Perú para viajarlo extensamente recopilando información, pues la documentación con las declaraciones de estos náufragos existe en el Archivo General de los Países Bajos en La Haya, notablemente en los expedientes relativos a la organización de la Armada de Nassau. Más allá de la entrega de información de los doce que volvieron a sus países, consta que por lo menos uno regresó al Perú: Adriaan Dircks, que llegó a Chile por primera vez como náufrago en 1599, volvió a su país en 1604 a resultas de un intercambio de prisioneros, y regresó al Callao, sin haber enfrentado ninguna traba, en 1613, oficialmente como carpintero de ribera, pero en realidad contratado por la VOC y el gobierno de las Provincias Unidas para servir de un útil espía in situ para las expediciones que vendrían unos años después. En años

posteriores consta que, durante su residencia en el Callao solía recibir en su casa a los extranjeros que pasaban por ahí, y más aún si eran de su misma nación. No sería raro, y es hasta probable, que entre sus visitas estuvieran las de oscuros personajes como Hans Bartholomew Aventroot (Montáñez 2014: 77) y Pedro de León Portocarrero. Finalmente, Van Noort logró plantar con éxito al enigmático “tabernero” flamenco de Arica, colector de la información que sirvió de base para el libro *Historia del Nuevo Mundo* de Johannes de Laet.

Con respecto a los espías e informantes, podemos clasificarlos en tres tipos. En primer lugar, el comerciante converso de origen portugués, en segundo el comerciante neerlandés protestante y el proletario también neerlandés que, aprovechando que su profesión era valorada en Perú, aprovechó para espiar. Ejemplo del primero es Pedro de León Portocarrero, del segundo Hans Bartholomew Aventroot y del tercero Adrián Rodríguez. León Portocarrero, como fue usual entre de judíos portugueses que migraron, huyó de la Inquisición suponiendo que hallaría la tierra prometida en el Perú, pero la persecución lo alcanzó hasta Lima y luego de vuelta en Sevilla. El afán de lucro, mezclado con el resentimiento, la oportunidad y, posiblemente, un encargo expreso desde las Provincias Unidas, lo llevaron a componer y luego vender su Descripción. Con respecto a este documento se barajan dos hipótesis. La primera es que, resentido por la forma como fue maltratado en España y Portugal, además de huir de la Inquisición, posiblemente migró al Perú desde un inicio como espía de las Provincias Unidas, con el encargo de componer una descripción con información útil para favorecer los propósitos de la guerra de los Ochenta Años. La segunda es que quizás no viajó en calidad de espía, sino que aprovechó la oportunidad de vivir y viajar libremente por el Perú para convertirse en uno. En este caso, dados sus problemas económicos de 1613 compuso la Descripción con la intención de venderla, y probablemente huyó de vuelta a Europa temiendo que la Inquisición descubriera, además de su herejía, sus actividades de espionaje y escritos comprometedores.

Como para reforzar ambas hipótesis, la llegada de Pedro de León al Perú coincide, de forma sorprendente, con la rendición en Valparaíso del Ciervo Volador y la presencia de un espía bien conocido: Hans Aventroot. Al igual que Aventroot (que aprovechó su amistad y parentesco político con el conde de La Gomara para recorrer el Perú recopilando información) y Adrián Rodríguez que, oculto tras su profesión de carpintero de ribera, permaneció por años haciendo lo mismo, e intercambiando

correspondencia con las autoridades de las Provincias Unidas, sin ser detectados, las actividades clandestinas de León Portocarrero, actuando bajo la fachada de un diligente comerciante, nunca fueron descubiertas. No sería raro que Pedro de León, Aventroot y Rodríguez se conocieran, y que los tres fueran colaboradores de la misma red de espías que operaba en Perú al servicio de las Provincias Unidas desde, por lo menos, 1600.

La conclusión es ambigua, pues resulta problemático conocer la verdadera dimensión del rol que jugaban las minorías extranjeras en Perú como actores de la guerra, ya sea de forma directa o indirecta, consciente o inconsciente, como espías a favor de las Provincias Unidas. El secretismo propio de las actividades de espionaje no permite dilucidar con certeza si la Descripción de León Portocarrero sirvió a la expedición de la Armada de Nassau, pero su mera existencia revela el rol significativo que jugaron los agentes secretos que operaban en el propio centro de la hegemonía española sudamericana, desde donde proveían regularmente de información actual y precisa a sus enemigos (Montáñez 2014: 81).

Todos estos casos ilustran una característica de los extranjeros residentes en Perú: que casi nunca tenían restricciones para volver a sus países. En efecto, gozaron de libre movilidad para ir y venir y viajar por el Virreinato. Con respecto a los extranjeros en general, y a los neerlandeses en particular, se puede apreciar que, quienes se dedicaban a oficios navales, como quiera que hayan llegado, figuran entre quienes más conocimiento tenían de la navegación al Perú y en el Mar del Sur, además de la geografía costera del Pacífico (Bradley 2001: 662). Y, como siempre hacen los migrantes, conformaron comunidades dentro del Perú, además redes comerciales y familiares, tanto entre compatriotas que vivían en varias partes dentro del Virreinato, como con parientes y amigos en su tierra de origen: las Provincias Unidas, en España, Portugal, Francia, Inglaterra y en el Brasil, especialmente durante el dominio neerlandés de 1630 a 1654. Si bien la mayoría eran simples proletarios o comerciantes sin malas intenciones, unos pocos -como el carpintero de ribera Adrián Rodríguez y Plemón- aprovecharon hábilmente que las circunstancias facilitaban espiar al servicio de las ambiciones colonialistas de las Provincias Unidas. Una característica de la labor de los espías es que la información clandestina viajó durante años de ida y vuelta entre España y el Perú en las flotas de galeones entreverada con la correspondencia común, sin que las autoridades la detecten. En efecto, los agentes encubiertos aprovecharon que el volumen de correspondencia de los muchos extranjeros asentados cerca de los puertos



era tan alto y constante, que resultaba imposible para los oficiales revisarlo todo y descubrir aquellos que contenían información sensible. Así operó durante décadas la compleja y eficiente red de espionaje al servicio de las Provincias Unidas en el Perú.

El viaje de Joris Van Spilbergen se aborda en lo que se refiere a la dinámica de relaciones con los indios magallánicos y de la Patagonia y a los desertores de su flota, que bien pueden haber sido espías dejados deliberadamente el tiempo suficiente como para recopilar información para la siguiente expedición, que fue la Armada de Nassau que, aunque llegó en 1624, se organizaba desde 1619, año en que muy oportunamente los desertores de la expedición fueron liberados y volvieron a las Provincias Unidas. El más sospechoso fue Porta, que se contradijo, cambió varias veces su testimonio, y, aunque afirmó ser francés, los inquisidores pensaban que era flamenco, además de que veintiún testigos afirmaron en su juicio que era espía. Aunque no hay pruebas concluyentes de que fueran, efectivamente, espías que fingieron desertar para quedarse en Perú, alguna historiografía, basada en los testimonios de los juicios inquisitoriales, como Lohmann Villena, los ha tratado como tales. Sin embargo, del lado neerlandés no se ha hallado documentación concluyente de que hayan ofrecido testimonios a los organizadores de la Armada, como si está demostrado para los naufragos del Ciervo Volador y la flota de Van Noort.

Los juicios seguidos por la Inquisición contra los desertores de Spilbergen demuestran la labor del Santo Oficio para procesar extranjeros sospechosos de espiar. Bradley señala con acierto que “los documentos parecen indicar una serie de fases de mayor preocupación”: notablemente la segunda década del siglo XVII tras las primeras incursiones neerlandesas de principios de siglo en Chile, a partir de 1635, cuando se ponen en práctica medidas contra franceses, y con la célebre Complicidad Grande, donde uno de los asuntos que indagó la Inquisición fue la complicidad de los judaizantes portugueses que, a través de sus redes comerciales y familiares con Europa, servían de espías para facilitar información para la guerra a las potencias enemigas de España, notablemente las Provincias Unidas (Bradley 2001: 658). La documentación oficial de investigaciones y procesos criminales e inquisitoriales, generada en esos momentos, demuestra que la red de espías fue una realidad y no una invención paranoica de las autoridades virreinales. En efecto, no fueron simples chivos expiatorios ajusticiados para calmar los temores de la gente, como señala una parte de la historiografía que se ha ocupado del tema (Armas 1997: 380).

La incursión de Spilbergen es un ejemplo de ofensiva antiespañola en ambos lados del Pacífico, pues enfrentó tanto a la Armada del Mar del Sur en 1615 como a la de Filipinas dos años después. Pero el enorme esfuerzo neerlandés, y el clímax del proceso, desembocó nueve años después en la construcción y equipamiento de dos poderosas flotas que eran empresas de capital mixto, auspiciadas tanto por el gobierno como por particulares y la WIC. El objetivo de la primera fue atacar Salvador de Bahía en el Brasil y el de la segunda, el Virreinato Peruano, de forma simultánea, en 1624, para atenuar al Imperio hispanoportugués (entonces en alianza y bajo la misma corona Habsburgo) en un intento quimérico por arrebatar toda Sudamérica al Imperio Español. La armada que atacó el Brasil, comandada por Jacob Willkens y Piet Heyn, se presentó en Salvador de Bahía el 8 de marzo y capturó la ciudad en un día. Pero la colonia duró sólo un año, pues Felipe IV dispuso la inmediata recuperación de la plaza a cargo de Fadrique de Toledo, que reconquistó la ciudad en mayo de 1625 y expulsó a los neerlandeses (Lucena 1992: 136). La segunda era la imponente Armada de Nassau, cuyo objetivo era atacar el corazón del Virreinato Peruano, traducido en dos grandes metas. La primera, capturar la Armada del Mar del Sur con todo su cargamento de plata en Arica o en la rada del Callao el 9 de mayo de 1624. Para este propósito, contaban con la fecha exacta de la salida de la armada, gracias a la red de espías del Callao (notablemente Adrián Rodríguez) y su contraparte en Europa, cuya cara visible fue Hans B. Aventroot. Y la segunda, conquistar territorio en el Virreinato para establecer una base permanente en esa parte del mundo. La primera opción, y la más obvia, era arrebatarle territorio al Imperio Español en el Sur de Chile, bajo el supuesto de que la soberanía española en esa zona era débil y estaba poco conectada tanto con Lima, la sede del Virreinato, como con la metrópoli como para recibir auxilio oportuno en caso de una invasión. Y, además, estaba la guerra permanente con los indios, que impedía que la Corona pudiera completar y perfeccionar la conquista del territorio más al Sur del Río Biobío.

Sin embargo, la Armada de Nassau perdió por pocos días la oportunidad de capturar la Armada del Mar del Sur con su tesoro, y, en lugar de atacar el sur de Chile, sintiéndose lo suficientemente poderosa -y alentada por sus espías, que le aseguraron que el propio corazón del Virreinato estaba mal defendido- cayó en el error de atacar directamente el Callao, intentar tomar el puerto y marchar hacia Lima. Dado que la información de los espías fue incompleta, por no decir errada, el plan original devino en

un tedioso bloqueo del Callao que se prolongó por 98 días, entre el 9 de mayo y el 14 de agosto de 1624. Ahora el éxito de la misión dependía de que, mientras bloqueaban la rada del Callao, recibirían el apoyo masivo de las poblaciones subalternas de esclavos, y gente negra libre del Callao. Durante el bloqueo rigió una suerte de empate técnico entre las fuerzas invasoras y las virreinales, que se tradujo en un total dominio del mar por parte de las primeras, mientras que las segundas controlaban las posiciones en tierra. La Armada esperó en vano el respaldo que nunca llegó. Mientras la Armada languidecía por la desmoralización de su gente, la falta de agua y provisiones, las defensas de tierra se fortalecían en la misma proporción, hasta que, en julio, el virrey Guadalcázar planteó a sus asesores militares pasar de la defensiva al ataque y asaltar los barcos neerlandeses y sus tropas acantonadas en la isla de San Lorenzo. Bien informados por los prisioneros como Carstens y desertores de los problemas a bordo de la Armada, los militares le aconsejaron esperar pacientemente hasta que la desmoralización, las enfermedades, la falta de agua y provisiones empezaran a cobrar réditos en los invasores. Y, en efecto, a mediados de agosto Schapenham levantó el bloqueo y se retiró con rumbo norte teniendo siempre en mente volver hacia el sur y conquistar Chile, cosa que nunca se materializó, en último término, por la oposición de sus propias tropas y marinería. En el ínterin, la expedición originalmente concebida como de conquista, degeneró en mera piratería, y así ha pasado a la historia y ha sido leída por la historiografía. En efecto, porciones de la flota decidieron arrasar con los puertos menos defendidos de la costa tanto hacia el Norte como hacia el Sur. Atacaron Pisco y Guayaquil, donde esperaron vanamente lo mismo: que las poblaciones subalternas se vuelquen en apoyo de los “libertadores” neerlandeses.

La Armada de Nassau fue una flota pequeña comparada con las flotas de la conquista española de un siglo atrás. Es curioso que los neerlandeses hayan subestimado al Imperio Español en el Perú tanto como para imaginar que la conquista del Virreinato Peruano era posible. La conquista del Perú hubiera sido viable sólo en el caso de que hubieran existido, efectivamente, fracciones en sociedades locales y la voluntad de guerras civiles. Pero el caso es que los mapuches del sur de Chile estaban en guerra contra cualquier potencia europea que quisiera colonizarlos, sea España, las Provincias Unidas o cualquier otra. Más al sur, en el estrecho de Magallanes, los indios Yamaná tampoco se mostraron favorables a un acuerdo: el asesinato de diecisiete neerlandeses es prueba inequívoca de que no querían extranjeros en su territorio. Schapenham se

horrorizó cuando concluyó que eran antropófagos, por los cadáveres que se llevaron y los que dejaron mutilados, por lo que no hubiera pactado con esos indios tan primitivos. Además, las poblaciones afro peruanas y los indios chilenos no participaron del proyecto neerlandés porque no lo veían como una vía de “salvación” o “independencia” del Imperio Español, no existían faccionalismos locales tan profundos como para no ser resueltos por los españoles mediante negociación y cooptación.

A pesar de la creencia de que “con sus socios neerlandeses, los amerindios debían liberarse de la tiranía de España y, por ende, liberar su hemisferio del control de los Habsburgo” (Schmidt 1999: 445), fue grande su decepción al comprobar que las clases subalternas jamás mostraron alguna intención de apoyarlos, y más bien fueron universalmente vistos como invasores crueles e indeseables herejes tanto por las clases dominantes del Perú como por los indios y negros. Podríamos decir que había un consenso social a este respecto. Además de la desconfianza y el recelo que despertaron los neerlandeses en estas poblaciones, están las medidas tomadas por el gobierno virreinal para evitar el contacto con los invasores y el factor religioso. En efecto, por un lado, los misioneros adoctrinaron tan bien en la fe católica a los mestizos y negros del Virreinato, que estos verdaderamente aborrecían a los herejes protestantes, con quienes jamás se alearían contra el catolicismo. Mientras que el virrey, bien enterado de la intención neerlandesa de pactar con las poblaciones subalternas del Virreinato contra los españoles, durante el bloqueo reclutó a los negros y mulatos libres del Callao y Lima, con quienes formó milicias para la defensa de la ciudad y el puerto, además de que las usó para tener bajo control al resto de poblaciones subalternas y evitar su contacto con los invasores neerlandeses. Así, una vez más, la política de alianzas fracasó, y se ve cómo y porqué, más allá del caso de Baltazar Cordes, las alianzas entre neerlandeses y poblaciones subalternas nunca se materializaron, y mucho menos la proyectada conquista del Perú, aunque no se debió a la falta de interés del lado neerlandés.

Por otro lado, las declaraciones de los griegos, Carstens y otros desertores, resultaron mucho más valiosas y prácticas para los defensores, pues revelaron que los invasores atravesaban una grave situación aquejados de enfermedades y desmoralizados por falta de agua y provisiones. Esta información fue la que finalmente permitió al virrey Guadalcázar ganarles la partida. En efecto, resulta irónico que los prófugos y reos proporcionaran información más certera al virrey que la que los espías pudieron filtrar a la Armada de Nassau. En el último momento, los desertores fueron mejores

“espías” para los españoles que lo que sirvieron a los corsarios, plantados con tanto cuidado en Perú desde 1600.

Este trabajo está dedicado a la particular labor del Santo Oficio, más allá de la extirpación de la herejía y cuidado de la moral pública, en la persecución de delitos políticos como la conspiración, la traición, el espionaje y la piratería, otra importante función de este tribunal, especialmente durante la guerra de los Ochenta Años y los consecuentes y reiterados intentos de las Provincias Unidas por establecer colonias, o simplemente conquistar, el Virreinato Peruano. La Inquisición sabía e investigó eficientemente el hecho de que información sensible y de interés para llevar con éxito la guerra europea entre neerlandeses y españoles al Perú llegó, efectivamente, desde Perú hasta las Provincias Unidas, a través de complejas redes de comunicación que incluyeron las relaciones de comercio entre judaizantes portugueses establecidos en Lima (y otras partes del virreinato) y amigos, parientes y socios comerciales en Europa. Gracias en parte a esta información, se organizaron en las Provincias Unidas expediciones de conquista y rapiña al Perú durante la primera mitad del siglo XVII, hasta 1648 cuando, con la firma del tratado de paz de Westfalia, el Imperio Español reconoció la independencia de las Provincias Unidas y el comercio formal sustituyó el contrabando, la piratería y los afanes de conquista, y, con ello se acabó formalmente la actividad de los espías.

Prueba del trabajo de la Inquisición está en los apartados dedicados a los procesos en contra de espías como Adrián Rodríguez y Plemón, piratas como Pieter Jan, e informantes judaizantes portugueses relacionados con las Provincias Unidas, sus compañías y las expediciones que organizaban al Pacífico. A lo largo del trabajo, se analizaron varios juicios se realizaban sobre la base de acusaciones que permitían establecer con cierta certeza, gracias a investigaciones previas a la detención, la culpabilidad del imputado. Generalmente sólo mencionan los temas relacionados con la heterodoxia de la fe católica del reo y poco -o nada en la mayoría de casos- al “delito político” de atentar contra los intereses de España, traducido en la relación y complicidad con las compañías auspiciantes de las expediciones neerlandesas al Pacífico, de las que los judaizantes peruanos eran informantes a través de sus redes de comercio, mientras que sus congéneres europeos las financiaban. En unos pocos casos, los juicios mencionan la relación de algún procesado con Francia y las Provincias Unidas, reinos en donde se criaron y tenían contactos o familia, aunque

este tipo de información es tangencial a los crímenes de herejía, que conformaban el meollo de los procesos. Pero, como se ha visto, hay algunos casos que sirven para ilustrar el interés de los judaizantes americanos por relacionarse con las compañías neerlandesas.

En efecto, desde principios del siglo XVII se puede encontrar referencias documentales que dan cuenta de conexiones entre cristianos nuevos portugueses residentes en el Perú con Ámsterdam a través del Brasil y Portugal (Schaposchnik 2015: 114-115). Desde correspondencia del tribunal pasando por documentación de fuentes públicas externas a la Inquisición, queda claro que la posibilidad de una invasión neerlandesa preocupaba tanto a las autoridades religiosas como a las seculares (Schaposchnik 2015: 39-40). Por ejemplo, en su memorial de 1631, fray Buenaventura de Salinas escribía sobre un sacerdote que, en medio de la batalla con los neerlandeses en el Callao en 1624 caminaba entre los soldados llevando un crucifijo, exhortando a los combatientes a arriesgar sus vidas en defensa de la fe cristiana. El propio religioso terminó muerto en manos de los invasores (Schaposchnik 2015: 115).

En lo que se refiere a los procesos contra Adrián Rodríguez, es notable el hecho de que, habiendo sido condenado a muerte por la justicia criminal, luego fuera requerido por el Santo Oficio para ser investigado y procesado, tanto por hereje como por espía y traidor. Este hecho ejemplifica que la Inquisición limeña tuvo, entre otros atributos y funciones (en especial durante la primera mitad del siglo XVII), el cuidar la soberanía del Virreinato Peruano frente a la amenaza que suponían los espías establecidos en Perú para pasar información de inteligencia estratégica a las Provincias Unidas, la más notable potencia emergente rival de España del momento.

Las evidencias documentales prueban que, más allá de los franceses, ingleses y flamencos -algunos de ellos abiertamente piratas- que en más de una ocasión levantaron sospechas de espionaje, muchas confirmadas durante los procesos, que los judaizantes de origen portugués fueron quienes estuvieron más frecuentemente en la mira de la Inquisición. La información sobreviviente de los procesos es incompleta, pero permite comprender la existencia de permanente tensión entre los portugueses de origen judío y el Santo Oficio, prácticamente desde su establecimiento en 1569-1571. En efecto, los jueces sabían que las grandes comunidades sefarditas de ciudades como Ámsterdam tenían lazos comerciales con los portugueses de origen judío que migraron a América y establecieron congregaciones en Lima y el Callao, entre otras ciudades. Y estaban

conscientes de que, bajo una apariencia inofensiva, el tráfico comercial facilitaba el intercambio de información sensible -o espionaje- que alimentó los conocimientos necesarios para que las compañías neerlandesas organicen las expediciones que incursionaron en el Pacífico entre 1600 y 1643. En efecto, desde correspondencia del tribunal pasando por documentación de fuentes públicas externas a la Inquisición, queda claro que la posibilidad de una invasión neerlandesa preocupaba tanto a las autoridades religiosas como a las seculares (Schaposchnik 2015: 39-40).

En los aproximadamente doscientos años de funcionamiento del tribunal limeño, hubo 32 personas quemadas en la hoguera, once de ellas luego de un solo auto: el de 1639, equivalentes al 33 % del total<sup>89</sup> (Schaposchnik 2015). En este caso, todos los ajusticiados lo fueron por judaizantes. Esto refleja el hecho señalado de que, de la totalidad de extranjeros procesados en Lima, la gran mayoría fueron criptojudíos portugueses. Pero al examinar los expedientes, aparecen esporádicas acusaciones y testimonios que señalan vínculos personales con las Provincias Unidas y Francia. Y, aunque generalmente no consta de forma explícita, en varios casos subyace la sospecha del delito político de traición, sugiriendo que además de herejes, actuaban como informantes o tenían alguna relación con las incursiones neerlandesas y sus piraterías. En la práctica fueron procesados por ambos delitos, pero formalmente sólo sancionados por herejía.

El auto de 1639 resolvió de forma jurídica y simbólica el tema de la gran complicidad de los judíos infiltrados en el muy católico Virreinato Peruano. Pero, más allá del aspecto religioso, para los propósitos de este trabajo interesa el papel del Santo Oficio como garante de la soberanía imperial y el despliegue de poder para develar, dismantelar y destruir, a la vez que sentar un ejemplo y advertencia, para los conspiradores que buscaban perturbar y amenazar la soberanía española en Perú. Con respecto a todos los demás autos practicados hasta la extinción del Tribunal en 1820, el de 1639 tiene dos características por las que se lo puede señalar como el más relevante. En primer lugar, el enorme número de procesados, en los que supera a todos los otros con creces. Y en segundo su relevancia política, al descubrirse en las investigaciones las

---

<sup>89</sup> A este respecto es notable que, aparte de los relajados, la mayoría -más de un centenar- fueron reconciliados con la fe católica y liberados, beneficiándose de la indulgencia del tribunal, que actuó de forma mucho menos severa de lo esperado, considerando los daños ocasionados por los corsarios neerlandeses con quienes los criptojudíos habrían tenido complicidad.



relaciones sospechosas, por decir lo menos, que mantenían muchos de los judaizantes penitenciados con amigos y familiares en las Provincias Unidas y Francia, a través de sus redes comerciales. De hecho, un buen número fue señalado como “viajante”, es decir viajero comercial de una trama que se extendía por Lima, México, Cartagena y llegaba hasta Ámsterdam, donde se decía que mantenían contactos con las compañías comerciales holandesas, principales promotoras de las expediciones corsarias al Pacífico, al Caribe y al Brasil en el marco de la guerra de los Ochenta Años.

Todo el proceso puede verse como una respuesta política a cuatro décadas de incursiones neerlandesas al Virreinato Peruano, alimentadas por la información proporcionada por una compleja red de espías que incluían, presumiblemente, a los criptojudíos portugueses de Lima. Y también como vindicta pública y demostración de la fuerza, grandeza y poder del Imperio Español frente a sus enemigos. En este sentido, el cruento caso marcó el punto culminante en la pugna entre imperios, en la que España realizó dos cosas en el Perú: reafirmar su soberanía y hacer explícito el triunfo simbólico de su poder sobre sus enemigos judaizantes y neerlandeses, empeñados durante la primera mitad del siglo XVII en separar el Virreinato del Imperio Español, o por lo menos arrebatarle algún territorio.

El auto de 1639 constituye el clímax del poderío y la grandeza del Santo Oficio en Lima que, si bien existió por casi dos siglos más sufrió desde 1640 una lenta e inexorable decadencia. Ciertamente, el tribunal fue perdiendo influencia y, en consecuencia, los once autos de fe que se celebraron hasta su extinción en 1820 - siempre con presencia de judaizantes portugueses entre los reos, aunque cada vez menor- tuvieron menos lustre e importancia. Antes de la firma de la Paz de Westfalia que puso fin a la guerra y, por ende, a las expediciones de corsarios neerlandeses en el Pacífico y actividades de espionaje que las inteligenciaban, se produjo el auto del 17 de noviembre de 1641, que fue un autillo, el décimo cuarto con dieciséis penitenciados, de los que catorce eran judaizantes de origen portugués, por lo que, ajusticiando a los últimos criptojudíos que quedaron libres del proceso de 1635-1639, es el que cierra definitivamente el proceso de la Complicidad.

Durante estos juicios, los inquisidores reportaron a Madrid su certeza de que los criptojudíos peruanos estaban en contacto con sus pares de Ámsterdam. Esto llevó a mayores especulaciones e investigaciones en la península, para tratar de descubrir si también en la vieja España los cristianos nuevos portugueses mantenían conexiones

semejantes. Coincidiendo con el fin de las actividades corsarias en el Pacífico<sup>90</sup>, la actividad del tribunal decayó de forma sustancial, de forma que, en carta al Consejo del 11 de octubre de 1648, Juan de Izaguirre, secretario del tribunal, reportó que quedaba en las cárceles inquisitoriales sólo un reo: Manuel Henríquez, que permaneció preso hasta su ejecución luego del siguiente auto de fe (el décimo quinto), dieciséis años después, el 23 de enero de 1664.

## Referencias

### Fuentes primarias

#### Archivo Histórico Nacional de España / Madrid (ANH)

ANH/Inquisición 1646, 7

ANH/Inquisición 1647, 7

ANH/Inquisición L.1030

#### Archivo General de Indias / Sevilla (AGI)

AGI, Contratación 167, 7

AGI, Lima, 34

AGI, Panamá 17, R.8, N.157

### Fuentes publicadas

Amich, Julián (1956/1991) *Diccionario Marítimo* Barcelona: Editorial Juventud.

Andrade, Tonio (2011) *Lost Colony: The Untold Story of China's First Great*

*Victory over the West* Princeton: Princeton University Press.

Andrade, Tonio y Xing Hang (2016) *Sea Rovers, Silver, and Samurai Maritime East*

*Asia in Global History, 1550–1700* Honolulu: University of Hawaii Press.

Andrien, Kenneth (2011) *Crisis y decadencia: el Virreinato del Perú en el siglo XVII*

Lima: Banco Central de Reserva del Perú.

Anónimo (1625) *Casos notables, sucedidos en las costas de la ciudad de Lima en*

---

<sup>90</sup> Los piratas no regresarían al Pacífico sino en 1680, con un viaje comercial y exploratorio en el medio, que no puede calificarse de pirático, realizado por John Narborough en 1669-1670 (Bradley 2008: 87).

Internet:

<https://books.google.com.ec/books?id=zQh8e2tWQNsC&pg=PP1&lpg=PP1&q=Casos+notables,+sucidos+en+las+costas+de+la+ciudad+de+Lima&source=bl&ots=mFsNk0u7Cs&sig=ACfU3U2eoSfsD-tgt3ViNcUVfLca8zLITA&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwivv6etmovkAhWPv1kKHxUR70Q6AEwAXoECAkQAQ#v=onepage&q=Casos%20notables%2C%20sucidos%20en%20las%20costas%20de%20la%20ciudad%20de%20Lima&f=false>

Anónimo (8/01/1625) *Insigne victoria que el señor marqués de Guadalcázar, virrey en el reino del Perú ha alcanzado en los puertos de Lima y Callao contra una armada poderosa de Holanda despachada por orden del conde Mauricio. Dase cuenta de cómo el enemigo llevaba intento de coger la plata de Su Majestad y el desastrado fin que tuvo por mano de los españoles. Avísase también de una declaración que hizo un soldado del enemigo, francés de nación y en su profesión católico, llamado Juan de Bulas, que huyó de su ejército ante el señor virrey, a ocho de enero de este año de 1625.* Lima

Anónimo, “Narración histórica del viaje ejecutado del este del estrecho de Le Maire a las costas de Chile, al mando de Su Excelencia el general Enrique Brouwer, en los años 1642 y 1643” en: Medina, José Toribio (1923) *Colección de Historiadores de Chile...* Tomo XLV, Santiago: Imprenta Elzeviriana.

Anónimo (1626) *A true relation of the fleete which went vnder the Admirall Jaquis Le Hermite through the Straights of Magellane towards the coasts of Peru, and the towne of Lima in the West-Indies: with a letter, containing the present state of Castile in Peru...* Londres: Mercurius Britannicus.

Armas, Fernando (1997) “Herejes, marginales e infectos: Extranjeros y mentalidad excluyente en la sociedad colonial (siglos XVI y XVII)” en: *Revista Andina* 15/2, Cuzco: CBC, pp. 355-386.

Báez-Camargo, Gonzalo (1960) *Protestantes enjuiciados por la Inquisición en Iberoamérica* México: Casa Unida de Publicaciones.

Baraibar, Álvaro (2013) “Chile como un Flandes Indiano en las crónicas de los siglos XVI y XVII” en: *Revista Chilena de Literatura* 85 (noviembre), pp. 157-177.

Barrenveld, Dirk Jan (2001) *The Dutch Discovery of Japan* Lincoln: Writers Club Press.

Barros Arana, Diego (1885) *Historia General de Chile*, tomo IV Santiago de Chile: Imprenta Jover.

\_\_\_\_\_. (1999) *Historia general de Chile*, tomo III, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Benmergui, Alicia (2023) *Curazao y su vieja memoria sefaradí* en: *Esefarad*, noticias del mundo sefaradí (<https://esefarad.com/curazao-y-su-vieja-memoria-sefaradi-por-alicia-benmergui/>)

Berguño, Jorge (1991) “Un enigma de la historia antártica: El descubrimiento de las

- islas Shetland del Sur” en: Revista Española del Pacífico año 1, No. 1 (julio-diciembre), Madrid: Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1991, pp. 129-159.
- Berrueta, Julen (2019) “España y Holanda: dos países separados por la guerra y unidos por el arte”, en: El Español ([https://www.elespanol.com/cultura/arte/20190625/espana-holanda-paises-separados-guerra-unidos-arte/408709822\\_0.html](https://www.elespanol.com/cultura/arte/20190625/espana-holanda-paises-separados-guerra-unidos-arte/408709822_0.html)) revisado el 23/01/2024.
- Böhm, Günter (1984) *Historia de los judíos en Chile, vol. I* Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Boorstin, Daniel (1983/2000) *Los descubridores* Barcelona: Crítica.
- Borschberg, Peter (2015) *Hugo Grotius, the Portuguese, and Free Trade in the East Indies* Singapore: NUS Press.
- Boxer Charles Ralph (1977) *The Dutch Seaborne Empire* London: Penguin.
- \_\_\_\_\_. (1988) *The Dutch Seaborne Empire 1600-1800* Londres: Pelikan Books.
- Bradley, Peter T. (1989) *The Lure of Peru. Maritime intrusion into the South Sea (1598-1701)* New York: Palgrave Macmillan.
- \_\_\_\_\_. (1992) *Navegantes Británicos* Madrid: MAPFRE.
- \_\_\_\_\_. (2001) “El Perú y el mundo exterior. Extranjeros, enemigos y herejes” en: Revista de Indias LXI/223, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 651-617.
- \_\_\_\_\_. (2008) *Pirates on the coasts of Peru, 1598 – 1701*. Lulu.com.
- \_\_\_\_\_. (2009) *Spain and the Defense of Peru (1579-1700) Royal Reluctance and Colonial Self Reliance* Estados Unidos: Lulu.com.
- Burney, James (1803-1817) *A chronological history of the voyages and discoveries in the South Sea or Pacific Ocean, to the year 1723, including the history of the buccaneers of America*. Tomos II, III y IV, Londres: Luke Hansard & Sons.
- \_\_\_\_\_. (1806) *History of the voyages and discoveries in the South Sea or Pacific Ocean* volume II, London: Luke Hansard & Sons.
- Burney, James (1813) *A Chronological History of the Voyages and Discoveries in the South Sea of Pacific Ocean, Part III, from the year 1620 to the year 1688* Londres: Luke Hansard & Sons.
- Callander, John, ed. (1766-1768). *Terra Australis Cognita, or Voyages to the Terra Australis, or Southern Hemisphere, during the sixteenth, seventeenth, and eighteenth centuries...* Edinburgh: A. Donaldson.
- Cañizares-Esguerra, Jorge (2008) *Católicos y puritanos en la colonización de América*, Madrid: Fundación Jorge Juan y Marcial Pons Ediciones de Historia S. A.

- \_\_\_\_\_. (2019) "The Pirate as Conquistador: Plunder and Center-Periphery Politics in the Making of the British Empire"; review of the book *Pirate Nests and the Rise of the British Empire, 1570-1740* by Mark Hanna en Internet: <https://medium.com/@jorgecanizaresesguerra/the-pirate-as-conquistador-plunder-and-center-periphery-politics-in-the-making-of-the-british-933ef02c5b69?fbclid=IwAR20pFtXF75LqNYs3R0LX0AOOujtRemLZBzJNPtK0f6LyqACU6Mt4lsIYaE> (Revisado el 3/5/2019).
- Carcelén Reluz, Carlos Guillermo (2009) "Espionaje, guerra y competencia mercantil en el siglo XVII. El judío portugués Pedro de León Portocarrero, autor de la Descripción del Virreinato del Perú" en: *Investigaciones Sociales*, Vol.13 N°22, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos / IFEA pp.101-116.
- Cioranescu, Alejandro (1974) "Un visionario en la hoguera. La vida y obras de Juan Bartolomé Avontroot", en: *Anuario de Estudios Atlánticos* No. 20, Las Palmas-Madrid: Patronato Casa de Colón, pp. 543-609.
- Clayton, Lawrence (1973) "Guayaquil y la defensa de la hegemonía española en el Pacífico oriental durante los siglos XVI y XVII" en: *Revista del Archivo Histórico del Guayas* No. 4 (diciembre) Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas.
- \_\_\_\_\_. (1974) "Local initiative and finance in defense of the Viceroyalty of Peru: the development of self-reliance" en: *Hispanic American Historical Review* 54 (2): 284-304.
- \_\_\_\_\_. (1978) *Los astilleros de Guayaquil colonial* Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas.
- Clulow, Adam (2014) *The company and the shogun: The Dutch encounter with Tokugawa Japan* New York: Columbia University Press.
- Cordingly, David (1995) *Life among the pirates. The romance and the reality*. Londres: Little, Brown and Company.
- Cox, Robert W. (1983/2016) "Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método" en: *Relaciones Internacionales* (31) pp. 137–203.
- Dagnino, Vicente (1909) *El corregimiento de Arica 1535-1784* en línea [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl), identificador MC0014077 (Revisado el 24/02/2023).
- Earle, Peter (2006) *The pirate wars*. New York: St. Martin's Griffin.
- \_\_\_\_\_. (2007) *The Sack of Panama*. New York: St. Martin's Griffin.
- Errázuriz, Crescente (1882) *Seis años en la historia de Chile* Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Escobar, Ricardo (2002) "Los criptojudíos de Cartagena de Indias: un eslabón en la diáspora conversa (1639-1649)" en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 29, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Fayanás, Edmundo (2016) “Holanda, la maravilla del agua y la tierra”, en Nueva Tribuna (<https://www.nuevatribuna.es/articulo/mundo/holanda-maravilla-agua-y-tierra/20161123194043134102.html>) revisado el 23/01/2024.
- Gallez, Pablo J. (1974) “La expedición de Le Maire y Schouten en las costas patagónicas (1615-1616)”, en: Segundo congreso de historia argentina y regional, tomo II, Buenos Aires: Academia Nacional de Historia.
- \_\_\_\_\_. (2007) El informe de Schapenham. “El documento más antiguo sobre los Yámanas” en Internet: [folkloretradiciones.com.ar](http://folkloretradiciones.com.ar) (Revisado el 25/02/2023).
- Gerhard, Peter (1990) *Pirates of the Pacific 1575-1742*. Lincoln and London: University of Nebraska Press.
- Geyl, Pieter (1980) *The revolt of the Netherlands 1555-1609*. Londres: Ernest Benn Limited.
- Gómez Cañas, Santiago (2022) “Segunda batalla de Playa Honda. 15 de abril de 1617” en Internet: <https://www.todoababor.es/historia/segunda-batalla-de-playa-honda-15-de-abril-de-1617/> (Revisado el 26/07/2023).
- Gómez Rivas, León (2005) “Economía y guerra. El pensamiento económico y jurídico desde Vitoria a Grocio (y después)” en: *Studia Historica. Historia Moderna*, 27, Salamanca Ediciones Universidad de Salamanca.
- González de la Vega, Gerardo (2013) *Mar Brava. Historias de corsarios, piratas y negreros españoles* Madrid: Miraguano S. A.
- González Suárez, Federico (1893) *Historia general de la República del Ecuador*, tomo IV, Quito: Imprenta del clero.
- \_\_\_\_\_. (1931) *Historia general de la República del Ecuador*, tomo IV, 2da. Edición, Quito: Daniel Cadena A.
- Goslinga Cornelio C. (1983) *Los holandeses en el Caribe 1580-1680* La Habana: Casa de las Américas.
- Guarda, Gabriel (1953) *Historia de Valdivia 1552 – 1952* Santiago: Editorial Cultura.
- Hanna, Mark G. (2015) *Pirate Nests and the Rise of the British Empire, 1570-1740* Williamsburg: The University of North Carolina Press.
- Hojman, David E. (2011) “The Dutch invasion of colonial Chiloe and early Chilean exceptionalism: A critical juncture and counterfactuals approach” Primer congreso chileno de historia económica, Chile: Universidad Andrés Bello.
- Ijzerman, Jan Willem (1915) *Dirck Gerritsz Pomp alias Dirck Gerritsz China, de eerste Nederlander die China en Japan bezocht (1544-1604) zijn reys naar en verblijf in Zuid-Amerika* Den Haag: Martinus Nijhoff.
- Keohane, Robert (2005) *After Hegemony* Princeton: Princeton University Press



- Klooster, Wim and Gert Oostindie (2018) *Realm Between Empires* New York: Cornell University Press.
- Lane, Kris E. (1999) *Blood and Silver* Oxford: Signal Books.
- Lewin, Boleslao ed. (1958) *Descripción del Virreinato del Perú, crónica inédita de comienzos del siglo XVII* Rosario: Universidad del Litoral.
- Lohmann Villena, Guillermo (1964) *Las defensas militares de Lima y Callao* Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- \_\_\_\_\_. (1975) *Historia Marítima del Perú, siglos XVII y XVIII*, tomo IV, Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.
- Lucena Salmoral, Manuel (1992) *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Madrid: Mapfre.
- Lunsford, Virginia (2004) *Pirates and Privateers of the Golden Age Netherlands* New York: Palgrave MacMillan
- Medina, José Toribio (1923) *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional, tomo XLV Los holandeses en Chile* Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- \_\_\_\_\_. (1923) “Declaración del marino Andrés Enríquez sobre el viaje de Spilbergen, ante los odores de la Real Audiencia de Santiago” en: *Colección de Historiadores de Chile y de documentos inéditos relativos a la historia nacional* Tomo XLV Santiago: Imprenta Universitaria.
- \_\_\_\_\_. (1923) *Los holandeses en Chile*, Santiago: Imprenta Universitaria.
- \_\_\_\_\_. (1952) *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* (tomos I y II) Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- \_\_\_\_\_. (1962) “Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y Guillermo Cornelio Schouten (1619)”, en *Viajes relativos a Chile* Santiago: Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina.
- \_\_\_\_\_. (1962) “Relación de un viaje a la costa de Chile realizado por orden de la Compañía de las Indias Occidentales, en los años 1642 y 1643 al mando del señor Hendrick Brouwer” en: *Viajes relativos a Chile* Santiago: Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina.
- Mercado Martinic, Roberto (1985) *Incursiones de corsarios holandeses en las costas de Chile y del Virreinato del Perú desde 1598 a 1643*. Tesis no publicada. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile (sede Santiago).
- Montañez-Sanabria, Elizabeth (2014) *Challenging the Pacific Spanish Empire: Pirates in the Viceroyalty of Peru, 1570-1750* Tesis no publicada. Universidad de California en Davis.
- Morla Vicuña, Carlos (1903) *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de*



- la Patagonia y de la Tierra de Fuego* Leipzig: F. A. Brockhaus.
- Murray, Rothbard (2000) *Historia del pensamiento económico en una perspectiva austriaca*, 2 vols. Madrid: Unión Editorial.
- Musquiz de Miguel, José Luis (1945) *El conde de Chinchón, virrey del Perú* Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Oostinde, Gert (2014) *El Caribe holandés. El colonialismo y sus legados transatlánticos* La Habana: José Martí.
- Ordóñez Chiriboga, Ricardo (2005) *La herencia sefardita en la provincia de Loja* Quito: CCE.
- Ortega Izquierdo, Alexander y Carlos Carcelén Reluz (2000) *Control Espiritual y Bienes Temporales. Manuscritos del Tribunal de la Inquisición de Lima, Siglos XVI – XIX. Catálogo de la Serie Contenciosa, Tomo I: 1571 – 1699* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Ortiz Canseco, Marta (2016) “Algunos apuntes sobre el Auto de la fe celebrado en Lima a 23 de enero de 1639, de Fernando de Montesinos” en: López Parada, Esperanza y Marta Ortiz Canseco (coord.), *Fernando de Montesinos, Auto de Fe, celebrado en Lima a 23 de enero de 1639*. Madrid: Iberoamericana – Vervuert.
- Ortiz Sotelo, Jorge (2008) “Las guerras anglo-holandesas: dos poderes marítimos en lucha por el predominio”, *Revista de Marina*, Lima abril-junio, pp. 78-97.
- Palma, Ricardo (1893) *Tradiciones Peruanas* segunda serie, tomo 1, Barcelona: Montaner y Simón.
- Phelan, John Leddy (1967/1995) *El Reino de Quito en el siglo XVII la política burocrática en el imperio español* Quito: BCE.
- Ramos Pérez, Demetrio (1980) “La indagatoria sobre los planes ingleses para la futura guerra en América y el parecer de Jorge Juan, en 1750” en: *Historia* No. 15, Pontificia Universidad Católica de Chile: Santiago.
- Rivanera Carlés, Federico (1994) *Judíos conversos ¿víctimas o victimarios de España?* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rosales, Diego de (1674/1877) *Historia general del reino de Chile*, volumen II, Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- Ruiz Martínez, Herlinda (2011) “Corsarios franceses juzgados como herejes luteranos por la Inquisición en Iberoamérica, 1560-1574”. Tesis no publicada de Maestría en Historia de América, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Schaposchnik, Ana E. (2015) *The Lima Inquisition. The plight of crypto-jews in Seventeenth Century Peru* Madison: The University of Wisconsin Press.
- Schmidt, Benjamín (1999) “Exotic Allies: The Dutch-Chilean Encounter and the

- (Failed) Conquest of America” en: *Renaissance Quarterly* 52/2 (verano), Cambridge: Cambridge University Press, pp. 440-473.
- Sluiter, Engel (1937) “The Dutch on the Pacific Coast of America, 1598-1621.” Tesis no publicada de PhD, U.C. Berkeley.
- \_\_\_\_\_. (1944) “The word pechelingue: its derivation and meaning” *Hispanic American Historical Review* 24/4 Duke University Press: Durham, p. 683-698.
- Schama, Simon (1988) *The Embarrassment of Riches* New York: Alfred A. Knopf.
- Todo Avante. Historia Naval de España* en Internet:  
[https://todoavante.es/index.php?title=1618-1619 - Galeon de Manila](https://todoavante.es/index.php?title=1618-1619_-_Galeon_de_Manila)).
- Sixirei, Carlos (2019) *Plaza del Mundo. Historia Informal del Brasil*, Madrid: Verbum.
- Schurz, William L. (1939) *The Manila Galleon* New York: E. P. Dutton.
- Suardo, Juan Antonio (1936) *Diario de Lima, 1629-1639* Lima: Instituto de Investigaciones Históricas.
- Swart, Fred (2007) “The Circumnavigation of the Globe by Pieter Esaiasz. de Lint 1598-1603” en: *The Journal of the Hakluyt Society* (Reino Unido) en Internet: <https://policycommons.net/artifacts/1664617/the-circumnavigation-of-the-globe-by-pieter-esaiasz/2396267/> (Revisado el 2/04/2023).
- Torre, José Ignacio de la (2014) *Breve historia de la Inquisición* Madrid: Ediciones Nowtilus.
- Valladares, Rafael (2021) “Compañía Holandesa de las Indias Occidentales” en: <https://www.enciclonet.com/articulo/compannia-holandesa-de-las-indias-occidentales/>
- Villiers, Jacob A. J., ed. y trad (1906) “The East and West Indian Mirror. Being an Account of Joris Van Speilbergen’s Voyage Round the World (1614-1617)”, Londres: Hakluyt Society.
- Wallerstein, Immanuel (1984). *El Moderno Sistema Mundial vol. II: El Mercantilismo y la consolidación de la Economía Mundo europea 1600-1750*. México: Siglo XXI: Introducción y capítulos 1, 2, 4 y 5.
- Weller, Thomas (2016) “Fronteras fluidas: Los Países Bajos, la Hansa y el embargo general de 1586-1587” en *E-Spania: Revue électronique d’études hispaniques médiévales* No. 24 (Revisado el 17/09/2023).
- Weststeijn, Arthur (2019) “Protestant Prophecy and Spiritual Conquest between Spanish America and the Dutch Republic: The Case of Joan Aventroot” en: *Rivista Storica Italiana* CXXXI-3. Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane E.S.I. SpA
- Woodward, Colin (2007) *The Republic of Pirates* Orlando: Harcourt.
- Wieder, Frederik Casparus (1923) *De reis van Mahu en De Cordes door de Straat van*

*Magalhaes naar Zuid-Amerika en Japan 1598-1600* Den Haag: Martinus Nijhoff.

Zaragoza, Justo y José María Sánchez Molledo (Ed.) (1883/2005) *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española desde el siglo XVI al XVIII deducidas de las obras de D. Dionisio de Alcedo y Herrera* Madrid: Renacimiento, Isla de la Tortuga 1.

BORRADOR